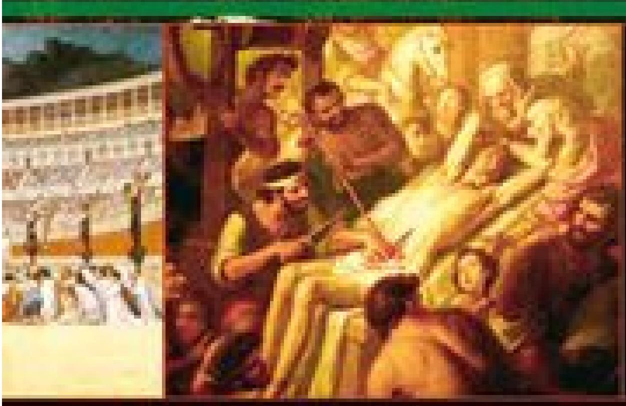
HISTORIA DE LA Iglesia

La Iglesia, comunidad e institución:
protagonista de la historia
Siglos I-VII

José Uriel Patiño Franco

TOMO I








Edición RENOVADA Y COMPLEMENTADA

Índice

Autor

José Uriel Patiño Franco, sacerdote agustino recoleto que, después de sus estudios básicos, hizo los estudios correspondientes a los ciclos de filosofía y teología en Manizales y Bogotá. Luego de su ordenación sacerdotal ingresó a la Universidad Santo Tomás de Bogotá, donde obtuvo la Licenciatura en Ciencias de la Educación con énfasis en Filosofía e Historia; posteriormente obtuvo el Magíster en Historia Eclesiástica después de cursar los estudios correspondientes en la Pontificia Universidad Gregoriana. Más tarde hizo un diplomado en Docencia para Educación Superior en la Pontificia Universidad Javeriana. Ha participado en varios encuentros y simposios nacionales e internacionales, siendo ponente en algunos de ellos. Ha escrito varios artículos sobre temas de historia y teología, publicados en diferentes revistas de Colombia, América y Europa.

Historia
de la Iglesia

La Iglesia, comunidad e institución:
protagonista de la historia − Siglos I - VII

Tomo I

Presentación

"Los tiempos cambian y nosotros con ellos"; así se expresaban, en más de una oportunidad, los oradores del imperio romano. Nada más a propósito que iniciar con esa expresión esta colección de historia de la Iglesia, libros nacidos al interior del ejercicio docente en diferentes instituciones educativas superiores. En nuestro caso esa es la verdad porque al recorrer el camino de la Iglesia a lo largo de veinte siglos de historia occidental, hemos captado que los tiempos cambian y que los hombres (varones y mujeres) cambiamos en la medida en que los sucesos acontecen y nuestra experiencia personal, social y religiosa va creciendo, es decir, en la medida en que nuestro pasado se hace cada día más grande y el futuro inexorablemente se hace más pequeño.

La colección ha sido diseñada sobre la base de tres ejes históricos de una duración aproximada de siete siglos: la antigüedad, el medioevo y la modernidad; cada uno de estos ejes, conforma un tomo de la colección, y cada tomo se organiza por ciclos históricos, por capítulos, de tal manera que el lector pueda tener una visión general y recrear su personal visión de la historia de la Iglesia, sin olvidar que al fondo de la expresión "historia de la Iglesia" subyacen dos conceptos fundamentales: historia e Iglesia, con lo que ello implica, tal como se puede deducir de la lectura y estudio de esta colección. Se podría decir que ésta es la clave hermenéutica para comprender mejor esta historia de la Iglesia, colección elaborada teniendo en cuenta los diversos esquemas de periodización histórica, uno de los cuales propone cuatro momentos: conservación de las distancias ante el mundo (siglos I-IV), identidad entre la Iglesia y el mundo (siglos V-XVIII) con tres dominios concretos: reyes, Iglesia y Estados absolutos, y aislamiento e inserción de la Iglesia en relación al mundo (siglos XIX-XXI).

Como esta colección nació en un ambiente particular, como es el contexto latinoamericano, ha sido redactado un cuarto tomo, centrado en la experiencia eclesial en el continente de la esperanza, sobre la base de tres momentos fundamentales: la

experiencia de la cristiandad colonial, la Iglesia en el momento del nacimiento de las repúblicas y la experiencia de la vivencia cristiana eclesial en la dialéctica entre tradicionalismo y liberacionismo. Este cuarto tomo de la colección es como un eje particular que ayuda a ubicarnos desde América Latina al interior de la Iglesia universal.

Bases epistemológicas

Bajo este título se agrupan algunos aspectos fundamentales que pretenden iluminar el camino histórico, recordando que la historia es la plenitud del suceder y el conocimiento que de él se posee y por ello "a un cristiano el estudio riguroso de la historia de su propia tradición debe servirle no de confirmación, sino de conversión"[1]. Esto da a entender que los seis apartados que se abordan sirven de claves hermenéuticas, una especie de caja de herramientas, para comenzar mejor el recorrido.

El estudio de la historia, en particular de la historia de la Iglesia desea crear o ayudar a crear una mentalidad histórica, es decir, a tener elementos básicos para hacer tanto una consulta como una investigación histórica con parámetros adecuados; no es fácil, pero con orden, constancia y método se puede superar la tentación de las tijeras y el pegante tan común en la investigación científica, recordando que en todo trabajo histórico es importante trabajar con método y constancia. Si este principio se aplica bien se puede llegar a ser imparcial, lo cual no quiere decir indiferente, objetivo pero no dogmático, y crítico. Imparcial y objetivo porque se usan las fuentes con sinceridad, ecuanimidad y transparencia, sin hacerles decir algo que no dicen, ni sacarlas del contexto; crítico, para hacer las observaciones necesarias teniendo como apoyo las fuentes que se han usado.

1. Una propuesta de definición y ubicación

La palabra "historia", ideada por Herodoto para describir la necesidad que el hombre tenía de un nuevo tipo de conocimiento, proviene de la expresión griega istria que tiene la raíz id (la d se convierte en s), la cual sólo se encuentra en dos formas verbales del verbo oraw (mirar, ver): eidon (aoristo activo que tiene el sentido de un pasado remoto) y oida (también con sentido de pasado pero perfecto), con una traducción cercana a "conozco" o "lo sé", que dan a entender un conocimiento por visión, porque se ven las cosas o se pueden tocar. Por ello, si antes de la aparición de esta palabra, el conocimiento era el que se tenía por la fe o por el mito, a partir de aquel momento también se puede conocer "viendo las cosas"; la posibilidad de ver las cosas está en las fuentes y en los testimonios orales y escritos.

Dado lo anterior, la historia se puede definir como "el conocimiento por visión basado en la investigación de los acontecimientos sucedidos en el tiempo y el espacio en

relación a un proceso unitario más amplio para llegar a la verdad que se transmite a través de una narración". También se puede decir que la historia es "el conocimiento del pasado"[2]. De ello se deduce que "la verdadera ciencia de la historia está en señalar en cada tiempo esas secretas disposiciones que prepararon los grandes acontecimientos y las importantes coyunturas que las hicieron sobrevivir"[3]. Según ello, la historia "es la conciencia y memoria colectivas del pasado que un grupo humano necesita para comprenderse y explicarse a partir de su medio físico, de las relaciones con grupos más o menos cercanos, de sus formas de producir y relacionarse, de sus instituciones, valores, ceremonias, etc., desde los que se ha articulado su convivencia en el pasado haciéndose en un presente desde el que se proyecta personal, grupal o institucionalmente, el futuro o porvenir"[4]. Desde esta perspectiva, la historia como sucesión de acontecimientos y secuencias de hechos es el hombre en comunidad a través del tiempo, con lo cual confluyen tanto la diacronía (el tiempo) como la sincronía (la comunidad)[5].

La Iglesia es la comunidad de hombres fundada por Jesucristo, unida íntimamente a Él de modo que constituye su presencia viva y eficaz en el tiempo y el espacio porque ella está formada "por una multitud de espíritus encarnados, unidos entre sí por múltiples lazos de dependencia recíproca"[6]; es transparencia del reino. De acuerdo a esta definición la historia de la Iglesia[7] no es ni un tratado teológico de la Iglesia, ni un tratado de teología, ni mucho menos un estudio apologético de la Iglesia cristiana católica de rito latino, sino la narración del devenir en el tiempo y el espacio de la comunidad fundada por Jesucristo que tiene diferentes manifestaciones de fe y de intelección de esa fe. Por ello se puede definir como "la historia del obrar de Dios con, a través de, a pesar de y, a veces, en contra del hombre, pero nunca sin Él"[8]. Frente a estas apreciaciones, surge la inquietud en torno a la Iglesia de la historia de la Iglesia, toda vez que "creer que la Iglesia católica es la única verdadera, la única que responde plenamente a lo que Cristo ha querido, no implica la negación de toda gracia fuera de esa Iglesia"[9].

Sobre la base de las definiciones ofrecidas se podría concebir la historia de la Iglesia como el conocimiento por visión de los hechos del pasado de esta institución carismática, necesarios para comprenderse y explicarse como transparencia del reino; esto es así porque la historia de la Iglesia tiene como fin fundamental una adecuada comprensión de los dos grandes desarrollos de la Iglesia: el exterior y el interior. En el primero se ubican las misiones, las relaciones políticas y las limitaciones de las conquistas espirituales. En el segundo se tienen en cuenta: organización, culto, disciplina, costumbres, predicación, doctrina, etc.[10]

De la definición propuesta, surgen dos elementos importantes: el cristianismo es una realidad esencialmente histórica y la existencia de un testimonio que supera la razón humana. El cristianismo, que no necesariamente se debe identificar con la Iglesia, es una realidad histórica en cuanto que las fuentes son reales y fieles; el problema está en que esas fuentes hablan de un acontecimiento central que supera la razón; a pesar de ello, las

fuentes tienen una lógica interna única porque una Iglesia nacida de un Dios crucificado y agonizante y de la fuga de los testigos no es humanamente posible; además, las luchas internas, las dudas y los testimonios dan a entender que la historia no es una leyenda o una narración mítica, como se encuentra en el origen de otras religiones. Debido a esto el historiador de la Iglesia se limita a iluminar las fases de la historia humana y ofrecer una respuesta sobre la comprensión que se tenga de ella, en este caso de la Iglesia.

Por lo que hace referencia a un testimonio que supera la razón, las fuentes, reveladas e inspiradas, no quitan la historicidad, porque se expresan con palabras humanas; las fuentes fueron escritas en una época precisa y un lugar geográfico concreto; el dato de fe fue elaborado sobre una persona histórica, porque el Cristo de la fe es el mismo Jesús de la historia, presentado desde perspectivas diferentes pero convergentes. Por ello, lo básico en la historia de la Iglesia es estudiar el devenir del testimonio de la resurrección, es decir, estudiar la manera como la comunidad eclesial ha reflejado a Cristo, testimoniando su resurrección, anunciando el Evangelio y acogiendo a quienes libremente aceptan el anuncio pero respetando a quienes no lo aceptan.

La historia de la Iglesia exige un punto de partida difícil de precisar, porque ésta, nacida al interior de los estudios teológicos, respeta el pensamiento teológico, un pensamiento que tiene como objeto un dato de fe que expresa el nacimiento de la Iglesia como un proceso de fundación que no fue puntual. La historia, respetando ese proceso, elige un acontecimiento puntual que le sirve para fijar el punto de partida; de los diferentes acontecimientos en relación a Cristo y la Iglesia, la historia opta preferentemente por Pentecostés, ya que a partir de ese acontecimiento la comunidad eclesial comenzó a anunciar sin miedo y en diferentes lenguas el mensaje encomendado; además, hay un dato que da a entender la necesidad de esperar hasta que fuera enviado el Espíritu. Aquí existe un problema: la historia acepta un dato, pero se encuentra con la dificultad de fecharlo. Pentecostés es, entonces, el punto inicial, la primera base teológica, y la parusía es la segunda; el tiempo transcurrido entre esos dos acontecimientos es la historia de la Iglesia.

Cuando se habla del estudio del devenir de esa comunidad en el tiempo y el espacio, se afirma que la historia de la Iglesia es el estudio del desarrollo de las diferentes manifestaciones de la comunidad cristiana, teniendo presente que algunos aspectos cambiarán pero otros siempre permanecerán. Aquí nace la perspectiva, el horizonte desde el cual se estudia y se narra la historia de la Iglesia; no está de más decir que la perspectiva será desde la fe, una fe que respeta los dogmas y acepta los elementos positivos y negativos, que en el desarrollo histórico de sus manifestaciones se pueden presentar. La cuestión de la perspectiva de la fe es importante porque se deben tener presentes elementos revelados y magisteriales, teniendo en cuenta que cuando se trabaja con este tipo de elementos la única perspectiva objetiva es la de la fe, porque de resto se cae en una ideologización subjetiva de la historia.

2. Objeto y método de la historia de la Iglesia

El objeto fundamental de la historia de la Iglesia es el crecimiento espacial y temporal de la institución carismática que, teniendo su origen en Cristo, lleva ese nombre. Esta

historia surge de la acción conjunta de los factores divinos y humanos en las coordenadas intrahistóricas, ya que la historia de la Iglesia es el estudio del desenvolvimiento de la obra de Cristo en la historia, la indagación y exposición del curso efectivo del cristianismo en su manifestación organizada como Iglesia a lo largo de los siglos de su pasado, en la extensión de sus elementos y en los aspectos de su vida; no en vano esta historia "intenta reconstruir por métodos rigurosamente científicos el pasado de la sociedad eclesiástica, su evolución a través de los siglos y los rasgos particulares que la caracterizaron en cada época"[11]. El objeto es el Cristo que continúa su acción en el mundo, su cuerpo que es conducido por el Espíritu Santo y cuya historia es totalmente obra de Dios y del hombre.

El método utilizado es el histórico, un método científico que escudriña los documentos con el fin de estructurar científicamente un discurso teológico, lo cual da a entender que este método es determinado tanto por los principios generales que regulan la investigación y la exposición histórica como por las exigencias particulares de la teología. Aquí surgen las tensiones que ponen al historiador ante grandes decisiones, cuando se ve impulsado a aplicar este método al objeto estudiado. En relación a la metodología histórica se debe tener presente que ésta desempeña un importante papel en las controversias históricas, porque interesa tanto el modo práctico de proceder en la investigación histórica como la comparación entre las teorías y la investigación histórica. Por ello, la historia de la Iglesia debe ser y estar: basada en las fuentes y la crítica, objetiva e imparcial, y pragmática y genética, es decir, con capacidad para comprender los acontecimientos en su devenir. Éstas son las tres exigencias fundamentales, a las cuales se anexa el carácter religioso; no en vano la historia es una escuela de libertad y espíritu crítico[12]. En relación a las fuentes se sabe que hay varias categorías: materiales, literarias, tradicionales, audiovisuales, etc.[13]

Para no desconectar objeto y método, son necesarios tres pasos: elección y determinación de las fuentes para fijar fechas y hechos históricos que forman la armazón de la historia; criticar con objetividad e imparcialidad los hechos, teniendo presente el contexto en el que se desenvolvieron dejando abierta la causalidad histórica, es decir, manejando con transparencia, honestidad y ecuanimidad las fuentes; comprender y ubicar la historia de la Iglesia dentro de la historia ya que su sentido último sólo puede integrarse en la fe[14].

Finalmente, la historia de la Iglesia debe ser entendida como una teología de la cruz, es decir, un acercamiento de Dios al hombre en el Cristo resucitado quien murió en la cruz, como un "punto intermedio" o convergencia entre la historia profana y la historia sagrada, en el sentido que tiene elementos tanto de la una como de la otra; es decir, la historia de la Iglesia es la lectura desde una perspectiva de fe de los acontecimientos vividos por la Iglesia en el desarrollo de su peregrinación terrena, toda vez que la cercanía con el crucificado movió a los primeros discípulos a superar el escándalo de la cruz, abriendo un nuevo horizonte que le dio un giro insospechado a su fe.

3. La historia de la Iglesia en la historia

Con este tema se quiere presentar el recorrido que a lo largo de los siglos ha tenido que vivir la historia de la Iglesia y las diferentes formas como ha sido interpretado ese proceso; esas formas ayudan a ubicar la historia de la Iglesia en el contexto de la teología histórica y la teología como historia de salvación. Además, se deben tener presentes las tres etapas generales: grecoalejandrina, humanista y desarrollo orgánico de la historia en los contextos romántico e idealista, teniendo presente que la historiografía es producto doblemente humano porque trata de las acciones de unos seres humanos, interpretadas, descritas y valoradas por otros seres humanos.

3.1 Historiografía eclesiástica

La Iglesia se insertó en la unidad política mediterránea de su tiempo; esto da a entender que: primero, las fuentes de la historia de la Iglesia de los primeros siglos están casi todas en griego; segundo, allí se halla el germen de la división del siglo XI (1054) como conclusión de un proceso e inicio de una nueva etapa. La forma como estos y otros acontecimientos han sido contados hace parte de la historiografía que pretende narrar la manera como la Iglesia ha desarrollado sus diferentes manifestaciones en un contexto particular.

En la antigüedad comenzó la historiografía eclesiástica con el testimonio de escritos apócrifos y legendarios entre los cuales están las actas de los mártires; de éstas algunas son tenidas como históricas y se llaman *actas auténticas*. Además, están los diversos escritos sistemáticos de historia eclesial, entre los cuales sobresale la *Historia eclesiástica* de Eusebio, que se convirtió en la fuente historiográfica más importante para los tres primeros siglos[15]. Antes de Eusebio se pueden citar: Hegesipo, autor de *Memorias*, escritas hacia el 180 y Sexto Julio Africano, autor de *Cronografía* o exposición histórica sincrónica que llega hasta el 217.

Eusebio, cuyo pensamiento se ubica en tres polos: origenismo, persecuciones e imperio cristiano, adopta una perspectiva de fe porque pone como punto de partida la economía de la salvación; entre los argumentos que desarrolla, se citan: la sucesión apostólica, los grandes acontecimientos, los obispos y las diócesis, el anuncio del Evangelio en forma oral y escrita, las herejías, las desgracias de los judíos, los ataques de la cultura no cristiana, las persecuciones y los mártires[16]; por ello se puede decir que, a la luz de este autor, la historia de la Iglesia comprende seis asuntos fundamentales: sucesiones apostólicas, acontecimientos, personajes, herejes, judíos y no cristianos. Esta obra es interesante porque recoge algunos puntos básicos para entender la historia de la Iglesia en la antigüedad y habla de unas fuentes que ya no existen. No obstante ello, Eusebio no fue un gran historiador, porque no era fácil serlo, máxime si se tiene en cuenta que él inició el método de la historia de la Iglesia.

La obra de Eusebio fue traducida al latín por Rufino hacia el 402; en el 420 apareció la traducción siríaca y por varios siglos permaneció como una obra inmutable que fue

transmitida durante el medioevo a través de diferentes copias que llegaron hasta la modernidad. A partir del siglo XVI han sido publicadas algunas ediciones críticas como la de Stefanus hacia mediados del siglo XVII, posteriormente Migne y las ediciones críticas de Schwartz y Mommsen, que sirven como puntos de referencia para comprender el texto original.

Posterior a esta obra y después de tres intentos historiográficos (Sócrates, Sozómeno y Teodoreto) vino la *Historia eclesiástica* de Evagrio el Escolástico que marca las controversias cristológicas de los siglos V y VI; en este contexto se ubica *La ciudad de Dios* de san Agustín, quien divide la historia en seis edades y tres partes siguiendo a san Jerónimo. De éstos, pasó a Gregorio de Tours, Isidoro de Sevilla y Beda el Venerable, quienes son los historiadores más representativos de los primeros siglos de la tarda antigüedad, que otros llaman alta Edad Media. Aún en la antigüedad Vicente de Lérins (+ 435) formulaba el objeto de la historia de la Iglesia utilizando la figura de la semilla que no encierra nada que perjudique sus propiedades ni altere su naturaleza[17], es decir, en la Iglesia se realiza un proceso histórico que tiene formas variables pero permanece igual en sí misma; esta concepción influyó en algunos autores como Bossuet y Newman.

Durante la Edad Media se dio una historiografía eclesiástica más que una historia de la Iglesia. De ahí que los autores medievales utilizando la crónica, los anales y la biografía involucran la idea de reino de Dios con la Iglesia. El Occidente en el medioevo desarrolló historias de los pueblos, anales, crónicas, biografías e historias universales inspiradas en la teología; el Oriente desarrolló la cronografía y la historiografía de imitación clásica hasta llegar a Nicéforo Calixto Xantópulos[18]. La nota característica de la historiografía eclesiástica medieval radicaba en la profecía del porvenir, ya que la Iglesia contemporánea necesitaba una reforma porque venía en declive; por ello el apocalipsismo influyó notablemente. Con el correr de los siglos y el suceder de los acontecimientos se fue dando un giro hasta que la Iglesia se convirtió en objeto de la teología de la historia.

3.2 Historia científica

Entre los siglos XVI y XVIII se dio un florecimiento de la historia de la Iglesia por la influencia del humanismo que pedía el regreso a las fuentes. A este hecho se le sumó la reforma protestante que obligó a precisar y restringir el concepto de Iglesia y por tanto de su historia, ya que cada confesión quería presentar lo mejor de sí para hacerse dueña de la verdad. Casos típicos son: *Centurias de Magdeburgo* de Matthias Flacius (protestante) y *Anales clesiásticos* de César Baronio (católico). La necesidad de precisar y analizar las fuentes transcritas en las modernas historias de la Iglesia fue originando la formación del método histórico y crítico y de la historia de la Iglesia como ciencia gracias a los *bolandistas* y los *maurinos*, creadores del axioma: “Toda afirmación histórica ha de apoyarse en fuentes auténticas, editadas según reglas de crítica filológica”.

Después vino el período en el cual la historia de la Iglesia se convirtió en disciplina

teológica y ciencia histórica teológica en los siglos XIX y XX durante los cuales se descubrió de nuevo la trascendente y sobrenatural naturaleza de la Iglesia, así como su independencia del Estado y su universalidad. Como ciencia histórica teológica, en la historia de la Iglesia se dio el predominio de la investigación, la creciente especialización y un impulso hacia la teología de la historia y la eclesiología. En este contexto de especialización nacieron nuevas asignaturas: patrología, derecho, misionología, espiritualidad, historia de los dogmas, ecumenismo, etc., que ayudan a una explicación más verificable de los desarrollos y las acciones de la historia.

Finalmente, debe quedar claro que existe un género literario que se llama historiografía o reconstrucción del acontecer histórico, con diferentes modelos; uno de ellos es la historiografía eclesiástica que tiene sus parámetros particulares y válidos. Por ello, para hacer historia es importante asimilar las autocomprensiones eclesiales que se han presentado en los acontecimientos (duraciones breves), las coyunturas (duraciones medias) y las estructuras (duraciones largas), sin olvidar que el nacimiento de la historiografía científica fue un proceso posmedieval que duró varios siglos y se inserta en la fragmentación del saber y de la ecúmene cristiana occidental.

4. Presupuestos teológicos de una teología de la historia[19]

Durante decenios varios profesores, doctores y demás hombres de ciencia, entraron en una discusión sobre cuántas historias había y cuál de ellas era la más importante; debido a esto es posible que se encuentren páginas de algunos tratados y cursos de historia de la Iglesia, dedicadas al tema de las relaciones y diferencias entre la historia civil y la historia eclesiástica o historia de la Iglesia, con las normales subdivisiones. Actualmente, dado el discurso interdisciplinar, es importante cambiar de óptica, de paradigma como dirían otros, para afrontar con una nueva visión la doble realidad que se hace presente: la trascendencia de la historia y la historia de lo trascendente.

El punto de partida de una teología de la historia es el discurso epistemológico y la ubicación de la teología al interior de las ciencias hermenéuticas, respetando sus particularidades[20]. La teología es una ciencia particular porque su principio fundamental, centrado en la revelación y la fe, escapa a los niveles científicos, tiene métodos pedagógicos y didácticos propios y una finalidad trascendente; no obstante ello, por el hecho de ser una reflexión creyente sobre la histórica comunicación de Dios y sobre la acción humana desde el horizonte de la revelación y la fe, se puede ubicar dentro de las ciencias del espíritu, históricas o hermenéuticas.

Para lograr este cometido, en orden a ubicar la historia de la Iglesia al interior del discurso teológico, es preciso superar algunas situaciones concretas como la mezcla semántica o aceptación pasiva de algunos temas, el bilingüismo o práctica de hacer una doble lectura yuxtapuesta de lo real, el teologismo y el cientificismo, etc., para llegar a lo que podría llamarse un intercambio orgánico donde haya articulación, correlación e interacción metodológica, orgánica e integradora del saber de las praxis científicas con el saber de las praxis históricas de la fe.

Desde esta perspectiva se habla de una teología de la historia. Este tipo de teología exige algunos presupuestos: los filosóficos, que presentan al hombre como un ser dinámico que camina hacia un fin; los teológicos, que afirman que el fin del hombre cristiano es trascendente y se construye desde los sentidos parciales de la existencia; y los de crítica histórica, que entienden que los sentidos parciales que ayudan a construir el sentido último son vistos y vividos en el campo interdisciplinario. En el discurso de la historia de la Iglesia se dejan al margen del tratado los presupuestos filosóficos de la historicidad y la relación entre ontología e historia, para centrar el discurso en los tres más importantes presupuestos teológicos: el concepto semita de historia, la historia como historia de salvación y la relación entre dogma e historicidad. Una vez enunciados estos presupuestos teológicos, se hará una breve mención de los presupuestos de crítica histórica, que son importantes para la historia de la Iglesia.

La concepción semita de la historia es particular y lineal porque tiene como fundamento la certeza de que Dios está siempre realizando cosas nuevas tendientes a un fin determinado; Dios es para el pueblo un ser histórico que actúa y se revela en el hecho de sacar, liberar y salvar al pueblo de Israel de las situaciones contrarias a su felicidad. A esta percepción de Dios en el contexto de un dinamismo liberador se le debe unir la concepción unitaria del hombre, cuyo horizonte de comprensión es la historia y no la metafísica, con lo cual la experiencia religiosa tiene un carácter histórico.

A la luz de esa concepción se puede entender mejor el segundo presupuesto: la historia como historia de salvación, es decir, como historia de realización, de búsqueda de plenitud, que sólo se da real y plenamente cuando entra en juego la libertad humana como capacidad de aceptación o rechazo a la oferta de Dios, que se manifiesta en la historia. En el fondo, este presupuesto teológico ve al ser histórico en un camino de realización, de santificación, que es la meta, el objetivo, al cual tiende la Iglesia, de acuerdo a la propuesta de Jesús. Desde esta óptica, la libertad se convierte más en una construcción cotidiana que en una definición conceptual.

El tercer presupuesto es el problema de las relaciones entre dogma e historicidad. El problema fundamental consiste en que el dogma como tal no varía pero su autocomprensión tiene que progresar[21], ya que el dogma en sí es inmutable en su esencia pero no excluye alguna variación en su formulación; es ahí donde surge la dificultad porque la historia estudia y analiza las diferentes comprensiones que se han dado sobre un dogma determinado, con lo cual se corre el riesgo de una falsa interpretación o de una fatal comprensión. En el contexto de este presupuesto se inserta el discurso de la interdisciplinariedad porque es preciso buscar elementos que ayuden a una mejor comprensión del dogma; en este sentido se puede decir que en definitiva lo que evoluciona no es el dogma sino la expresión formal y su grado de intelección. Por esta razón la teología de la historia pide, frente a las fórmulas dogmáticas expresadas en un lenguaje bastante filosófico, la posibilidad de cambiar su formulación con un lenguaje más aterrizado, más adecuado para el tiempo que se vive.

En cuanto a los presupuestos de crítica histórica, se puede decir que ellos son

fundamentalmente dos: las relaciones entre la teología y las demás ciencias, y la relación entre hermenéutica y teología.

La relación entre la teología y las ciencias ha pasado por etapas conflictivas: con las ciencias naturales se ha vivido un sentimiento de persecución y oposición sistemática; con las ciencias históricas y hermenéuticas ha habido una posición opresiva en cuanto que la teología se ha constituido en la única interpretación válida de Dios, el hombre y el mundo, que ha causado malestar en los campos hermenéuticos; con las ciencias sociales se han presentado polémicas que no han sido bien resueltas porque se pone un argumento de autoridad o se asume una actitud de rebeldía y ruptura. Debido a esto, para hacer una teología de la historia es importante el conocimiento de la situación real de la persona pero proyectándola a la trascendencia y así dignificarle aún más la existencia, teniendo en cuenta que en un discurso teológico, la teología entra en contacto con las diferentes disciplinas y ciencias: filosóficas; históricas, sociales, humanas y psicológicas; lógicas y formales, semióticas y lingüísticas, y de la informática; y empíricas y naturales, que son tenidas como preantrópicas.

De acuerdo a lo anterior, se puede decir que la hermenéutica abarca varios elementos: la forma como las ciencias del espíritu permiten reconocer el comportamiento de los pueblos, la transmisión de una experiencia trascendental en un lenguaje que es limitado, la relación ontológica de un Dios eterno con un hombre circunscrito al tiempo y el espacio en la persona de Jesús, el proyecto y la posibilidad de hacer que el contenido de la reflexión traspase los límites de la academia para llegar al hombre concreto inmerso en una sociedad determinada, pero viéndolo desde la luz del Evangelio.

5. Visión general de la historia de la Iglesia

Para entender la historia de la Iglesia se recurre a la segmentación en períodos, de ahí el término periodización, intervalo de años que tienen en común hechos y elementos relevantes homogéneos y diferentes en relación a otros períodos. La periodización es la delimitación y subdivisión de un determinado proceso histórico en términos cronológicos; la delimitación y la subdivisión corresponden a una concepción general del desarrollo histórico y permite establecer los caracteres particulares de cada período aclarando la unión entre las diferentes formas del desarrollo histórico. De acuerdo a ello se afirma que la división de la historia de la Iglesia no puede partir de categorías abstractas porque esta historia debe tener presente el dinamismo dialéctico de lo sagrado y lo profano, lo civil y lo eclesiástico, lo histórico y lo teológico, etc., teniendo presente que cualquier división supone una visión, una forma concreta de aproximación, la cual puede expresarse u ocultarse.

Hasta el presente se han ofrecido diferentes periodizaciones, pero en el pensamiento histórico actual ya no se habla de períodos sino de duraciones: "Duraciones breves o acontecimientos, duraciones medianas o coyunturas, y duraciones largas o civilizaciones verdaderas: todas ellas coexisten de maneras diferentes en un determinado espacio y en un determinado lugar"[22]. Algunas de las periodizaciones son:

Flacio Illírico divide la historia en un período de pureza original (1-300), seguido de una época de relativa pureza (300-600), después vino la decadencia a causa del dominio papal hasta que se presentó la reforma que hizo reverdecer a la Iglesia (600-1500).

Holzhauser (+ 1658) dividió la historia en siete edades: la seminativa, de Cristo a las persecuciones; la irrigativa, o persecuciones; la pacífica, de León III a León X; la purgativa, de León X al Papa santo; la consoladora, del Papa santo al anticristo; y la desolada, del anticristo al fin del mundo, que debería ocurrir entre el 2000 y el 2004.

Rechemberg (+ 1698) ofreció un esquema en cinco edades: *Ecclesia plantata*, siglos I-III; *Ecclesia libertate gaudens*, siglos IV-VI; *Ecclesia pressa et obscurata*, siglos VII-X; *Ecclesia gemens ac lamentans*, siglos XI-XV; *Ecclesia repurgata et liberata*, siglos XVI-XVII.

La división que más fortuna tuvo fue la de Cellerio: *Historia antiqua, aetas intermedia, historia nova*. Esta división fue retomada por Funk, Albers, Mourret, Heussi, etc.

A la anterior se le contrapone la que divide la historia en: época antigua, 1-692; época medieval, 692-1517; época moderna, 1517-1789; época contemporánea, después de 1789; en esta división se ubica Bihlmeyer. Algunas veces se cambian las fechas, pero fundamentalmente sigue igual: 1-692, 692-1294, 1294-1648, después de 1648.

La historia ecuménica de la Iglesia está dividida en tres partes: edad antigua, hasta el 600; medioevo y reforma, 600-1648; época moderna, a partir de 1648.

La nueva historia de la Iglesia está construida en cinco partes: época antigua, hasta el 600; medioevo, 600-1500; reforma, 1500-1715; época moderna, 1715-1848; y época contemporánea, a partir de 1848.

Jedin opta por una división en cuatro partes: fundación, propagación y desenvolvimiento de la Iglesia en el contexto judío griego y romano, siglos I-VII; la Iglesia como principio vital de la comunidad de los pueblos cristianos de Occidente, siglos VIII-XIII; la disolución del cosmos cristiano occidental, reforma y contrarreforma, y transición a la evangelización universal, siglos XIV-XVIII; la Iglesia universal en la era industrial, a partir del siglo XIX.

Aprovechando la experiencia en docencia histórica se propone el siguiente esquema: Historia de la Iglesia I: siglos I–VII o la Iglesia como comunidad e institución. Historia de la Iglesia II: siglos VIII–XV o la Iglesia en camino hacia la universalización. Historia de la Iglesia III: a partir del siglo XVI o la barca de Pedro frente a las tempestades ideológicas de estos siglos.

Este esquema no es muy exacto, pero puede ser el más didáctico ya que la historia de la Iglesia es dividida en tres períodos de siete siglos cada uno. Esta propuesta se hace teniendo presente que todo historiador y toda historia, que de por sí implica una interpretación o una particular aproximación, debe tener en cuenta los períodos o duraciones y las subdivisiones que se deben entender como partes de un proceso histórico en términos cronológicos, de tal manera que se pueda tener una visión general del desarrollo histórico y se puedan establecer notas características de cada período.

6. Importancia de la historia de la Iglesia

La historia es maestra de la vida y juez de las actuaciones del hombre. Esa frase, que puede ser muy conocida, es el eje fundamental de este tratado porque la historia es la inteligencia que algo tiene de sí mismo; en nuestro caso la intelección que la Iglesia tiene de sí misma. Ahí se encuentra la actualidad y el valor vivo que tiene esta historia porque ayuda a tener criterios claros y objetivos sobre la realidad eclesial que se vive, toda vez que la historia es una visión sobre el pasado hecha desde el presente con el fin de dar luces para el futuro. Por ello, el historiador de la Iglesia no sólo ha de tener corazón para la historia, sino que llevando consigo sentido crítico y espíritu cristiano, puede, desde la fe, interpretar la actividad del Espíritu Santo sobre la tierra donde la Iglesia peregrina, confirmando que siempre han habido seres humanos que repiten a su modo las palabras de Pedro: "Tú tienes palabras de vida eterna", que intentan constantemente plasmar estas mismas palabras en interpretaciones temporales, históricas, transitorias, al conocer que la primera ley de la historia es no atreverse a mentir; y la segunda, es no temer decir la verdad, sin olvidar los elementos básicos que de alguna manera condicionan la historia: la persona que hace la historia, las fuentes que se utilizan y las estructuras, al interior de las cuales se ubica la sociología tanto del conocimiento como de la ciencia[23].

La historia de la Iglesia es importante no tanto por los conocimientos que se adquieran como por el hecho de convertirnos en actores de una historia dinámica, en construcción, porque no somos espectadores de una película, sino protagonistas de una serie dirigida por Dios a través de unos humanos, pobres y hasta indignos instrumentos que llevan un tesoro guardado en vasijas de barro, sin olvidar que para comprender la actualidad de la Iglesia en que vivimos, conviene conocer su pasado, ya que "un pueblo que ignora su pasado está condenado a repetirlo". Además, porque en la historia de la única Iglesia de Jesucristo no se pueden olvidar el puesto que ocuparon y siguen ocupando las demás Iglesias; en otras palabras, la historia de la Iglesia es importante porque una historia de la Iglesia santa no disimula las debilidades que son patrimonio de sus miembros y sus pastores[24], teniendo presente tanto las raíces como las determinaciones jurídicas. Por ello, se puede afirmar que el aporte de la historia de la Iglesia podría señalarse en tres palabras fundamentales: identidad, inspiración y esperanza; identidad para captar que la fe que hoy se profesa es la misma de los comienzos de la Iglesia; inspiración para descubrir que es posible ser verdaderos cristianos siempre y en todas partes, independiente de las circunstancias históricas; esperanza para prolongar la inspiración cotidiana y superar los momentos de crisis.

1 Aguirre, Rafael. *Del movimiento de Jesús a la Iglesia Cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*. Verbo Divino, Estella, 1998, p. 8.

2 Cf. Marrou, Henri-Irénée. *La conoscenza storica*. Il Mulino, Bologna, 1988, pp. 21-41.

3 Gaos, José. *Historia de nuestra idea del mundo*. FCE, México, 1973, p. 10.

4 Sánchez, José. *Para comprender la historia*. Verbo Divino, Estella, 1995, pp. 7-8.

5 Cf. Pierini, Franco. *La Edad Antigua. Curso de historia de la Iglesia*, I. San Pablo, Madrid, 1996, pp. 21-22. Se citará Pierini 1.

6 Rogier, L. J., et al (dirs.). *Nueva historia de la Iglesia*, I. *Desde los orígenes hasta san Gregorio Magno*. Cristiandad, Madrid, 1964, p. 21. Se citará NHI.

7 Cf. Jedin, Hubert, (dir.). *Manual de historia de la Iglesia*, I. Herder, Barcelona, 1980[2], pp. 27-33. Se citará Jedin, y el tomo respectivo.

8 Padovese, Luigi. *Introducción a la teología patrística*. Verbo Divino, Estella, 1996, p. 10.

9 NHI, I, p. 28.

10 Cf. Bihlmeyer, K. y Tuechle, H. *Storia della Chiesa*, I. Morcelliana, Brescia, 2000, pp. 15-17.

11 NHI, I, p. 19.

12 Aguirre, R. *Op. cit*., p. 22.

13 Cf. Chappín, Marcel. *Introducción a la historia de la Iglesia*. Verbo Divino, Estella, 1997, p. 120.

14 Cf. Jedin, I, pp. 30-32.

15 En relación a esta obra conviene saber que tuvo dos ediciones producidas por el mismo autor: la primera consta de siete libros y fue escrita en un contexto de persecución hacia el 302; la segunda consta de diez y fue escrita en un contexto de tolerancia después del 313.

16 Cf. Eusebio. *Historia eclesiástica* I, 1. Se cita la versión española de Argemiro Velasco-Delgado, publicada por la BAC en 2001.

17 Cf. Vicente de Lérins. *Commonitorium*, 29.

18 Cf. Pierini, 1, pp. 11-12.

19 Cf. Rodríguez, Eudoro. *Teología de la historia*. USTA, Bogotá, 1993, pp. 62-120.

20 Para J. Habermas las ciencias son: histórico-hermenéuticas, crítico-sociales, y empírico-analíticas.

21 Aquí entra la tradición, entendida no como un dogmatismo o un conservadurismo, sino como la reproducción de un testimonio original que se va transmitiendo. Cf. Madera, Ignacio. *Dios, presencia inquietante*. IAPS, Bogotá, 1999, p. 98.

22 Pierini, Franco. *Mil años de pensamiento cristiano. La literatura y los monumentos de los Padres de la Iglesia*. Paulinas, Bogotá, 1993, p. 253. De aquí en adelante se citará: Pierini. *Mil años*.

23 Cf. Chappin, M. *Op. cit*., pp. 83-161.

24 Cf. NHI, I, p. 36.

Capítulo I

Ingreso histórico de una nueva vida

La primera parte de la historia de la Iglesia es presentada en tres períodos: el preconstantiniano hasta el 313, el posconstantiniano hasta el 451 y el de Justiniano hasta finales del siglo VII. En el primero la Iglesia es una realidad extraña a la política, en el segundo se integra, en el tercero comienza a tomar caminos diferentes. Este capítulo se centra en el primer período o historia de la Iglesia hasta el edicto de Milán (313); durante estos siglos predomina la vida interna y por ello se enfatiza la liturgia, la organización, la doctrina, las misiones, las luchas contra el judaísmo y el gnosticismo. De esa riqueza interna se extraían las fuerzas necesarias para la defensa externa a través del derecho a existir. En los períodos posteriores la situación cambia y por ello la vida externa predomina, teniendo presente que "sobre los orígenes las cosas son difíciles porque los documentos deben ser utilizados con prudencia, su datación suele ser difícil, su autenticidad discutida, su interpretación ambigua"[25].

El período preconstantiniano se divide en dos bloques, uno hasta el 70 cuando el templo de Jerusalén fue destruido y otro hasta el 313; en el primero se estudia el cristianismo en el mundo judío, en el segundo se trabaja el cristianismo en el mundo romano, tanto griego como latino. En el segundo bloque se presenta un nuevo contexto en el cual se formula el mensaje y se consolida la comunidad y, para una mejor intelección, se divide en dos momentos: uno hasta el 130 o subapostólico, en que los apóstoles y sus discípulos directos dominan la escena manteniendo presente al Jesús histórico y al Cristo resucitado en un ambiente escatológico; el otro iría desde el 130 hasta el 313 cuando la tradición toma forma y se siente la necesidad de fijar la doctrina frente al ambiente que se respiraba.

1. El mundo a la venida del cristianismo[26]

Con el deseo de encuadrar el entramado social y cultural en el que la Iglesia dio sus primeros pasos, conviene recordar algunos datos históricos y geográficos que son importantes para ubicar conceptualmente la historia de los inicios del cristianismo, teniendo presente que para la mentalidad occidental el mundo conocido de aquel

entonces se circunscribía al imperio romano; con esa afirmación se deja de lado la historia de los imperios orientales como chinos, tártaros y mongoles. Este fenómeno sucede porque en gran parte del pensamiento occidental de esos pueblos, al igual que América, han pertenecido a la periferia y su relación con el centro es por lo general ocasional.

1.1 El mundo romano

A la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.), el imperio que había fundado se desmembró; los generales se repartieron los reinos, las ciudades griegas retornaron a su autonomía y rivalidades; al tiempo que esto se daba en Grecia, surgía en el occidente del Mediterráneo una nueva potencia, Roma, que continuaría, ampliaría y haría duradera la unificación que venía dándose desde los tiempos de Ciro y Darío. Al comienzo de la era cristiana el imperio romano se extendía desde Las Galias pasando por Asia Menor hasta el cercano oriente, abarcando el norte de África.

La historia de Roma es dividida en tres épocas: monarquía, república e imperio. La primera época comprende desde su fundación (751 ó 753 a.C.) por las tribus latinas y sabinas hasta la caída de los reyes en el 509 a.C. La aldea romana evolucionó, se amplió y se convirtió en ciudad. Los etruscos dominaron la ciudad hacia el siglo VI a.C., y los tres últimos reyes fueron de dicha etnia; este pueblo le dio a Roma la organización que los romanos conservaron y fortificaron.

La época de la república es ubicada entre el 509 a.C., y el 32 a.C.; comprende tres períodos bien definidos. El primero llega hasta el 264: los nobles derrocaron a los reyes etruscos y organizaron la república en provecho propio por la misma época en que Atenas evolucionaba hacia la democracia; dos procesos caracterizaron este período: las luchas externas contra tribus latinas y etruscas y las colonias griegas, y las luchas internas entre patricios y plebeyos que terminan con la igualdad jurídica, social y religiosa de ambas clases sociales.

Una vez que se dio solución a los conflictos sociales y el problema de las tierras, se llega al segundo período de la época republicana: la conquista del Mediterráneo. Las guerras púnicas y la expansión hacia Grecia, Macedonia, Siria y España llenan este período que se hace avanzar hasta el 133 a.C.

El último período de la república es ubicado entre el 133 a.C., y el 32 a.C. Es un siglo de crisis y luchas entre la oligarquía senatorial y los plebeyos capitaneados por los caudillos militares. Nombres como: Graco, Mario, Sila, Pompeyo, César, Craso, Cicerón, Marco Antonio y Octavio, llenan este período en el cual agonizó la república y se impuso el régimen autoritario de un solo hombre, el principado, el imperio.

La tercera época es el imperio y se ubica desde el 32 a.C., hasta el 476 d.C. (en cuanto a occidente porque en lo referente a oriente llega hasta 1453), es la historia del gobierno de los emperadores apoyados en las fuerzas militares y la aclamación popular, es la historia de la cultura occidental cuyo centro es el mundo mediterráneo hasta finales de la antigüedad. Ese mundo abarca desde Inglaterra, Rin y Danubio en el norte hasta los

arenales del norte de África y sur de Egipto, y desde el Atlántico hasta los montes Cáucaso y el mar Rojo. La época del imperio también está dividida en tres períodos. El primero va desde el reinado de Augusto hasta el 195 d.C.; fueron dos siglos de oro bajo el régimen centralizado de los Césares; período de apogeo intelectual y artístico, paz y orden bajo emperadores prudentes como Augusto, Tiberio, Flavio y Antonio. Alternando con estos emperadores, desfilaron por el "trono del águila" otros emperadores un tanto particulares: Calígula, Claudio, Nerón y Cómodo. Al tiempo que esto sucede, desde oriente se viene extendiendo el cristianismo que en estos siglos sufrió las primeras persecuciones.

El segundo período del imperio es la anarquía y el militarismo (195-285). La guardia pretoriana y las legiones imponen los emperadores y los hacen caer; la corrupción domina en diferentes campos, las derrotas en el exterior son continuas, los bárbaros van invadiendo el imperio y la crisis no se hace esperar.

El tercer período va desde el 285 hasta el 476. En la primera parte de este período Diocleciano salvó al imperio dividiendo su administración, dando un aire más oriental e imponiendo el despotismo asiático y el sistema burocrático. La residencia imperial fue trasladada a la región de Asia Menor con el deseo de afianzar las fronteras del Danubio y situarse en la zona más rica del imperio; mientras tanto, la región occidental sufría graves problemas agrarios. En este contexto comenzó a tomar fuerza la otra rama del imperio romano, Bizancio, un imperio que se prolongó en el tiempo hasta mediados del siglo XV y en el cual "la sangre bárbara y el alma cristiana sobre una raíz romana que habla la lengua de Homero y Hesíodo y pensaba con las categorías de Platón y Aristóteles, fueron los componentes del fenómeno bizantino que sobrevivió por más de mil años"[27]. La segunda parte, del 313 al 476 es la del triunfo del cristianismo donde la Roma no cristiana desaparece y el imperio se cristianiza hasta sus últimos días.

En síntesis, "la historia de Roma es la de una ciudad que crea un poderoso Estado ecuménico, dominando y conservando por siglos el mundo mediterráneo, pero este proceso exterior de conquistas influye en la vida interna de su capital creando luchas y conflictos políticos y sociales... Mientras más crecía Roma, más agudizados eran sus conflictos y mayores fueron sus luchas internas"[28].

De ahí que se pueda decir que el imperio romano abarcaba el mundo conocido de aquel entonces y quien estuviera fuera de los límites no era tenido en cuenta, no existía o era considerado como enemigo; tal era el caso de los pueblos situados más allá de los ríos Tigris y Éufrates. El imperio era una realidad conocida, representada en una especie de mapa que presentaba el mar Mediterráneo como *Mare Nostrum*; la existencia de estos mapas permitía que se tuviera una idea clara de las principales ciudades, las vías, las rutas marítimas, etc., por lo que eran normales los itinerarios, las actuales "cartas de viaje".

En el ámbito de gobierno había un sistema político bien desarrollado pero poco conocido: existía un jefe máximo que era asesorado por el senado; el imperio estaba dividido en provincias (las colonias) que eran gobernadas por una persona que

representaba al jefe y al senado (gobernador, procónsul), y sólo algunos de sus habitantes eran ciudadanos romanos. Esta concepción política sobre los habitantes del imperio llegó hasta el 211 cuando Caracalla dio derecho de ciudadanía a todos los habitantes del imperio.

En relación al jefe máximo, llamado *princeps* (en cuanto jefe del senado) y posteriormente emperador (en cuanto jefe del ejército), se deben hacer algunas precisiones ya que era el jefe del ejército, el senado y el pueblo, además de ser cónsul, pontífice máximo y censor. En los primeros siglos la parte occidental jamás lo vio como un ser divino porque el término *augustus* (*augere*) quiere decir "hacer crecer", en este caso la fortuna del imperio; al traducirlo, la parte oriental introdujo la sacralización imperial al usar la palabra *theibastos* (representante de la divinidad). Además de ello, cuando el emperador no tenía en cuenta la colaboración del senado era calificado como "mal emperador" por los mismos romanos (el caso de Nerón y Domiciano), y cuando un emperador moría era llamado *divus*, es decir, santo. A finales del siglo III aparece la concepción del emperador como *domus* (dominador, señor) y representante de la divinidad.

A la luz de la historia se puede deducir que existían elementos tanto positivos como negativos, siempre y cuando se mire la realidad del imperio romano desde la perspectiva de la historia de la Iglesia. En lo negativo, en cuanto que dificultaron el avance del cristianismo, se pueden ofrecer, al menos, cuatro campos que en sí no son absolutos: religioso, filosófico, social y moral.

Religiosamente los dioses domésticos (lares, manes y penates) fueron sustituidos por la Tríada Capitolina (Júpiter, Juno y Minerva); luego vino el culto a Roma y el emperador, lo cual llevó a una cierta irreligiosidad en las clases cultas y la atracción por los cultos orientales, consecuencia lógica del sincretismo religioso que practicaba el pueblo romano. Esta situación creó varias dificultades porque algunos pensaban que el cristianismo era como una oferta más en el mercado religioso romano; en el fondo el cristianismo era visto como una secta, como una baja filosofía, porque no se veía que fuera un proyecto de realización a la luz de unos principios morales enseñados por Dios mismo[29].

En este mismo aspecto, el término pagano o paganismo no tenía ninguna connotación religiosa porque en el imperio no existían personas irreligiosas y esta expresión se refería a las personas que vivían fuera de las ciudades, en los llamados "pagos"; pero comenzó a tener un sentido religioso a partir de la intelección hecha por Orosio en su historia, en cuanto que las personas que vivían fuera de las ciudades no asistían al culto cristiano que ya era reconocido por el imperio (hacia el siglo IV). Además de ello, no se puede olvidar que el cristianismo comenzó siendo una práctica religiosa ciudadana, toda vez que la mayoría de las primeras comunidades cristianas eran urbanas. Otro elemento importante, consiste en saber que el imperio era muy religioso, veía las cosas como sagradas y lo divino invadía el mundo, por lo que era importante establecer relaciones con la divinidad; la forma como se entendían estas relaciones entre el hombre y la divinidad era

diferente en las dos partes del imperio: en Occidente era una situación jurídica ya que el hombre adoraba para que los dioses le fueran propicios y alcanzara la fortuna y la felicidad (pacto, alianza), en Oriente había que buscar la divinidad para llegar a la felicidad que no se encontraba en este mundo que era imperfecto (ascesis); ambas visiones eran optimistas y naturalistas.

Lo anterior da a entender que el cristianismo encontró, en el campo de la política un ambiente propicio, pero en el campo religioso las cosas eran diferentes porque a la mayoría de los romanos les parecía absurda la idea de la encarnación y, además, le era difícil dejar de rendir culto a algunos dioses que durante varias generaciones habían sido propicios al concederles bienestar y salvación.

Filosóficamente existían las escuelas morales que desde una axiología un tanto reductiva buscaban una meta antropológica: hedonismo, epicureismo, eclecticismo y estoicismo. Cada una de las escuelas, ofrecía valores, que en sí mismos eran positivos, pero que en más de una oportunidad eran vistos como contrarios a la experiencia cristiana. Caso especial fue el estoicismo que, junto con el platonismo, dejó huella en la reflexión ética cristiana, a tal punto que sin el encuentro con la estoa sería incomprensible el desarrollo espiritual del cristianismo[30].

Socialmente, mientras la familia estaba en bancarrota, la sociedad luchaba debido a las diferencias que existían. En el campo demográfico también existían dificultades: epidemias, invasiones, guerras y hasta una incipiente planificación familiar, a ello se le unían algunas prácticas que buscaban la reducción demográfica como la contracepción, el aborto y el abandono de los recién nacidos[31].

Moralmente el lujo y las diversiones, que desde el cristianismo eran vistas como amorales, desenfrenadas, casi llenaban el día del romano común. En este contexto se ubican los espectáculos circenses y las luchas de gladiadores. En relación a éstos, se dice que "al visitar las arenas romanas después de casi dos mil años de cristianismo, sentimos la impresión de descender al infierno de la antigüedad. Para salvar el honor de los romanos desearíamos arrancar del libro de su historia esa hoja que amancilla, con un océano de sangre indeleble, la imagen de aquella civilización magnífica"[32]. Sin lugar a dudas la historia de los gladiadores puede producir al mismo tiempo repulsa y admiración.

En lo positivo: la unidad del imperio y del mundo conocido, la unidad de lenguaje, el sentimentalismo que habían logrado crear las religiones y los misterios orientales, la creencia en un ser supremo a pesar del politeísmo sincretista, y los ejemplos de algunos filósofos que tenían profundas bases sobre la "auténtica verdad".

Por lo expresado hasta aquí, en torno a los elementos positivos y negativos, se dice que de la realidad social del mundo a la venida del cristianismo se infieren los cuatro enemigos de la Iglesia en sus primeros años: los judíos, el imperio, la mezcla filosófica y religiosa no cristiana, y los herejes y cismáticos que tergiversaban la doctrina.

1.2 Una aproximación a la historia de Jesús

Para comenzar se puede decir que la tierra de Jesús era una colonia romana que vivía con cierta independencia, con una historia muy particular y unas instituciones y partidos que aparecieron desde la cautividad. Su estado social y moral aunque era mejor que el del imperio, también estaba muy bajo debido a las intrigas y pasiones que se vivían y las diferencias sociales que existían; en este ambiente se entiende mejor la actitud de los esenios y los monjes de *Qumram,* comunidades radicales que se convirtieron en una especie de profetismo de denuncia frente al ambiente social del momento. Junto a esta realidad social está la diáspora, judíos que vivían en el extranjero por distintos motivos, que proporcionaron un ambiente adecuado para la extensión de la Iglesia naciente[33]. Sociológicamente Palestina estaba conformada por diferentes grupos que se pueden entender como distintas respuestas a la problemática existente; junto a los dos grupos antagónicos que religiosamente existían: saduceos y fariseos, se ubican los movimientos populares tanto mesiánicos como proféticos. Se debe tener claro que "Roma no gobernaba a Palestina en la concreción del día a día. Gobernaba a Palestina indirectamente, bien a través de un rey, etnarca o tetrarca cliente (títere), bien a través de un gobernador permanente, quien a su vez utilizaba a los aristócratas locales, especialmente al sumo sacerdote"[34].

Los acontecimientos de Pentecostés y el concilio de Jerusalén encuadran la oposición a los apóstoles por parte del Sanedrín y la apertura de la Iglesia; estos temas son el eje de este apartado en el que se intenta unir la historia con la interpretación teológica, con lo que la visión histórica y teológica ganará varios puntos toda vez que la historia de la Iglesia es a la vez una reflexión teológica y un lugar teológico[35]. Antes conviene exponer algunos datos sobre Jesús, fundador de la Iglesia, un judío con igual mentalidad que en un contexto judío fundó la Iglesia, entendiendo la fundación como un proceso y no como un acto puntual, advirtiendo que no se va a decir que Jesús fue un excelente hombre, sino que se proponen algunos datos para considerar a la luz de su vida nuestro hastío y nuestra esperanza.

En torno al nacimiento de Jesús existe una problemática porque los anales cronológicos no son exactos y aunque haya muchas fechas, no es bueno matricularse en ninguna de ellas; a pesar de ello se suele proponer los años 747-749 de la fundación de Roma (años 6-3 a.C.) teniendo presente más las fuentes cristianas y no cristianas que la cronología propuesta por Dionisio el Exiguo en el 526[36]. No está de más decir que junto a la fecha del nacimiento, hay otras dos fechas que también son problemáticas: el inicio de su vida pública con el bautismo por medio de Juan y la del viernes de pasión. Esto da a entender que la existencia de Jesús no es una ficción porque su vida fue conocida por el público; fue la de un judío normal que desde el discurso teológico es Dios y hombre, viviendo inmerso en un ambiente social donde se opuso a la corrupción existente. Aquí surge una gran dificultad porque la mayoría de los estudiosos en torno a Jesús son personas que tienen más preparación teológica que histórica.

Por todos es sabido que las narraciones evangélicas son interpretaciones de fe, realizadas después del acontecimiento de la resurrección. No obstante ello, es claro que

el punto de partida de la experiencia histórica de Jesús tiene como eje las palabras "el tiempo se ha cumplido"; estas palabras vistas desde la historia no parecen sugerir catástrofes, ni olor a azufre, sino un momento único e irrepetible, que permite la cercanía a un hebreo de religión judía que con su corta pero directa predicación consoló a los afligidos y perturbó a los acomodados. "En vez de arremeter con amenazas, expone un ideal o, mejor, varios ideales, todos ellos de una modestia precisa y concreta: ponerse al lado de los pobres y defender sus desguarnecidos intereses, ser comprensivo y perdonar a los otros, hacer la paz allí donde hubiere lugar. Si hacen estas cosas serán felices; en efecto, son el único camino a la felicidad. El poder no es más que una ilusión y su ejercicio, una excusa para la crueldad. El abuso del poder es responsable de la pobreza, la opresión y la injusticia, la guerra y la tortura"[37]. No en vano en Él el amor se convirtió en un arte; el amor se volvió poesía; la solidaridad una sinfonía; la mansedumbre, un manual de vida; enseñó que el amor sólo florece en el suelo de la libertad.

Por lo que se refiere a la historia de la Iglesia, el centro de su actividad fue la formación y organización de una comunidad, institución espiritual y visible que tiene sus bases en las virtudes, la estricta moral, la sujeción a la presencia de Dios y la apertura al mundo; para cumplir su cometido eligió 72 discípulos (ó 144), de éstos eligió a doce a quienes instruyó y les comunicó los poderes necesarios para que dirigieran la comunidad; de estos doce eligió a Pedro como cabeza. Otro aspecto importante fue el hecho de haber unido religión y ética, los dos principios salvíficos de hebreos y griegos, en una nueva unidad; además, anunció el reino, una nueva comunidad sobrenatural para la salvación y santidad de los hombres, que debe acoger a todos los pueblos y durar hasta el fin de los tiempos[38]. Debido a ello es importante tener en cuenta las notas esenciales del Dios de Jesús y su relación con la realidad social porque el Dios de Jesús no es un dogma, ni un concepto, sino una experiencia que lo transparenta y lo mueve; tampoco es un Dios institucional, sino un Dios de cambio, de las víctimas, de la misericordia, un Padre, un misterio que tiene fuerza para crear en el hombre unos valores alternativos que llevan a un nuevo estilo de vida[39].

Aunque su vida fue ejemplar, los escribas y fariseos no lo aceptaron porque su ejemplo destruía sus sueños de grandeza y ambición; en este ambiente se gestó la guerra que terminó con su vida intrahistórica en abril del 30 d.C., después de haber sido condenado a muerte de cruz "por el simple pecado de haber provocado, con sus utopías libertarias, a los dos grandes poderes de su época: el religioso y el político"[40]. A propósito de su muerte y sobre la base los datos arqueológicos, se puede decir con una cierta seguridad que Jesús nació entre el 8 y el 4 a.C., que comenzó su vida pública entre el 27 y el 28 d.C., y que murió el 7 de abril del 30 d.C., ya que durante el gobierno de Pilato sólo dos 14 de nisán, coincidieron con un viernes[41].

Aquí se ubica el acontecimiento de la resurrección[42], prueba convincente de la divinidad de Cristo, confirmación de la fe de los apóstoles y consolidación de la comunidad; pero aunque la fe dice ello, la crítica histórica debe hacer un esfuerzo muy grande para que la fe no entre en tensión, porque ese acontecimiento rompe toda

estructura histórica ya que no se puede comprobar, sino aceptar por el testimonio existencial de unas personas que no fueron testigos oculares. Esto lleva a decir que Jesús dio origen a un movimiento con algunas características básicas: surgió en una situación de crisis, buscó a través de la protesta un cambio radical, existencia de un profeta que comprende la situación, confiere a los sectores marginados conciencia de una nueva identidad abriéndolos al protagonismo histórico y tuvo corta duración porque a los pocos años comenzó a institucionalizarse.

En Pentecostés se consumó la constitución de la comunidad, ya que a partir de ese acontecimiento se cumple con el mandato misionero que es la columna vertebral de esta institución que a lo largo de veinte siglos camina hacia la definitiva realización del reino de Dios. Según los textos bíblicos, que la crítica admite como históricos, se afirma que con el impulso recibido por la acción del Espíritu Santo la Iglesia comenzó a extenderse cuando se dieron las primeras conversiones masivas al ver los signos que acompañaban la predicación apostólica.

1.3 Algunas razones de la expansión del cristianismo

La primitiva comunidad, según los datos ofrecidos más por tradición que por veracidad histórica, estaba compuesta por los pobres, quizá lo más vil de la sociedad[43], lo cual no es del todo cierto; por ello la comunidad que presenta los *Hechos de los Apóstoles* es un ideal que pocos realizaron, máxime cuando existían grandes diferencias que no permitían la auténtica comunión y cuando los primeros cristianos siguieron cumpliendo la ley mosaica en medio de una rica diversidad de comunidades; de ahí que el Evangelio insista en "los pobres de espíritu". Andando el tiempo llegó el momento en el que con la curación de un paralítico se activó la reacción de los judíos contra los cristianos quienes estaban haciendo una especie de gobierno en la sombra, una competencia desleal al Sanedrín que no iba a ser admitida; estas persecuciones sacaron a la Iglesia del marco judío presentándose el universalismo que fue iniciado por diáconos y cristianos helénicos.

La expansión del cristianismo se dio, supuesta la fuerza del Espíritu Santo, por la presencia de algunos factores favorables: la existencia del imperio romano que englobaba la totalidad del mundo grecolatino, la paz interior y la facilidad de las comunicaciones que favorecían los viajes, la transmisión de ideas y noticias, la afinidad lingüística y el clima espiritual existente en determinados sectores. Además, se debe tener en cuenta los factores sociales: geográfico, ecológico, étnico, político, económico, cultural y religioso.

A pesar de los aspectos positivos también hubo obstáculos que impedían la conversión; entre ellos: el aislamiento al que se veían confinados los judíos convertidos y el ateísmo en el que caían, según la mentalidad no cristiana, los que se convertían al cristianismo; por ello la conversión al cristianismo constituyó una decisión radical que encerraba un elevado valor moral. En este ambiente de factores tanto positivos como negativos se gestó el "encuentro de dos culturas": la no cristiana y la cristiana; con el correr de los

años la cultura menos afianzada terminó por evangelizar el imperio, que se despertó cristiano[44]; pero antes hubo necesidad de pasar por una serie de situaciones adversas.

La Iglesia se expandió por constitución, fe y piedad. La constitución se basa en una estructura jerárquica de la que Cristo es el centro: Pedro, los doce, los diáconos, los presbíteros. La fe se centra en la resurrección y glorificación del Señor, vivida como un hecho, que lo reafirmaba como autor único de la salud. La piedad se edificaba sobre su fe; esto da a entender que el cristianismo era un grupo de personas vinculadas a Jesús, con unos comportamientos y funciones determinadas que los llevaba a una cierta identificación colectiva[45]. Gracias a estos tres pilares la Iglesia pudo triunfar a pesar de la decadencia de las religiones griegas y orientales, el culto al emperador, la religión popular con su dios Asclepio, los tres grandes cultos mistéricos orientales (Isis-Osiris-Serapis, Cibeles, Atargatis) que tenían un profundo parecido con el misterio central de la fe. No en vano la misión de la Iglesia consiste en transmitir palabras de vida y comunicar una vida divina a la humanidad[46].

2. La Iglesia en el marco del judeocristianismo

Durante esta fase[47] Jerusalén fue el punto de referencia para entender la historia de la Iglesia, su contraste con el mundo hebreo y su expansión hasta la ruptura "del cordón umbilical" en relación al mundo judío, cuando Jerusalén y con ella el templo, fueron destruidos hacia el 70; al respecto, el movimiento cristiano era visto como "un grupo intrajudío de renovación que se reúne en Palestina en torno a Jesús y que continúa hasta el año 70"[48]. Conviene tener presente a los emperadores romanos de este período: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón.

Son varios períodos: del 30 al 36, los primeros pasos de la Iglesia; del 36 al 42, la organización eclesial; del 42 al 70, el ingreso de la Iglesia en el mundo helénico. En el período comprendido entre el 42 y el 70 se dieron los viajes paulinos: el primero a Asia, el segundo a Europa, el tercero a Europa para visitar las comunidades fundadas por él, en el cuarto era un prisionero con libertad vigilada.

En relación a los viajes de Pablo, la narración de *Lucas* se detiene en el 63; aquí comienzan los problemas porque sólo se sabe que Pablo fue martirizado en la persecución de Nerón entre el 64 y el 68; la tradición propone el martirio hacia el 67 ó 68. Como los cinco años que median entre el final de la narración lucana y su martirio carecen de noticias, surgen las hipótesis, una de ellas habla de la presencia de Pablo en España, lo cual, más que una realidad, es una justificación tradicional del "ir y anunciar hasta los confines de la tierra".

El concilio de Jerusalén celebrado entre el 48 y el 50 para aclarar algunas cosas del cristianismo tuvo a Santiago el Menor, el hermano del Señor, como director, no obstante ello, Pedro es el jefe de la comunidad que allí se reúne. Esta reunión permite inferir que la experiencia judía marcó la experiencia cristiana de los primeros años; la única diferencia consistía en que el grupo de los cristianos creía que el Mesías vino en la

persona de Jesús. Es más, hasta la mitad del siglo II la teología cristiana se elaboró dentro de un marco de pensamiento judío[49]; esto fue así porque los primeros cristianos procedían de ambientes judíos: saduceos, fariseos, esenios, helenistas, herodianos, celotas, baptistas, etc.

2.1 Inicios de la comunidad y primeras persecuciones

Si se hace un recorrido por los capítulos uno a trece de los *Hechos de los Apóstoles*, se puede entender que la comunidad cristiana comenzó su historia en un ambiente particular, ligada a la realidad religiosa judía de tal manera que permanecía unida a Jerusalén donde los apóstoles formaban una comunidad de la que Pedro era el jefe; además, se dio el primer movimiento de expansión fuera de Jerusalén, incluso fuera de Palestina, es decir, comienza la universalización de la comunidad cristiana, aunque todavía estuviera circunscrita al continente asiático. De acuerdo a este libro, los cristianos tomaban conciencia de ser una comunidad particular con vida propia y reuniones frecuentes, donde se daban instrucciones que iban seguidas de la fracción del pan[50]. De acuerdo a los *Hechos* y la práctica religiosa de un grupo de judíos, algunos se hicieron prosélitos (2, 11) y otros se hicieron temerosos de Dios (10, 2; 13, 50); es muy probable que estos grupos vieran en el cristianismo su ideal porque ofrecía lo que ellos deseaban y eliminaba la circuncisión que les repugnaba[51].

Algunos datos básicos de los inicios de la comunidad son: los apóstoles regresaron a Jerusalén y eran asiduos a la oración; Pedro siempre toma la iniciativa y su posición al interior de la comunidad es respetada; en Pentecostés recibieron una fuerza especial (el Espíritu Santo) que los impulsó a anunciar el Evangelio; siempre existían varias líneas, la Iglesia de la circuncisión y la Iglesia de los gentiles; a todos se les anunciaba la necesidad del arrepentimiento y el bautismo en el nombre de Cristo para el perdón de los pecados; después del bautismo recibían el don del Espíritu Santo; entre los miembros de la comunidad existía la fracción del pan, la cual era única para los miembros de la comunidad que todavía seguían frecuentando el templo; los bienes se podían poner en común y quien después de hacerlo, violara esa norma, era castigado; una acción social a favor de un necesitado comenzó a abrir la brecha en relación a la comunidad judía; por predicar el nombre de Jesús y actuar en su nombre, los miembros de la comunidad, fundamentalmente sus líderes, fueron interrogados y encarcelados por mandato del Sanedrín; en un momento determinado surgió un malestar en una de las líneas de la comunidad, la de los helenistas, y para dar una respuesta concreta y efectiva a esta situación nacieron los diáconos ya que los apóstoles no podían, en conciencia, descuidar la predicación.

El motivo que originó la elección de los diáconos permite entender que entre las líneas que existían al interior de la comunidad se presentaban rivalidades; además, no se sabe si los cristianos de ambiente griego eran prosélitos o simpatizantes de los judíos que habían aceptado el anuncio que los apóstoles hacían, porque de hecho todavía no se había anunciado el Evangelio a los miembros de otras religiones, es más, ni siquiera a los no

judíos ya que todas las comunidades eran de ambiente hebreo. También es posible ver en los diáconos una línea un tanto paralela a la apostólica.

Haciendo una reflexión sobre los capítulos uno a siete, que son los que se refieren estrictamente a los inicios se captan algunos elementos que son histórica y teológicamente importantes: la oración comunitaria es fundamental; la condición básica para pertenecer al grupo apostólico es ser testigo de la resurrección; la acción del Espíritu Santo crea una nueva realidad, la Iglesia; la comunidad, la Iglesia, dialoga con el ambiente que encuentra, el cual se va universalizando en la medida en que los apóstoles se desplazan a diferentes lugares anunciando el Evangelio; el bautismo, hecho en nombre de Jesús, se concibe como una premisa para recibir el Espíritu Santo; la función y el puesto de Pedro no se cuestiona; el anuncio constituye el primer acto de la predicación apostólica; aunque existía una cierta simpatía con el judaísmo, los miembros de la comunidad de seguidores de Jesús, ya celebraban la Eucaristía con sus implicaciones; a medida que pasan los años y aumenta el número de miembros de la comunidad, aparece la tensión entre la comunidad y el mundo judío hasta llegar a la persecución y la ruptura; el martirio, es decir, el testimonio, era una ocasión de fecundidad evangélica; la imposición de manos comienza a ser un gesto central en la comunicación de un don sobrenatural; finalmente, el anuncio de la resurrección de Jesús llevaba a un nuevo estilo de vida.

Al tiempo que se daban dificultades al interior de la comunidad, también se comenzaron a presentar problemas desde afuera; Este es el caso de las persecuciones. La persecución tiene en el tradicionalismo una de sus motivaciones; al respecto, apegarse a una tradición conduce a un bloqueo mental que impide la posibilidad de una mejor intelección de las cosas. También se debe hacer la distinción entre tradicionalismo y tradición; la tradición es el cultivo, respeto y actualización de los valores culturales propios pero respetando y aceptando los valores de los demás; el tradicionalismo no es más que una falsa tradición que va contra la posibilidad del progreso y "se empeña en que todo el compromiso del presente consiste en referirse a los modelos del pasado y en imitarlos"[52]. Desde la remota prehistoria esto se ha manifestado en el hombre, y la Iglesia, formada por hombres, no ha sido la excepción ni por ser perseguida, ni por presentar algunos elementos en los cuales se puede entrever un cierto afán de persecución.

La primera persecución fue contra la Iglesia de Jerusalén y se desató después del martirio de Esteban; condujo a la primera expansión del cristianismo porque algunos cristianos al huir de Jerusalén llegaron a Palestina y Siria donde predicaron el Evangelio. La situación de Pedro y los once era particular, al menos así la presenta los *Hechos*: predicación, arresto, proceso, liberación. Esto es lógico si se tiene presente que la noticia que se conocía oficialmente no era la resurrección de Jesús, sino que su cuerpo había sido robado del sepulcro y sus seguidores lo proclamaban resucitado. De este período data la conversión de Pablo, quien en Damasco fue curado por Ananías, tuvo que escapar de allí y se dirigió a Jerusalén donde Bernabé lo presentó a los apóstoles; de Jerusalén también tuvo que escapar, se dirigió a Tarso y, posteriormente, al desierto, a Arabia:

"Sin subir a Jerusalén donde los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia de donde nuevamente volví a Damasco" (*Gálatas* 1, 17).

En Samaria, Felipe predicó el Evangelio; a esta región fueron enviados Pedro y Juan quienes imponían las manos sobre los convertidos y de esta manera recibían el Espíritu Santo. Un etíope, ministro de una reina, Candace, también se hizo bautizar (*Hechos* 8, 26-40). En Lidia, Jaffa, Cesarea y Antioquía, donde se les dio el nombre de cristianos (*Hechos* 11, 26), consta la presencia de comunidades cristianas. Dos cosas interesantes: por la actitud de Pedro, quien bautizó a algunos que aún no eran circuncisos hubo una agitación en Jerusalén, y por la importancia de Antioquía, allí fueron enviados Bernabé y Pablo, quienes permanecieron cerca de un año. La Iglesia de esta ciudad, tercera del imperio, se formó entre el 36 y el 37 y tenía como centro una predicación que no exigía el paso por el judaísmo; al conocer esto, la Iglesia de Jerusalén envió a Bernabé para controlar y ratificar los resultados[53].

La segunda persecución fue contra los discípulos y condujo a una nueva expansión de la Iglesia. En el 42 Herodes Agripa hizo asesinar a Santiago el Mayor y encarcelar a Pedro; esto da a entender que Pedro y Santiago eran figuras de primer plano al interior de la naciente Iglesia. Poco después de la liberación de Pedro por medio de un ángel, Herodes muere en forma ignominiosa, posiblemente el mismo año. A este punto el autor de los *Hechos de los Apóstoles* pone una frase misteriosa: "Pedro se encaminó hacia otro lugar" (*Hechos* 12, 17). Santiago el Menor, llamado el Justo, asume la dirección de la comunidad de Jerusalén, ya que Pablo lo menciona como una de las tres columnas de la Iglesia junto a Pedro y Juan (*Gálatas* 2, 9).

Con las persecuciones el cristianismo se extendió por otros lugares, es decir, salió de Jerusalén, llegando a Arabia, Fenicia, Celesiria, Adiabene, Osroene, Galilea, Samaria, creando centro cristianos como Damasco, Antioquía, Cilia, Siria, Chipre, Asia, Macedonia y Acaya; en varios de ellos, Pablo y Bernabé desempeñaron un papel decisivo; en estos centros normalmente se presentaban dos líneas y eso creó algunos problemas.

2.2 La obra apostólica

El término "apóstol", aparte de su significado básico de mensajero tiene un sentido de misionero itinerante o mensajero de la comunidad primitiva; también se puede entender como el misionero enviado por Cristo. En sentido estricto, el apóstol de Jesús sólo puede ser el que ha visto al resucitado. A partir del siglo II, los apóstoles son para la conciencia cristiana el punto decisivo del paso histórico de Jesús a la Iglesia, ya que el apostolado es perpetuación de la presencia de Jesús, Cristo y Señor, carisma y alta responsabilidad de origen sobrenatural[54].

Es una realidad la presencia de más de doce apóstoles, cuya elección hecha por Jesús y su misión puede considerarse histórica, aunque en la exégesis actual se pueda entrar a discutir. El grupo de los doce existía antes de la conversión de Pablo y su importancia tiene que comprenderse en una perspectiva escatológica. Su cualificación como

apóstoles se debe a la posterior comprensión de la Iglesia.

2.2.1 Los viajes de Pablo y el concilio de Jerusalén

A partir del "encaminarse" de Pedro, los *Hechos* centran su atención en Pablo[55]. Con el primer viaje la Iglesia se extiende por Asia Menor (43-48; *Hechos* 13–14). Desde Antioquía, Pablo y Bernabé se dirigen a Chipre donde se convierte el procónsul Sergio; posteriormente se desplazan a Antioquía de Pisidia donde tuvieron éxito, le hablaron a los no judíos y hubo problemas con los judíos; después viajaron a Iconio, Listra, Derbe, Pisidia, Panfilia, Perge y regresaron a Antioquía. En los sitios que visitaron instituyeron, a través de la imposición de manos, a algunos como presbíteros a quienes les asignaron responsabilidades de gobierno y servicio, por lo que los otros miembros de la comunidad debían estar sometidos a ellos. En Éfeso no eran llamados presbíteros sino obispos. En relación a estas comunidades, Pablo se presenta como el jefe del orden jerárquico pero en estrecha unión con la Iglesia de Jerusalén.

En el concilio de Jerusalén (*Hechos* 15), presidido por Santiago el Menor como jefe de la Iglesia de allí, se tomaron algunas decisiones doctrinales en las cuales se nota el progresivo distanciamiento del cristianismo en relación al judaísmo; los presbíteros tomaron parte en las decisiones en calidad de coadjutores de los apóstoles. Se gestó por la disputa que había en torno a la circuncisión o no circuncisión de los gentiles conversos, lo cual da a entender que el problema de fondo consistía en solidarizar el cristianismo con el destino temporal de Israel[56]; aunque los cristianos judíos la defendían, primó el designio universalista: "No imponer a los conversos venidos de la gentilidad ningún precepto de la ley de Moisés". *Los Hechos* dicen que el Espíritu Santo y los apóstoles decidieron ordenar que los cristianos se abstuvieran de participar en los banquetes sacrificiales paganos, comer carne o sangre de animal ahogado y los pecados de la carne (Hechos 15, 28-29). Este concilio es de vital importancia por las normas disciplinares que dio y el rompimiento del círculo judío con lo que se obtuvo un gran logro a la vez que se resolvió la cuestión de las relaciones entre cristianismo y judaísmo, señalando la ruptura del cristianismo con la comunidad judía.

Con el segundo viaje paulino (50-52; Hechos 16–18) la Iglesia llegó a Europa, a Grecia y Macedonia; nacieron las comunidades de Filipo, Tesalónica, Atenas y Corinto. Como siempre, la acogida al interior de la comunidad es con el bautismo, que se hace por inmersión. En este viaje, Pablo se encontró con dos cristianos, Priscila y Áquila, que venían de Roma donde había sido dada una ley contra los judíos y los cristianos, a causa de un tal Cristo.

En el tercer viaje (53-58; Hechos 19–20; 1Corintios) Pablo regresó a las comunidades fundadas por él para superar algunas dificultades. En este viaje ya existe una liturgia instituida: "El primer día de la semana estábamos reunidos para partir el pan" (Hechos 20, 7); esta frase tiene un sentido histórico y litúrgico preciso porque se contrapone a la celebración judía del sábado. El autor de los Hechos hace otra anotación interesante: estaban reunidos en una habitación que quedaba en el piso superior (Hechos 20, 8); esto

da a entender un ambiente oriental porque en aquella región del imperio, la gran habitación de la casa era en el piso superior; en estas casas, primera forma que tuvo la Iglesia de constituirse y relacionarse con el mundo, es muy posible que se hayan originado las *domus ecclesiae*, una institución que se hizo popular en el siglo II. Estas Iglesias domésticas "hacían posible la vida comunitaria, eran plataformas misioneras, lugar de acogida para los predicadores itinerantes, sostén económico del naciente movimiento"[57]. A manera de información, la casa Iglesia más antigua que se conoce es *Dura Europos* en Siria, que data mediados del siglo III y es famosa por los mosaicos que representan escenas tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento[58]. De estos años data la carta a los romanos, dirigida a una comunidad que no pertenecía al círculo paulino, escrita por un tal Tercio (Romanos 16, 22).

El cuarto viaje (59–63; Hechos 21-28) Pablo lo realizó cuando fue llevado a Roma como prisionero; sobre la base de los datos de los Hechos se deduce que Pablo estuvo prisionero en Cesarea por dos años y cuando llegó a Roma gozó de libertad condicional; no se sabe más porque el autor de los Hechos se detuvo en el 63. Aquí se cambia de fuente; la tradición habla de la persecución de Nerón entre el 64 y el 68, y de la muerte de Pablo entre el 64 y el 67; esto da a entender que existe un margen de cinco años en los cuales lo único que existe son hipótesis. En cuanto a ellas, quienes sostienen el viaje de Pablo a España ponen su martirio hacia el 67, quienes son de una opinión diferente ponen su martirio hacia el 64; además, cuando Pablo llegó a Roma ya existía una comunidad que respetó porque no se sentía como su jefe; por ello su actitud hacia los romanos es diferente en relación a las otras comunidades iniciadas por él.

Al hablar de la obra de Pablo no se puede omitir la organización de las comunidades paulinas, cuyo centro es el fundamento sobrenatural sobre el cual se cimienta la Iglesia, y a pesar de la independencia de cada una, todas tienen conciencia de unidad por el vínculo con la Iglesia de Jerusalén. En estas comunidades había una especie de jerarquía cuyo centro era Cristo: Pablo, obispos o presbíteros, diáconos y carismáticos; todos fueron fieles continuadores de la hazaña paulina, que consistía en crear conciencia de una Iglesia universal. El centro de la vida religiosa de estas comunidades es la fe en el Señor glorificado que da a la liturgia y la actividad cotidiana su carácter; he ahí la razón de la radicalidad de Pablo. Para participar de estas comunidades, era necesario estar bautizado; su centro era la celebración de la cena del Señor en las *domus ecclesiae* (1Corintios 10, 16-21), donde la unidad interna de cada comunidad se iba fortaleciendo por la oración y la predicación de los misterios (homilía). Con el pasar de los días estas comunidades comenzaron a ser llamadas parroquias, es decir, casas de forasteros, que posteriormente se dividieron dando origen a otras parroquias. Además de ello, se debe recordar que la casa, tanto la habitación como la familia, era una estructura básica del cristianismo primitivo; debido a esto la Iglesia daba la impresión de ser una red de casas.

2.2.2 La obra de Pedro y su presencia en Roma

La historia habla poco de la actividad del "príncipe de los apóstoles", el hombre que

fue constituido por Jesús como roca sobre la cual edificaría la Iglesia. Aparte de lo poco que dicen los evangelios y los Hechos de los Apóstoles, en su primera parte, casi nada se sabe de él, máxime cuando casi todas las fuentes son apócrifas[59].

La estadía de Pedro en Roma es un tema delicado porque tiene muchas implicaciones, ya que para designar a sus obispos como sucesores de Pedro, no era absolutamente necesaria su presencia personal allí, ni mucho menos para sostener el primado papal como institución de derecho. Su estadía en Roma, después del silencioso "se marchó a otro lugar" (Hechos 12, 17), está sustentada en tres testimonios originales muy próximos entre sí que, tomados cronológicamente en conjunto, tienen una fuerza afirmativa equiparable a la certeza histórica: la carta de Clemente Romano a los corintios, la carta de Ignacio de Antioquía a los romanos y la *Ascensión de Isaías*; a estos testimonios se le añade el último capítulo del Evangelio según san Juan y los últimos versículos de la primera carta de Pedro. De esos testimonios se parte para hablar del martirio de Pedro en Roma bajo el reinado de Nerón, a mediados de la década de los sesenta del siglo I; a ellos se le suman los escritos de Papías de Hierápolis, Dionisio de Corinto y Gayo. Al hablar del martirio se hace referencia a su sepulcro que ha sido el dolor de cabeza para los historiadores.

Los testimonios

Es un tema delicado porque son muchas las cosas que se dicen y las interpretaciones que se hacen. Las fuentes bíblicas dan a entender la existencia de una comunidad en Roma, a la que Pablo le escribió una carta y Pedro le predicó. El autor de los Hechos se reduce a ver la actividad misionera de dos apóstoles, la acción misionera de los otros se deduce implícitamente cuando se habla de los "hermanos" que Pablo encontró en algunas localidades. Una de estas localidades era Roma donde murieron Pedro y Pablo, o donde se encontrarían sus tumbas.

Para entender los testimonios se deben ver retrospectivamente algunos datos históricos. Entre el 60 y el 62 Pablo llegó a Roma; unas personas que pertenecían a la comunidad cristiana vinieron a recibirlo (Hechos 28, 15). Hacia el 57 Pablo "escribió" la *Carta a los Romanos;* es decir, ya existía en esa ciudad una comunidad. Hacia el 51 el autor de los Hechos dice que Pablo se encontró en Corinto con Áquila y Priscila quienes venían desde Italia donde Claudio dio una ley para alejar los judíos. Hacia el 49 Suetonio en la *Vida de los doce Césares* al hablar de Claudio dice que, debido a unos desórdenes en Roma, fueron expulsados los judíos, quienes vivían en agitación debido a un tal Cristo: "Expulsó de Roma los judíos que, a instigación de un tal Cristo, provocaban turbulencias"[60]. Se presume que después de esta expulsión la comunidad cristiana retomó su vida normal pero separada de la comunidad judía. Entre el 42 y el 43 Tácito en *Los anales* de la dinastía Julio-Claudia[61] habla de la adhesión al cristianismo de Pomponia Grecina, esposa de Aulio Plaucio, un importante personaje romano; esta mujer fue condenada por una superstición extrema, lo cual da a entender que el cristianismo era entendido como una superstición.

Por estos testimonios, existe la posibilidad de relacionar la formación de la primera comunidad cristiana de Roma con el momento en que cronológicamente el autor de los *Hechos* dice que Pedro se fue a otro lugar (*Hechos* 12, 17). Algunos estudiosos ven esta relación como el hipotético itinerario de Pedro quien llegó hasta Roma anunciando el Evangelio.

Otras fuentes hablan de la presencia de Pedro en Roma desde el gobierno de Claudio (41-54); entre ellas, Eusebio, quien en varios apartes de su *Historia eclesiástica* sostiene que Pedro fue conducido a Roma. Las cartas petrinas fueron escritas desde "Babilonia" expresión con la que los cristianos designaban a Roma. En algunos textos de origen cristiano se habla de egregios y cesarianos; los egregios eran las personas encargadas de cobrar los impuestos y se diferenciaban de los clarísimos que eran los senadores, ambos pertenecían a la nobleza romana; en relación a este aspecto se anota que Lucas dirigió sus escritos a un ilustre Teófilo que literalmente es la versión griega de *egregius* (*kratistos*). El fragmento 7Q5 de Qumram (que hace una referencia a Marcos 6, 52-53) está en relación con algunos fragmentos encontrados en Herculano, desde donde, parece, fue enviado a Qumram un documento procedente de Roma; estos fragmentos testimonian la presencia de Pedro en Roma. Otro documento es el *Apocalipsis* de Pedro: "Estuvo en la ciudad de la corrupción donde sufrió el martirio".

De acuerdo a esos testimonios la presencia de Pedro en Roma no se discute, lo que se discute es la fecha desde la cual estuvo y la forma como fue martirizado, porque sólo en Eusebio se encuentra el particular de la crucifixión con la cabeza hacia abajo. Los testimonios sobre la presencia de Pedro en Roma son abundantes y desde los primeros siglos se habla de su sepulcro en el Vaticano, pero esto no es tan claro, como algunos pretenden sostener.

La tumba de Pedro

Al abordar este tema, es fundamental tratar tres elementos: las excavaciones, la tumba y las reliquias. Siguiendo este orden se hará un discurso histórico en torno a una realidad que a lo largo de la historia de la Iglesia ha tenido y tiene diferentes lecturas.

En cuanto a las excavaciones que se hicieron en el siglo XX, existen tres etapas fundamentales. De 1940 a 1949 se presentó una relación oficial que fue entregada a Pío XII; quienes trabajaron en ella eran reconocidos arqueólogos que hicieron excavaciones auténticas. De 1953 a 1956 se hicieron algunas excavaciones sobre el Mausoleo de Valerio bajo la dirección de Guarducci, Mortelli y Prandi; de estas excavaciones, que tienen relación oficial, sólo se sabe que los datos presentados fueron revisados y corregidos en 1963. En los años sesenta del siglo XX, la Fábrica de san Pedro hizo una serie de excavaciones sobre el mausoleo N.

Estas excavaciones se presentaron porque el 10 de febrero de 1939 murió Pío XI (1922-1939) quien en su testamento expresó el deseo de ser enterrado cerca a la tumba de Pío X cuyo sepulcro se encontraba en la gruta vaticana. Pacelli, secretario de Estado, encargó a Ludovico Kaas para que encontrara el lugar más indicado; cuando lo estaban

buscando encontraron en el pilar de san Andrés (uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula vaticana) siete espacios desconocidos. El 2 de marzo de 1939 fue elegido Pío XII quien bajó a la gruta vaticana y como ésta era de poca altura le hicieron la sugerencia (Kaas la hizo) para que bajara el pavimento y creara un corredor o pasillo más amplio y aireado. El 29 de junio el Papa hizo el anuncio oficial de las excavaciones sin mencionar para nada lo de la tumba de san Pedro.

Cuando comenzaron los trabajos, a los 20 centímetros de profundidad encontraron unos restos de la basílica constantiniana sobre la cual fue construida la actual; los operarios llamaron al director de la comisión pontificia de arqueología y continuaron las excavaciones. Se hizo necesaria la fortificación de los pilares y cuando llegaron a un metro de profundidad encontraron una cornisa con lo cual entendieron que se encontraban con la parte superior de una construcción antigua. En este momento se conformaron tres grupos: arquitectos (Nicolosi, Galeazzi y Giovannoni, con Bruno Apolloni Ghetti como asistente), arqueólogos (Iossi, Kirschbaum y Ferrua) y delegados de la sección de arqueología (monseñor Respighi y Kaas). Giovannoni dimitió en 1941 por presiones de Kaas; Nicolosi y Galeazzi eran los responsables de la estabilidad de la basílica y por ello no fueron obligados a renunciar; cuando apareció el informe oficial, Kaas hizo cambiar la introducción que presentó a los expertos como simples observadores.

Las excavaciones comenzaron en la cripta semianular de Gregorio Magno; fue en estos momentos cuando surgió la idea de buscar la tumba de san Pedro que se creía estaba en ese lugar porque, según la tradición, allí había un sarcófago de plata con una cruz de oro donde estarían los huesos de san Pedro. En las excavaciones no se encontró ni lo uno ni lo otro; se pudo comprobar que debajo de la actual basílica vaticana se encuentran restos de la basílica constantiniana y debajo de esos restos, una necrópolis no cristiana.

En la antigua necrópolis no cristiana se encontraron 22 mausoleos que fueron numerados de oriente a occidente utilizando letras latinas; casualmente la letra P fue asignada al lugar donde se cree estaba la tumba de Pedro. Para llegar a estos resultados hubo necesidad de excavar primero en algunos sitios de la capilla clementina, después en los restos de la basílica constantiniana, cuyo altar fue restaurado por Gregorio Magno; es en este lugar donde se encuentra la "confesión de Pedro" junto a la cual existía un corredor semianular; en este corredor se hicieron algunas excavaciones y se descubrieron algunos *grafittis*, de ese lugar partía otro corredor central que terminaba frente a la llamada tumba de Pedro.

Hasta este punto no había ningún problema; pero, con el deseo de descubrir la tumba de Pedro, las excavaciones continuaron desde la capilla clementina y al traspasar el muro posterior se encontraron con unas gradas que conducían a otro mausoleo (Q) y un muro rojo (construido por Constantino); este muro tiene una nota particular: cuando llega a la llamada tumba de Pedro cambia el nivel de la profundidad de sus cimientos. Cuando se encontraron con este muro excavaron por debajo de él y una vez lo atravesaron parte de la llamada tumba de Pedro cayó por tierra y no encontraron nada. Comenzaron a estudiar el espacio que, por testimonio de algunas crónicas, existía, el cual fue encontrado; para

hacer este estudio decidieron tumbar una parte del muro rojo y se encontraron con una tumba cubierta de mármol y las bases del altar de Calixto II (1119-1124); comenzaron a quitar el mármol y se volvieron a encontrar el muro rojo. Los excavadores encontraron debajo del altar de Calixto II, que envuelve el de Gregorio Magno, un espacio que tiene un metro de largo, 80 centímetros de ancho y 75 de profundidad; fue el piso de este espacio, llamado la tumba de Pedro, el que se desplomó cuando atravesaron el muro rojo; conclusión lógica: la tumba de Pedro fue destruida.

Al estudiar el citado espacio en su sección inferior se descubrió en el lado que está contiguo al muro rojo una especie de nicho que sufrió una intervención violenta. Para interpretar esta intervención se han dado tres teorías: para unos es la tumba de Pedro y las muestras de violencia se deben a que se buscó la mejor forma de proteger las reliquias, para otros es un monumento conmemorativo al cual se adhirió el cemento cuando construyeron el muro rojo, algunos más dicen que como la tumba de Pedro se encontraba protegida por una empalizada, cuando ésta fue cambiada dio origen a tan violenta intervención. En un nicho lateral de una de las paredes (el muro G, construido para reforzar el muro rojo) se encontraron unos huesos que, según los estudios, pertenecen a un hombre de 1.70 metros de estatura, 60-65 años de edad, y ningún hueso de los encontrados es del cráneo; este informe fue oficialmente desaparecido. Es un dato de la arqueología que ese espacio siempre ha sido respetado y que junto a él se han construido muchas tumbas en años posteriores y se han encontrado algunos elementos de veneración que datan del siglo III.

En cuanto a la sección superior, el piso (es decir, el techo de la sección inferior) es una placa marmórea de origen no cristiano sobre la cual se construyó un monumento de dos (tres si se cuenta la parte inferior) niveles; es el llamado “trofeo” del cual habla Gayo; en la parte posterior de este monumento se encuentra la capilla clementina que a su vez está al frente del muro rojo sobre el cual se apoya el trofeo; en el muro rojo se encontró una ventanilla que da justo al segundo nivel del monumento.

Al interior de la tumba de Pedro se encuentra el campo P. En este campo, de 4 x 7 metros, se encuentra el trofeo del cual habla Gayo; es un monumento que data del 160 y fue construido sobre una tumba (o cercano a una tumba) que no era diferente en relación a las demás ya que la pobreza exterior (en la tierra y con una pequeña cubierta en forma de techo capuchino) y la orientación es prácticamente igual; la única diferencia radica en que esta tumba siempre fue respetada. Los arqueólogos, hablando de este campo, dicen que se encontró no la tumba de Pedro sino el lugar de la tumba de Pedro.

Finalmente se aborda lo referente a las reliquias de Pedro, teniendo presente que se debe diferenciar entre los huesos y las reliquias existentes. En cuanto a los huesos, encontrados en el nicho del muro G del espacio estudiado, se encontró la tibia derecha de un hombre; para unos estos huesos eran los de Pedro, para otros son los huesos de otra u otras personas. Los huesos encontrados en el muro G fueron introducidos en una urna de zinc junto con un papel que habla del lugar donde fueron encontrados; como este traslado se hizo en secreto, cuando en 1946 se hizo un muro de protección, los excavadores creyeron que los huesos estaban donde fueron encontrados. Después de

superar algunas dificultades, presentadas por Kaas, esos huesos fueron estudiados por el profesor Vicente Virno de la Universidad de Roma; este profesor lo primero que hizo fue botar 22 pedazos porque eran huesos de animales y, después, sobre la plancha de un esqueleto, comenzó a ubicar los huesos que quedaron; la conclusión de este profesor es clara: son huesos de un hombre robusto de edad avanzada y afirma que no encontró ningún hueso del cráneo. Esta conclusión está en consonancia con la tradición que afirma que en las dos cabezas (las de Pedro y Pablo) que se encuentran en la basílica de san Juan de Letrán están conservados los huesos craneales de estos dos mártires; hacia 1953 se hizo un estudio sobre estos huesos pero su resultado fue condenado al silencio.

Como los resultados oficialmente fueron silenciados aparecen opiniones diferentes sobre el hecho de saber de quién son esos huesos, que actualmente se conservan en una urna custodiada celosamente por el Vaticano con un letrero que dice: "... Se piensa (ESSE PVTANTVR) son los huesos de Pedro, que fueron encontrados en la Archibasílica Vaticana". Para terminar conviene saber que existen dos tesis fundamentales sobre el pontificado: para unos el Papa es el sucesor de Pedro, para otros es el obispo de Roma; todo surge a raíz de la presencia de Pedro en Roma, unas fuentes la afirman, otras guardan un prudente silencio; por ello es importante estar atentos a las líneas ideológicas y teológicas ya que la sucesión petrina no está ligada a una ciudad o un territorio. Esto, que es una realidad teológica, se encuentra en un camino diferente al arqueológico, técnico; no se quiere enseñar un dogma, sino presentar la realidad histórica de los hechos que sucedieron.

2.2.3 Los otros apóstoles[62]

Andrés. Nombre griego de un discípulo que nació en Betsaida Julia en Galilea y pescador como su hermano Simón Pedro. En la lista de los apóstoles aparece en segundo o en cuarto lugar. Primero fue discípulo de Juan y después de Jesús; formó parte del primer grupo de los seguidores de Jesús y presenció el primer milagro de Jesús. Lucas, al narrar la vocación del primer grupo de discípulos (Pedro, Santiago y Juan), no lo menciona aunque se puede suponer su presencia junto a su hermano en la barca desde la cual enseñaba Jesús. Después de la mención de Hechos 1, 13 no se tienen noticias históricas de él. Eusebio señala a Escitia, en Asia Menor, como su lugar de apostolado, de allí pasó al Epiro, en Grecia, y en Patras, ya anciano, fue condenado por el gobernador Egeatas a morir en una cruz aspada, que tomó el nombre de la cruz de san Andrés; como estas regiones tienen alguna relación con el mar Negro, se le considera como la cabeza que originó la sede patriarcal de Bizancio-Constantinopla; del 800 existe un testimonio que sostiene su crucifixión en un olivo y el menologio basiliano habla de un árbol en general. En el 356 Constancio hizo trasladar sus restos a Constantinopla; en 1208 fueron llevados a Amalfi y, desde 1462, bajo el pontificado de Pío II, descansan en la basílica de san Pedro en Roma.

Bartolomé. Aparece nombrado en la lista de los doce y es probable que su nombre propio fuera Natanael, ya que Bartolomé podría significar "Bar Talmai". En los

discursos gnósticos es uno de los interlocutores de Jesús, a quien interroga después de la resurrección, y de María, a quien le hace preguntas sobre la encarnación. En los *Hechos de Tomás*, es uno de los once apóstoles que echan suertes para dividirse las regiones donde anunciarían el Evangelio. Eusebio refiere una tradición según la cual Panteno habría encontrado cristianos en su viaje a la India, donde Bartolomé habría predicado, dejándoles un evangelio de Mateo en hebreo. Los *Hechos de Bartolomé* describen su martirio en India y los *Hechos de Andrés* lo ubican como misionero junto a Andrés en las costas del mar Negro. Los *Hechos de Felipe*, lo ponen como su compañero en Hierápolis y Licaonia. Tradiciones posteriores describen su martirio en Armenia: despellejado y decapitado, según algunos; crucificado, según otros. Sus reliquias se veneraron en Daras de Mesopotamia, la isla Lípari, Benevento y Roma.

Bernabé. Es el sobrenombre que los apóstoles le dan a José, levita de Chipre, que vende un campo y entrega su precio. Su actividad está unida a la de Pablo; fue enviado a Antioquía donde constató el éxito de las conversiones de los no cristianos, condujo a Pablo de Tarso a esa ciudad y volvió a Jerusalén para entregar la colecta realizada. A ellos se les une Juan Marcos, su primo, quien acompañó a Pablo en su primer viaje pero los abandonó en Perge y por ello hubo algunas dificultades; no fue obispo de esta ciudad porque allí había un sistema colegial que estaba sometido a la autoridad de los doce[63]. En Listra fueron tomados por Zeus y Hermes, y al volver a Antioquía fueron enviados a Jerusalén para dirimir la controversia en torno a la circuncisión convirtiéndose en portadores de la carta de los apóstoles. Al partir para el segundo viaje quiso llevar a Juan Marcos, pero hubo problemas, se separó de Pablo y se embarcó con su primo para Chipre y hasta ahí se tienen referencias de él. Es probable que haya muerto allí, aunque los *Hechos y Martirio de Bernabé en Chipre* narra su muerte en Salamina. Tertuliano le atribuye la carta a los hebreos. Existen obras atribuidas a él, pero eso no se puede garantizar: *Carta de Bernabé* y *Evangelio de Bernabé*.

Felipe. Probablemente nació en Betsaida como Andrés y Pedro y también tiene un nombre griego; en los evangelios aparece en diferentes oportunidades, en una de ellas hace de intermediario entre Jesús y los gentiles. Los testimonios de los primeros siglos del cristianismo lo presentan como un buen padre que les buscó marido y casó a sus hijas, un interlocutor de Jesús en las disputas gnósticas y autor de *Los dichos y hechos de Jesús*. Por consiguiente, es el presunto autor de uno de los tres principales evangelios apócrifos, el *Evangelio de Felipe*, tan apreciado en los ambientes gnósticos. Según una antigua tradición no murió como mártir. No se le debe confundir con el diácono Felipe.

Juan. Con sus escritos puso de relieve la fe cristiana y la vida eclesiástica, lo cual ayudó a determinar la historia de la Iglesia en Asia Menor. Con poca certeza histórica se sabe que estuvo en Jerusalén, Éfeso, Roma y Patmos, sitios en los cuales anunció que la comunidad cristiana estaba llamada a dar testimonio del Señor resucitado y glorificado en un ambiente hostil. En relación a su muerte existen varias versiones, las cuales coinciden en la avanzada edad que tenía a la hora de su martirio.

Judas Iscariote. Es tenido como el símbolo de la traición. De él se conocen algunos

datos ofrecidos por la iconografía donde aparece en cuatro momentos claves: recibiendo el precio de su traición, el beso, la restitución de las monedas y el suicidio.

Judas Tadeo. En las listas figura junto a Santiago y se le distingue del Iscariote. No es fácil acercarse desde la historia porque en la tradición manuscrita existen incertidumbres sobre su identidad: para algunos es Judas Zelota, Tadeo, Lebbeo o hijo de Santiago, para otros es el hermano de Santiago, Simón y José. Tadeo en el texto del evangelio según san *Juan* le pregunta al Señor la razón por la cual sólo se reveló al grupo de los Doce y no a todo el mundo. Según la tradición evangelizó en Palestina y regiones limítrofes adentrándose en Arabia, Persia, Mesopotamia y Armenia. Sobre su lugar de muerte existen dos tradiciones: Edesa en tiempos del rey Abgar, y Arado, cerca de Beirut. Cada Iglesia celebra su memoria en diferentes fechas: la latina el 28 de octubre, la griega el 19 de junio, la armena el 16 de febrero y la copta el 2 de julio.

Mateo. Según las listas, todo parece indicar que al publicano Mateo lo llaman Leví o Santiago hijo de Alfeo, Lucas lo llama Leví, y Marcos y Lucas identifican a Mateo con Leví, a quien la comunidad primitiva atribuyó el primer Evangelio. Según la tradición, evangelizó a los judíos y, antes de dirigirse a otros pueblos, dejó escrito su Evangelio en lengua materna.

Matías. Forma abreviada de Mattanjah (don de Yahweh), elegido para sustituir a Judas Iscariote en el grupo de los Doce. Ha sido identificado con uno de los 72 discípulos, Zaqueo, Bernabé, Natanael y otros. Su campo de evangelización oscila entre Palestina, donde habría sido lapidado por ofender la ley de Moisés, y Etiopía, donde, tras haber predicado, habría sido martirizado. Para algunos gnósticos murió de muerte natural. En la tradición gnóstica existen algunos escritos suyos: *Tradiciones de Matías*, *Evangelio de Matías*, *Discursos de Jesús a Matías*, *Hechos de Andrés y Matías en el país de los antropófagos*.

Santiago el Mayor. Hermano de Juan evangelista, hijo de Salomé y Zebedeo, pescador de oficio, natural de Betsaida Julia. Perteneció al grupo de los tres elegidos que presenciaron particulares acontecimientos de Jesús: la resurrección de la hija de Jairo, la transfiguración y la agonía en el huerto. De acuerdo a la narración de los Hechos de los Apóstoles (12, 1-3) Herodes Agripa para congraciarse con el Sanedrín y sofocar la secta de los seguidores de Jesús decretó su muerte, dando a entender que era uno de los líderes de la comunidad y por esto es tenido como el protomártir de los apóstoles, ya que su muerte se fecha en el 42 d.C. Sobre él se han tejido numerosas leyendas, una de ellas habla de su presencia en Zaragoza y Compostela. Con mayor evidencia histórica existe el testimonio del *Martirologio de Floro* (808-838) que habla de la traslación de su cuerpo a Compostela.

Santiago el Menor. Llamado así para distinguirlo del otro Santiago, aunque fue llamado al apostolado antes que él. Hijo de Alfeo y María; como algunos textos lo llaman “hermano del Señor” ha surgido una polémica sobre él: para unos esto es cierto, para otros no y lo prueban diciendo que la familia de Jesús no creía en él (*Juan* 7, 5). Gozaba de gran autoridad en la Iglesia de Jerusalén y asumía su dirección cuando Pedro

no estaba; también gozaba de gran estima entre la población por la observancia de la ley y fue respetado en tiempos de persecución. Según la tradición, sus enemigos lo hicieron subir al pináculo del templo y desde allí lo arrojaron al vacío y como no murió fue martirizado, para unos a través de la lapidación, para otros mediante golpes de bastón; otra tradición sostiene que fue colgado del pináculo del templo. La fecha de su testimonio se ubica hacia el 62, en tiempos del sacerdote Ananías[64].

Simón. Conocido bajo los epítetos de "cananeo" y "zelote", lo cual ha dado origen a interpretaciones antitéticas. Es probable que haya sido hermano de Santiago el Menor y su sucesor como obispo de Jerusalén. El epíteto "zelote" ha tenido dos interpretaciones: el sentido de un ardiente celo apostólico o una señal concreta de su pertenencia a aquel movimiento religioso de integristas fanáticos, difundido y activo en Galilea. Después de Pentecostés, anunció el Evangelio en Egipto y Persia, donde habría sido martirizado. Una crónica del siglo IX dice que su sepulcro está en Nicopio.

Tomás. Según los textos bíblicos es "el gemelo" (Dídimo); los *Hechos de Tomás* y la *Leyenda de Abgar* lo llaman Judas Tomás, de la raíz hebrea ta'am que significa "ser doble", y optaron por llamarlo Tomás para diferenciarlo de los otros dos Judas. Ejerció fascinación entre los gnósticos. En la tradición, unos sostienen que su campo de predicación fue oriente, propiamente India, aunque en realidad sólo llegaría hasta Irán; otros sostienen que predicó entre los partos. De hecho el rey parto Gundophar, a través de los *Hechos de Tomás*, llegó a la leyenda occidental como el rey Gaspar y por ello a él se le atribuye el bautismo de los reyes magos. Avanzada la edad media, la leyenda de Tomás y los reyes magos desembocó en la del Preste Juan.

2.3 La respuesta ética de la primitiva comunidad

Lo más relevante de la primitiva comunidad cristiana es el kerigma, la realidad consciente de la muerte y resurrección de Jesús, interpretada y asumida, primero por el grupo de los discípulos y luego extendida con la predicación del Evangelio, la Buena Noticia de un suceso de transformación personal que, siendo comunitario, fue generando un proceso de cambio social. Por ello el kerigma es el punto de partida del comportamiento ético, definido en la comunidad primitiva, quizá no desde unos presupuestos teóricos muy claros, pero sí desde una práctica vivencial bastante visible. Sin lugar a dudas, el suceso histórico de los primeros cristianos no se dio en una pureza de relaciones, sino, por el contrario, justo en medio del conflicto, la crisis, el contraste, que le eran bastante propios en contextos concretos, sobre todo cuando varios cristianos eran vistos como carismáticos ambulantes que de alguna manera criticaban la sociedad.

El primer elemento es la fusión de varios horizontes en el siglo I; los ambientes: helenista, romano y judío, en los cuales la religión aparecía ligada a la cultura y la política. Estos ambientes se notan en la vida de la primitiva comunidad cristiana del Nuevo Testamento, que alcanza a abarcar en líneas generales el siglo I. De acuerdo a los datos del Nuevo Testamento, Jesús no indicó líneas concretas de estructura para la Iglesia, salvo las enseñanzas particulares a las que se dedicó con el pequeño grupo en el

último tiempo de su ministerio público, por lo que lo dicho y hecho por él es entendido como el fundamento de la Iglesia; en su actividad, el anuncio del reino de Dios, se encuentra el fundamento y la orientación de la futura comunidad, que entendió la resurrección como la experiencia que llevó a la constitución de una comunidad en la cual el servicio era fundamental.

El segundo elemento es la postura de los diferentes grupos políticos y religiosos cuyas enseñanzas son propias del contexto histórico del momento. Entre estos grupos se citan: fariseos, saduceos, esenios y algunos grupos alternativos como zelotes, samaritanos y movimientos bautistas; frente a estos grupos Jesús y la comunidad primitiva asumieron actitudes de crítica y controversia. Debido a esto la Iglesia primitiva se presentó como un grupo en contraste, y de hecho lo fue, pero desde una perspectiva comunitaria y de servicio que constituyó un comportamiento enfrentado con la ausencia de libertad y la injusticia de su tiempo.

El tercer elemento es la cuestión ética, de la actitud frente a la ley practicando la comunidad de bienes, una especie de "comunismo del amor". Los textos de Hechos 2 y 4 son improbables históricamente hablando, razón por la cual se puede decir que dichos textos son como la imagen de un ideal inspirado en las palabras de Jesús; no obstante ello, las primeras comunidades cristianas permanecieron atentas a la importancia de una ética concreta de compromiso y cambio, que por llevar a la práctica el mensaje propuesto por Jesús dio origen a la idea y la necesidad de asignar responsabilidades específicas de servicio, comenzando por las actividades domésticas.

Dentro del panorama considerado, todos los antecedentes llevan a plantear un punto conclusivo: la experiencia de la primera Iglesia encontró unos asuntos prácticos para la realización de la transformación personal y las pequeñas comunidades; por esto, el planteamiento comunitario y las acciones de servicio, rompieron con las estructuras vigentes en su momento histórico: del repliegue de la ley y del olvido del otro, se pasó al compromiso de construcción y valoración de la persona y las sociedades, que la Iglesia expresó a través de la *koinonía* y la *diakonía*, la comunidad y el servicio. La comunidad se vivía en cuatro aspectos: la comunión fraterna, la comunión apostólica, la comunión en la mesa del Señor y la comunión en el compartir. El servicio era una de las formas de proclamar el Evangelio, un testimonio elocuente de la fe; era una realidad, en la que ya en esta vida antes de la muerte, comienza la redención que ellos predican, al intervenir el signo de la pobreza, la indigencia, el sufrimiento y la muerte por obra del amor. De acuerdo a lo anterior, se puede decir que la respuesta ética de la comunidad primitiva se sostuvo sobre estos dos pilares.

2.4 La destrucción de Jerusalén

En el 63 a.C., las tropas de Pompeyo llegaron a Jerusalén para ayudar a Hircano II en la lucha contra su hermano Aristóbulo II; después del triunfo, fue entronizado en el poder con jurisdicción sobre Perea, Galilea y Judea[65].

A raíz de un intento de rebelión contra las tropas romanas, Judea fue dividida en cinco

distritos (57 a.C.) dejando en manos judías el poder religioso. Hacia el 54 a.C. Antípater de Idumea recibió el título de administrador de Judea e Hircano II continuó como sumo sacerdote; estos dos personajes supieron ganarse la amistad del emperador, quien derrotó a Pompeyo, nombró a Hircano como etnarca, declaró el judaísmo como *religio licita* y a Antípater lo nombró procurador de Judea y ciudadano romano; Antípater acomodó bien a sus tres hijos Fasael, Herodes y Josefo. Con el decreto de licitud del judaísmo "los judíos quedaban autorizados a celebrar libremente su culto, podían organizarse en comunidades, construir sinagogas, percibir impuestos de sus correligionarios e incluso organizar sus propios mercados para la venta de productos"[66]. Herodes, hijo de Antípater, hizo ejecutar, sin permiso del Sanedrín, a un tal Ezequías porque se había rebelado contra el poder romano, pero Judas el Galileo, hijo de Ezequías, continuó con el movimiento rebelde.

Los pompeyanos fueron derrotados por Marco Antonio y Octavio en la batalla de Filipos (h. 42 a.C.); con esto Marco Antonio se adueñó de Oriente, confirmó a Hircano II como sumo sacerdote, tal como se dijo, y decretó algunos impuestos impopulares; aprovechando el viaje de Marco Antonio a Alejandría, Antígono, hijo de Aristóbulo, apoyado por los partos entró en Jerusalén donde gobernó (40-37 a.C.) como sumo sacerdote adoptando el nombre de Matatías. Herodes inició la reconquista apoyado por Marco Antonio y Octavio y obtuvo el reino de Judá que gobernó entre el 37 y el 4 a.C., después de vencer a Antígono quien fue ejecutado en Antioquía; Herodes inició un gobierno despótico haciendo asesinar a todo rival, principalmente los descendientes de la familia asmonea; entre sus víctimas: Aristóbulo III, Hircano II, Alejandra e incluso su esposa Mariamme; a pesar de todo en su reino hubo paz y por ello pudo hacer algunas construcciones: el templo, Cesarea, Masada, Maqueronte, Herodión, Cirpos y el palacio de invierno de Jericó; en la crisis del 25 a.C., despojó los palacios para comprar trigo para el pueblo y le quitó autoridad política al Sanedrín; los historiadores sostienen que durante el gobierno de Herodes el reino judío ocupó nuevamente las fronteras del reino de David, excepto el sur y la Decápolis, pero todo se vio empañado por la imagen de horror que dejó.

Como Herodes no dejó claro su testamento, la sucesión al trono desapareció porque el reino fue dividido entre Arquelao, Herodes Antipas y Herodes Filipo; una pequeña parte le fue entregada a Salomé. Arquelao al poco tiempo fue destituido y desterrado; Herodes Antipas se casó con la mujer de su hermano y conservó el poder hasta el 39 d.C., cuando fue deportado, a pesar de haber hecho algunas construcciones, entre las cuales sobresale Tiberíades; Herodes Filipo fue un buen gobernante, construyó Cesarea de Filipo y murió el 34 d.C., sin dejar descendencia.

Con la deposición de Arquelao, Judea se convirtió en provincia romana (6-41 d.C.), gobernada por un delegado o gobernador romano, propiamente un procurador o prefecto quien tenía la misión de hacer cohabitar a cuatro etnias diferentes (judíos, samaritanos, idumeos y helenizados) y cobrar los impuestos (personal, cosecha y otros) para Roma; la sede era Cesarea. Los procuradores romanos de Judea fueron: Coponio (6-14), Grato (15-26) quien nombró a Caifás como sumo sacerdote, Pilato (26-37) y Vitelio (37-41)

quien destituyó a Caifás. Los emperadores romanos fueron Tiberio (14-37) y Calígula (37-41). En tiempo de Calígula, Herodes Antipas fue desterrado porque pidió el título de rey siendo reemplazado por Agripa, Herodes Agripa I, quien en su viaje desde Roma hasta Jerusalén quiso ostentar su lujo en Alejandría, pero se burlaron de él.

Con Claudio (41-54) Agripa I tomó posesión de Judea, Idumea y Samaría. A la muerte de Agripa I, quien hizo ejecutar a Santiago, hijo de Zebedeo y encarcelar a Pedro, vuelve el régimen de los procuradores: Cuspio Fado (44-46), Tiberio Alejandro (46-48), Ventidio Cumano (48-52), Félix (52-60) quien ejerció el poder con la fuerza de un tirano pero con el espíritu de un esclavo, Festo (60-62), Floro (62) y, posiblemente, Flavio Josefo cuando Judea estaba dividida entre helizantes, moderados y antirromanos. En el gobierno de Cumano los zelotas se presentaron como un partido organizado que deseaba acabar con la dominación extranjera y sus colaboradores a raíz de la ideología nacionalista y religiosa de los Macabeos y la corriente literaria del libro de los *Jubileos* que señala una barrera entre los judíos y los paganos. Floro tuvo acciones que estaban contra los judíos y provocaron la guerra judía dirigida por el partido zelota contra Roma. Entre los líderes judíos se citan: Menajén, nieto de Judas el galileo, asesinado por Eleazar jefe de la policía del templo, y Eleazar, hijo de Ananías.

El deseo de libertad era muy grande y los judíos quisieron oponerse a los romanos pero fueron derrotados; esta derrota llevó al suicidio de varios judíos, la caída de Jerusalén, la esclavitud de algunos judíos y el fin de Judea. Mientras duraba la campaña romana en Galilea dirigida por Vespaciano y Tito, los zelotas liderados por Juan de Guiscala se apoderaron de Jerusalén donde asesinaron las autoridades judías puestas por los romanos y nombraron como sumo sacerdote a Pineas Ben Samuel; por algún tiempo se vio libre porque en Roma había problemas debido a la muerte de Nerón (68), el asesinato del sucesor, Galba, la guerra entre Otón y Vitelio por subir al poder y la proclamación de Vespaciano como emperador por parte del ejército.

La dicha no duró mucho tiempo porque a finales del 69 o comienzos del 70 Tito llegó a Jerusalén encontrando una caótica situación: Eleazar Ben Simón estaba acuartelado en el templo y era sitiado por Juan de Guiscala, y el idumeo Simón Bar Gloria estaba sitiando a Juan de Guiscala. Tito comenzó el asedio, mandó a Flavio Josefo a pedir la rendición pero como no la obtuvo entró por la fuerza y destruyó el templo porque allí se habían refugiado los judíos que optaron por el suicidio; en agradecimiento los romanos ofrecieron a sus dioses algunos sacrificios. Tito no aceptó la rendición de los judíos porque éstos exigían que los conquistadores salieran de la ciudad, en represalia incendió la ciudad y sobre las ruinas levantó el arco triunfal. Destruida Jerusalén y desaparecido el templo, "el judeocristianismo queda herido de muerte y sólo sobrevive en sus ideas que siguen influyendo en el pensamiento cristiano hasta el siglo II"[67].

A partir de entonces la historia de Judea es la historia de la diáspora. Jerusalén cayó, y con ella Palestina, pero la guerra no terminó porque los judíos continuaron resistiendo desde las fortalezas de Herodión, Maqueronte y Masada. Masada resistió hasta mayo del 70 cuando los romanos, dirigidos por el general Silva, la conquistaron encontrando sólo

960 cadáveres y 7 sobrevivientes.

Para subvencionar el culto romano en Jerusalén, Vespaciano transformó el impuesto que los judíos pagaban en una tasa fiscal; esto motivó la rebelión de Bar Kosebá (Simón el engañador) y a raíz de la muerte de este líder y del rabino Aquiba, modelo para las comunidades perseguidas, en tiempo del emperador Adriano, la nación judía dejó de existir; no entrará de nuevo en la historia más que en los tiempos de la segunda guerra mundial y la creación del Estado de Israel en 1948. De estos años data la destrucción de Qumrám llevada a cabo por la X Legión Romana que estuvo acantonada al oriente de Palestina (h. 68); todo parece indicar que Qumrám fue fundada en tiempos de Juan Hircano (135-104 a.C.), ampliada en los tiempos de Alejandro Janea y Alejandra, y seriamente afectada por el terremoto del 31 a.C; fue el centro de la comunidad esenia, tal como lo atestiguan las fuentes antiguas y los descubrimientos modernos.

Finalmente, se debe tener en cuenta que el monoteísmo y la promesa de un Mesías fueron los astros que acompañaron al judaísmo y le permitieron seguir adelante a pesar de las graves catástrofes estatales y étnicas[68], tal como se comprende al abordar la historia de Israel.

3. La Iglesia en el marco del mundo grecorromano

En el siglo I existía una cierta homogeneidad cultural alrededor del Mediterráneo que estaba dominado por Roma; además, el cordón umbilical que ligaba al cristianismo con Palestina se había roto porque con la guerra de Jerusalén, la Iglesia se fue a otras regiones más allá del Jordán.

En la práctica se siente una Iglesia estática, tradicional; pero en este período hay que dejar de lado esta figura porque hubo un proceso evangelizador personalizado que tenía su centro en la libertad y el amor; en la comunidad y el servicio, su respuesta ética; y todo ello se sintetizaba en el compromiso y el testimonio. Es cierto que el mundo mediterráneo era una unidad política, pero no es menos cierto que el oriente era más culto y creativo que el occidente. Estos dos contextos ofrecieron diferentes ambientes y exigencias a la Iglesia: doctrinal, arcana y religiosa en oriente; jurídica, política y religiosa en occidente. Debido a esto, la inserción de la Iglesia fue diferente en los niveles cultual, dogmático, literario y espiritual, lo cual no es obstáculo para decir que el cristianismo se fue afirmando como un fenómeno de mestizaje religioso y cultural.

En general, la Iglesia tuvo una triple relación al interior del imperio: la autoridad, los intelectuales y el pueblo; tres mentalidades y tres exigencias diferentes. Para las autoridades lo importante era la licitud o no licitud de una cosa, el derecho; para los intelectuales era la cuestión de la verdad, la doctrina; para el pueblo era la realidad práctica, la moral que era vista como algo pesado porque conducía a hacer cosas indecibles, dignas de ser acusadas, aunque en realidad la diferencia de los cristianos frente a los demás estaba en los principios morales y religiosos, toda vez que lo que el ánima es al cuerpo, lo son lo cristianos para el mundo, ya que la oración a diferentes horas, el amor a Dios y al prójimo y la acción social eran los principales aspectos de su

actitud religiosa, además de una serie de actitudes que rompieron los patrones morales del imperio[69].

3.1 Las persecuciones y el martirio

Las persecuciones forman uno de los temas sobre los cuales más se ha hablado al punto que cada autor tiene una visión propia[70]. Se parte de un hecho: las persecuciones que sufrieron los cristianos durante unos 250 años, intercalados entre persecuciones y tiempos de paz, son una realidad que se convierte en un escándalo para la historia, sobre todo cuando se realizó en un imperio que tuvo en el derecho, uno de los pilares fundamentales. Además, las persecuciones conforman una situación en la cual entra en juego el aspecto económico y el hecho que cada fiel era consciente de que cualquier persona podía acudir a un tribunal y denunciarlo.

En aquel entonces la vida social y estatal estaba impregnada por la religión, de tal manera que intentar una separación era poco menos que imposible; es más, en las antiguas ciudades el culto formaba el vínculo que unía a la sociedad, grupo de individuos que tenían los mismos dioses protectores y cumplían el mismo rito religioso en el mismo altar; por esto, renegar de los dioses, además de ser una apostasía, era una traición a la patria, máxime cuando la fe que se quería profesar venía de un pueblo que tradicionalmente se veía con desconfianza. Por ello el cristianismo produjo una reacción casi inmediata que, a pesar de ser perseguido, terminó siendo la religión del Estado, lo cual llevó a un cambio en los tres ejes sobre los cuales se puede estructurar un trabajo sobre las persecuciones: la pureza de las leyes, la crueldad de los jueces y el rigor de los suplicios[71].

Las persecuciones tienen en su base una cuestión de licitud o ilicitud de la religión cristiana frente al estado. Junto a este aspecto se debe tener presente la tradicional sed de sangre de los romanos que cambió en sed de poder, sin olvidar que el primer decreto oficial contra los cristianos fue dado en el siglo III cuando fueron prohibidas las reuniones en los cementerios y se estableció una distinción entre los jefes y los simples cristianos[72]. El meollo del asunto de las persecuciones es en torno a la licitud o no de ser cristiano; cuando es ilícito, se presentan dos alternativas: se requiere o no su presencia; cuando se requiere la presencia hay persecución; cuando no se requiere pero hay acusación, sea de palabra o de hecho aparecen los conceptos de humillación y flagelación; cuando no hay acusación hay tolerancia. Cuando es lícito ser cristiano surge la paz.

Para tener una visión completa conviene saber algo de las dinastías romanas que ocuparon el gobierno durante los siglos comprendidos entre el I y el IV, recordando que en Roma la dinastía no se entendía como una sucesión de padre a hijo sino como una cuestión de hecho en el sentido que el emperador adoptaba una persona a quien llamaba "hijo" y lo introducía lentamente en el mundo político. Las dinastías romanas que estuvieron en el poder entre los siglos I y III son: la Julio-Claudia y la Flavia en el siglo

I; la Antonina durante casi todo el siglo II y la de los Severos que terminó hacia el 235. A partir de esa fecha vino el período de la anarquía militar que terminó con Diocleciano a comienzos del siglo IV. El cambio de dinastía era casi siempre a través de un hecho violento y llegaba a ser emperador quien tuviera autoridad militar por lo que no es de extrañar que varios emperadores fueran buenos militares.

A los cristianos los perseguían porque eran puestos en línea con los judíos, ya que varios escritores no cristianos entendían la fe mesiánica como algo cómico que no tenía sentido porque se basaba en una serie de cuentos, muchos de los cuales eran fabulosos, hasta el punto de decir que Dios se había hecho hombre y había nacido de una virgen, que murió y cuya resurrección, sucedida después de una vergonzosa muerte, está rodeada de un peligroso silencio. Estas acusaciones están sintetizadas en *El discurso verdadero*, una sarcástica obra escrita por Celso hacia el 178, que 70 años después fue refutada por Orígenes. Esas acusaciones, conforman el trasfondo espiritual de las persecuciones, donde las masas que se presentaban como lobos que aullaban, excitaban el odio contra los cristianos y saciaban en la arena sus ojos curiosos con la sangre de los cristianos[73].

3.1.1 Las persecuciones en el contexto de las dinastías imperiales

La dinastía Julio-Claudia

Tiberio (14-37). En su tiempo se desarrolló la vida de Cristo y el nacimiento de la Iglesia. Tertuliano, habla de Tiberio en relación a una consulta que hizo al senado sobre la licitud del culto de los cristianos (h. 35); la cuestión es ésta: los hebreos tenían libertad de culto porque Roma reconocía que formaban un pueblo diferente, pero como los cristianos nacieron al interior de la comunidad hebrea, surgía la necesidad de aclarar su situación. El senado respondió negativamente; parece que, según Tertuliano, Tiberio quedó desilusionado y buscó la neutralidad del senado prohibiendo que los cristianos fueran acusados por el hecho de serlo. Flavio Josefo[74], dice que Tiberio le habría encargado a Vitelio, delegado en Siria, imponer orden en Jerusalén deponiendo a Caifás, responsable de la muerte de Esteban; luego dice que Vitelio regresó a Roma después de sustituir a Pilato por un tal Marcelo; que, según los *Hechos de Pedro*, parece, es el mismo senador en cuya casa Pedro estuvo como huésped.

Además, aparecen dos datos particulares en los Hechos: en Antioquía fue donde apareció el término "cristiano", expresión nacida en un ambiente helénico, y cada vez que el autor hace una referencia a la autoridad romana, presenta una actitud de respeto o indiferencia; tampoco se puede olvidar que Pilato no quería condenar a Jesús. Ello conduce a inferir que parece que Tiberio conoció los cristianos, ya que de su tiempo data una respuesta negativa con cierta fuerza de ley contra el culto cristiano. Algunos gobernadores romanos, que probablemente conocerían la respuesta del senado y la actitud de Tiberio, trataron de evitar las persecuciones: el procónsul Galión en Corinto (h. 51), en Éfeso durante la revolución de los plateros (h. 52-53), el procurador Félix y el procónsul Porcio Festo en Judea (54-55); parece que hacia el 62 el sumo sacerdote

Ananías tuvo que esperar la decisión del gobernador romano para condenar a Santiago el Menor.

Nerón (54-68). Después de Calígula (37-41) y Claudio (41-54) llega el tiempo de Nerón que puede ser dividido en dos partes teniendo como punto de referencia el año 62, cuando murió el prefecto Burro quien habría concedido una cierta libertad a Pablo; como nuevo prefecto fue nombrado Tigelio. Nerón contrajo matrimonio con Popea que era simpatizante de los judíos; con él entra en crisis la práctica del principado para darle paso a la autarquía ya que no quería contar con el senado y nació el culto al emperador. Este culto no era extraño en oriente, pero en occidente los intelectuales (los estoicos) se rebelaron dando origen a las persecuciones, por lo que se dice que la persecución contra los estoicos (Séneca) y los cristianos se desarrolló en un mismo clima y con unas características similares.

Nerón como hábil político supo cuidarse bien y presentó la persecución como una acción de limpieza y orden público porque el *Institutum* tenía sus bases en una legislación vigente o, al menos, conocida, que entendía el cristianismo como una superstición, es decir, había una motivación religiosa para emprender la persecución. Tertuliano hace referencia al testimonio de Suetonio y habla del *Institutum Neronianum*[75] que aplicaba la respuesta negativa del senado; Tácito en *Los anales* define el cristianismo como superstición[76]. El hecho de hablarse de una superstición da a entender que el cristianismo era entendido como algo sobrenatural, por lo que la persecución se hacía por motivos que hacen referencia a su esencia. Es importante tener presente que esta persecución se limitó a la capital y duró hasta su muerte; no obstante ello, dejó huella y de ahí en adelante el nombre de cristiano fue concebido como algo criminal y digno de muerte[77].

Nerón no era el único a quien los cristianos le eran antipáticos; el senado y la opinión pública tenían la misma idea porque en el ambiente existía la idea que los cristianos era incestuosos, inmorales, enemigos de la humanidad y mentirosos. No se puede ocultar que en el afianzamiento de esta idea los judíos no estaban exentos de toda culpabilidad, pero esto no permite que se hable de los pérfidos judíos, porque ellos veían en el cristianismo una fuerza diabólica que había dividido su religión de pueblo escogido de Dios; Clemente Romano habla del martirio de Pedro y Pablo debido a una inicua oposición de los judíos.

La persecución contra los cristianos se hizo alucinante con motivo del incendio de Roma (64). No toda la ciudad fue destruida, sino un barrio popular para poderlo restaurar; como el pueblo reaccionó, el emperador buscó un "chivo expiatorio" y ninguno más a propósito que los cristianos contra quienes existía odio popular; hubo arrestos y ejecuciones en masa, a través de métodos propios de los refinados gustos romanos: teas humanas, espectáculos circenses, descuartizamientos que se presentaban cuando los cristianos eran revestidos con pieles de animales y arrojados a perros rabiosos. Es probable que en la persecución, Nerón hiciera "entrar en vigencia un procedimiento jurídico común, a saber, que ante una perturbación del orden normal, el

prefecto de la ciudad tenía el derecho de actuar por procedimiento de urgencia... No se puede, por lo tanto, hablar de una ley especial, sino más bien de un procedimiento propio previsto en la legislación romana. Se entiende así por qué las persecuciones son esporádicas”[78].

La dinastía Flavia

Con Vespaciano y Tito (69-81) vinieron años de paz ya que los emperadores conocían la no hostilidad de los cristianos en Palestina durante la guerra contra los judíos y se sabía de la presencia de cristianos en la familia imperial, la de Flavio Sabino.

Domiciano (81-96). Hijo de Vespaciano, llegó al poder y encontró que un primo suyo, Flavio José, hijo de Flavio Sabino, era cristiano; este emperador comenzó a dar normas fiscales contra los hebreos y cuando confundió hebreos y cristianos comenzó la persecución contra éstos; en este contexto murió Flavio José, quien había sido elegido cónsul, después de haber sido juzgado por una cierta sospecha. Domitila, mujer de Tito Flavio Clemente, fue exiliada durante su reinado.

Tácito en su historia, Suetonio y Dion Casio hablan de esta persecución; en la *Historia romana* se habla de dos motivaciones por las cuales se presentó: ateísmo y extrañas costumbres; habla de la muerte de Domitila, Acilio y Flavio Clemente. En relación a Flavio Clemente, Suetonio habla de una tenue sospecha y Clemente Romano de unas desventuras inesperadas. Parece que este emperador persiguió a los cristianos porque los juzgaba como ateos ya que rechazaban la adoración al emperador y las divinidades romanas.

La dinastía Antonina

Durante esta dinastía, dada la ofensiva contra el cristianismo, se presentó una respuesta con dos direcciones: la antirracional y la racional que llevó al antijudaísmo y el gnosticismo cristiano; ambas corrientes se encuentran en los apócrifos.

Nerva (Marco Cocceio Nerva, 96-98). Según testimonio de Dion Casio prohibió las acusaciones contra los cristianos, pero su actitud fue criticada por el cónsul Frontón y la opinión pública; esto da a entender que el emperador había dado una norma que no estaba en concordancia con el pueblo. Con este emperador comenzó la época de los emperadores adoptivos que llegó hasta Marco Aurelio; se le dio ese nombre porque cada emperador elegía su sucesor teniendo en cuenta, no el parentesco, sino las cualidades morales, políticas y militares.

Trajano (Marco Ulpiano Trajano, 98-117). Fue un guerrero que terminó siendo emperador. Había sido compañero de Acilio en el consulado y conocía la prohibición de Nerva. Su actuación en relación a los cristianos parte de una consulta que el gobernador de Bitinia, Plinio el Joven, le hizo al emperador sobre las acusaciones contra los cristianos; Plinio sabía que no era lícito ser cristiano, pero no sabía qué había que hacer porque no conocía el proceso[79]. Trajano respondió con habilidad política, eludió las

cuestiones singulares y estableció que los cristianos deben ser castigados cuando sostienen que lo son (el problema del nombre), aceptar la posición de aquellos que demostraban no serlo (los apóstatas), prohibir las acusaciones anónimas y no investigar a los cristianos si éstos no eran acusados. Tertuliano dice que esta sentencia es confusa[80]; el término necesidad alude a que Trajano no podía impedir las acusaciones, ni consideraba la Iglesia como un colegio ilícito, sino como una superstición ilícita.

Trajano era enemigo de las asociaciones, lo cual podría ser otro punto de referencia para entender la persecución; de todas maneras en la respuesta de Trajano queda claro que él no consideraba a los cristianos como un peligro para el imperio, que la Iglesia era conocida pero no explícitamente condenada en cuanto que no se entendía como una corporación. Por ello se puede concluir diciendo que "Trajano no tuvo a los cristianos por políticamente peligrosos y prescribió un proceso regular; pero asentó un precedente peligroso: la mera confesión de fe podía ser punible con la muerte"[81].

Plinio el Joven ofrece en sus cartas 96 y 97 un testimonio de la vida interna de la Iglesia. Plinio dice que con base en un interrogatorio hecho a dos diaconisas los cristianos se reunían un día establecido antes del alba para alabar en coros a Cristo y comprometerse a través del sacramento a no robar, no matar, no cometer adulterio, no fallar a la fe. Cuando Plinio habla de un sacramento habla de una alianza sellada con un sacrificio, porque ese era el sentido que tenía para los romanos la palabra *sacramentum*; en este sentido el sacramento se convertía en un compromiso de vida. En relación a este testimonio existen dos perspectivas la cristiana y la romana. Los autores cristianos equiparan el sacramento con la Eucaristía: Justino parece que no la entiende bien, Tertuliano sostiene que Plinio habla de la celebración de la Eucaristía, Eusebio entiende este testimonio como algo referido a una liturgia celebrada sin estar contra la ley[82]. Los autores romanos: Livio, Floro, etc., entienden el sacramento como el juramento que funda una alianza mediante un sacrificio; según esto, Plinio estaría haciendo una lectura romana de la Eucaristía, al tiempo que daba la razón de ser de las persecuciones.

Adriano (Publio Elio Adriano, 117-138). Los principales testimonios se encuentran en Justino y Eusebio, que hacen referencia a un rescripto que el emperador envió al procónsul de Asia, Minucio Fundano, respondiendo a una petición hecha por su predecesor Licinio; en este rescripto se confirma: no buscar ni investigar a los cristianos, la condena a los acusadores que no sean capaces de probar las acusaciones y pide que sea probado que los cristianos hayan actuado contra la ley. Este último aspecto fue interpretado de dos formas diferentes: para los jueces no cristianos sólo bastaría el nombre de cristiano, para los apologistas cristianos no bastaría el nombre. El problema en relación a este rescripto consiste en que era entendido de acuerdo al sentimiento de los gobernadores porque era equívoco ya que no tiene una orientación jurídica lógica. De todas maneras parece que con Adriano se confirmó el decreto de Trajano pero con mayor libertad y equivocación, por lo cual durante su reinado se presentaron persecuciones locales; uno de los mártires de este período fue el papa Telésforo (125-136).

Antonio Pío (Tito Aurelio Antonio, 138-162). Confirma formalmente el rescripto de

Adriano según el testimonio que Eusebio[83] hace citando a Melitón de Sardes; los jueces solían interpretar el rescripto de Adriano de una forma restrictiva y el emperador no era muy amigo de las cosas novedosas, incluso envió un rescripto (h. 141) contra matemáticos y prestidigitadores. Bajo el mandato de este emperador fue martirizado Policarpo de Esmirna.

Marco Aurelio (Marco Aurelio Antonio, 162-180). Un caso paradosal por la novedad del decreto: los cristianos debían ser buscados. Testimonian este decreto algunas cartas de las Iglesias de Lyon y Viena, Celso en el *Discurso verdadero*, Orígenes en *Contra Celsum* y Atenágoras de Atenas en *Embajada para los cristianos* (h. 176).

El significado jurídico se puede entender desde cuatro aspectos: es una medida imperial válida para el imperio; no implica un cambio formal en la legislación anticristiana porque incluso bajo los Severos permanece la no búsqueda de los cristianos y la ilicitud del cristianismo como religión; las fuentes jurídicas imperiales hablan del cambio operado al mencionar la obligación de los delegados imperiales en lo referente a la búsqueda de los cristianos que eran vistos como personas fuera de la ley; y la búsqueda de los cristianos por el hecho de ser sacrílegos, es decir, por violar o por saquear los templos y las cosas sagradas y presentarse como un grupo contra el imperio. Marco Aurelio consideraba que los cristianos practicaban una religión ilícita con lo que sigue en la línea general de los emperadores romanos, pero pide la colaboración de ellos en relación al Estado; además, el emperador sólo encontraba en el cristianismo un espíritu de contradicción y locuras de visionarios[84]. Entre los mártires de este período está Justino.

Frente a las acusaciones son importantes las ocasiones que los cristianos dieron para ser juzgados como sacrílegos. Es claro que no era una simple profesión de fe cristiana sino por una manifestación pública de la fe. Aquí comienzan los problemas porque se pretende hacer responsables del decreto de Marco Aurelio a los montanistas, quienes en su radicalismo motivaban la destrucción de templos e imágenes no cristianos; además, manifestaban un espíritu antirromano y antiestatal, refutaban el servicio militar e incitaban a los cristianos para que se denunciaran; se caracterizaban por su ascetismo, su devoción y espíritu profético por lo que Celso no los menciona como herejes, en cambio los apologistas sí, haciendo claridad sobre las diferencias entre cristianismo y montanismo, sosteniendo que la lealtad de los cristianos era uno de los mayores elementos apologéticos con los cuales se podía contar; también sostenían el inminente fin de los tiempos por lo que predicaban el rigorismo moral que prohibía las segundas nupcias; este movimiento se extendió por el apoyo de dos mujeres, fieles discípulas de Montano: Priscila y Maximilia; el aspecto más delicado es la apasionada defensa que en una carta dirigida al Papa hacen de este movimiento los mártires de Lyon.

Cómodo (180-192). Hijo de Marco Aurelio, durante su mandato los cristianos vivieron en paz por el influjo que sobre el emperador ejercía su concubina Marcia, ferviente cristiana quien era la que prácticamente mandaba. Un caso claro de la influencia de Marcia es la liberación del papa Víctor I (189-199) y de Calixto. Con este emperador se

presenta la tolerancia ya que se vive en paz pero permanece el principio de la ilicitud del cristianismo.

La dinastía de los Severos

Durante la época de los Severos (hasta el 235) se vivió un período de tolerancia, de "buena y larga paz" como decía Tertuliano. En general los Severos fueron emperadores particulares por dos razones: de una parte el influjo de las mujeres, principalmente siríacas, y de otra parte el sincretismo vivido por ellos. Esta actitud le permitió a la Iglesia la propiedad de los lugares de culto y reunión. La tolerancia no es una paz completa ya que el principio jurídico de ilicitud permanece, pero gracias a ella, aumentaron las conversiones, se organizó la jerarquía, más o menos como hoy se conoce, se realizaron varios concilios regionales, el obispo de Roma adquirió prestigio, fueron reconocidas algunas asociaciones con lo cual se daba la posibilidad de poseer edificios, lugares de culto y reunión, cementerios y administración de dinero; fue un período en el cual el aspecto material de la Iglesia tuvo importantes progresos.

En el ámbito espiritual se despertó la actividad literaria latina por la romanización y latinización del imperio; aprovechando el genio romano: constructivo, sólido, jurídico, se presentaron apologías jurídicas como la obra de Tertuliano, quien a la luz del derecho hablaba de la justicia e igualdad a las que tenían derecho los cristianos[85]. Debido a la tolerancia existente se entiende la razón por la cual Tertuliano dedicó su apología a los gobernadores romanos y no al emperador.

Durante el gobierno de Séptimo Severo (193-211), con quien comienza la militarización del imperio con el consecuente centralismo, si bien no hubo una persecución general, sí hubo persecuciones particulares como el caso de la persecución en Egipto y la prohibición del proselitismo, tanto judío como cristiano, en Palestina.

Durante el reinado de Caracalla (211-217) se encuentra un elemento de tolerancia en cuanto que un delegado árabe escribió al prefecto de Egipto y al obispo de Alejandría pidiendo que Orígenes pudiera ir a Arabia, siendo profesor en la escuela catequética de Alejandría.

La *Historia augusta* de Elio Esparciano, en la vida de Alejandro Severo (222-235), sucesor de Macrino y Heliogábalo, habla de la persecución contra los catecúmenos; este dato da a entender la importancia del catecumenado no sólo por la estructura catequética que existía, sino también porque eran numerosos los personajes de la vida pública que estaban realizando su camino de conversión hacia el cristianismo; el texto habla de "prosélitos". También se dio otro hecho, en esta oportunidad de simpatía hacia los cristianos; en la *Historia augusta* el autor dice que el emperador intervino en un pleito entre la asociación que reunía a los cocineros o taberneros de Roma y la Iglesia de Roma a raíz de un terreno que ambas partes querían poseer; según el testimonio el emperador sentenció a favor de la Iglesia.

La anarquía militar

Entre el 235 y el 284 se dio un período particular porque cada legión o un grupo de legiones aclamaban como autoridad suprema a su respectivo jefe con lo que la unidad imperial se vio seriamente afectada. Mientras que el caos reinaba en lo político, los cristianos continuaron su proceso de evangelización a tal punto que algunos de los más importantes puestos estatales llegaron a manos de los cristianos, incluso se habla del emperador cristiano Felipe el Árabe (244-249) de origen bárbaro; esta posición condujo a que los amigos de la tradición comenzaran a hablar contra los cristianos hasta que se llegó a la persecución efectiva por parte de la autoridad estatal. No obstante ello, al comienzo de la anarquía se presentó una breve persecución con Maximino Tracio (235-238), el primer bárbaro en el trono de los Césares[86]; sus sucesores entre el 238 y el 244 fueron Giordano I, Giordano II, Pupieno, Balbino y Giordano III, procedentes de la aristocracia senatorial y la nobleza latifundista, quienes fueron asesinados sistemáticamente por las legiones.

El punto de partida es la crisis vivida por el imperio romano durante estos años en lo económico, militar, social y religioso; en el campo religioso se dio la invasión de los cultos mistéricos orientales que ofrecían la tranquilidad del alma al asegurar la salvación después de la muerte y el auge de la magia; la Iglesia tuvo en esta época una particular cita con la historia al ofrecer sus valores espirituales a una sociedad en crisis sin caer en la actitud mágica de obligar a la divinidad a hacer eficaces las peticiones del hombre. Durante este período se presentaron dos persecuciones generales; hasta este momento las persecuciones eran particulares, es decir, en una determinada zona del imperio, en este momento fueron generales por disposición expresa de los emperadores Decio y Valeriano y se debieron a un intento de sincretismo religioso propuesto por los militares, un sincretismo de cuartel.

Decio (249-251). Se hacía llamar *restitutor sacrorum* e impuso la obligación de sacrificar a los dioses; para asegurar el cumplimiento de esta norma estableció el libelo que era una especie de certificado expedido por la autoridad competente. Esta norma se estableció porque el gobierno veía como un peligro real la posible cristianización del imperio debido al difundido y preocupante proselitismo que venía desde antes; además, el imperio fue azotado por una peste, frente a la cual el gobierno propuso una súplica general a los dioses estatales a través de un acto de culto. Algunos cristianos no aceptaron esta norma y por eso fueron perseguidos y asesinados; otros cristianos fueron a sacrificar a los dioses, solos o en compañía de sus hijos; otros no fueron a sacrificar pero a través del soborno y la corrupción obtuvieron el libelo. Con Gayo (251-253) no hubo mayores dificultades, salvo los sacrificios expiatorios que había que hacer en honor a Apolo para protegerse de la peste. Cuando terminó la persecución aparecieron los problemas para la Iglesia ya que había que tomar una determinación en relación a los cristianos que tenían el libelo. Cipriano, respondiendo a una carta enviada por los romanos, dice que deben ser admitidos pero después de una penitencia que esté de acuerdo con su culpa. Para él, esta persecución fue una prueba que Dios mandó para superar el relajamiento que se estaba presentando toda vez que varios clérigos y laicos se

habían dado a la vida mundana, convirtiéndose en cristianos tibios.

Valeriano (253-260). Fue el primer emperador que jurídicamente persiguió la Iglesia en cuanto que a través de un decreto condenó a obispos, presbíteros, diáconos y laicos que desempeñaban algunos puestos; además prohibió sus reuniones y confiscó sus bienes y lugares de culto y reunión; en otras palabras, quiso golpear la organización de las comunidades cristianas. Este emperador fue vencido en Edesa y hecho prisionero hasta su muerte, siendo la primera vez que sucedía algo parecido con un emperador.

Galieno (260-268). Hijo de Valeriano, dio un decreto en el cual abolió la legislación persecutoria que había dado su padre; este decreto se conoce a través de un rescripto que Galieno le envió a Dionisio, obispo de Alejandría (h. 262); en ese rescripto el emperador dice que se le debe restituir todo a los cristianos y desea que todos los obispos lo tuvieran. En el decreto se captan dos reconocimientos: el de la personería jurídica de la Iglesia que es representada por los obispos frente al estado y el de la Iglesia como una institución lícita.

Aureliano (270-275). Sucesor de Aureolo y Claudio II el Gótico, se encuentra en la línea de Galieno, aunque haya impuesto la religión más popular entre los militares, la de Mitra y el culto al sol invicto; en un arbitraje hecho para resolver un problema entre los obispos de Asia y Pablo de Samosata a raíz de una propiedad en Antioquía, hace una relación en referencia a la comunión eclesial en cuanto que el emperador para tomar una determinación preguntó cual de las partes era la que estaba en comunión con Roma; es un testimonio no cristiano a favor del sentido e importancia de la comunión y unidad eclesial. "El emperador más empeñado en resolver la crisis unificando el sincretismo religioso y el militarismo político en el culto al sol invicto, fue también el primero en intervenir en los asuntos internos de la Iglesia, prescribiendo su unidad en torno a la sede romana"[87]. Después de él, suben al trono Tácito, Probo, Caro, Cariano, Numeriano y Diocleciano.

Si bien había estado de persecución, se puede pensar que la tolerancia continuó entre el 260 y el 300, es decir, entre el edicto de Galieno y la persecución de Diocleciano[88]; esto es confirmado por la exención del culto a los dioses concedida a los funcionarios y magistrados cristianos, el martirio de Maximiliano (h. 295) no por el hecho de ser cristiano sino por negarse a prestar servicio militar, y el acercamiento del imperio al culto a un dios supremo, del cual las demás divinidades serían manifestaciones menores. En este sentido el culto al sol sería el símbolo de esta política religiosa; aquí se encuentra un elemento de conexión con el culto cristiano que reconocía a Cristo el "Sol de justicia" y que los no cristianos creían que los cristianos cuando celebraban la Eucaristía en el *dies solis* estaban adorando el sol.

3.1.2 Los mártires, respuesta cristiana a las persecuciones[89]

Las actas y el sentido cristiano del martirio

La palabra mártir que procede del griego martnr y sus derivados, que se puede traducir por testigo, testimonio o dar testimonio; tiene un sentido que reviste especial importancia

cuando se trata de un testimonio dado ante los tribunales a favor de la verdad. Desde el punto de vista cristiano, se utiliza para designar a la persona que da testimonio de Cristo o confiesa su nombre ante los hombres; por esta razón, a partir del siglo II el vocablo “mártir” comenzó a designar en el lenguaje cristiano a la persona creyente que sufre y muere por la fe.

Cuando la Iglesia vivió la época de las persecuciones (siglos I-IV; también era llamada Iglesia de las catacumbas[90]) e incluso después de esa época, porque la persecución por el nombre de Cristo ha perturbado todas las épocas de la vida de la Iglesia, el concepto de mártir comenzó a evolucionar, se fue espiritualizando para estar a la altura de la realidad social del momento; debido a esto se puede hablar de tres tipos de martirio: consumado o derramamiento de sangre, incoativo o designado que implica confesar la fe ante un tribunal e incruento o espiritualización del martirio que concebía la práctica de los preceptos y los consejos del Señor como un testimonio dando la vida a través de una serie de renuncias. En cualquiera de esos tipos de martirio, siempre hubo claridad sobre el hecho de proponerlo como uno de los modos a través del cual los cristianos pueden alcanzar la perfección de la vida cristiana. Debido a esto el testimonio de los mártires despertó en el mundo no cristiano una doble reacción: o desprecio e indiferencia o abierta admiración que podía llevar a la conversión.

Por ello es importante hablar de la actitud frente al martirio, porque no toda muerte violenta, así sea la de un cristiano que está defendiendo su fe, es un martirio; además, existe un martirio que es el padecido por la fe en Cristo y hay otro que se sufre por la conservación de una virtud. En el transcurso de la historia de la Iglesia, la actitud de los cristianos frente al martirio, ha sido por lo general, unánime y se tienen algunos elementos claves: la alta estima, el concebirlo como una gracia, el entenderlo como una fuerza apologética y el respeto hacia los confesores y la veneración hacia los que dieron su vida. En el contexto de la actitud de los cristianos frente al martirio, se ubica el juicio de la autoridad competente y, a la luz de este juicio, se puede decir que el mártir es aquel que ha sufrido la muerte corporal, infligida por el tirano por odio contra la fe y las virtudes cristianas, con el fin de dar pleno testimonio de Cristo.

Algunos cristianos dieron su vida con este sentido y en la antigüedad en las tumbas de estos cristianos era normal encontrar dibujada una palma, que parece ser era la versión cristiana de las coronas de laureles que ceñían las frentes de los grandes personajes; es muy probable que esto diera a entender que los cristianos comprendieran el martirio como un triunfo definitivo. Por más de un siglo, los cristianos se limitaron a adornar la sepultura de quien con su vida había testimoniado su fe y, con el paso del tiempo, comenzaron a considerar el día de la muerte como el día de su nacimiento, el día en el cual se había nacido para la gloria de Cristo. El primer testimonio al respecto es el *Martirio de Policarpo*; en este testimonio aparece una clara distinción entre el culto a Cristo y el culto a los mártires, el primero es de adoración y el otro es de veneración; esto da a entender que el culto a los mártires aparece desde los primeros siglos como la sublimación del culto tributado a los muertos, como el medio más inmediato para entrar en comunión con ellos, y por ello iban hasta sus tumbas para recordarlos con

celebraciones en su honor e invocar su protección.

La Iglesia siempre ha venerado a los mártires[91]; con esto expresa una verdad histórica pacíficamente admitida por todos dando a entender que el mártir es el exponente más eminente y auténtico del cristianismo. No obstante las disposiciones internas en el momento de la muerte por Cristo, también son importantes: el juicio de la autoridad competente y saber que se da la vida con un sentido de caridad porque *martyres non facit poena, sed causa*[92]; se puede decir que las disposiciones internas para el martirio se sintetizan en la imitación de las actitudes espirituales y los sentimientos de Cristo. De ahí se deduce que todos los cristianos pueden ser mártires, si no es con el sacrificio de sus vidas, al menos sí con el ejercicio de las virtudes.

En la Iglesia primitiva existía una veneración profunda hacia los cristianos que morían por Cristo; según la tradición se celebraba sobre la tumba el aniversario de su testimonio. Esto dio origen a las listas de mártires de donde surgieron los martirologios y los menologios que fueron engalanados y complementados con las actas de los mártires, en las que se pretendía mostrar la doctrina del testigo. Son reunidas en cuatro grupos:

Auténticas: son actas oficiales realizadas por los estenógrafos del imperio quienes transcribían casi fidedignamente el relato de la condenación y muerte; su esquema es muy sencillo: exordio inicial, relato del juicio y fórmula final. Las copias de estas actas eran conseguidas a precios muy elevados.

Compuestas: son actas realizadas por testigos oculares o por sus oyentes; su valor histórico es grande, su veracidad es profunda, pero la forma como se narra deja mucho que desear; estas actas son llamadas *passiones* o *martyria*.

Recompuestas: son actas en las cuales se presenta una triple mezcla: un fragmento histórico, el testimonio tradicional de algunos y unos espectaculares adornos. Su validez histórica es poca, pero esto no da pie para rechazarlas por el sólo hecho de tener tan especial presentación.

Expúreas: son actas que poco o nada tienen de histórico salvo el personaje del cual hablan; por esta razón no es raro que algún historiador las llame “cuentos piadosos”.

Toda la problemática sobre las actas de los mártires conduce a afirmar que aunque las narraciones dejen mucho que desear de la historicidad de los relatos, el personaje del cual hablan es histórico, es decir, vivió en una situación y un contexto determinado.

El culto a los mártires

Se mencionó que el culto a los mártires aparece desde los primeros siglos como la sublimación del culto tributado a los muertos, como el medio más inmediato para entrar en comunión con ellos, yendo hasta sus tumbas para recordarlos con algunas celebraciones rituales en su honor e invocar su protección, porque “a los mártires les tributamos con toda justicia el homenaje de nuestro afecto como a discípulos e imitadores del Señor, por el amor insuperable que mostraron a su rey y maestro”[93].

En los primeros siglos, el culto a los muertos y el culto a los mártires conservaron

algunas prácticas comunes y hasta semejantes, por eso Agustín intervino para que los fieles no confundieran los difuntos con los mártires ya reconocidos por la Iglesia dando a entender que por los mártires no se ora, sino que se pide la protección de ellos[94]. Al margen de esta precisión de Agustín, la veneración a los mártires se manifestó desde los inicios de la Iglesia y estaba a la par con la preocupación de los cristianos por la sepultura de los muertos, tal como sucedió con Esteban.

Cuando los cristianos no se podían reunir sobre la tumba, se reunían en otra parte y allí celebraban el banquete. Aquí se encierra una doble realidad: por un lado el banquete que se celebraba, el refrigerio, y, por otro lado, la actividad de varios cristianos, entre ellos el papa Fabián (236-250), que construían en algunas tumbas un lugar de reunión; en el contexto de esta actividad se ubica el decreto de Valeriano contra los cristianos, que les prohibía reunirse en asambleas y entrar en los cementerios. Algunos estudiosos han visto en este decreto la razón por la cual los cuerpos de los apóstoles Pedro y Pablo fueron traslados a un lugar más seguro: “en las catacumbas”.

Uno de los aspectos más interesantes del culto a los mártires, está constituido por los grafitos que se encuentran sobre sus tumbas, los cuales se convierten en una demostración exterior de un sentimiento interior porque los cristianos se sentían con el deber de honrar a los héroes de su fe. Este sentido deber fue local hasta la paz de Constantino, de ahí en adelante el culto se fue universalizando y junto a las listas de mártires aparecieron algunas edificaciones sobre las tumbas de los mártires o cerca de ellas.

A medida que se fueron multiplicando las construcciones en torno a las tumbas de los mártires o en honor a ellos, aparecieron dos manifestaciones de la fe cristiana en relación al culto, a los mártires: el deseo de ser sepultados junto a los sepulcros de los mártires y el traslado y la difusión de las reliquias. En relación a las reliquias, las comunidades cristianas comenzaron a intercambiar las celebraciones de los aniversarios de los mártires y así las tumbas de los mártires se convirtieron en lugares de peregrinación hasta el punto de hacerle competencia a las peregrinaciones a Tierra Santa[95].

En torno a la distinción agustiniana sobre el culto a los mártires y la oración por los fieles difuntos, se puede decir que ambos conceptos de relacionan en el sentido que la invocación o culto a los mártires se apoya en la intercesión, que es, justamente, el sentido de la oración por los difuntos; se puede decir, entonces, que la doctrina de la intercesión de los santos no puede ser admitida si primero no se tiene claridad sobre el sentido de la invocación. Con estas connotaciones, el culto a los mártires se fue convirtiendo en una celebración popular, en una solemnidad religiosa, dada la alegría de los cristianos por el poder de intercesión que tienen los mártires. En la medida en que el culto a los mártires se fue ampliando, la literatura hagiográfica comenzó a desempeñar un importante papel, en especial con los *libelli miraculorum*[96] o narración de milagros que sucedían en las tumbas de los mártires o por su intercesión.

3.2 La estructuración doctrinal en el contexto de varias cosmovisiones

Entre el 30 y el 313 la Iglesia era un elemento extraño para el mundo no cristiano, por ello interesa conocer la vida interna de la comunidad eclesial, que se manifiesta a través de los escritos. Una vez murieron los apóstoles comenzó un nuevo período en la vida de la Iglesia caracterizado por tres factores: persecuciones, corrientes heterodoxas y organización de la Iglesia; el centro de gravedad de la evolución durante la época posapostólica se halla en la vida interna de la Iglesia donde se fue dando el avance teológico y la piedad sacramental. Por ello se puede hablar de una autocomprensión eclesial.

Mientras que la Iglesia se expandía, comenzaron a aparecer los escritos, unos inspirados y otros apócrifos. Cuando se presentó la separación del judaísmo, la Iglesia buscó su propia identidad orgánica y cultual al tiempo que clarificaba las exigencias de la fe y el mensaje evangélico; fue la época de los padres apostólicos. Después del período subapostólico aparece la necesidad de precisar y profundizar los contenidos de la fe, algunas veces a través de la defensa del patrimonio contra las herejías que estaban surgiendo al interior de la comunidad; aquí floreció la exégesis como defensa y doctrina elaborada. La elevada presentación de la doctrina no fue obstáculo para que fuera enseñada a los catecúmenos con un lenguaje sencillo.

Al tiempo que la vida interna progresaba, la relación con el mundo externo también; frente a la actitud, casi general, asumida por el mundo no cristiano, se desarrolló la apologética, que era una defensa del cristianismo y un medio de evangelización dirigido a los judíos, las autoridades, la opinión pública y los intelectuales. Frente a los judíos se quiso demostrar que el Antiguo Testamento es incompleto; frente al Estado se presenta la lealtad de los cristianos para con él y el problema jurídico y económico de las persecuciones; frente a la opinión pública, que los acusaba de inmorales, fue presentada la santidad de costumbres; frente a los filósofos aparece la filosofía cristiana ya que los contenidos de la fe fueron presentados a través de fórmulas filosóficas, con lo cual se llegó al encuentro y, en ocasiones, choque de varias cosmovisiones.

3.2.1 La formación de la constitución eclesiástica

La mayoría de los datos se encuentra en las obras de escritores llamados padres apostólicos entre quienes se citan: Clemente Romano, Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna, entre otros; también están los escritos de autores anónimos: *Doctrina de los Apóstoles*, *Carta de Bernabé*, *Pastor de Hermas*. En estos escritos se encuentran, por temas, las cuestiones teológicas de aquel entonces, estudiadas con lujo de detalles por la patrística y la patrología[97] cuando se analiza la literatura de la edad posapostólica y el período preniceno; además, es la época en que los cristianos crearon lugares tanto para los vivos (domus ecclesiae) como para los muertos (cementerios cristianos y catacumbas).

Al hablar de la formación de la constitución eclesiástica se analizan algunos aspectos fundamentales: las Iglesias particulares y sus ministros, el episcopado monárquico, la Iglesia universal, la posición de la Iglesia romana y la vida cotidiana de los cristianos,

pero antes conviene saber que las comunidades cristianas respondían a tres aspiraciones muy sentidas: el carácter voluntario, la base doméstica y la aspiración de una fraternidad universal.

Siguiendo la tradición paulina, en las Iglesias locales está el primero y más importante de los pasos del desarrollo evolutivo de la Iglesia, ya que en cada ciudad existía un grupo de hermanos en la fe que se reunían para la celebración eucarística, centro de la vida de la comunidad; al frente de cada comunidad se encontraba un ministro que presidía la celebración (obispos y presbíteros); junto a él, había otros hermanos que a través del servicio (diáconos) ayudaban a una mejor vivencia del bautismo en la unidad comunitaria, que se veía amenazada por el cisma y la herejía, debido a los caprichos de algunos de los miembros. Junto a ellos (obispos, presbíteros, diáconos) estaban los carismáticos que desempeñaban un peculiar ministerio dentro de la Iglesia. Esto da a entender que junto a los apóstoles, profetas, doctores y carismáticos, aparecieron obispos, presbíteros y diáconos sobre quienes había una consagración especial con imposición de manos y oración.

Hacia la mitad del siglo II se encuentra en los escritos posapostólicos un orden jerárquico semejante al actual: obispos, presbíteros, diáconos, con lo que surge el episcopado monárquico[98] que se impuso en el ámbito de propagación del cristianismo. Originalmente obispo y presbítero (anciano y vigilante) se usaban como conceptos equivalentes, pero con el tiempo el concepto de obispo fue reservado para los líderes (las cabezas) de las comunidades desde una perspectiva monárquica. Parece que éste es el origen de la teología del ministerio eclesiástico, cuya fuente de autoridad se remonta a Dios en su misterio trinitario y al mandato del Señor a los apóstoles para que instituyeran a otros que los sucedieran, siguiendo, eso sí, la moción del Espíritu Santo. Estos ministros dirigen la liturgia eucarística, presiden los ágapes, predican la verdadera doctrina, responden por la autenticidad de los evangelios y son los guardianes de las tradiciones apostólicas.

Es interesante saber que la elección del clero, en los primeros siglos de la experiencia cristiana, estaba reservada a la comunidad y los obispos de las respectivas provincias decidían sobre la regularidad de la elección y los consagraban; esto era así para cumplir con los tres pasos esenciales: sufragio, consenso y consagración. Los demás miembros eran nominados por el obispo luego de consultarle a la comunidad.

Las comunidades con sus ministros se sentían ligadas entre sí y se unieron progresivamente para formar un organismo único, la Iglesia universal, que tiene su principio sobrenatural vital en Cristo y una regla de fe única que se aprenden los creyentes como símbolo bautismal; de esta tendencia se llega a la unidad de la Iglesia bajo la guía suprema del obispo de Roma, aplicando los textos de Efesios 4, 5, Mateo 16, 18 y Juan 21, 15. Según ello el primado de la Iglesia de Roma se desarrolló de acuerdo a las necesidades ya que a la luz del "consenso común", estar en comunión con Roma equivalía a estar en comunión con toda la Iglesia, porque esa ciudad era considerada centro y fuente del movimiento ortodoxo dentro de la Iglesia, convirtiéndose en centro

vivo de la unidad de la Iglesia. Al respecto conviene recordar que la herejía, cuyos padres son Simón el Mago y Menandro, es una desviación de la doctrina cristiana y el cisma es la separación de la comunidad de la Iglesia determinada por controversias referidas a su constitución. En este ambiente de catolicidad y unicidad surge la tradición eclesiástica, se dan los primeros pasos del magisterio eclesiástico y del primado de Roma ya que esta Iglesia particular aparece con una pretensión que va más allá de la conciencia de fraterna solidaridad.

En cuanto a los lugares de reunión, algunas casas que fueron compradas o donadas, terminaron siendo acondicionadas para habitaciones de los presbíteros, convirtiéndose en centros de actividad pastoral que fueron llamados “Iglesias titulares”, teniendo presente que “título” hacía referencia a la placa que indicaba el nombre del propietario de las casas que luego se cambió por el de un mártir o un santo. A partir del siglo III surgieron los templos en los campos, que de alguna manera estaban relacionados con los de la ciudad; las personas que estaban al frente eran llamados “obispos del campo” o corepíscopos, quizá por esto los obispos que estaban al frente de la comunidad en las capitales provinciales comenzaron a ser llamados “metropolitanos” a partir del siglo IV.

El tema de la formación de la constitución eclesiástica tiene sus prolongaciones; una de ellas es la vida cotidiana que los cristianos llevaban en las pequeñas comunidades que a manera de granos de levadura iban fermentando la masa, siguiendo las pautas que la jerarquía daba para una mejor organización. Cada comunidad tenía una estructura propia donde existía una jerarquía y una serie de cristianos comprometidos entre quienes se citan: carismáticos, confesores, viudas, vírgenes y ascetas, y cristianos. La vida del cristiano estaba enmarcada en un proceso teológico del que se han dado muchas interpretaciones ya que la iniciación cristiana se presentaba después del catecumenado; una vez recibido el bautismo el cristiano se comprometía a vivir la Eucaristía, principal acto litúrgico de la Iglesia primitiva. Los que fallaban a sus compromisos bautismales eran excomulgados; ante esta realidad surgieron la penitencia pública y la cuestión de los lapsi. A ello se le suma la administración de la justicia entre los cristianos.

3.2.2 Corrientes heterodoxas

Las herejías que afligieron a la Iglesia en los primeros siglos fueron causadas por el proceso de comprensión de la verdad revelada[99]. La riqueza del misterio revelado hace que a veces sean resaltados con desorden algunos elementos, en detrimento de otros que también son importantes; tal es el caso del encratismo, el montanismo, el monarquianismo, el maniqueísmo, etc. Otras veces se quiere expresar con categorías mentales inadecuadas las realidades sobrenaturales; tal es el caso del gnosticismo. Las herejías dan a entender dos cosas: las exigencias cristianas y las tendencias culturales y espirituales de aquel entonces, situaciones propias de una época de angustia, no en vano la herejía es “la polarización vehemente de la mirada de un aspecto auténtico pero parcial de la revelación que, desarrollada unilateralmente, se deforma pronto y compromete el equilibrio de toda la teología”[100]; además, ellas hicieron progresar el

sensus communis Ecclesiae que tuvo en los concilios ecuménicos su confirmación.

Durante este período la mayoría de las herejías son de tipo judeocristiano y se dieron por interpretaciones doctrinales distintas que se concentraron en dos polos: la cristología y la vivencia de la ley mosaica. Sin entrar en un estudio pormenorizado, se citan:

Adopcionismo. Es una forma de monarquianismo. Para Cerinto Cristo era el hijo de María y José, adoptado por Dios desde su bautismo pero en el momento de la muerte lo había abandonado. Entre sus representantes se citan: Teodoto de Bizancio, "el curtidor", quien a finales del siglo II afirmaba que Cristo era un hombre piadoso, en cuyo bautismo bajó una paloma para señalar que estaba dotado de espíritu divino; Teodoto de Bizancio, "el banquero", afirmaba que Melquisedec había sido una potencia divina mayor que Cristo; Atemón, autor que predicó en Roma entre el 230 y el 250; Pablo de Samosata, Nestorio, Marcelo de Ancira y Fotino de Sirmio, propusieron formas más evolucionadas. Algunos adopcionistas deificaron a Jesús en el bautismo y otros en la resurrección. Los antiguos consideraron el adopcionismo como una herejía de tipo judío y la relacionaron con el ebionismo, por no reconocer el carácter divino de Jesús.

Docetismo. Casi a la par con la anterior, pero negando la humanidad de Cristo. Está formada por las diferentes formas de explicar de modo dualista y espiritualista la encarnación y la pasión de Cristo, excluyendo lo que pueda parecer indigno del Hijo de Dios; más que una secta, formó una tendencia platónica que valoraba demasiado la realidad histórica. Al interior de esta herejía existen varias tendencias: los que descuidaban la verdadera humanidad de Cristo, los que admitían una "carne celeste" para no vincular el Demiurgo y el Salvador como el caso de Marción, los que imaginaban un cuerpo parecido al que habían adoptado los ángeles en sus apariciones tal como lo proponía Apeles, y los valentinianos o docetas en sentido estricto para quienes el Salvador sólo asumió lo que había que salvar pero sin tomar ninguna sustancia corporal. Esta herejía se puede entender como una tendencia a minimizar el valor salvífico de la encarnación que no ha desaparecido del todo en la teología cristiana y puede llevar a infravalorar la sexualidad y el matrimonio.

Ebionismo. Algunos cristianos en su afán paupertista y judío quisieron poner la ley mosaica por encima de la cristiana; profesaron el dualismo creacionista, el adopcionismo, negaban la muerte soteriológica de Jesús y rechazaban los sacrificios que eran reemplazados por lavatorios diarios, la participación en una comida con agua y pan y la celebración del sábado y el domingo. Junto a ello, se destaca su antipaulinismo. Uno que se manifestó contra esta corriente fue Ireneo de Lyón; después vino Orígenes, quien le dio a la palabra *ebión* (pobre) el significado de "pobre para entender".

Elcasaitismo. A Elcasay, un personaje cuyo nombre significa "fuerza escondida", se le debe la idea de concebir dos seres celestiales uno femenino (el Espíritu Santo) y otro masculino (Cristo) que en repetidas encarnaciones vienen al mundo. A esto se le une su amor por la ley de Moisés. Su origen se remonta a los habitantes hebreos de los límites del imperio durante la guerra entre romanos y partos al final del mandato de Trajano; durante aquellos años se escribió un libro de revelaciones sobre los hebreos que

anunciaba la proximidad del juicio final y exigía la conversión. Desde el punto de vista dogmático este movimiento produjo la aparición de un segundo bautismo, avalado por un tal Alcibíades, quien llegó a Roma, según el testimonio de Calixto.

Mandeísmo. Su nota característica es la iterabilidad bautismal y su devoción a Juan el Bautista. Los mandeístas son miembros de una comunidad religiosa, integrada por pequeños grupos residentes en lo que hoy es el sur de Iraq; se sintieron portadores de una antigua tradición afín con los sistemas gnósticos de los primeros siglos del cristianismo. Esta tradición está contenida en diferentes libros sagrados escritos en un dialecto arameo oriental: *Ginza* (Tesoro), *Libro de Juan o de los Reyes* y *Quolasta* (colección de himnos y oraciones); además de estos libros hubo numerosos textos litúrgicos relativos a los principales actos cultuales, entre los cuales se destaca el *masbuta* o bautismo que se celebraba los domingos en agua corriente, el *masiqta* o rito fúnebre que le asegura al alma su retorno al mundo divino y otra serie de ritos que tienen por objeto la consagración del gremio sacerdotal, cuyos miembros son representantes de los seres celestiales para guiar a los fieles.

El mandeísmo es una religión dualista basada en la oposición entre el mundo de la luz, poblado de seres divinos (*uthra*) sobre los que reina un padre sumo llamado Vida, Gran Vida, Padre de la Grandeza, y el mundo inferior de las tinieblas bajo el mando de un rey malo, fruto de Ruah, el espíritu (femenino) de la maldad; de este dualismo se deduce que lo importante es el conocimiento, la gnosis de la vida (*manda dhaijé*) y el conjunto de ritos que la comunidad exige. Su origen es puesto en una secta judía heterodoxa caracterizada por la práctica de los bautismos, que asimilando influencias gnósticas e iraníes, emigró a Mesopotamia en el siglo II. En el fondo es una gnosis hebrea oriental cristianizada.

Además de las corrientes judeocristianas, se presentaron:

Gnosticismo. Corriente sincretista que deseaba resolver filosóficamente el problema del mal; esto se lograría con el conocimiento perfecto de Dios y de sí mismo permitiendo que el hombre se librara de los malignos poderes mundanales para alcanzar el universo luminoso, el Pleroma de Dios Padre y Primer Principio. Sólo existen algunos testimonios contra el gnosticismo, ya que los escritos gnósticos fueron destruidos o se destruyeron porque los copistas medievales no los transcribían. El centro del gnosticismo es la cuestión del conocimiento de Jesucristo y de Dios para llegar a la comunión con Él y alcanzar la salvación; el problema está en que no todos podían salvarse debido a la división que clasificaba a los hombres en materiales, espirituales y gnósticos; además, solucionaban el problema del mal a través del dualismo, concebían la existencia de dos dioses, uno malo (el del Antiguo Testamento) y otro bueno (el de Jesús, el del Nuevo Testamento). Entre los más representativos gnósticos se citan: Basilíades y Valentín, un alejandrino que ejerció su actividad en Roma[101]. Esta doctrina tuvo dos corrientes bien definidas: la oriental con una cosmología y astrología muy desarrolladas y la helenística filosófica; al interior de estas dos corrientes se ubican las 30 orientaciones gnósticas que se pueden descubrir en el estudio del pensamiento heterodoxo.

Marcionismo. El gnóstico Marción de Sínope en el Ponto (+ 160) quiso ver entre los testamentos una absoluta oposición, por esta razón rechazó el Antiguo Testamento y algunos libros del Nuevo que hacen referencia a aquel, con lo cual quedó con una Biblia que estaba compuesta por Lucas y las cartas de Pablo; decía que la muerte de Cristo fue ineficaz ya que no produjo la redención sino que fue un mensaje del Dios misericordioso, desconocido hasta entonces; además, el matrimonio era condenable. Su obra *Antítesis* es el texto norma de sus discípulos. Hacia el 138, después de haber sido excomulgado por su padre que era obispo, fue a Roma donde la comunidad lo acogió y hacia el 144 lo excomulgó a causa de sus doctrinas heterodoxas; a partir de entonces construyó una Iglesia propia que duró hasta el siglo V, con todos los ritos de la Iglesia apostólica pero excluyendo el vino en la misa; además, propuso un ascetismo que excluía el matrimonio, la procreación y el vino.

Aunque son posteriores al período, conviene recordar otras herejías que son bien conocidas en el ámbito de la historia de la Iglesia:

Maniqueísmo. Doctrina gnóstica que sostiene la existencia de dos principios supremos opuestos perpetuamente; hoy es considerado como un movimiento religioso ajeno al cristianismo que puede ser analizado como prolongación del gnosticismo. Su iniciador fue Manes (216-276), un predicador que tuvo muchos seguidores. Esta herejía es un sincretismo de doctrinas judeocristianas e indoiraníes. El proceso de la salvación que reviste una forma complicada, se desarrolla en tres momentos: precedente, antes de la mezcla del espíritu con la materia; medio, cuando se mezclan las dos raíces; y final o reconstitución del bien y del mal subsistentes en dos zonas separadas, la del bien al norte y la del mal al sur. Cada zona está encabezada por un rey diferente: el Padre de las luces y el Príncipe de las tinieblas. Cada uno de los dos reinos está constituido por cinco elementos o árboles: los de la luz son la inteligencia, el pensamiento, la reflexión, la voluntad y el razonamiento; los de las tinieblas son el humo que ofusca, el fuego devastador, el viento destructor, el agua turbia y las tinieblas de los abismos.

Montanismo. Caracterizado por un escatologicismo que exige una estricta vida moral donde ni el matrimonio tiene cabida. Tiene realce debido a la adhesión de Tertuliano. Debe su nombre a Montano, un frigio que hacia el 155 apareció diciendo que en él se manifestaba el Espíritu Santo, en este sentido se puede decir que la voz de la autoridad eclesial poco le interesaba ya que al apropiarse del Espíritu imponía su pensamiento y destruía la posibilidad de cualquier crítica que le hicieran. Fue un movimiento de restauración reaccionario e ingenuo y sin afición alguna a las cuestiones dogmáticas, ya que el objetivo era, invocando al Espíritu Santo, restaurar la Iglesia antigua sobre bases firmes. La doctrina de esta herejía se caracteriza por la glosolalia y los discursos inspirados, la exigencia de una fe incondicional y estricta observancia de las órdenes, la anarquía o negación de toda autoridad eclesiástica, la preparación para el inminente juicio final por lo que había que observar una conducta ascética muy rigurosa que prohibía el matrimonio, exigía el ayuno e impulsaba al martirio.

Donatismo. Es un cisma herético de tipo eclesiológico que concebía la Iglesia como

una comunidad integrada por justos, consecuencia del exclusivismo doctrinalmente polémico y capcioso de los africanos, en especial Tertuliano y Cipriano; de ahí surge una errónea teología sacramental[102]. Nació en la persecución de Diocleciano cuando muchos clérigos se habían doblegado a la presión estatal entregando los libros sagrados; a la par de esta situación está la elección de Ceciliano, a quien consideraban un traidor, para la sede de Cartago. Esta herejía negaba que los clérigos pecadores pudieran ejercer válidamente el cargo y la administración de los sacramentos; sus miembros se consideraban como los que formaban la auténtica Iglesia que debía excluir a los pecadores; en la liturgia eran conservadores y celebraban el ágape y la Eucaristía ignorando las festividades aceptadas por la Iglesia. La herencia del donatismo, que aún se siente en la Iglesia, es el inconformismo puritano, que asocia la preocupación por la integridad cristiana con la justicia social, con lo cual es posible que la eficacia sacramental se vea condicionada por la santidad del ministro.

Entre los siglos IV y V, floreció con el obispo Parmeniano, quien estuvo en la sede de Cartago por unos 30 años; fue un buen orador y escritor y entre sus obras se citan: *Los nuevos salmos* y *Adversus ecclesiam traditorum*, que estaba contra los católicos a quienes consideraba traidores que pertenecían, según el pensamiento donatista, a una secta sin trascendencia. A la muerte de Parmeniano fue elegido Primanio, quien por su autoritarismo suscitó contradicción al interior del donatismo y con ello comenzó su ruina. Los obispos donatistas y otros obispos lo rechazaron a través de algunos sínodos, éste en respuesta contraatacó y en consecuencia varios donatistas desertaron y regresaron a la Iglesia. Hacia el 380 Optato de Milevi escribió un libro en el cual condenó el donatismo. Estando así la situación, surgió Agustín de Hipona, quien a partir del 388 tuvo dos actitudes frente a ellos: primero los quiso persuadir a través del diálogo y, después, cuando éstos se hicieron más violentos, propuso la posibilidad de la represión estatal para reducirlos y hacerlos entrar en razón; esta segunda actitud, se convirtió en un arma de doble filo contra la Iglesia, como la historia lo ha demostrado. El emperador occidental, Honorio, aceptó la propuesta agustiniana y produjo algunos decretos; el primero, en el 405, que se llama de unión, les quitó posesiones y prestigio a los donatistas; el segundo, en el 412, los obligaba a aceptar como única a la Iglesia. El segundo decreto se dio a raíz de las protestas que se presentaron después del diálogo religioso de Cartago en el 411.

Priscilianismo. Es un movimiento fundado por Prisciliano hacia el 370 y condenado por el sínodo de Zaragoza del 380. Este movimiento de rigidez ascética ponía en peligro la disciplina eclesiástica en torno a algunas prácticas litúrgicas y la vida moral de algunas regiones de España y el sur de Francia; este movimiento prohibía por ejemplo el ayuno por superstición, llevar la Eucaristía a la casa y que los clérigos pudieran hacerse monjes, etc. Después de un interrogatorio, Prisciliano fue declarado culpable de magia y otros delitos como la participación en negocios de lascivia y por ello fue decapitado. Posteriormente apareció el nuevo priscilianismo que sostenía una cierta doctrina trinitaria de marcada tendencia sabeliana donde Dios se manifestaba de tres maneras distintas pero que era confundido con tres personas distintas. Los sínodos de Toledo se

encargaron de condenar esta doctrina.

Pelagianismo. Para el monje Pelagio[103], autor de *Comentario breve a las trece cartas de san Pablo*, *Tratado ascético a Demetria* y *Profesión de fe para el papa Inocencio I*, el hombre se puede salvar por sus propios medios, es decir, la gracia no tendría importancia para la salvación; para él, sólo asegura su salvación, el cristiano que cumpla los mandamientos y ponga en juego todas sus energías porque Dios le ha dado al hombre tal capacidad, toda vez que ha equipado la naturaleza humana con la libre voluntad y la posibilidad de discernir entre el bien y el mal. En el 413 Agustín de Hipona pronunció dos sermones sobre la importancia del bautismo de los niños[104]. Los pelagianos le enviaron a Agustín dos escritos donde exponen su pensamiento *De natura* y *Epistula ad demetriadem*. Agustín responde escribiendo *De natura et gratia*. A partir del 415 la discusión se desplazó a Palestina donde se realizó el sínodo de Dióspolis y se determinó que Pelagio pertenecía a la comunión eclesiástica cristiana; en el 417 el papa Inocencio aprobó la doctrina de la gracia que se había propuesto en Cartago y en el 418 Honorio dio un edicto a través del cual desterraba a Pelagio de Roma; entonces huyó a Palestina y de allí también lo expulsaron; según parece, sus últimos días los pasó en un cenobio egipcio.

A la muerte de Pelagio, Juliano de Eclana se convirtió en el jefe espiritual de los pelagianos. Se burla de lo que hace Jerónimo y critica el pensamiento de Agustín, sosteniendo que la doctrina del pecado original y la concupiscencia propuesta por Agustín era maniquea. Fue desterrado de occidente y León I lo condenó y murió después del 450. Así como el pensamiento de Pelagio y sus seguidores siguió adelante, el agustinismo teológico también continuó su marcha, hasta que la doctrina sobre la gracia alcanza su forma definitiva, sobre todo a raíz del libro de Agustín *De gratia et libero arbitrio* en el que prueba la necesidad de la gracia sin anular la libre voluntad del hombre. Los monjes de Adrumeto afirman que para cumplir los mandamientos sólo hay que orar y Agustín responde con la obra *De correptione et gratia* en la que sostiene que la gracia lleva a la salvación, por lo que a quien se le niega permanece en el pecado y por eso el cumplimiento de los mandamientos implica la presencia de la gracia.

A este punto conviene recopilar un poco lo desarrollado sobre las corrientes heterodoxas durante los primeros siglos de la historia de la Iglesia; tres grupos sirven para sistematizar las herejías: judeocristianas, gnósticas y eclesiológicas; además, existieron otras herejías que por su particularidad es difícil clasificar: antinomismo, milenarismo, monarquianismo.

Antinomismo. Ninguna ley era aceptada porque lo único válido era un libertinaje asombroso. Está en relación con el laxismo, tendencia contraria al encratismo y al rigorismo, aunque en ocasiones se alíe con ellos. Consiste en reducir al mínimo las exigencias éticas y los preceptos morales, dando lugar al libertinaje, la permisividad y las más diversas formas de inmoralidad. Joviano y Vigilancio, dos de sus representantes, fueron combatidos por Jerónimo.

Milenarismo. Cristo vendría corporalmente a instaurar su reino por mil años, luego de

esos años vendría el juicio final y posteriormente vendría el reinado de los justos y resucitados; después sería la segunda venida y el fin del mundo. Es una doctrina muy difundida en el cristianismo de los primeros siglos, según la cual antes del juicio final y el fin del mundo, tendrá lugar una primera resurrección de los justos que por espacio de mil años gozarán junto con Cristo de felicidad y abundancia, disfrutando todos los bienes en la Jerusalén celestial. Su origen se remonta a la esperanza judía del reino mesiánico, entendido como dominación política y material; con el tiempo se difundió por el mundo asiático y otros ambientes, hasta el punto que en varios autores cristianos aparecen ideas milenaristas. La reacción decisiva contra el milenarismo vino de Alejandría, donde se profesaba una concepción más espiritual de la escatología cristiana. Con la difusión de la cultura alejandrina en la segunda mitad del siglo II se dio el fin del milenarismo en oriente, pero en occidente continuó y se enraizó en los ambientes influenciados por el materialismo asiático.

Monarquianismo. Destruía la redención pero afirmaba la divinidad de Cristo buscando compaginar ambos misterios; negaba la Trinidad porque en Dios no hay distinción de Personas sino aspectos de una misma realidad: creación, encarnación y santificación. Tertuliano expresó este término para designar a Praxeas y los patripasianos como promotores de un solo principio en Dios. Los estudios modernos le aplican este término al adopcionismo. El problema fundamental era que los cristianos buscaban la terminología para hacer compatible su fe monoteísta con la divinidad de Cristo, Hijo de Dios; en este contexto la reflexión teológica del siglo II llevó a la elaboración de la teología del *Logos,* que concebía a Cristo, en cuanto *Logos* divino, unido al Padre y al mismo tiempo distinto de Él.

En conclusión, tres grupos de herejías hicieron que la teología cristiana realizara su primer gran esfuerzo sistematizado, ya que con el correr de los años la Iglesia tuvo que tomar posición frente a esas doctrinas dando origen a los tratados teológicos de la antigüedad, sin olvidar que las herejías se ubican en el contexto del debate para determinar cuáles de los puntos de vista en conflicto conservaban mejor la comprensión apostólica y cuáles la distorsionaban.

3.2.3 Corrientes ortodoxas[105]

Padres apostólicos

Es la época en que se despliega la actividad de la segunda generación cristiana, la que sucede a los apóstoles. Adquirieron relieve ciertas personalidades, encarnando a las principales comunidades: Ignacio de Antioquía, Arístides de Atenas, Papías de Hierápolis, en Frigia, Justino de Palestina, Policarpo de Esmirna. Otros textos anónimos arrojan luz sobre otras comunidades: la *Didaché*, de Siria; la *Epístola de Bernabé*, de Alejandría; *El Pastor* del presunto Hermas, de Roma. Comenzaron a ser llamados padres apostólicos a partir del siglo XVII.

Ignacio, segundo sucesor de Pedro en la cátedra de Antioquía de Siria, después de Evodio, quizá desde el 69, fue conducido encadenado a Roma en la época de Trajano para ser entregado a la muerte, probablemente en el Coliseo, por ser cristiano. Con

ocasión del viaje, escribió siete cartas, una de ellas a los cristianos de Roma pidiéndoles que no impidieran su martirio. Fuertemente influenciado por las categorías judeocristianas expresaba, por medio de una teología arcaica pero penetrante, realista y conmovedora, su fe en la concreción de la encarnación, la unidad de la Iglesia, a la que por primera vez se llama católica, y la belleza del testimonio cristiano llevado hasta el heroísmo y el derramamiento de la sangre.

Papías, obispo de Hierápolis, escribió la *Explicación de sentencias del Señor*, de la que sólo se conservan unos cuantos fragmentos. Esta obra, aunque fue considerada de poco rigor desde el punto de vista teológico, es un testimonio de la viva preocupación de los primeros cristianos por indagar el origen y consistencia de los escritos bíblicos, de manera que su autor puede ser considerado como uno de los primeros exégetas de la historia de la Iglesia. El libro, publicado en torno al 130, refleja la reconstrucción de los intereses y actitudes de la segunda generación cristiana.

Policarpo, obispo de Esmirna, fue discípulo del apóstol Juan y luego de Ignacio de Antioquía. De él sólo queda una breve *Carta* dirigida a los cristianos de Filipos, que acompañaba el envío de una copia de las cartas de Ignacio, exhortando a sus destinatarios a la práctica de la fe y la obediencia a presbíteros y diáconos. Este obispo se destaca por dos circunstancias ligadas ambas al 155: su viaje a Roma para tratar con el papa Aniceto sobre la fecha de la festividad pascual y el martirio que sufrió a su vuelta a Esmirna, descrito en el martirio de Policarpo, la más antigua de las actas martiriales que ha llegado, presentada en forma de carta enviada por la Iglesia de Esmirna a la de Filomelio, en Frigia. En el documento aparece no sólo la grandeza moral del obispo mártir, sino también la teología del martirio entendido como acto sacrificial redentor a imitación de Cristo.

La Siria cristiana de estos decenios, presente a través de Ignacio, se muestra de manera sugerente en la obra anónima titulada *Doctrina del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles* (*Didaché*, es decir, doctrina o enseñanza), que se descubrió en 1875 en una biblioteca de Jerusalén. Se trata de una recopilación de normas morales, partiendo de la doctrina de los dos caminos, el bien y el mal, de normas litúrgicas y disposiciones disciplinares, con una exhortación final de tipo apocalíptico. Era un documento para uso de una pequeña comunidad cristiana del siglo II; según algunos estudiosos el texto se remontaría a la época de los apóstoles y presenta un fuerte colorido arcaico y una teología típicamente judeocristiana.

Bien distintas son las preocupaciones que constituyen el fondo de la *Carta de Bernabé*, que se remonta al 140 y está escrita en un ambiente de cristianos alejandrinos procedentes de la gentilidad. En ella, además de consideraciones morales basadas en el principio de los dos caminos, se halla un intento de interpretación alegórica de los preceptos del Antiguo Testamento, para demostrar la inconsistencia de la normativa judaica y exaltar la centralidad de Cristo en la historia de la salvación.

El alegorismo, método de exégesis bíblica que permite a los primeros cristianos liberarse del judaísmo rabínico, se encuentra en *El Pastor*. Se trata de un apocalipsis

apócrifo, en el que el autor, Hermas (probablemente hermano del papa Pío I, 140-155) presenta cinco visiones, doce mandamientos y diez comparaciones, con lo que pretende provocar un examen de conciencia personal y colectivo, sosteniendo la necesidad de una segunda y definitiva conversión después del bautismo. A través de esta obra se dibuja el drama de la segunda generación cristiana en Roma: el drama del pecado después del bautismo y la necesidad de una nueva penitencia y conversión. La teología de Hermas es la teología de la misericordia del buen Pastor a través de la Iglesia.

Roma, por otra parte, constituía un punto de referencia para los cristianos. En la época del papa Aniceto (155-166) llegaron a Roma Policarpo y Justino; también llegó el judeocristiano Hegesipo, para aprender la verdadera doctrina por medio de la transmisión de la misma a través de la sucesión de los apóstoles y en torno al 160 pudo verificar con sus ojos la lista de los obispos sucesores de Pedro. Por esos mismos años, en Roma se construyeron dos sencillos monumentos conmemorativos sobre las tumbas de Pedro y Pablo, conocidos con el nombre de "trofeos".

Literatura apologética

Los apologistas se levantaron contra el esfuerzo imperial por acabar con el cristianismo y con sus escritos combatieron a los enemigos que aparecieron; su acción comenzó a partir del 125. En un estudio detallado, primero se debe analizar la obra de los escritores no cristianos contra el cristianismo, punto de partida del problema; entre ellos: Epicteto, Marco Aurelio, Galiano, Aelio Arístides, Frontón, Luciano de Samosata y Celso. Frontón, preceptor de Marco Aurelio, acusa a los cristianos de asesinatos de niños para beber su sangre; esta acusación era creída porque se conocían las costumbres judías y púnicas de sacrificar niños en masa. Luciano de Samosata, autor de *Diálogos de los muertos* y *Muerte del peregrino*, descarga su ironía burlándose de los cristianos por su desprecio de la muerte y su amor al prójimo que califica de estupidez; el cristianismo es, parece afirmar, fanatismo y haraganería. Celso en *Discurso verdadero* o *Discurso de la verdad*, critica a los cristianos de exclusivistas y de no profesar la religión estatal ya que su religión es una mezcla de locuras judías, nuevos errores y prescripciones éticas fundamentales tomadas de los filósofos griegos; el punto focal de su polémica es la negación de la divinidad de Cristo y la rebelión de los cristianos contra los ideales del *logos* y el *nomos*; además influyó negativamente en la opinión pública en relación a los cristianos.

Ante las acusaciones aparecieron las apologías que, dirigidas en un comienzo a los cristianos y posteriormente contra los escritores que atacaban la fe cristiana, son valiosas para la historia porque sintetizan el primer estadio de la ciencia y la literatura cristianas al compendiar la doctrina; los apologistas eran cultos filósofos que sabían y conocían el ambiente que se respiraba y probaron con argumentos que el trato dado a los cristianos era injusto porque ellos no caían en ninguna de las acusaciones que les hacían: antropofagia, incesto, malas costumbres, ateísmo, magia y sacrilegio; además, demostraron que en los procesos contra los cristianos se violaban las leyes. Por ello, los

apologistas presentan en sus escritos el valor del cristianismo como sistema religioso que conduce a la realización personal y, en contrapartida, atacan el paganismo o, para ser más exactos, la religión del Estado y sus provincias.

La producción apologética durante el siglo II fue en griego y alguna vez en siríaco; las primeras apologías, dirigidas al emperador Adriano, fueron escritas por Quadrado y Arístides de Atenas. Arístides, filósofo de Atenas, es uno de los primeros defensores del cristianismo. En su *Apología*, hallada en 1889 en una traducción siríaca, contrapone a la raza de los bárbaros, los griegos y los judíos una cuarta raza superior a éstas espiritualmente: la de los cristianos. Naturalmente no se trata de racismo. Arístides quiso expresar la autocomprensión cristiana, reconociéndola en un pueblo que se distingue de los otros sólo por razones de carácter espiritual, tanto desde el punto de vista teológico, idea exacta de Dios, como desde el punto de vista moral, pureza de costumbres.

Justino, oriundo de Palestina, es la figura más característica del intelectual y testigo cristiano del siglo II. En un siglo de sofistas ambulantes, enseña una filosofía, la única verdadera, el cristianismo. En un siglo de sofistas taumaturgos, es un testigo de lo sobrenatural, a través del martirio por su fe. Es un convertido del paganismo y llega al cristianismo después de haber frecuentado las enseñanzas de estoicos, peripatéticos y pitagóricos. Se residenció en Roma, donde abrió una escuela. Han quedado tres obras como fruto de su actividad intelectual: una *Apología*, que se remonta al 150 y está dirigida al emperador Antonino Pío, para justificar la doctrina, la moral y el culto del cristianismo; una segunda *Apología* más breve, que se puede fechar en el 156, dirigida al senado romano, para defender a ciertos cristianos y refutar las acusaciones del filósofo Crescente; y, por último, el *Diálogo con Trifón*, sabio judío, donde se encuentra la descripción del itinerario espiritual de Justino y una defensa del cristianismo como religión definitiva, monoteísta y universal. En estas obras, se esfuerza en esbozar una verdadera visión teológica. En la segunda *Apología* enuncia el principio de que el cristianismo es el germen de los aspectos positivos de la historia humana (el principio del *logos spermatikós*), justificando cuanto hay de bueno en el judaísmo y el paganismo. A pesar de esta actitud apologética conciliadora e irenista, Justino, tras ser denunciado y procesado, murió decapitado en el 165.

En la década de los setenta del siglo II, al ir desapareciendo los discípulos inmediatos de los apóstoles, entra en escena la tercera generación cristiana. Hegesipo, de vuelta en su patria, probablemente en Palestina, escribió sus *Memorias*, de las que sólo se conservan fragmentos, para oponer la tradición apostólica a las herejías, sobre todo las gnósticas. Taciano regresa de Roma a su patria Edesa; en él, que irá pasando gradualmente a la herejía en forma de un gnosticismo rigorista, el elemento de la barbarie va prevaleciendo sobre la filosofía, tal como se capta en la obra *Discurso a los griegos*, que se remonta al 165, en la que la superioridad y la antigüedad del cristianismo se presentan con acentos ásperos y violentos, muy distintos de los de Justino. Testigo de ello es el *Diatessaron*, que se remonta al 172, en el que se funden los cuatro evangelios en un único relato, elaborado con cierta libertad, acaso excesiva.

Oriente seguía siendo la cuna del cristianismo y conservaría durante mucho tiempo la

iniciativa. El primer soberano cristiano, Abgar IX (179-216) es rey de Edesa y aunque su conversión haya sido puesta en duda, sigue siendo indiscutible que Siria oriental aparece poblada de comunidades cristianas en el siglo II. No obstante ello, el cuadro cristiano en la segunda mitad del siglo revela un movimiento que va de oriente a occidente y se expresa en la personalidad de Ireneo y el centro apostólico de Roma.

Teófilo, obispo de Antioquía, en la apología *Ad Autólico*, que puede datarse hacia el 180, completa teológicamente a Justino, quien había hablado de *logos spermatikós*; para explicarle a Autólico el modo de proceder de Dios, habla por primera vez de *trias* (trinidad), *logos endiáthetos* (el Verbo inmanente en la Trinidad divina) y *logos prophorikós* (el Verbo que sale de sí en el momento de la creación), tomando ambas nociones de la filosofía estoica y adaptándolas al cristianismo. Teófilo se sirve de la cultura griega, contribuyendo a la elaboración de una cultura cristiana.

Son numerosos los elementos de conciliación que se encuentran en la obra de Melitón de Sardes, autor de una *Homilía pascual* descubierta en 1940 y de una *Apología* dirigida a Marco Aurelio, ambos textos redactados en torno al 170. En los fragmentos que quedan de la segunda obra se descubre una teoría de las relaciones entre el Estado y la Iglesia sobre bases amistosas; teoría que irá prosperando cada vez más a pesar de las persecuciones.

La confianza en la fuerza de la razón, la cultura y el sentido común es evidente sobre todo en Atenágoras de Atenas, de quien se conservan dos obras: *Legación en favor de los cristianos*, apología dirigida a Marco Aurelio y Cómodo, y *Sobre la resurrección de los muertos*, textos que pueden fecharse en torno al 177. Atenágoras, al defender a los cristianos de la acusación de ateísmo, demostrar la unicidad de Dios contra el politeísmo y mostrar la conveniencia y necesidad de la resurrección, es cristiano. Su confianza en Dios, en la razón y el hombre se expresa literariamente a través de un estilo refinado y armonioso, persuasivo y atrayente.

En un nivel semejante en cuanto a su actitud, contenido y estilo, se sitúa la *Carta a Diogneto* procedente de Alejandría, que puede datarse alrededor del 180, aunque sólo se descubrió en 1870. El anónimo autor de esta carta dirigida a Diogneto, justificando las ideas y el testimonio de los cristianos y comparando su presencia en el mundo con la presencia del alma en el cuerpo, esboza una teología de las realidades terrenas, que ha sido muy apreciada, especialmente desde el Vaticano II y la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, en la que se cita con frecuencia este documento. Esta carta[106], sostiene que los cristianos viven en la tierra pero son ciudadanos del cielo; por ello toda tierra extranjera es su patria y toda patria es una tierra extranjera.

Dos documentos describen una situación de crisis y sufrimiento, las *Actas de los mártires escilitanos*, que fueron condenados a muerte en Cartago el 17 de julio del 180 y la *Carta de las Iglesias de Lyon y de Vienne a las Iglesias de Asia y Frigia* sobre la persecución desencadenada en Lyon entre el 177 y el 178. El primero es un documento de archivo, es decir, el acta del interrogatorio a que fueron sometidos los mártires, con el anuncio de la condena y una pequeña doxología final añadida posteriormente. El

segundo, recogido en buena parte por Eusebio en su *Historia eclesiástica*, presenta una forma más elaborada, haciendo una descripción de gozos y dolores, victorias y fracasos espirituales, de los creyentes llamados a testimoniar su fe.

En Lyon se encuentra también Ireneo, una de las personalidades más características de la tercera generación cristiana. Había nacido en Esmirna, fue discípulo de Policarpo y, habiendo emigrado de Asia Menor a Lyon, se hizo sacerdote en esta comunidad. Durante la época de la persecución fue enviado a Roma, junto al papa Eleuterio (175-189), con el fin de recoger información sobre el montanismo. De vuelta a Lyon, fue elegido obispo y escribió varias obras explicando la verdadera doctrina contra los herejes, en particular contra los gnósticos, pero interesándose en el mantenimiento de la paz en la Iglesia, hasta el punto de intervenir ante el papa Víctor I (189-199) con ocasión del recrudecimiento de la polémica sobre la fecha de la fiesta de la pascua.

De Ireneo han quedado dos obras, que hacen de él el fundador de la teología dogmática. La primera se titula *Desenmascaramiento y refutación de la falsa gnosis*, conocida como *Adversus haereses*. En ella se hace una presentación detallada de los sistemas gnósticos, oponiéndoles una presentación del sistema teológico y una refutación de las herejías basada en argumentos racionales, tradicionales y bíblicos. La segunda obra *Demostración de la predicación apostólica*, descubierta en 1904, es más popular y comprende una parte teológica y otra cristológica. Ambas obras se compusieron entre el 180 y el 198. La teología de Ireneo, que está basada en la Escritura y la tradición eclesial, es de controversia. Al gnosticismo, la falsa gnosis, Ireneo le opone el catolicismo, la verdadera gnosis, el verdadero conocimiento basado en la fe. Retomando el tema paulino de la recapitulación, como elemento sobre el que se apoya la historia de la salvación, describe un sistema de recapitulación antignóstica. Frente al dualismo gnóstico, que afirma la existencia de dos dioses, dos humanidades y dos historias, contrapone el carácter orgánico del cristianismo, que reconoce a un solo Dios, una sola humanidad y una única historia de la salvación. Frente al docetismo gnóstico, exegético, cristológico, sacramental y eclesiológico, contrapone el realismo cristiano, que admite una sola Biblia, un solo Cristo, Dios y hombre, y una sola Iglesia como nueva creación. Frente al fatalismo gnóstico, la salvación cristiana basada en la pedagogía divina y la docilidad del hombre. En este cuadro, la Virgen desempeña el papel de nueva Eva, al lado del nuevo Adán, Cristo. El testimonio de Ireneo es importante porque en él confluyeron oriente (Esmirna, Policarpo y, a través de Policarpo, Ignacio y Juan) y occidente (Lyon y las Iglesias de Galias), la controversia y la práctica pastoral, la tradición y la elaboración teológica. Ireneo llama la atención en torno a la importancia de la sede de Roma cuando finalizaba el siglo II. Ireneo está en relación directa con dos papas: Eleuterio y Víctor I.

En el siglo III, con las condiciones creadas por los Severos, la apología cristiana presenta un giro: comienza a dirigirse a los intelectuales y gobernadores de las provincias romanas; en esta época los centros cristianos destacados son Roma y Alejandría, y junto a ellos, Cartago y Antioquía. La primera apología es *Contra Celsum* de Orígenes. Otra apología es *Apolegeticum* de Tertuliano, primera voz latina a favor de

la Iglesia. Minucio Félix escribió *Octavius*, que parece ser es anterior a la obra de Tertuliano; con ésta, que es un documento de preparación a la evangelización, el autor se hace portavoz de un círculo de cristianos que usan la filosofía para hacer aceptable la tradición prevaleciendo una actitud de sana investigación racional. También en el siglo III, el mundo no cristiano, a través de Plotino y los neoplatónicos, presentó grandes exigencias religiosas y morales, y por eso no es de extrañar que el neoplatónico Porfirio fuera el más importante polemista contra el cristianismo en aquel siglo.

Entre los apologistas citados, algunos son llamados polémicos; entre éstos el más destacado es Tertuliano (Quinto Septimio Florente Tertuliano) un fervoroso y elocuente defensor de la ortodoxia con una aplastante argumentación que por su radicalismo llegó a la herejía. No obstante ello, es el artífice del vocabulario cristiano latino al haber acuñado 982 vocablos nuevos. Junto a Minucio Félix y Tertuliano, se ubica Hipólito Romano, que es considerado desde dos puntos diferentes como una persona o como tres personas distintas[107].

Lo más importante de los apologetas consiste en probar la conformidad doctrinal del cristianismo, la no violación de las leyes civiles siempre y cuando éstas no se opongan a los designios de Dios y, junto con una ilustración sólida y completa, ayudan a establecer el canon escriturístico para evitar mutilaciones posteriores.

Literatura cristiana

El siglo III es otro eslabón en la cadena de autores eclesiásticos que sucediendo y comunicando la fe apostólica han hecho de la Iglesia una institución con dinamismo propio; son tenidos como el puente entre los dos anteriores y los Padres de la Iglesia, no en vano el siglo III se caracteriza por el creciente espacio que va ocupando la formulación metódica. Es importante tener presente la anterior afirmación para que los conocimientos históricos vayan orientados interdisciplinariamente y así se entienda que la historia de la Iglesia es una historia dinámica con una peculiar tensión escatológica porque, como se afirma, nunca la noche es más oscura que momentos antes del amanecer.

Las letras cristianas de los primeros siglos se desarrollaron al ritmo de los acontecimientos que jalonaron la historia de la Iglesia; por esto, los escritos eclesiásticos de los primeros siglos son circunstanciales y situacionales, ya que la necesidad de defensa marcó la pauta de esta literatura durante algunos años. En la literatura de este período algunos historiadores han visto el origen de la ciencia teológica ya que los escritos apologéticos y antiheréticos habían servido para exponer la doctrina ortodoxa pero era necesario hacer una sistematización científica; para lograr este objetivo se preparan algunos dando origen a las escuelas catequéticas de oriente cuyos autores impulsaron la ciencia sagrada; se citan, por su importancia, las escuelas de Alejandría y Antioquía.

La escuela de Alejandría entre cuyos autores fulguran con luz propia Clemente y Orígenes, tuvo el mérito de ser la cuna de los mejores estudios bíblicos de la antigüedad

no en vano allí se realizó la edición de los LXX y la mejor interpretación alegórica de las Sagradas Escrituras, dado el platonismo filosófico y la especulación teológica que conducían su pensamiento. Tito Flavio Clemente, sucesor de Panteno, estructuró científicamente la doctrina cristiana y en su obra *Stromata* trata diversos aspectos de las relaciones entre la doctrina cristiana y la filosofía griega; en general, su trabajo formativo y enciclopédico está compuesto por tres obras: *Exhortación a los griegos*, *El Pedagogo* y la citada *Stromata* (*Tapices*) cuyo centro es Cristo. Orígenes, su sucesor, fue uno de los pensadores más brillantes que es tenido como el creador de la ciencia escriturística por su obra *Hexaplas* y los comentarios a los libros de la Biblia; además es el autor de *Sobre los principios* y la apología *Contra Celso*; lo anterior permite afirmar que los errores en los que cayó no disminuyen la admiración que merece su vida y su obra porque él representa el aspecto cosmopolita del cristianismo al juntar tres elementos básicos: filosofía griega, Biblia y oración. Sólo resta decir que en la escuela de Alejandría y la sucursal de Cesarea, se formaron personajes de la talla de Eusebio, Basilio, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno.

La escuela de Antioquía desde sus inicios se opuso a la anterior; en lugar de la alegoría, el centro de sus trabajos era la exégesis filológica e histórica de los libros sagrados con el fin de realizar una interpretación literal que pusiera de manifiesto el sentido de los textos; desde su realismo aristotélico (en oposición al idealismo platónico de Alejandría) creó una importante tradición exegética con figuras como Juan Crisóstomo. El racionalismo de esta escuela está a la base de algunas herejías que presentaron a partir del siglo IV.

De acuerdo a lo anterior, se afirma que de Oriente procede la mayoría de la literatura cristiana ya que en occidente la tradición literaria teológica es poca; entre esta escasez se citan: Hipólito con su obra *Tradición apostólica*, donde se encuentra una fórmula bautismal que es reconocida como ortodoxa por la comunidad. De este autor también es una lista, el Fragmento muratoriano, que sirve para diferenciar en la opinión pública los libros apócrifos de los auténticos. Otros autores son: Tertuliano y Cipriano autor, entre otras obras, de *Sobre la unidad de la Iglesia* y *Exhortación al martirio*; este autor se sentía más pastor que teólogo y por ello extraía y resaltaba del cuerpo doctrinal del cristianismo lo que necesitaba en cada circunstancia para obtener resultados prácticos, porque él ve en Dios su paternidad, en la Iglesia la maternidad y en las Iglesias particulares la apostolicidad. Se dice que la tradición literaria latina es poca en estos siglos porque el surgimiento del latín como lengua eclesiástica es tardía y la teología no era tan cultivada como en Oriente, salvo el caso de Novaciano de Roma quien, aunque hereje, expuso en prosa rítmica latina la doctrina trinitaria en *Sobre la Trinidad*.

3.3 Consolidación interna de la Iglesia

A finales del siglo II y comienzos del III, la Iglesia logró tal firmeza en su organización interna, sus formas de culto, la vida de sus fieles y la finalidad de su teología que en el momento de su libertad exterior pudo afrontar las tareas que le impuso

la nueva situación. Además de la organización jurídica de la Iglesia está el catecumenado y la nueva evolución de la teología; sin caer en ningún providencialismo, en este siglo la vida de la Iglesia inició un proceso, el cual, a pesar de las persecuciones, siguió hacia adelante.

3.3.1 Vida espiritual y moral

La piedad bautismal es el punto de partida de la espiritualidad del cristiano ya que a través del bautismo el hombre renace a una nueva vida y con el don del Espíritu Santo obtiene el verdadero conocimiento de Dios porque con el bautismo el creyente debe imitar a Cristo, a quien se une con la recepción de este sacramento. Previo a la recepción de este sacramento estaba el catecumenado como proceso de formación en la fe que, una vez recibida, conduce a una vivencia auténtica de los compromisos bautismales a través del amor al prójimo y la disposición para el martirio. La piedad martirial como segunda actitud fundamental del deseo de perfección, llega a su culmen en el siglo III cuando se convierte en el santo y seña de mayor fecundidad en la espiritualidad cristiana porque era, y es, la mejor imitación de Cristo que se pueda realizar.

El ascetismo era vivido por muchos cristianos, tanto varones como mujeres, que decidían vivir el celibato y la virginidad y ser testigos con un alto nivel moral. Con los años esta práctica adquiere un nuevo matiz al aparecer la idea del desposorio con Cristo; posteriormente aparece, como fruto del ascetismo, el eremitismo y el monacato. Parece que en el ascetismo del siglo III surge la idea del celibato sacerdotal que se convirtió en norma disciplinaria para el occidente cristiano.

Otro elemento de la vida espiritual y moral era la oración y el ayuno; la primera se desenvuelve en un proceso gradual de ascensión cuyo primer paso es la petición y su último nivel es la contemplación; el segundo estaba muy propagado, en el ámbito cultual y la piedad privada, como medio para dominar la concupiscencia y atajo para llegar a la perfección.

Las exigencias de perfección se manifestaban en la vida que llevaban los cristianos quienes vivían en un ambiente poco propicio al cristianismo. Entre las mejores muestras de esta vida moral se citan: el matrimonio, la familia y la beneficencia, que se convirtió en la primera preocupación de la Iglesia por la cuestión social. Estos elementos sirven para juzgar y dar un juicio sobre la vida de la Iglesia cuando ésta apenas estaba organizando su estructura, aunque el estado todavía no la hubiera reconocido. Hacia el 280 se dio la conversión del rey de Armenia, Tiridates III, lo que supuso el cristianismo en un reino fuera del imperio romano, con lo que se capta que el cristianismo caminaba hacia la conversión del imperio sin estar ligado a los confines de la romanidad.

La necesidad de conformar la vida de acuerdo al bautismo supone la obligación de buscar la santidad; este era el ideal, pero la realidad era otra ya que en ese contexto se gestó la problemática de la penitencia como una segunda tabla de salvación. La cuestión de la penitencia trajo controversias al interior de la Iglesia; a nuestro modo de ver no es fácil juzgar a Tertuliano y Novaciano por su radicalismo contra la penitencia, si bien

exageraron sus afirmaciones por lo que llegaron a la herejía y el cisma respectivamente; ello se debe a que no se puede ignorar que el hecho del bautismo de adultos da pie para que muchas veces no sea fácil admitir la penitencia por lo que el sacramento implica.

3.3.2 Hacia la tolerancia del cristianismo[108]

A pesar de las persecuciones que se dieron a lo largo del siglo III y comienzos del siglo IV, estos siglos, principalmente el III, marcan un proceso de afianzamiento de la constitución eclesiástica gracias a la espiritualidad eclesiológica y la paulatina propagación del cristianismo como fruto del desenvolvimiento de la vida interna de la Iglesia en la literatura, la liturgia y la vida de santidad de algunos miembros que ayudaron a que la Iglesia penetrara decisivamente en el mundo cultural helénico por el auge en el proceso evangelizador llevado a cabo durante los períodos de paz del siglo III. Se dice "auge" porque la actividad misional de la Iglesia preconstantiniana iba dirigida a hombres de cultura elevada con riqueza religiosa y variedad cultual.

Con el decreto de Galieno (260-268) la Iglesia entró en un período de paz en el que se dio la progresiva salida de las catacumbas, aunque jurídicamente la Iglesia todavía no estaba asegurada. Por ello se dio una especie de lucha espiritual, una confrontación ideológica frente a algunas obras tardías contra el cristianismo y la propaganda poco cristiana del sacerdocio no cristiano. La llamada lucha espiritual tiene su eje en la refutación que la Iglesia tuvo que hacer de las obras de Porfirio, quien tomó una actitud hostil hacia el cristianismo desde sus primeros escritos en su afán por la filosofía y la religiosidad griega que eran vitales en su pensamiento. Ante la obra de Porfirio, quien sostenía la no fidelidad de los evangelios, aparecen algunos escritos que han marcado huella en la historia eclesial; entre ellos se cita *De consensu evangelistarum* de Agustín de Hipona.

Entre el 284 y el 324 se presentó la tetrarquía (dos augustos y dos césares en cada parte del imperio) y las respectivas luchas por la sucesión. En Occidente, después de la muerte de Constancio, Majencio y Constantino se enfrentaron hasta que Majencio fue vencido en el puente Milvio en el 312, quedando Constantino como único gobernante occidental. En Oriente, después de la muerte de Galerio, Maximino Daya y Licinio se enfrentaron hasta que en el 313 Licinio derrotó a Maximino en Adrianópolis y quedó como único gobernante oriental. Posteriormente Constantino y Licinio se enfrentaron hasta que en el 324 quedó como único emperador Constantino.

La tetrarquía trajo dos elementos contrastantes para el cristianismo: la autarquía con el culto al emperador y la tradición de los antiguos dioses. Con Cayo Valerio Diocleciano, quien organizó el imperio en cuatro prefecturas, doce diócesis y 96 provincias, se dio la última persecución, cuando el imperio tendría unos 50 millones, de los cuales entre 7 y 10 millones serían cristianos; procedió con prudencia, inspirado por Ierocles de Bitinia, antes de perseguir a los cristianos porque ellos se encontraban integrados al imperio. De esta persecución hablan: Lactancio en *De mortibus persecutorum* y Eusebio en *Historia eclesiástica*.

Los elementos más representativos son: el primero, hacia el 297 es la "limpieza militar". Después que los adivinos denunciaran a los cristianos por obstaculizar la interpretación de las vísceras de los animales, Diocleciano dispuso que todos los empleados oficiales y los soldados debían sacrificar a los dioses, en caso contrario debían dimitir. En esta disposición el cristianismo permanece como una religión ilícita y los cristianos eran marginados por el Estado; a pesar de ello algunos cristianos gozaban de la confianza del emperador. El segundo, en el 303, Galerio, quien prácticamente había sido el inspirador de la persecución, convenció a Diocleciano para que promulgara el primer edicto con el cual se ordenaba la destrucción de los templos y las Escrituras; además era establecida la infamia, o sea la pérdida de los derechos civiles y degradación social. Con este decreto, Diocleciano logró que Galerio no continuara, por el momento, con el deseo de derramar sangre. Poco tiempo después se presentaron algunos incendios en el palacio imperial de Nicomedia; fueron responsabilizados los presbíteros y diáconos, quienes fueron condenados a muerte; a raíz de este incidente estalló la persecución, la cual fue justificada a través de cuatro edictos dados entre el 303 y el 304: destrucción de los templos cristianos y quema de los libros sagrados, pérdida de los derechos civiles con cárcel para los eclesiásticos, obligación de sacrificar a los dioses impuesta a los eclesiásticos y obligación general de sacrificar a los dioses.

En Occidente el césar Constancio Cloro, preceptor de las provincias de Galia y Britania, tenía simpatía por el cristianismo, por ello sólo se limitó a la destrucción de templos, y cuando fue Augusto (305) hizo abolir toda persecución en sus territorios. En oriente, Diocleciano se retiró de la vida política, dejando el imperio en manos de Galerio, quien continuó la persecución. A la muerte de Constancio Cloro los dos aspirantes al trono restablecieron la paz con los cristianos; de hecho Majencio fue el primero en restituir los bienes confiscados a la Iglesia (311). También en el 311, Galerio, por influjo de Licinio, firmó un edicto de tolerancia, expedido en Sárdica; en este edicto Galerio da a entender que fueron los cristianos quienes lo obligaron a perseguirlos, pero que en este momento quería, por su clemencia, dejarlos en libertad para sus cultos y reuniones; al terminar pide la oración de los cristianos por él; parece que Galerio reconoció como un error y un mal paso la política adoptada contra los cristianos. Con este edicto, el más alto representante del poder romano revocaba una política religiosa hostil al cristianismo que había tenido validez durante más de 200 años. De acuerdo a ello, se podría decir que la lucha cruel fue vana y el estado romano capituló frente al cristianismo.

Hacia el 312 Constantino venció a Majencio y atribuyó la victoria al Dios de los cristianos, cuyo monograma supuestamente estaba dibujado en los estandartes; un año después, publicó el edicto de Milán, que es de tolerancia. En el 313 Licinio venció a Maximino Daya y extendió el edicto a oriente ya que ambos aparecen como firmantes del citado edicto. Con este documento, los augustos concedieron libertad de religión: "Dar a los cristianos como a todos la libertad y la posibilidad de seguir la religión que han elegido"[109]. La religión no cristiana seguía siendo la religión del Estado, pero ya comienza su ocaso y por ello se dejaba entrever en el horizonte romano un cierto

favoritismo hacia el cristianismo.

Para captar la importancia del edicto de Milán y el llamado “giro constantiniano” es preciso ubicar en un bloque el acontecimiento de la persecución y la tolerancia. La última persecución se dio con Diocleciano quien veía en el cristianismo un obstáculo en su camino de restauración del imperio; fue, como se dijo, particularmente violenta y se llevó a cabo a través de una serie de edictos que fueron aplicados con más rigor en oriente que en occidente.

Finalmente se dio la tolerancia con el emperador Constantino, gracias al triunfo de sus tropas en el puente Milvio. En el 313 dio el edicto de Milán que permitía el cristianismo y a los habitantes libres del imperio entera libertad de seguir la religión que quisieran; a los cristianos se les devolvían, sin indemnización, las posesiones que les habían expropiado. Este edicto es vital porque plantea dos cuestiones cuya recta intelección es fundamental en una adecuada historia de la Iglesia a partir del siglo IV: la victoria del cristianismo y el alcance del giro constantiniano que ha sido centro de una aguda polémica. Para concluir, la aceptación del cristianismo con lo positivo y negativo que pudo tener marcó un hito para la historia de la Iglesia, toda vez que se hizo necesaria una nueva comprensión de la realidad de la Iglesia. La “tolerancia oficial” del cristianismo fue un hecho de consecuencias trascendentales para la historia universal, leída desde occidente.

Apartes del texto del edicto de Milán son: “Yo, Constantino Augusto, así como yo, Licinio Augusto, reunidos felizmente en Milán para discutir de todos los problemas relativos a la seguridad y al bien público, hemos juzgado que debíamos ante todo regular, entre otras disposiciones destinadas a asegurar, según nuestro juicio, el bien de la mayoría, aquellas en las que reposa el respeto a la divinidad, o sea, dar a los cristianos como a todos la libertad y la posibilidad de seguir la religión que han elegido, para que todo cuanto hay de divino en la celestial morada pueda ser benévolo y propicio a nosotros mismos y a todos cuantos se hallan bajo nuestra autoridad. Por eso hemos creído, con un designio saludable y recto, que había que tomar esta decisión de no rehusar esta posibilidad a nadie, de que se adhiera con toda su alma a la religión de los cristianos o a la que crea más conveniente para él, a fin de que la divinidad suprema, a la que rendimos un homenaje espontáneo, pueda atestiguarnos en todo su favor y su benevolencia acostumbrada. Así, pues, conviene que sepas que hemos decidido, suprimiendo por completo las restricciones contenidas en los escritos enviados anteriormente a tus oficinas sobre el nombre de los cristianos, abolir las estipulaciones que nos parecen totalmente contrarias y extrañas a nuestra mansedumbre, y permitir en adelante a todos los que estén determinados a observar la religión de los cristianos que lo hagan libremente y por completo, sin verse inquietados ni molestados”[110].

A manera de síntesis del capítulo primero, se puede decir que teniendo como marco de referencia el contexto histórico y las dos cosmovisiones que allí se presentaron: la judía y la imperial (ésta en sus dos vertientes, la griega y la romana), se abordaron algunos temas como las persecuciones, las manifestaciones culturales cristianas y la vida interna

de la Iglesia, comprendidas como tres respuestas del cristianismo a tres ambientes sociales de aquel entonces: las autoridades, los intelectuales y el pueblo. Al abordar esos temas se tuvo presente la historia, la teología y una posible reflexión pastoral, para entender la historia como maestra de la vida y hacer una mejor valoración del pasado.

---

25 NHI, I, p. 41.

26 Cf. Fliche, Agustín y Martin, Víctor (dir.). *Historia de la Iglesia*, I. Edicep, Valencia, 1974, pp. 5-45. Se citará Fliche-Martin y el tomo correspondiente; Jedin, I, pp. 109-164.

27 Fedalto, Giorgio. "Le Chiese d'Oriente, I: Da Giustiniano alla caduta di Costantinopoli". En: Guerriero, Elio (dir.). *Complementi alla Storia della Chiesa diretta da Hubert Jedin*. Jaca Book, Milano, 1991[2], p. 3. El texto es una traducción libre del original italiano.

28 Behaine, Linda Gladys y Gaviria, Consuelo. *Historia Antigua*. USTA, Bogotá, 1985, p. 295. Sobre la historia del imperio romano, cf. Mazzarino, Santo. *L'Impero Romano*, I-II. Laterza, Bari, 1996[2].

29 Cf. Agustín de Hipona. *La ciudad de Dios*.

30 Cf. Padovese, L. *Op. cit.*, pp. 174-177.

31 Cf. Di Berardino, Angelo (dir.). *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana*, I-II. Sígueme, Salamanca, 1991-1992, voces: *Aborto*, *Niño*, *Divorcio*, *Familia*, *etc.* De aquí en adelante se citará DPAC y la respectiva voz.

32 Cf. Briceño, Manuel. *Los gladiadores de Roma. Estudio histórico, legal y social*. ICC, Bogotá, 1986, p. 12.

33 Cuando se hable de la destrucción de Jerusalén, se ampliará el tema del mundo judío.

34 Sanders, E. P. *La figura histórica de Jesús*. Verbo Divino, Estella, 2000, p. 51. La palabra etnarca quiere decir "gobernante de nación" y es un título inferior al de rey. El término tetrarca se refiere al gobernante de una cuarta parte.

35 Cf. Castañeda, Paulino, Cociña y Abella, Manuel (dir.). *Iglesia y poder. Actas del VII Simposio de Historia de la Iglesia en España y América, Sevilla, Mayo de 1996*. Córdoba, 1997, p. 305.

36 Se le llama "El Exiguo" o Pequeño para diferenciarlo de Dionisio el Grande, maestro de la escuela teológica de Alejandría, discípulo de Orígenes, obispo de aquella ciudad e iniciador de las cartas pascuales en Alejandría, todo ello en el siglo III.

37 Cahill, Thomas. *El deseo de las colinas eternas. El mundo antes y después de Jesús*. Norma, Bogotá, 2001, p. 89. Cf. Cortés, José Luis. *El Señor de los amigos*. PPC, Madrid, 2003[3].

38 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, p. 61.

39 Cf. Aguirre, R. *Op. cit*., pp. 53-77.

40 Arias, Juan. *Jesús, ese gran desconocido*. Círculo de lectores, Barcelona, 2001, p. 11.

41 Cf. Pierini, 1, p. 45.

42 De acuerdo a la teología la resurrección tiene tres elementos que se convierten en su mejor prueba: el *kerigma*, las obras realizadas por los apóstoles y el cumplimiento de las profecías.

43 Cf. Dumont, Jean. *La Iglesia ante el reto de la Historia*. Encuentro, Madrid, 1987, pp. 15-42. Este autor pretende demostrar que los cristianos no formaban "una raza execrable, formada por la liga de todos los enemigos del género humano".

44 Cf. Laboa, Juan María. *Momenti cruciali nella Storia della Chiesa. Dai padri del deserto ai nostri giorni*. Jaca Book, Milano, 1996, pp. 11-27.

45 Cf. Aguirre, R. *Op. cit*., p. 26.

46 Cf. NHI, I, p. 24.

47 Las fuentes para este período son: los *Hechos de los Apóstoles*, las cartas paulinas y algunas fuentes arqueológicas, útiles para entender las relaciones de los primeros cristianos con el mundo romano. Cf. NHI, I, pp. 43-96; Sanchís, Ricardo. *También la Iglesia tiene historias*. Mensajero, Bilbao, 1995, pp. 11-18.

48 Aguirre, R. *Op. cit*., p. 41.

49 Cf. Figueiredo, Fernando. *Introducción a la Patrología*, I. Lumen, Buenos Aires, 1995, p. 19. De aquí en adelante se citará Figueiredo y el tomo respectivo.

50 Cf. NHI, I, pp. 52-54.

51 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, p. 60.

52 Padovese, L. *Op. cit*., p. 159.

53 Cf. Figueiredo, I, p. 25.

54 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 65-84; Pierini, 1, pp. 47-50.

55 Cf. Jedin, I, pp. 164-182.

56 Cf. NHI, I, p. 72.

57 Aguirre, R. *Op. cit*., p. 101.

58 Actualmente esta ciudad se conoce con el nombre de Es-Salahiye, cf. Pierini, Franco. *Mil años*. p. 127.

59 Cf. Álvarez, Jesús. *Arqueología cristiana*. BAC, Madrid, 1998, pp. 72-86; Hertling, Ludwig y Kirschbaum, Engelbert. *Le catacombe romane e i loro martiri*. PUG, Roma, 1992, pp. 83-111.

60 Suetonio. *Vida de los doce Césares.* W. M. Jackson, México, 1973, p. 240.

61 Tácito, *Annales*, XIII, 32. En este texto el cristianismo es llamado *superstitio extrema*; algunos estudiosos hablan de una *superstitio externa*.

62 Cf. Fliche-Martin, I, pp. 237-245. DPAC, voces respectivas.

63 Cf. Figueiredo, I, p. 25.

64 Cf. Figueiredo, I, p. 21.

65 Cf. Castel, François. *Historia de Israel y de Judá*. Verbo Divino, Estella, 1984, pp. 172-220. La presencia de los romanos en Asia data del 190 a.C., cuando triunfaron sobre Antíoco III en Magnesia. Para los romanos Asia comenzó a interesar cuando el general Pompeyo derrotó a Mitrídates hacia el 64 a.C., haciendo de Siria una provincia romana.

66 *Ibíd*., pp. 184-185.

67 Pierini, 1, p. 58.

68 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 56-57.

69 Cf. Sanchís, R. *Op. cit*., pp. 19-25.

70 Cf. Jossa, Giorgio. *I cristiani e l'impero romano*. D'Auria, Napoli, 1991; y diferentes capítulos de Jedin y Fliche – Martin. Es importante saber que en el imperio romano existían dos tipos de leyes, unas para los romanos y otras para los no romanos. Para profundizar sobre el concepto, cf. DPAC, voz *persecución*.

71 Cf. Ruiz Bueno, Daniel. *Actas de los mártires*. BAC, Madrid, 1951, pp. 67-101.

72 Cf. Figueiredo, I, p. 36.

73 Cf. Trevijano, Ramón. *Patrología*. BAC, Madrid, 1994, pp. 96-98.

74 Cf. Flavio Josefo. *Antigüedades Judías*, XVIII, pp. 89.95.

75 Cf. Tertuliano. *Ad Nationes*, I, 13.

76 Cf. Tácito. *Annales*, XV, 44. Este autor juzga la religión de los cristianos como *exitiabilis superstitio*.

77 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, p. 105.

78 Figueiredo, I, p. 36.

79 Mac Donald, Margareth Y. *Las mujeres en el cristianismo primitivo y la opinión pagana*.Verbo Divino, Stella, 2004, pp. 67-76.

80 Cf. Tertuliano. *Apologeticum*, II. El autor dice *o sententiam necessitate confusam*.

81 Trevijano, R. *Op. cit*., pp. 87-88.

82 Cf. Justino. *Apología* I, 66. Tertuliano. *Apologeticum* II, 6; Eusebio. *Historia eclesiástica* III, 33,1.

83 Cf. Eusebio, *Historia eclesiástica*, IV, 26,10.

84 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, p. 108.

85 En relación a las apologías, se dice que mientras las occidentales son jurídicas, las orientales son filosóficas.

86 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, p. 112.

87 Cf. Pierini, 1, p. 97.

88 Este gobernante introdujo en el 297 la Indicción, ciclo tributario de cinco años (desde el 313 de 15 años) que en su origen correspondía al lapso de tiempo entre una imposición tributaria y la siguiente. Como punto de partida del cómputo por indicción se suele indicar el mes de septiembre del 312, pero el día no era el mismo en todas las tradiciones: la griega comenzaba el 1 de septiembre, la constantiniana el 24 de septiembre, y la senense el 8 de septiembre. La administración pontificia asumió esta fórmula desde Pelagio II (584). La indicación de la fecha mediante el cálculo de la indicción perduró durante la Edad Media; hoy sólo se utiliza en los cómputos eclesiásticos. Cf. DPAC.

89 Cf. Ancilli, Ermanno. *Diccionario de Espiritualidad*, II. Herder, Barcelona, 1983, pp. 554-562; DPAC, voz *martirio*; Ruiz, D. *Op. cit.*, pp. 3-6; Quasten, Johannes. *Patrología*, I. BAC, Madrid, 1961, pp. 171-173; Sanchís, R. *Op. cit*., pp. 27-32.

90 A propósito de las catacumbas, “catacumba” (kata kymbas: junto a la hondonada) era originalmente el nombre de un campo cercano al cementerio San Sebastián sobre la vía Appia, que desde el siglo IX le fue aplicado a los cementerios cristianos entre los siglos II y IV. Cf. Bihlmeyer – Tuechle, 1, p. 118.

91 Cf. *Constitución Lumen Gentium* 50. En: concilio Vaticano II, *Documentos*. BAC, Madrid, 1979, p. 95.

92 Agustín de Hipona. *Sermón* 53A,13.

93 *Martirio de Policarpo*, 17,3; cf. Ignacio de Antioquía. *Carta a los Efesios*, 10,1-3; Policarpo de Esmirna. *Carta a los Filipenses*, 1,1; Eusebio de Cesarea. *Historia Eclesiástica*, V 2,2.

94 Cf. Agustín de Hipona. *Sermón* 159,1; 284,5; *Tratados sobre el evangelio de san Juan*, 84,1.

95 Los datos históricos dan a entender que la palabra “romero”, que durante un tiempo fue sinónimo de peregrino, se utilizaba para designar a los peregrinos que iban a Roma, la ciudad donde, según la tradición, existía un buen número de mártires, y estaba el sepulcro de los dos más insignes mártires de la Iglesia. Es curioso que la vía Alpina oriental que llevaba a Roma se llamaba “Romea” o “Romera”.

96 Sobre estos documentos se ha escrito mucho y las posiciones son divergentes; más allá de la corteza narrativa que utilizan, son dignos de admiración y respeto, porque el objetivo fundamental, además de despertar el sentimiento cristiano, se ubica en la presentación de un personaje histórico que desde su situación en la vida testimonió la fe.

97 Estos dos nombres, que en oportunidades se usan indistintamente, se deben a que la patrística tiene un marcado interés histórico y la patrología se orienta más por lo teológico y sistemático.

98 Se habla de un episcopado monárquico en cuanto que el obispo se convierte en el garante de la fe y principio de unidad.

99 Para la definición de las herejías se toman las ideas propuestas en DPAC y Bihlmeyer –Tuechle, 1, pp. 171-203.

100 Sanchís, R. *Op. cit*., p. 72.

101 Cf. Vidal, César. *Diccionario de Patrística*. Verbo Divino, Estella, 1993, pp. 108-110.

102 Cf. Fliche-Martin, III, pp. 43-58; Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 318-322.

103 Aunque algunas fuentes lo ponen como británico, él es escocés; varón ascético y santo, que fue condenado por su pensamiento. Como Teodosio condenó el pelagianismo, los pelagianos volvieron a Escocia donde tuvo un breve renacimiento.

104 Cf. Agustín de Hipona. *Sermones* 293 y 294.

105 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 204-241.

106 Cf. Drobner, Hubertus. *Manual de Patrología*. Herder, Barcelona, 1999, pp. 88-90.

107 Cf. Pierini, I, pp. 105-108.

108 Cf. Jedin, I, pp. 521-604. En el contexto del paso del paganismo al cristianismo es importante tener en cuenta a tres autores: Arnobio, Lactancio con *Instituciones divinas*, y Eusebio de Cesarea. Cf. Pierini, I, pp. 146-152.

109 Comby, Jean. *Para leer la historia de la Iglesia, 1. De los orígenes al siglo XV*. Verbo Divino, Estella, 1993, p. 51.

110 Comby, J. *Op. cit*., p. 51.

Capítulo II

Hacia la formulación de la fe

Durante el período comprendido entre el 313 y el 451, la Iglesia vivió una experiencia única ya que en pocos años pasó de ser una comunidad extraña y perseguida a una institución tolerada y aceptada oficialmente; por ello, durante esos años la Iglesia se puede enmarcar dentro de los derroteros políticos del imperio en una simbiosis difícil de comprender desde el pensamiento actual, toda vez que la Iglesia comenzó a incidir en la política y ésta en la Iglesia; es más, "la Iglesia católica se acomodará al imperio por lo que a su organización se refiere, y el imperio se consolidará fuertemente con la unidad de la fe"[111].

A lo largo de este período, en el cual la Iglesia salió de las catacumbas, de la clandestinidad, es importante captar la coherencia en los campos donde los cristianos se movieron: social, político y eclesial, es decir, la relación con la sociedad y la vivencia de la fe, que no estuvo exenta de tensiones, avances, retrocesos, fracasos y apostasías. La Iglesia comenzó a ser protagonista de la historia occidental, tuvo que formular técnicamente su fe y proponer líneas de acción muy concretas; en ese entonces se pasó de la experiencia de Jesús resucitado a la formulación del dogma cristológico, de la vivencia de un nuevo estilo de vida a la aceptación intelectual de una fe expresada en conceptos filosóficos que originaron el dogma[112].

1. Iglesia e imperio durante los siglos IV y V

1.1 Situación imperial

El imperio romano era un territorio en el que se presentaban luchas por el poder para estabilizar los frentes que existían, por lo cual sufrió una dura crisis en el siglo III después del gobierno de los Antonios que desembocó en varias guerras civiles; al final de este período apareció Diocleciano quien dividió el imperio en dos partes con Nicomedia y Milán como capitales respectivamente. En cada capital había un Augusto y junto a él un César que era el encargado de una parte de los dominios y su posible sucesor. Con la obra de Diocleciano comenzó una nueva consolidación del imperio conocida como la tetrarquía que tuvo su esplendor entre el 284 y el 305; durante estos

años hubo reformas en diferentes campos: la política, la administración, la milicia, la economía y la religión, orientadas a mantener consolidado el imperio. El sistema de gobierno, que tenía como fines principales la defensa del imperio y la tranquilidad interior, creó algunos conflictos; tal vez ésta fue la razón por la cual Constantino unificó de nuevo el imperio, ya que sus tres elementos fundamentales: principado, aristocracia (senadores y caballeros) y pueblo se fueron degenerando hasta convertirse en fuerzas rígidas, cerradas y parásitas.

Entre el 305 y el 324 se presentó la ruina del sistema tetrárquico, porque cuando murió Constancio Cloro, César de occidente, su hijo Constantino asumió el poder y entró en lucha con Majencio, hijo de Maximiano, Augusto de occidente. Constantino fue aumentando su poder hasta que derrotó a Majencio en el puente Milvio; se adueñó de occidente y siguió presentando una tendencia de tolerancia religiosa, que se vio plasmada en el mítico edicto de Milán del 313. En este contexto se inserta la cuestión del supuesto monograma crístico que Constantino utilizó como estandarte y las narraciones que se han construido en torno a él. Mientras tanto en oriente la situación era caótica.

Después de asegurar su poder en occidente, Constantino comenzó a gestionar la posibilidad de quedar como único soberano, lo cual logró después de derrotar a Licinio hacia el 324. Una vez que tuvo el poder de todo el imperio, lo volvió a unir e hizo las reformas que estimó convenientes para mantener la estabilidad imperial; entre ellas, la más notoria fue la construcción de la nueva capital del imperio, Constantinopla. Junto a las acciones políticas se ubica su preocupación por la armonía interior del imperio; aquí, en el contexto de esta preocupación, se inserta la legislación religiosa con la cual buscaba que el imperio tuviera unidad religiosa de orientación cristiana, dado el influjo que el cristianismo ya había adquirido, a tal punto que algunos miembros de la familia imperial eran cristianos.

A partir del edicto de Milán, sede imperial del Augusto de occidente, la Iglesia comenzó a tener una posición privilegiada que fue creciendo por las disposiciones y medidas que Constantino dio durante su gobierno. Son prueba de ello los cambios en el matrimonio, la lucha de gladiadores y la supresión de la crucifixión como pena de muerte. La construcción de varios templos, es una señal de las medidas tomadas por Constantino quien, al parecer de los historiadores, tenía un particular concepto de Iglesia que quería expresar simbólicamente mediante el edificio de la casa de Dios (basílica) equipado con magnificencia; es más, parece que a partir de Nicea este emperador entendió la Iglesia como reino de Dios que está ordenado por una ley divina y por esta razón sitúa el imperio en el orden creado por Dios.

Con este hecho, la Iglesia comenzó a ser el marco de referencia de la política religiosa del imperio; ya son los obispos y los jerarcas eclesiásticos quienes ocupan un puesto de privilegio en las celebraciones imperiales. En este aspecto es necesario tener una adecuada posición crítica para evitar una posible exageración porque no se puede desconocer que Constantino fue un mecenas del cristianismo y de hecho la época de bonanza iniciada por él fue reafirmada por los concilios y, a pesar del intento de restauración no cristiana bajo Juliano el Apóstata, la Iglesia y con ella la religión

cristiana, siguió su ascenso hasta convertirse en la Iglesia del imperio.

Entre el 337, muerte de Constantino, y el 395, en medio de algunos altibajos, se fue dando la consolidación del imperio cristiano. Los hijos de Constantino que estuvieron en el poder entre el 337 y el 361, se repartieron el imperio: Constantino II al Occidente, Constancio II al Oriente y Constante el Ilírico (Italia, África y Panonia); estos tres personajes entraron en luchas fratricidas que terminaron unificando el imperio en Constancio II, pero debilitando la familia imperial. Hacia el 361 asumió el trono Juliano el Apóstata, sobrino de Constancio II; un militar que quiso reformar el imperio de acuerdo a las creencias ancestrales, que no eran cristianas. Bajo su mandato se dio una reforma educativa (en el 362) según la cual todo maestro debería ser aprobado y reconocido por el emperador. En torno a las últimas palabras antes de su muerte, acaecida en una batalla contra los persas en el 363, existen dos versiones: la una: "Helios, me has abandonado", y la otra: "Venciste Galileo". Con este emperador, muchos cristianos, especialmente militares, volvieron a su anterior religión y otros entraron en crisis. No obstante ello, la mayor parte permaneció fiel a la fe.

A la muerte de Juliano, el ejército nombró al militar Joviano quien murió en el 364, después de haber restituido el cristianismo; en el 364 asumió el poder el militar Valentiniano quien dividió el imperio con su hermano Valente, dando origen a la dinastía valentiniana. Como Valente, quien administraba la región oriental, murió en Adrianópolis en el 378 en una batalla contra los visigodos, comenzaron a tomar fuerza dos personajes: Teodosio y Ambrosio; el uno, influyente militar, el otro un excelente obispo con quien el cristianismo iba ocupando un espacio mayor en el ámbito oficial. A la muerte de Valentiniano (+ 375) el imperio quedó en manos de sus hijos Graciano y Valentiniano II, pero regido por Justina; a la muerte de Valente, Teodosio asumió el poder en oriente y promulgó junto con Graciano el decreto *Cunctos populos*, con el cual las causas imperial y cristiana se unieron. Por ello se dice que a Teodosio se le debe la aprobación definitiva del cristianismo cuando dio el edicto *Cunctos populos* en el 380, ordenando el cierre de los templos no cristianos y catalogando como delito de lesa majestad el culto no cristiano; junto a la firma de Teodosio aparecen las de Graciano y Valentiniano, hijos de Valentiniano.

El texto de este documento es: *"Cunctos populos, quos clementiae nostrae regit temperamentum, in tali volumus religione versari, quam divinum Petrum apostolum tradidisse romanis religio usque ad nunc ab ipso insinuata declarat quamque pontificem Damasum sequi claret et Petrum Alexandriae episcopum virum apostolicae sanctitatis, hoc est ut secundum apostolicam disciplinam evangelicamque doctrinam Patris et Filii et Spiritus Sancti unam deitatem sub pari maiestate et sub pia trinitate credimus. Gratianus, Valentinianus et Theodosius Augusti ad populum urbis constantinopolitane" (Anno 380 dies III Kalendas Martii Thesalonica, Gratiano Valentiniano et Theodosio Augustis consulibus)*. En versión española sería: "Para los pueblos que el carácter de nuestra clemencia gobierna queremos legislar asuntos de religión, aquella religión que fue insinuada a los romanos por el santo apóstol Pedro, la cual permanece hasta ahora, siendo seguida y confesada tal como la profesa el pontífice Dámaso y Pedro de

Alejandría, varones de santidad apostólica; esto es, que según la disciplina apostólica y la doctrina evangélica, creemos en una divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de igual majestad y piadosa Trinidad. Graciano, Valentiniano y Teodosio Augustos. Al pueblo de Roma y Constantinopla (Año 380, 28 de febrero. Tesalónica. Graciano, Valentiniano y Teodosio, augustos cónsules)".

Cuando Máximo intentó arrebatarle el poder a Valentiniano II fue derrotado por Teodosio en el 387; posteriormente murió Valentiniano II y la región donde él gobernaba fue ocupada por un tal Eugenio, que fue derrotado por Teodosio, quien de esta manera llegó a la cima del poder.

Teodosio dividió el imperio entre sus hijos: Arcadio y Honorio; este acontecimiento también dividió el mundo cultural que se conocía y se presentó una especie de retroceso histórico que no ha sido estudiado lo suficiente porque el que comenzó a progresar fue Oriente y no Occidente. Oriente comenzó su proceso de expansión que llegó a la cúspide con Justiniano (527-565) y su esposa Teodora; mientras tanto Occidente caminaba hacia su fin que llegó con Rómulo Augústulo, último emperador romano de Occidente, en el 476. La Iglesia, tanto la jerarquía como la feligresía, se matriculó, salvo contadas excepciones, al lado del poder porque el emperador era más importante que el Papa; esto dio origen a una confusión que terminó sacralizando los poderes[113].

A la muerte de Teodosio (395) asumieron el poder en el dividido imperio Arcadio y Honorio. Desde entonces cada parte del imperio, con sus respectivas jurisdicciones, comenzó a llevar una existencia cada vez más independiente y separada; en el fondo de esta experiencia estaba la diferencia cultural entre griegos y latinos: para los latinos lo importante era lo pragmático, para los griegos, la especulación. Es muy probable que debido a esta división, las herejías que se presentaron también eran diferentes en cada parte del imperio: en Oriente se presentaron herejías propias de una alta especulación teológica a nivel trinitario y cristológico; en Occidente se presentaron herejías que tenían una dirección práctica y por ello el tema fundamental era el misterio de la salvación del hombre y no el misterio de Dios. Unida a esta realidad de separación, vino la incomunicación lingüística, ya que el idioma predominante en una parte era prácticamente desconocido en la otra; esta situación afectó a la Iglesia, hasta el punto que se puede decir que otro elemento a tener en cuenta al hablar de la división de la Iglesia es el lenguaje.

A la par con el proceso divisorio entre Oriente y Occidente, se dieron dos situaciones concretas: el ejército romano comenzó a dividirse porque las tropas de reclutamiento (*limitanei ripenses*) y el ejército de maniobra (*magistri militum*) disminuyeron y los pueblos bárbaros arreciaron su proceso invasor, debido a los esquemas migratorios que traían. Entre los pueblos bárbaros existía una estructura social un tanto parecida a la romana: la aristocracia, fundada en el prestigio y el poder, era representada por duques y magnates; los libres, que eran el grueso de la población, conformaban el ala militar; los semilibres, era una categoría social formada por siervos emancipados, esclavos y prisioneros de guerra. Además de ello, en ocasiones los romanos los veían como

liberadores, no en vano varios esclavos romanos abrieron las puertas de Roma para el saqueo de 410.

Honorio asumió el gobierno occidental contando con la presencia del ministro Estilicón[114], de acuerdo a lo previsto por Teodosio. Durante su gobierno, hacia el 406, la frontera del Rhin entre Maguncia y Worms fue forzada por una masa de hordas germánicas, de vándalos, tanto asdingos como silingos y suevos; debido a esto, la situación de la prefectura de Las Galias fue confusa al punto que la autoridad imperial apenas podía subsistir. A esta situación se le suma que Constantino III, un "antiemperador", quería extender su autoridad a otras provincias, en especial Hispania, donde llegaron los pueblos barbáricos hacia el 409. Debido a esta caótica situación, el gobierno romano tomó la determinación de otorgarles a los visigodos la condición de federados, lo cual permitió que el gobierno de Honorio transcurriera con relativa paz, a tal punto que a su muerte, a los 39 años de edad, después de 27 años de reinado, la situación del imperio occidental parecía satisfactoria, lo cual motivaba una cierta confianza después de tantas angustias e incertidumbres.

La muerte de Honorio (423) produjo un problema frente a la sede vacante porque el presunto heredero occidental, Valentiniano III, hijo de Constancio y Placidia, era un niño de seis años que se encontraba en Constantinopla junto a su madre. Además de ello, Teodosio II y Pulqueria, desde oriente, quisieron unificar de nuevo el imperio, pero Juan, el primicerio de los notarios, con el apoyo del ejército, se opuso. En el marco de estas tensiones, vino el matrimonio de Valentiniano con Eudoxia, para estrechar los vínculos entre ambos imperios. Después de superar algunos avatares, Valentiniano III (423-455) asumió el trono y al poco tiempo hicieron su irrupción los hunos, guiados por Atila, que además de guerrero, fue un hábil negociador que no echaba en saco roto ningún consejo; en torno a él se crearon varias leyendas, como la de su encuentro con el papa León I.

El último período de los reinados occidentales (455-476) fueron episodios fugaces y los emperadores parecen figuras sin consistencia, ya que quienes se suceden en el trono son "larvas de emperadores manejadas a placer por el general bárbaro de turno"[115]; por ello el único personaje de este período con talla de protagonista fue Ricimero, un bárbaro que alcanzó a ser patricio romano con capacidad para controlar el ejército, lo cual le permitió dominar durante 16 años el imperio. Otros protagonistas fueron: Avito, antiguo prefecto que fue amigo de los visigodos, y Mayoriano, miembro de una distinguida familia romana, último emperador digno de tal nombre por su entrega para salvar al imperio. La historia es inexorable y en medio de luchas y crisis Orestes proclamó como emperador a su hijo Rómulo, un adolescente que la historia conoce irónicamente con el nombre de Augústulo, que aunque fue un gobernante inepto e insignificante, quedó inmortalizado en la historia como el último emperador occidental.

Después de describir los avatares políticos, se gira la página para decir dos palabras sobre la sociedad y la economía. Socialmente existieron diferencias muy marcadas debido a la posición social y la tenencia de propiedades de unos, y la precariedad y esclavitud de otros, la mayoría, que cada vez era más pobre por los impuestos y la

variación monetaria. En el contexto de esta sociedad en crisis, el cristianismo, la Iglesia, comenzó a participar en el poder y la administración política; la artesanía y el comercio comenzaron a vivir un régimen asociativo; surgieron algunos movimientos rebeldes y algunas obras de acción social que eran patrocinadas por varios propietarios para evitar acciones fiscales. Al interior de estas obras de acción social se ubica el nacimiento no oficial de la doctrina social de la Iglesia.

Durante el siglo IV se presentaron dos movimientos importantes: el conservadurismo y la cristianización. En medio de estos dos movimientos se ubica el auge de la cultura retórica y el neoplatonismo que buscaba integrar a cristianos y no cristianos. La Iglesia comenzó a ser tenida en cuenta por el imperio porque los emperadores mostraron interés por los problemas que la agobiaban en aquel entonces: unidad eclesial, cohesión orgánica y misión entre los no cristianos; es más, los emperadores intervinieron a fondo para solucionar dichos problemas.

1.2 La situación de la Iglesia

Al interior del imperio existían varios núcleos con una arraigada vivencia cristiana: Italia, Cartago, Alejandría, Antioquía, Constantinopla; con el correr de los años, de algunos de esos núcleos se formaron los patriarcados de la antigüedad cristiana. Además, la Iglesia en el paso de Diocleciano a Constantino primero empleó todas las fuerzas para defenderse y luego comenzó a hacer un balance del pasado desde la apología y la historia.

1.2.1 Las relaciones políticas[116] y sociales

Relaciones políticas

Hacia el 324 se presentó un giro que nadie esperaba porque Constantino reconoció los derechos de los cristianos; después de vencer a Licinio y unificar el imperio, dio una serie de medidas a favor de la Iglesia, partiendo de la supuesta idea de la elección que Dios había hecho de él. Con estas medidas, la Iglesia se vio en una posición privilegiada toda vez que durante los 13 años que Constantino estuvo en el trono imperial (324-337), el cristianismo fue favorecido a través de los edictos imperiales que pretendían, además de reparar los males causados en los siglos pasados, darle un cierto *status* social al cristianismo, a la Iglesia. En la actitud de Constantino hay una situación que llama la atención porque él, si bien apoyó el cristianismo, siguió aceptando el culto no cristiano que se le ofrecía como emperador; a la luz de esta situación surge la inquietud en torno a la actitud de Constantino sobre su deseo de ser reconocido por el cristianismo como sumo pontífice; pero más allá de esta situación hay dos hechos que son importantes: el primero, consiste en la impronta que el cristianismo marcó en la historia al comenzar a ser la religión del emperador y el imperio, el segundo hecho fue el tardío bautismo de Constantino hacia el 337 por manos de Eusebio de Nicomedia[117].

Cuando Constantino llegó a Oriente se encontró con una comunidad dividida debido al

movimiento arriano que sostenía que el Hijo de Dios había sido creado, que no era eterno y por lo tanto no era Dios verdadero, no era consubstancial con el Padre; en el fondo estaba destruyendo los misterios de Cristo y la Trinidad. Debido a su pensamiento, el sacerdote Arrio fue excomulgado de la Iglesia alejandrina por su obispo Alejandro, a través de un sínodo realizado en Alejandría hacia el 318 y una posterior carta circular donde se alertaba sobre el error profesado y difundido a través de cantos por Arrio. Constantino, a quien le interesaba la unidad imperial, quiso la reconciliación entre las dos partes para así reafirmar la unidad eclesial y la armonía imperial.

La puesta en práctica del pensamiento del emperador[118] no era fácil porque la controversia arriana condujo a una contienda literaria que en lugar de unir, dividía; en el contexto de esta división se ubica el primer concilio ecuménico, realizado en Nicea (325), para buscar la armonía y tratar otros temas eclesiales, sobre los cuales también era importante la unidad y la armonía, como el caso de la celebración de la pascua. Este concilio, donde se formuló una parte de la fe, se unificó la celebración de la pascua, se solucionó el problema de Melecio de Licópolis en Egipto y se dieron algunas normas expresadas en 20 cánones; por su carácter ecuménico influyó en la concepción de la historia de la Iglesia y los demás concilios y, por aceptar y proclamar el símbolo de la fe, tiene un carácter dogmático.

Desde Nicea hasta la muerte de Constantino se presentaron algunos acontecimientos: la decisión de dos obispos[119] de retirarse de lo pactado en Nicea por lo que fueron desterrados a Las Galias; el comienzo de la controversia arriana entre Atanasio y el partido arriano, en la cual, además de los destierros y las excomuniones recíprocas, se contó con una notoria influencia política. Era tal la situación de la polémica que a la muerte de Constantino ya existía un partido arriano bastante fuerte que llegó al poder en la parte oriental del imperio con Constancio, quien había elegido la fe arriana y quiso imponerla.

Después de la muerte de Constantino y la división del gobierno imperial entre sus hijos, continuó la lucha por el símbolo niceno. Hacia el 335 Constantino dividió el gobierno del imperio entre sus hijos; a su muerte y debido a una insurrección militar en Constantinopla, el reparto se modificó: Constantino II presionó a Constante, pero como murió en el 340, Constante asumió el gobierno de su hermano; en vida de ambos, se dieron medidas contra los cultos no cristianos y el cristianismo comenzó a atacar a los no cristianos, a quienes les cerraron y destruyeron algunos santuarios. El problema va más allá de las connotaciones sociológicas, porque comienza a darse una Iglesia politizada e intolerante; además de ello, el cristianismo comenzó a esperar con expectativa la posición de los gobernantes frente a las divisiones que existían al interior de la cristiandad oriental entre arrianos, semiarrianos, nicenos y atanasianos, con los respectivos destierros, sínodos y demás actividades que se realizaban.

Al interior de estas divisiones se ubica el esfuerzo de los gobernantes por convocar sínodos para buscar la unidad, que de hecho nunca se dio, porque era más importante imponer las ideas que vivir la integridad de la fe, la cual se debe poner por encima de los

avatares políticos y las posibles herejías que se presentan en orden a una mejor intelección de ella. Uno de los sínodos más interesantes fue el de Sárdica (343); en el cual los obispos orientales condenaron a los occidentales, incluyendo al papa Julio (337-352) porque comulgaba con Atanasio y sus seguidores; en respuesta, los obispos occidentales también excomulgaron a los orientales. Este sínodo puso de manifiesto la brecha existente entre oriente y occidente a diferentes niveles y puede ser visto como uno de los puntos de partida de la ruptura de 1054.

La fuerza y la fe occidentales, que era una fe cristiana no arriana y por lo mismo unida a Alejandría, se iban imponiendo, pero Constante se murió y quedó como único soberano Constancio II, quien era de confesión cristiana arriana. Si bien en lo político se buscaba la unidad, en la práctica las cosas marchaban por otro camino porque las tensiones religiosas siguieron con altibajos, unas veces había convergencia, y otras, divergencia, y se continuó con la política de excomuniones, sínodos, destierros y controversias, más por cuestiones personales que teológicas. En el contexto de estas controversias se ubican los sínodos de Sirmio (358), Seleucia y Rímini (359), en los cuales se aceptaron, por cuestiones políticas, afirmaciones neoarrianas y semiarrianas, que sostienen una posición intermedia que terminó debilitando el arrianismo y creando una nueva línea teológica en cristología, que posteriormente terminó siendo parte de la herejía monofisita. En cuanto a Sirmio (hoy Mitroricza) se tuvieron tres sínodos: 351, 357 y 358; cada uno produjo una fórmula, que no eran del todo ortodoxas debido a la presencia de elementos arrianos.

La Iglesia seguía a la expectativa; mientras tanto subió al poder Juliano el Apóstata (361-363) quien quiso hacer una restauración de la religión del Estado aunque había recibido educación cristiana[120]; esta restauración la quiso hacer nombrando colaboradores no cristianos y promulgando edictos a favor de la religión estatal; restituyó el culto sacerdotal estatal y tomó otras medidas contra el cristianismo como la reforma escolar del 362 que exigía educadores estatales, casi siempre no cristianos. Con la política de Juliano, el arrianismo tampoco era apoyado y por ello los obispos, que conservaban y defendían la fe nicena, comenzaron a reunirse restableciendo las comunidades y haciendo de Las Galias un centro ortodoxo, que era prácticamente dirigido por Hilario de Poitiers quien estaba en sintonía con la fe nicena defendida por Atanasio; con esta situación comenzó un nuevo acercamiento entre Oriente y Occidente que no se pudo concretar porque Antioquía ya estaba dividida.

Valente (364-378), emperador de confesión cristiana semiarriana, asumió el trono oriental y bajo el influjo del obispo Eudoxio quiso imponer esta confesión, rechazando la fe de Rímini y exigiendo la reposición de los obispos depuestos. Valentiniano II que asumió el poder en occidente, dejó en libertad a los obispos para que solucionaran los problemas. Estando así la situación los semiarrianos enviaron una delegación a Roma para solicitar una ayuda, la cual se iba a conceder siempre y cuando fuera aceptada la fe de Nicea; para lograr esta aceptación se iba a hacer un sínodo en Tarso, pero Eudoxio se opuso e interrumpió toda posibilidad de unión. Con esto comenzó un nuevo período de dificultad para los nicenos, porque Valente condenó al destierro a los que no estuviesen

en comunión con el semiarrianismo y les pidió que abandonaran sus sedes.

Al tiempo que la polémica entre nicenos y semiarrianos continuaba, surgió el tema de la divinidad del Espíritu Santo y con ello una nueva polémica; vuelven los sínodos, las condenas, las excomuniones, las persecuciones, etc., hasta que en el 380 fue promulgado el decreto *Cunctos populos* en el cual se aprobó el cristianismo como religión estatal, de acuerdo a la confesión de fe de Dámaso de Roma y Pedro de Alejandría, quienes habían conservado la fe del apóstol Pedro. Al poco tiempo del decreto, surgió la idea de un concilio para tratar los temas del cisma de Antioquía y el Espíritu Santo; la idea cristalizó en el concilio de Constantinopla de 381.

Durante el siglo IV, se ignoraba la neutralidad estatal frente a la Iglesia y por eso el Estado siempre estuvo interesado por las cuestiones eclesiales, si bien en ocasiones la falta de tacto y los intereses personales crearon situaciones difíciles y diferentes a los ideales que se proponían. Es cierto que el poder estatal se metió en la Iglesia, pero también es cierto que dada la mentalidad de aquel entonces nadie objetaba el derecho que tenía el gobernante para convocar reuniones eclesiales porque la soberanía tenía un cierto aire sagrado. Lo que sí se puede criticar fue la pérdida de fuerza profética en los cristianos, a tal punto que la unidad entre ellos era una cuestión exógena, parecería como si lo más importante no fuera vivir la fe sino buscar los acuerdos políticos para imponer la fe. De hecho las cosas cambiaron; lo histórico es aceptar ese cambio con todas sus connotaciones y así evitar llantos hipócritas de presuntos profetas.

Relaciones sociales

En este apartado se tratan algunos temas que al ser vividos por la Iglesia repercutían en la vida social del imperio romano.

Uno de ellos es el matrimonio[121] y la familia. La Iglesia comenzó aceptando la legislación civil sobre el matrimonio, pero con el correr de los años fue haciendo una serie de exigencias particulares sobre la legislación matrimonial como el caso del divorcio, el repudio, los hijos, las uniones de hecho, los hijos nacidos fuera del matrimonio, los hijos abandonados, el aborto, el matrimonio entre libres y esclavos; la legislación civil, influenciada por la doctrina cristiana, también comenzó a cambiar. Por ejemplo, la legislación civil condenaba el aborto de una mujer casada, pero permitía el de una prostituta; la Iglesia siempre condenaba el aborto porque lo consideraba como un doble crimen: homicidio, en cuanto al feto, y suicidio, en cuanto a la mujer; finalmente la legislación civil condenaba el aborto sin hacer ninguna distinción. Otro ejemplo es la igualdad de los cónyuges: la Iglesia siempre ha querido presentar esta igualdad, la legislación imperial ponía al *pater familias* como amo y señor de todo, incluso la mujer y los hijos, por ello algunos padres deseaban tener varios hijos para venderlos como esclavos.

La Iglesia también tuvo que fijar su posición frente al sector social, donde se presentaban numerosas actitudes opresoras debido al caótico ambiente social de los siglos IV y V cuando el imperio vivió duras crisis económicas, políticas y sociales en las cuales los más pobres eran los perjudicados; estas crisis eran tan profundas que más de

un romano buscaba la humanidad entre los bárbaros porque ya no podían soportar la inhumanidad de la patria. Frente al binomio poderosos y dependientes, la Iglesia optó, a veces con algunas reservas, contra las injusticias cometidas con los dependientes, es decir, los esclavos pero sin prohibir la esclavitud; en este campo están las leyes de manumisión propuestas por la Iglesia y posteriormente aprobadas por el imperio, la cuestión del derecho de asilo en templos y monasterios; cuando el amo y el esclavo eran cristianos se hablaba de la igualdad fundamental de los hombres (cristianos) ante Dios, por ello no es raro encontrar que los amos cristianos dejaran en libertad sus esclavos cristianos, quienes algunas veces prefirieron seguir dependiendo de sus amos.

Frente al tema de ricos y pobres la Iglesia actuó, a pesar de su pobreza, organizando una especie de acción social y motivaba a los ricos para que fueran caritativos[122]; el responsable de la acción social era el obispo. Esta acción estaba estructurada en el servicio a los pobres, la creación de hospitales y casas de peregrinos, la manutención de viudas y personas sin ninguna posibilidad económica. Frente a este panorama llama la atención la crítica que la Iglesia hacía frente a los opresores y la generosidad a pesar de la pobreza toda vez que el patrimonio eclesial sólo comenzó a organizarse a finales del siglo IV[123].

En el ámbito cultural las cosas fueron difíciles ya que los años comprendidos entre el edicto de Milán y el concilio de Calcedonia fue un período más de siembra que de recolección, en el que se presentó un cambio cultural que coincidió con la edad de oro de los padres de la Iglesia. Las diferentes manifestaciones culturales fueron lentamente cristianizadas hasta el punto de cristianizar el calendario; los espectáculos culturales como el circo, el teatro y las diversiones fueron perdiendo su importancia si bien en algunos lugares se conservaron, las narraciones mitológicas fueron censuradas y prácticamente abolidas, las fiestas cambiaron su sentido cuando dejaron de ser recordados los dioses en cuyo honor se celebraban, e incluso algunas de esas fiestas tomaron un título cristiano. Se puede decir que durante estos años se realizó un proceso de culturización en el cual se aprovecharon varios elementos sobre los cuales se pudo crear una sociedad prácticamente cristiana ya que la sociedad pasa de una mayoría no cristiana a una mayoría cristiana; esto da a entender que los elementos no cristianos siguieron vivos pero con poca fuerza, o al menos con menor fuerza en relación a los siglos precedentes y al interior del imperio.

Para terminar se habla del seglar, cuya presencia sufrió un cambio a raíz del edicto de Milán. Hasta el edicto, clérigos, monjes y laicos formaban una comunidad unida bajo la perspectiva de la posibilidad del martirio; después del edicto las cosas cambiaron porque el campo de acción de los clérigos y los monjes fue mayor, y el de los seglares comenzó a disminuir, esto no quiere decir que haya desaparecido sino que algunas funciones que antes eran desempeñadas normalmente por los seglares, ahora las hacían clérigos y monjes. Con la inauguración de las basílicas y otros lugares de culto, los seglares fueron separados de clérigos y monjes quienes tenían sus puestos en lugares prohibidos para los seglares.

Todo esto condujo a que se le diera una nueva evaluación al apostolado de los seglares desde la perspectiva del sacerdocio universal; en este aspecto Juan Crisóstomo y Agustín determinaron el campo de acción de los seglares en el comportamiento cristiano ejemplar en la vida cotidiana, la ayuda voluntaria y eficaz a los hermanos que se hallan en cualquier dificultad, y la acción misionera entre los no cristianos o entre los extraviados; esta triple acción debe hacerse en estrecha colaboración con el clero, que a su vez necesita de la presencia de los seglares en diferentes oportunidades. Algunos seglares tuvieron a su cargo la administración de los bienes de la Iglesia, y otras veces, debido a su elevada posición oficial y privada, desempeñaron un importante papel en beneficio de las comunidades locales.

1.2.2 Las controversias teológicas

Aunque pueda ser una apreciación muy dura, no se puede ignorar que en aquel entonces se dio un cambio radical en la Iglesia: el eje de la solidaridad fue desplazado por el eje político; se pasó de vivir la fe a establecer su formulación, expresando en conceptos técnicos lo que se vivía y creía. Ya la experiencia cristiana no era únicamente una forma de vida, sino también una doctrina para creer; a la experiencia espiritual era necesario adjuntarle unas ideas claras. Además, "es muy significativo que en las disputas teológicas, tanto en los grandes personajes como en el pueblo, salgan al paso continuamente los problemas de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y los del nivel espiritual en la vida cotidiana"[124]. No obstante ello, en la segunda mitad del siglo IV se apagó la controversia trinitaria gracias a Cirilo de Jerusalén, los padres Capadocios y Ambrosio de Milán. En cuanto a los Capadocios conviene recordar que Basilio es el pastor, Gregorio Nacianceno el teólogo y Gregorio Niceno el filósofo.

La formulación del dogma trinitario

La formulación del dogma trinitario tuvo lugar en el transcurso de la batalla teológica que la Iglesia libró contra el arrianismo y otras herejías que insistían en la imposibilidad de la tripersoneidad divina por lo que la divinidad de Cristo y el Espíritu Santo no se podía admitir. En este contexto se dio el concilio de Nicea (325) que fue presidido por Osio de Córdoba[125]; en ese concilio, Arrio[126] defendió una doctrina que terminaba rechazando la divinidad de Cristo, pero se encontró con el alejandrino Atanasio[127] quien con el término "consubstancial" expresó con precisión la doctrina de la divinidad de Cristo.

Después de este concilio en el que el arrianismo prácticamente fue derrotado, vino una reacción de este movimiento motivado por intrigas políticas en las que el obispo Eusebio de Nicomedia y el emperador Juliano el Apóstata, desempeñaron un importante papel. La víctima más conocida de estas intrigas fue Atanasio, el obispo alejandrino que varias veces fue desterrado de su sede. La historia suele darle a las intrigas políticas posteriores a Nicea el nombre de luchas por el símbolo niceno, entre las cuales se citan: el

resurgimiento del arrianismo y otras corrientes cercanas, el intento de restauración no cristiana a través de algunas disposiciones estatales, la realización de algunos sínodos como los de Sárdica, Seleucia y Rímini que en lugar de unir el cristianismo lo que hicieron fue atomizarlo cada vez más, y el cisma de Antioquía por el tema monofisita.

Con la conversión y adhesión de Teodosio y la enseñanza dogmática y pastoral de los padres de la Iglesia, principalmente los capadocios, se obtuvo un emblemático triunfo sobre el arrianismo y para poner fin a todo ello, Teodosio convocó el I concilio de Constantinopla donde se definió la divinidad del Espíritu Santo, gracias al esfuerzo teológico de Gregorio Niceno y Gregorio Nacianceno, quienes formularon la teología del Espíritu Santo enseñando que era consubstancial con el Padre y el Hijo. Este concilio puso punto final a una fructífera pero difícil discusión sobre la Trinidad, lástima que cuando se llegó a este punto, ya algunos pueblos bárbaros habían abrazado la fe cristiana arriana. En relación al símbolo de fe, llamado nicenoconstantinopolitano, existen algunos estudios que prueban que esta formulación pertenecía a un antiguo símbolo jerosolimitano, con lo cual se estaría haciendo una aproximación al símbolo apostólico.

Las controversias cristológicas

Las controversias cristológicas se ubicaban en torno a la divinidad y la humanidad de Jesús. En cuanto a la divinidad, la negación total era hecha por el judeocristianismo, la negación parcial era la propuesta de Arrio y la divinidad alejada de la unión era la doctrina de Nestorio. En la humanidad, Eutiques proponía que era absorbida en la unión hispostática, Apolinar la negaba de una manera parcial y el docetismo se ubicaba en la negación total de la humanidad[128].

Con el dogma de la Trinidad se definió la divinidad del Hijo y su consubstancialidad con el Padre; ahora el problema era formular la doctrina en torno a aquello de "las dos naturalezas" sin confusión ni detrimento de la divinidad y la humanidad. La posición asumida por las escuelas alejandrina y antioquena que enfatizan en la divinidad y la humanidad respectivamente fue vital, pero no definitiva para determinar la unión hipostática. Junto a la cuestión cristológica existe otra no menos importante como es la de la Virgen María. Nestorio, obispo de Constantinopla, predicaba que María no era la Madre de Dios sino que ella había engendrado al hombre Cristo en quien habitaba el Verbo; en este contexto se dio el concilio de Éfeso (431) que proclamó la Maternidad Divina de María.

Hasta el concilio de Éfeso el tema de la unión de la divinidad y la humanidad en Jesús, no era una cuestión tan clara como hoy lo asume la teología cristológica. Desde presupuestos filosóficos hubo diferentes propuestas para tratar de aclarar divinidad y humanidad de Jesús; una propuesta fue la teología alejandrina *Logos-sarx*, *Palabra-carne*, para referirse a Jesús como Dios y hombre. El problema no era fácil porque en la concepción teológica del momento era preciso inventar los términos más adecuados para expresar la unidad teándrica de Jesús, y por ello al interior de la teología alejandrina, pensamiento que se extendió por el oriente cristiano, aparecieron diferentes opiniones

que al hacer escuela, unas tomaron caminos heréticos, y otras caminos ortodoxos.

Arrio, sacerdote alejandrino y discípulo de la escuela antioquena, propuso dos ideas fundamentales: el *Logos* tuvo un comienzo con lo cual ya no sería eterno sino creado y cuando se encarnó asumió la carne de un hombre, pero no un alma humana porque esta alma humana fue reemplazada por el *Logos* de tal manera que Dios ocuparía el lugar del alma humana. Frente a esta propuesta, señalada por la Iglesia como herética, Atanasio de Alejandría propuso la doctrina cristológica de la consubstancialidad del Hijo con el Padre con lo cual el Hijo fue engendrado pero no creado. Más tarde, Apolinar de Laodicea propuso una especie de tercera vía, conocida como el semiarrianismo, que negaba en forma parcial la humanidad de Cristo porque la Palabra y la carne vienen a ser uno como el cuerpo y el alma en el hombre son uno; en el fondo, Apolinar sostenía que después de la unión hispostática se formaba una naturaleza única, la cual resulta de la mezcla de Dios y Hombre en Cristo; en este contexto surgió el monofisismo, doctrina herética que afirmaba una única naturaleza en Cristo.

Mientras Alejandría seguía sosteniendo la teología divinizante, Antioquía sostenía la teología del *Logos-anthropos*, *Palabra-hombre*, donde el hombre era asumido. Como existían dos corrientes diferentes, en un momento determinado y después de las condenas de Arrio y Apolinar, surgió una nueva polémica, en esta oportunidad entre Cirilo de Alejandría[129] y Nestorio; para el primero, la unidad ontológica de Jesús se da en su apariencia externa y en su ser; para Nestorio, al ser Jesús perfecto Dios y perfecto hombre, constituye dos sujetos distintos de tal manera que la unidad es únicamente moral. Anexo al tema cristológico, estos dos obispos entraron en una disputa mariológica que se dilucidó en forma tensa y polémica en el concilio de Éfeso del 431, tal como se dijo.

Hacia la mitad del siglo V aparece la cuestión monofisita que rechaza la posibilidad de dos naturalezas en Cristo ya que a partir de la encarnación la naturaleza humana fue absorbida por la divina. Ante esta realidad y posterior al latrocinio de Éfeso, está el concilio de Calcedonia (451) que proclamó solemnemente la unión de dos naturalezas sin ninguna confusión. Esta declaración no acabó con el monofisismo ya que dividió a los cristianos: unos apoyaban el monofisismo, otros defendían el concilio de Calcedonia; esta realidad motivó a varios emperadores bizantinos a buscar fórmulas para superar esta situación a través de una conciliación, pero de ello se hablará en otro momento.

2. Vida interna de la Iglesia

El anterior apartado estuvo orientado a conocer el contexto histórico en el cual comenzaron de una manera oficial las relaciones de la Iglesia con los líderes políticos de aquel entonces, con lo cual el énfasis se puso en lo exterior; ahora, se quiere hacer una aproximación a la situación que se vivía al interior de la Iglesia. De la dinámica relacional de estos elementos: el interior y el exterior, surge la formulación de la fe, de la cual se hablará en el tema de los concilios.

2.1 Actividad misionera[130]

Como eje para comprender el tema de la actividad misionera se deben tener presentes tres aspectos: la cristianización de la población, la metodología misionera y el contacto con pueblos que no hablaban la lengua del imperio. A pesar de ello, aún no se puede hablar de una misión oficialmente organizada, por lo cual los éxitos misioneros se debieron a iniciativas personales en circunstancias muy particulares.

El giro político sucedido entre el 313 y el 380 que representó una buena oportunidad para la acción misionera en el imperio donde los cristianos conformaban una minoría no despreciable; este cambio trajo dos peligros: las conversiones por oportunismo y la tentación de emplear medios y métodos para lograr la profesión cristiana mediante la presión y, en oportunidades, la violencia. Si bien estos peligros estaban presentes, no se puede negar que a mediados del siglo V casi todo el imperio se sentía cristiano a excepción de algunos grupos no cristianos que continuaban su vida al interior del imperio en condiciones desfavorables, incluyendo la particular situación de los judíos y algunos grupos germánicos.

En Egipto la acción misionera fue realizada por obispos y monjes; entre los obispos brilló Atanasio quien desde Alejandría tomó la decisión de evangelizar y convertir el sur de Egipto. Las misiones en la región del patriarcado alejandrino se vieron ensombrecidas por los enfrentamientos entre cristianos y no cristianos; además hacia el siglo V la mayoría de los nuevos cristianos todavía no se veía libre del influjo de su religión anterior, no en vano hacia el 420 Cirilo de Alejandría escribía contra las prácticas supersticiosas, sobre todo de los campesinos entre quienes subsistía la magia, la hechicería y algunos cultos egipcios como el que se tributaba al río Nilo. Desde Egipto, gracias a la decisión de Atanasio, se inició la cristianización de Etiopía, que era dividida en dos reinos: Askum y Nubia (ésta era dividida en tres distritos: Nobadia, Makuria, Alodia) donde se desarrolló una floreciente cristiandad que algunos años o siglos después se convirtió al monofisismo. En relación a Egipto y el norte de África, se debe decir que esta región gozó de una posición de vanguardia en la teología y la literatura cristiana, no en vano la formulación de la fe progresó notablemente en aquellas regiones.

En Palestina también se dio la acción de obispos y monjes. Allí las misiones sólo alcanzaron influjo hacia el siglo V, a pesar del impulso dado por Constantino quien con la construcción de templos cristianos ayudó a que naciera en los cristianos la conciencia de que esa región era la tierra santa donde se originó el cristianismo. La mayoría de los cristianos palestinos vivía en las ciudades y eran minoría en relación a los judíos; es muy probable que la presencia de los judíos, quienes defendían su legitimidad, no permitía que las misiones fueran florecientes. En Arabia hay que distinguir dos regiones; en la región noreste se organizó una comunidad bajo la acción misionera de obispos y monjes enviados desde Bosra, la capital, donde había una floreciente cristiandad tal como lo dan a entender las ruinas de Mádaba y Garasa; en la región suroeste los misioneros cristianos compartían con misioneros judíos procedentes de Palestina, monofisitas procedentes de Egipto y nestorianos que procedían de las regiones antioquenas y el norte de Arabia para convertir la tribu de los himyaritas.

Antioquía, capital de Siria, vivió una época de florecimiento después de la persecución de Diocleciano; fue una de las más ricas comunidades de la antigüedad cristiana que extendió su acción misionera a Arabia, India y algunas regiones del interior asiático. Como es normal en el oriente cristiano, los monjes desempeñaron un importante rol misionero junto a los cristianos nestorianos. Tres factores contribuyeron al desarrollo misionero en Antioquía y Siria: la mayor fuerza de irradiación del cristianismo en relación a los no cristianos, la intensa propaganda persona a persona que proponía Juan Crisóstomo y la atracción del monacato. Esta cristiandad estuvo en pie hasta cuando Suleimán tomó para los turcos la región de Asia Menor donde creó en el 1080 el sultanato de Al-Rom[131]. Junto a la cristiandad de Siria se ubican las diferentes comunidades de Asia Menor y algunas islas del Mediterráneo que giraban en torno al patriarcado de Antioquía: Cilicia, Chipre, Calcedonia, Nicea, Isauria, Capadocia, etc. En la región de Asia Menor, la fuerza del cristianismo no erradicó la presencia de creencias no cristianas y, a partir de la primera mitad del siglo IV, la cuestión misionera comenzó a dar paso a los acuerdos sinodales y conciliares. En el imperio sasánida existía una minoría cristiana, la persa, que sufrió la persecución porque el rey era contrario a la autoridad romana. A la India llegó, en los siglos IV-V, una buena cantidad de cristianos sirios, que probablemente tuvieron contacto con los cristianos de santo Tomás.

En las regiones europeas de Danubio, Los Balcanes y Tracia también se desarrolló la acción misionera que tenía como punto de referencia la conversión de las tribus godas establecidas en el Danubio inferior. En relación a Macedonia se advierte un cierto atraso misionero en comparación con las provincias asiáticas. En Grecia, particularmente en Atenas, aún estaba vivo el influjo y prestigio del pensamiento no cristiano por la presencia de los maestros de la academia platónica; sólo a través de la aplicación de los edictos de Teodosio a favor del cristianismo, particularmente el *Cunctos populos*, se pudo incrementar el número de cristianos y diócesis. En Dacia y Dalmacia se fue desarrollando el cristianismo a través de un lento proceso misionero debido a la inseguridad política de las regiones fronterizas, la controversia arriana, que tuvo en Los Balcanes un centro de difusión y la pervivencia de los cultos no cristianos.

En las regiones de Panonia y Sirmium, en Europa Central, se desarrolló una adecuada acción misionera entre la población rural lo cual permitió una floreciente cristiandad. En el norte de Italia el proceso evangelizador se inició en el siglo IV a partir de tres sedes episcopales: Aquileya, Ravena y Milán, que fue por algún tiempo capital del imperio y sede de Ambrosio, con quien la Iglesia milanesa alcanzó su mayor eficacia misionera. Otras regiones de Italia tanto continental como insular fueron progresivamente evangelizadas a través del ejemplo de vida de los cristianos, la ocupación de templos no cristianos y la creación de obispados que hacían de la Iglesia una organización en continua expansión.

Otras regiones de Europa Central fueron medianamente evangelizadas ya que apenas se formaron pequeñas comunidades. En Germania, territorio de germanos y godos, el cristianismo también se fue extendiendo; para estos pueblos, el cristianismo era un

elemento más de la antigüedad tardía con el cual debían enfrentarse. No obstante ello, algunos germanos abrazaban el cristianismo católico que era dominante en occidente; algunos aristócratas y príncipes federados también lo hicieron al vincularse al imperio como feudos, con lo que los habitantes también tenían que convertirse como sucedió con los borgoñones, quienes abrazaron el cristianismo en los primeros años del siglo V; otro tanto se puede decir de francos y suevos para quienes la conversión al cristianismo estaba unida a la sumisión al imperio y al emperador.

Por lo que se refiere a la evangelización de los pueblos germanos[132] se puede decir que fue un proceso en el que participaron diferentes factores, dos de ellos son: el progresivo desplazamiento hacia occidente que traían los pueblos bárbaros y el cambio de vías de comunicación (unos del mar a la tierra, y otros de la tierra al mar). Estos pueblos tuvieron sus primeros contactos con el cristianismo a través de las incursiones que hicieron en territorio del imperio y del trato con los prisioneros que llevaban a sus territorios. Del cristianismo de los germanos se tenía alguna noticia porque en el concilio de Nicea participó Teófilo, obispo de los godos con sede en Crimea. A san Ireneo (*Adversus haereses*) se le debe el primer testimonio sobre el cristianismo de los germanos, entendido como un elemento de la cultura de la antigüedad tardía con la que se enfrentaron.

Cuando comenzaron a darse las conversiones de algunos príncipes y personajes importantes, aparecen las conversiones colectivas, un tanto forzadas; esto sucedía en el siglo V. Antes de ellas, se dieron algunas conversiones personales entre las que se destaca el caso de Ulfilas (311-383) obispo godo (ordenado por Eusebio de Nicomedia en el 341) de notable personalidad que inició su trabajo misionero en tiempos de Constancio II, abrazó el arrianismo homoiano (Jesús no es igual, sino semejante al Padre) moderado y tradujo la Biblia al gótico. El origen y la evolución de las misiones entre los godos, contacto del cristianismo, tanto arriano como católico, con los germanos, se entiende desde el transfondo de la historia de la Iglesia del oriente grecorromano. Ahora, desde los tiempos de Ulfilas hasta Recaredo I la mayoría de los pueblos germanos que abrazaron el cristianismo profesaban la fe arriana; entre estos pueblos son los godos quienes más profundamente la vivieron y llevaron a los pueblos donde emigraban.

En Europa Atlántica, Las Galias, se encuentran algunos elementos cristianos tanto en las ciudades como en los campos; estos elementos tenían como punto de partida el sur desde donde se iban extendiendo hacia el norte a través de los campos célticos que en el siglo IV aún tenían cultos naturalísticos; en esta región se destacaron Martín de Tours (+ 397) y Víctor de Ruan (+ 407). En la península ibérica la cristianización durante los siglos IV y V tiene rasgos bastante imprecisos, por ello se dice que las misiones se desarrollaban desde oriente hacia occidente tal como lo prueban las noticias sobre los sínodos hispánicos entre los cuales sólo se menciona el de Elvira. En Inglaterra también existía alguna organización.

Especial es la situación del norte de África que durante este período vivió un

floreciente cristianismo con grandes personajes por un lado, y sonadas polémicas en torno a la fe, la gracia y los sacramentos por otro lado. En medio de esta situación la Iglesia tuvo un doble quehacer misionero: ganar adeptos y cristianizar los latifundios de las provincias romanas proconsulares. La predicación y la correspondencia de Agustín de Hipona permiten entender la intensidad de la acción misionera de la Iglesia. La desintegración del mundo no cristiano en esta región se debió, además de la acción misionera, a la legislación iniciada por Teodosio y continuada por Honorio, mediante la cual fueron clausurados los templos no cristianos y prohibido el culto público no cristiano; con la llegada de los vándalos todo cambió y por más de un siglo se interrumpió la evangelización hasta que en el siglo VI oriente volvió a trabajar en la evangelización de esta región.

El recorrido hecho, permite captar dos cosas: a partir del edicto de Milán se fortaleció la acción misionera al interior del imperio y se tomó conciencia de la necesidad de evangelizar, incluso a quienes no pertenecían al imperio; esto daría a entender que la catolicidad fue vista por encima de la concepción política del imperio y las diferencias culturales entre oriente y occidente, entre el sur y el norte.

Al llegar a este punto conviene decir alguna palabra sobre el método misionero que durante los siglos IV y V tuvo en el obispo de la comunidad local al responsable de la misión, en la cual colaboraba la comunidad, gracias al ambiente catecumenal que se vivía. En esta época algunos obispos comenzaron a enviar misioneros en lugar de ellos ir a los sitios de misión. Al trabajo de estos misioneros se le añade, principalmente en oriente, la acción de los monjes quienes se presentaban como llamados a una vocación particular, abandonaban el monasterio y se presentaban como luchadores contra el demonio, razón por la cual destruían violentamente los lugares de culto no cristiano, acudiendo incluso a la autoridad pública.

En relación a la presencia de la autoridad imperial, la legislación a favor del cristianismo se fue afirmando lentamente hasta hacer del cristianismo la religión del imperio; llama la atención que cuando la Iglesia no era oficialmente tolerada, se presentaron, por parte de los cristianos, varias argumentaciones a favor de la tolerancia; pero cuando la Iglesia fue tolerada e, incluso, protegida por el estado, "no se admitía" la existencia de los no cristianos; en este contexto se ubican las apologías no cristianas que en gran medida son ignoradas por lo que su conocimiento pertenece a círculos bastante reducidos. Las conversiones en masa no se saben si fueron exclusivamente por el esfuerzo misionero de la Iglesia, que no se puede ignorar, o por temor a la represión oficial y los numerosos tumultos que se presentaban entre enfervorizados cristianos que buscaban destruir los lugares de culto no cristiano y los sinceros no cristianos que buscaban defender un lugar sagrado. En este orden de ideas, el éxito cuantitativo logrado en breve tiempo debió pagarse con una sensible falta de calidad interior en los nuevos cristianos.

2.2 Estructura y organización de la Iglesia[133]

La libertad alcanzada con el edicto de Milán condujo a una mejor organización eclesial y fue en este contexto donde tomó fuerza la Iglesia local, que en oriente era llamada *parroquia* y en occidente, *territorium*, *fines episcopatus*, *dioecesis*; en estas jurisdicciones, sus límites casi siempre coincidían con los límites civiles y no siempre existía proporción entre el número de habitantes y el territorio. El jefe era el obispo quien estaba obligado a la residencia en la comunidad y tenía prohibido su traslado a otra diócesis por aquello de las nupcias místicas del obispo con la Iglesia local. Con el crecimiento del número de fieles se vio la necesidad de establecer otros centros de culto con lo cual se originaron las Iglesias titulares que después tomaron el nombre de parroquias, administradas por sacerdotes itinerantes que hacían parte del clero de la diócesis; también apareció una persona o un grupo de personas que ayudaban estrechamente a los obispos: en oriente, el corepíscopo, en occidente, el presbítero.

Con el aumento de las Iglesias locales, esto ya desde el siglo II, comenzaron a presentarse los primeros inicios de las federaciones metropolitanas que en oriente eran llamadas *hexarcados* y en Occidente *provincias*. Las federaciones coincidían, en gran medida, con las jurisdicciones civiles como el caso del norte de África, el norte de Italia, Las Galias, Hispania, etc.; caso especial lo constituían los obispos de Egipto que estaban sometidos directamente al patriarca de Alejandría y los del sur de Italia que estaban sometidos al obispo de Roma.

Otro elemento son las grandes circunscripciones territoriales que más tarde tomaron el nombre de patriarcados[134]; en un principio y hablando en sentido estricto fueron tres: Roma, Antioquía[135] y Alejandría; a éstos se les une, con una importancia honorífica el de Jerusalén, y a partir de 381 aparece el quinto patriarcado, Constantinopla[136], capital del imperio oriental. En la organización de los patriarcados desempeñaron un importante papel los aspectos: cultural, lingüístico y racial. Además de esto, a manera de justificación, apareció la cuestión del origen apostólico de las principales sedes episcopales; por esto en el siglo IV, a raíz del crecimiento de la importancia política de Constantinopla, se hablaba del descubrimiento de los sepulcros de los apóstoles o que una ciudad cediera su importancia a otra, como sucedió con Éfeso y Constantinopla. Los patriarcados permiten entender la existencia de diferentes ritos en la Iglesia, que se deben tener en cuenta en el ecumenismo y las divisiones que se han presentado, toda vez que por el pluralismo se presentan tensiones y conflictos, uno de los temas más agitados de la historia de la Iglesia.

Las diferentes circunscripciones tenían asambleas o reuniones, sínodos o concilios, institución conocida desde la época anterior a Constantino, que fue desarrollada y completada en el siglo IV. En el desarrollo de estas asambleas el influjo civil se manifestó de diferentes formas sobre todo en el aspecto de la organización; debido al reducido ámbito de acción, los antiguos sínodos fueron importantes para la vida cotidiana de las comunidades eclesiales a tal punto que algunas disposiciones sinodales provinciales y locales lentamente se convirtieron en ley universal, como sucedió con la norma celibataria sacerdotal.

Cuando el sínodo tiene una mayor importancia porque abarca varias provincias o todo el imperio normalmente es convocado por el emperador, unas veces por propia iniciativa, otras veces por sugerencia de los patriarcas o los obispos metropolitanos; en este sentido los emperadores se convirtieron en legisladores de la Iglesia ya que ofrecieron los elementos técnicos para el desarrollo de la asamblea e incluso los objetivos de las deliberaciones conciliares respetando en principio la libertad de palabra y decisión de los obispos en las cuestiones debatidas; durante estos siglos era normal que los emperadores confirmaran los acuerdos de los concilios y les confiriera fuerza de ley en el ámbito civil, pero esto no quiere decir que las decisiones conciliares entraran en vigor por la confirmación imperial sino por el concilio en sí mismo.

Mención particular merece el nuevo tipo de sínodo que se desarrolló a partir de la segunda mitad del siglo IV en Constantinopla, en el cual los obispos que se encontraban en esa ciudad eran convocados para deliberar sobre importantes aspectos de la Iglesia; este sínodo, llamado *endemousa*, fue un factor fundamental del desarrollo de la autoridad de la sede de Constantinopla y un importante órgano en la constitución de la Iglesia bizantina.

2.3 La Jerarquía

2.3.1 El pontificado[137]

Después de Milcíades (311-314), en cuyo pontificado fue dado el edicto de Milán, se inició la construcción de la basílica San Pedro y le fue "donado" al obispo de Roma el palacio San Juan de Letrán, vino el pontificado de Silvestre I (314-335) en cuyo tiempo se llevó a cabo el primer concilio ecuménico realizado en Nicea en el 325; con este pontífice comenzó a tomar importancia el Papa[138] toda vez que los padres sinodales reunidos en Arles (314) le escribieron algunas cartas llamadas *Cartas sinodales a Silvestre* donde le comunicaban los resultados de las deliberaciones. A pesar de ello, durante su pontificado se creó un vacío literario e histórico en el cual aparece la leyenda que fue puesta por escrito en el siglo V bajo el título de *Actus sancti Silvestri* que le atribuyen a este Papa la conversión, el bautismo y la curación milagrosa de Constantino, quien en agradecimiento le habría otorgado algunos beneficios; éste es el origen de la "donación constantiniana", que hoy en día es considerada como un falso histórico, una especie de leyenda que se transmite por escrito hasta convertirse en una tradición que sólo tiene de histórico los personajes que menciona. Bajo este pontificado, en el 321 Constantino dispuso que en el primer día de la semana, el domingo, se suspendieran las sesiones del tribunal y los trabajos públicos; es decir, el domingo comenzó a ser festivo.

En el 336 ocupó la silla de Pedro, Marcos cuyo pontificado sólo duró nueve meses. Lo sucedió Julio I (337-352) bajo cuyo pontificado se desarrolló la posición privilegiada de Roma y tomó fuerza la autoridad pontificia; prueba de esto es el hecho que el Papa fue consultado por defensores y opositores en el caso de Atanasio en relación a la sede de Alejandría. Con esta actitud, Julio se sintió llamado a fallar de manera obligatoria incluso en asuntos eclesiásticos orientales, tal como se puede deducir de las actas del

sínodo romano del 340, reproducidas por Atanasio en *Apología contra los arrianos*[139]; por esta actitud y consideración, el Papa le pidió al emperador Constancio la convocación de un concilio general que no se pudo realizar porque algunos obispos se opusieron.

Con el papa Liberio (352-366) el prestigio moral adquirido por Julio disminuyó toda vez que la Iglesia fue sometida a un despótico capricho imperial cuando en los sínodos de Arles (353) y Milán (355) la mayoría de los obispos y delegados pontificios se sometieron a las decisiones del emperador quien condenó a Atanasio de Alejandría; los obispos que no se sometieron a los deseos del emperador fueron desterrados, Liberio se solidarizó con ellos y pidió oraciones para afrontar la tempestad que se acercaba por conservar íntegra la fe y la Iglesia. La presión física y psicológica sufrida por el Papa, incluso el destierro, lo llevó a retirarle el apoyo a Atanasio; esta actitud, vista como deslealtad pontificia, socavó su prestigio moral y el emperador comenzó a ignorarlo. Esto lo llevó a una difícil situación en Roma a tal punto que los romanos no lo incluyeron en la lista de los Papas legítimos, y en su lugar pusieron a quien fue su antagonista temporal, nombrado por Constancio, Felix II que actualmente es tenido como antipapa.

Para elegir el sucesor de Liberio se presentaron varios inconvenientes, siendo finalmente elegido Dámaso I(366-384) quien después de superar los problemas iniciales le dio una nueva configuración a la curia romana y recuperó la autoridad pontificia que en cierto sentido se había perdido, ya que fue conciliador en la forma pero riguroso en la sustancia. Durante su pontificado fue concedido el decreto *Cunctos populos* (febrero 28 de 380) con el cual la fe cristiana fue declarada como religión del Estado en la forma en que los romanos la habían recibido del apóstol Pedro y era profesada por Dámaso I. Si en occidente, a pesar de las dificultades presentadas, alcanzó esta preeminencia, en oriente tuvo que luchar para conseguirla, aunque no siempre actuó con el debido tacto; a pesar de esto fueron varias las ocasiones en las cuales las sedes orientales apelaron a Roma para solucionar algunos conflictos, por lo cual se puede decir que la idea de Roma como "sede apostólica" data de los pontificados de Liberio y Dámaso I; con esta fórmula el Papa reivindica el derecho a un rango que no se apoya en la categoría política de la ciudad, sino en la relación del apóstol Pedro con la comunidad de Roma. Otros puntos importantes del pontificado de Dámaso I fue el interés por la Biblia, al tener a su servicio durante algunos años a Jerónimo y proclamar el canon de la Sagrada Escritura, y su preocupación por la restauración de algunos templos.

Siricio (384-399) fue el sucesor de Dámaso I, pero sin alcanzar la fuerza y autoridad que tuvo el obispo Ambrosio de Milán en cuyas manos estuvo prácticamente la política eclesiástica del momento. La importancia de Siricio radica en haber desarrollado material y formalmente la autonomía de la legislación pontificia extendida a toda la Iglesia en occidente; a partir de entonces, ya con una cierta oficialidad, las respuestas del Papa a las preguntas episcopales adquieren fuerza legislativa, es decir, nacen las decretales pontificias que con el pasar de los años se convierten en documentos jurídicos para la Iglesia; estas decretales son conocidas como *Statuta apostolicae sedis*. Siricio dio

los primeros pasos para la creación del vicariato pontificio de Tesalónica y condenó a Joviano que negaba el valor del ayuno e igualaba el matrimonio y la virginidad. Determinó como obligación el celibato eclesiástico, según carta del 10 de febrero de 385, dirigida a Himerio, obispo de Tarragona; este documento se considera la primera decretal pontificia "ejerciendo de manera oficial el magisterio anejo a la sede de Pedro"[140].

Después de Anastasio I (399-402) vino Inocencio I (402-417) quien trató de desarrollar la idea del primado del obispo de Roma. Esta idea se pudo llevar adelante sin mayores obstáculos en Occidente en los ámbitos disciplinario y litúrgico, tal como se puede constatar en varios documentos que envió a algunos obispos de diócesis occidentales; con Oriente las relaciones fueron difíciles porque los patriarcados orientales, principalmente Alejandría y Antioquía, no aceptaban ni apoyaban las decisiones de Roma; un caso concreto de esta situación es la posición asumida por Inocencio I cuando Juan Crisóstomo fue desterrado al perder el favor del emperador oriental a raíz de las críticas que hizo. Caso especial es el pelagianismo ya que en el 416 le llegaron tres escritos procedentes de África, uno de esos escritos era de Agustín de Hipona, los otros dos eran de los sínodos de Cartago y Mileve; estos escritos le pedían al Papa que utilizando su autoridad condenara las ideas pelagianas que estaban causando problemas en la Iglesia africana; en la respuesta dada por el Papa hacia el 417 se puede captar que en cuestiones doctrinales el obispo de Roma disfruta de una especial autoridad que tiene su fundamento en la Biblia.

La alegría de los obispos africanos se convirtió en desconcierto cuando poco después recibieron dos cartas del sucesor de Inocencio I, Zósimo (417-418), quien les informaba que Celestio se había justificado personalmente, Pelagio lo había hecho a través de una confesión que había presentado por escrito y el episcopado africano había juzgado en forma ligera a hombres que ya habían sido rehabilitados; a pesar de esto, el episcopado africano se mantuvo firme, le dio validez a las normas dadas por Inocencio I y desterró a los partidarios del pelagianismo.

Después de Zósimo, ocuparon la sede petrina Bonifacio I (418-422) y Celestino I (422-432) quienes tuvieron que solucionar algunos de los problemas disciplinarios dejados por Zósimo; entre éstos se citan: la intervención de Zósimo en el caso de un clérigo africano que fue suspendido del ministerio por su obispo y que el Papa obligó su reintegración en un claro abuso de jurisdicción, el nombramiento del obispo Patroclo de Arles como "primado de Las Galias" utilizando privilegios que afectaban la jurisdicción de los otros obispos galos, y el cisma que se presentó para designar al sucesor de Zósimo entre Bonifacio I y Eulalio. Además, en el tiempo de Bonifacio I, la cuestión de la soberanía eclesiástica en Los Balcanes; y durante el pontificado de Celestino I, la realización del concilio de Éfeso (431) y la problemática del nestorianismo, dejada por el Papa en manos de Cirilo de Alejandría. En el contexto de esta problemática y este concilio, se puede hablar del primado universal del Papa ya que los obispos orientales se dirigieron a Roma pidiendo una determinación doctrinal en el caso de Nestorio. El sucesor de Celestino, Sixto III (432-440), vivió un pontificado pacífico en relación a

oriente, si bien el obispo Proclo de Constantinopla hacia el 434 casi destruye las relaciones al tener deseos de influir en la región de Los Balcanes.

El último Papa de este período fue León Magno I (440-461) con quien el primado pontificio de la Iglesia antigua alcanzó el punto culminante al darle un marcado aspecto espiritual y fundamentar la idea del obispo de Roma como sucesor de Pedro, por esto mismo procuró satisfacer las exigencias de este deber actuando en casos concretos con habilidad política. En el ámbito de la Iglesia latina, esta reivindicación fue reconocida por un imperio ya decadente y los diferentes obispos metropolitanos con quienes se presentaron algunos problemas que no pasaron a mayores; en el contexto de estos malentendidos apareció la fórmula de la colegialidad episcopal: "Participar en la solicitud pastoral no quiere decir participar en la plenitud de poderes"; por la fuerza adquirida por León I, fue visto como el salvador de Occidente al intervenir frente a los reyes Atila y Genserico, cuando éstos quisieron apoderarse de Roma.

En el ámbito oriental las cosas fueron diferentes por las actitudes de algunos patriarcas orientales como el caso de Dióscoro de Alejandría; otros problemas que tuvo que solucionar en Oriente fueron el influjo del emperador Teodosio II, el latrocinio de Éfeso (449) y el concilio de Calcedonia (451) en el cual los delegados pontificios quisieron imponer la autoridad de Roma sin entrar en ningún tipo de discusiones sino teniendo como punto de referencia la Epístola 28 a Flaviano (obispo de Constantinopla) escrita por León I que fue aceptada y acogida como carta dogmática en cuanto estaba en consonancia con la tradición de los padres, pero de hecho el concilio de Calcedonia no expresó un reconocimiento pleno y sin restricciones de la concepción leonina del primado, aunque la autoridad docente de Roma fue aceptada.

2.3.2 El clero

Hasta el siglo IV, el sostenimiento del clero se hacía gracias a las ofrendas, contribuciones y primicias de los fieles; esto llevó al crecimiento del patrimonio eclesiástico, incluyendo los terrenos para cementerios y templos. Además, algunos clérigos vivían de sus propiedades o de su trabajo en agricultura, industria y comercio[141]. En aquel entonces el clero no estaba obligado al celibato, práctica que se afianzó con el tiempo al entenderse como medio idóneo para un mejor servicio a Dios y lentamente se convirtió en el sistema de vida más adecuado para el obispo y el sacerdote.

A comienzos del siglo IV ya existían los diferentes grados del orden y el clero estaba dividido en superior e inferior; al superior pertenecían obispos, presbíteros y diáconos; al inferior subdiáconos, acólitos, exorcistas, ostiarios y lectores. Los grados del clero superior reciben la consagración de manos del obispo, los grados del clero inferior oscilaban en su número y valoración. Cada uno de estos grados tenía funciones específicas, pero no siempre existía claridad en torno a los límites de las funciones de los diferentes grados, por ello, algunas veces, se presentaba una cierta "invasión" en otros campos. Mención especial merece el archidiácono, quien normalmente dirigía el grupo de diáconos existentes en Roma y en más de una oportunidad fue elegido Papa. Un

elemento importante es el número de vocaciones, el cual era bajo, pero a pesar de ello no faltaban clérigos en las diferentes comunidades; esto quiere decir que el tema vocacional no estaba ausente pero tampoco era una panacea de vocaciones.

Para la admisión en el estado clerical existían algunos requisitos: edad[142] e intersticios, integridad corporal y salud física, acreditación de fe y vida moral. En relación a la moralidad las cosas no eran fáciles porque se partía, como norma, de no aceptar a los que habían tenido que someterse a penitencia pública; además los *Statuta ecclesiae antiqua*[143]exigían que fuesen excluidos: usureros, perturbadores y quienes tomaban la justicia por sus manos. Otros requisitos eran: tener un suficiente conocimiento teológico y pastoral, estar libres de compromisos políticos en relación al imperio, ser libre porque el esclavo tendría que servir a dos señores. Aunque las normas eran claras, la baja preparación del clero era normal a pesar de los esfuerzos de algunos obispos en sus respectivas diócesis, como el caso de Agustín en Hipona, el monasterio de Lerins al sur de Las Galias y algunos otros centros donde los clérigos llevaban una vida comunitaria animada por la preparación bíblica y teológica con miras a una adecuada pastoral. Esto hizo que los clérigos se fueran convirtiendo en el grupo de personas preparadas que comenzaron a tomar el liderazgo de la sociedad por su sabiduría y santidad; por desgracia no faltaron los clérigos que tomaron caminos equivocados que los condujo a escándalos y movimientos heréticos.

También era normal que los clérigos siguieran con su matrimonio contraído antes de la ordenación, que varios clérigos optaran por una continencia voluntaria y otros eligieran el celibato gracias a una corriente espiritual que hacía ver la virginidad y el celibato como superiores a la vida matrimonial y una posibilidad para dedicarse al apostolado; a los clérigos casados se les exigía una vida matrimonial irreprochable en todos los sentidos por lo que las segundas nupcias estaban prácticamente descartadas. Con el tiempo comenzó a darse una diferencia pastoral entre occidente y oriente en relación al clero; en Oriente se permitía el matrimonio de los clérigos siempre y cuando éste fuera contraído antes de la ordenación, pero con la exigencia de pureza ritual los días que celebrara el culto, además los obispos no podían contraer matrimonio; en Occidente a partir del concilio de Elvira (hacia el 306) comenzó la tendencia a la continencia permanente y de ahí se pasó al celibato clerical que fue promovido por las legislaciones de algunos sínodos y los documentos de algunos Papas que en los siglos IV y V comenzaron a exigir la vida celibataria para los clérigos, incluso para los subdiáconos. Esta exigencia se basaba en la idea de una mayor disponibilidad para el servicio de la proclamación del Evangelio y la vida ejemplar del sacerdote que más que predicar la continencia y la virginidad también debería practicarla. Lo anterior da a entender que la estabilización del celibato sacerdotal[144], que en cierto sentido se inspiró en la castidad monacal, fue una ley que se afianzó lentamente a partir de algunos obispos que la pidieron para hacer del clero personas más consagradas a su ministerio; el hecho que la legislación se hiciera presente no quiere decir que con ello se solucionó el problema de las continuas violaciones a esta norma disciplinar, que tuvo en lo económico un

elemento que ayudó a su afianzamiento.

En cuanto a la elección del clero, la participación de los laicos fue disminuyendo, hasta que prácticamente desapareció por lo que se pasó de la participación a la aclamación del candidato propuesto; este cambio tiene elementos positivos y negativos de acuerdo al punto de vista desde el cual se analice la cuestión. Los *Statuta ecclesiae antiqua* exigían para la validez de las elecciones: consenso de clérigos y laicos, presencia o representación de los conventos y obispos de la provincia y la autoridad metropolitana. Una vez elegido el candidato, se tenía la ordenación que hacía el obispo, aunque algunas veces los presbíteros pidieron la posibilidad de ordenar. Tanto en la elección como en la ordenación era normal contar con la presencia de la autoridad civil competente, lo cual causó algunos inconvenientes que por lo general no pasaron a mayores.

Durante estos siglos el clero comenzó a adquirir algunos privilegios[145]: la exención de los *munera* o servicios que se debían prestar al Estado y los impuestos, la creación de la audiencia episcopal en el proceso civil romano que hacía del obispo un juez con amplias competencias, etc.; con los privilegios también llegaron los abusos y por ello fue necesaria una legislación para corregirlos. En el contexto de los privilegios adquiridos, los obispos comenzaron a gozar de un puesto concreto al interior de la sociedad, que posteriormente les ayudó para la asistencia social que proporcionaban, convirtiéndose en abogados de los pobres y desamparados, protectores de los fugitivos, intercesores en favor de los prisioneros y defensores de las ciudades contra la invasión de los bárbaros, no en vano eran llamados *pater populi*, *pater urbis*, *pater patriae*; por esto mismo el obispo surgió como modelo de santidad. Además, al recurso al juicio episcopal se le reconocieron los efectos civiles.

Un elemento importante en relación a los obispos es la colegialidad episcopal. Junto al obispo existía el presbiterio que asistía al obispo local en sus quehaceres y, a veces, lo aconsejaba; los obispos, que casi siempre le daban sus sedes el título de "sede apostólica", comenzaron a vivir una especie de colegialidad en el ámbito doctrinal que se manifiesta en la consagración episcopal de un obispo y la sucesión apostólica, uno de sus elementos fundamentales. Los obispos fueron tomando conciencia de ella y cuando algún obispo no estaba de acuerdo con la doctrina se le decía que él mismo se había puesto fuera de la colegialidad debido a su actitud; por ello no es de extrañar que León I subrayara que cada obispo es responsable de la Iglesia universal más allá de su propia diócesis. Los Papas también hablaron sobre la colegialidad episcopal al darles a los obispos el título de *coepiscopi* y *fratres*; pero esta idea se fue perdiendo con el correr de los siglos hasta el siglo XX cuando fue reanimada.

2.4 El monacato[146]

En la concepción eclesial, esta palabra tiene su punto de partida en Jesús, el unigénito; los discípulos, los que siguen a Jesús, lo imitan. Originalmente se refería a uno solo que se retiraba a un lugar solitario; después se le aplicó al grupo conformado por las personas que se retiraban a lugares solitarios. En cualquier nivel, lo importante es tener presente el

deseo de servir a Dios de una forma radical porque el deseo de ir a un lugar solitario, al desierto, era la concreción de una vida en el vacío. Quienes no eran partidarios de este movimiento decían que como los dioses estaban enojados, los cristianos fueron perseguidos y ellos para evitar la muerte huyeron al monte o al desierto donde se acostumbraron a vivir. En este sentido existe una doble cara: por un lado la Iglesia se reviste de un carácter oficial, por otro lado sale del mundo y se retira a la soledad.

En relación a su origen, el monacato, entre nostalgia y realidad, lo propone en el morir con Cristo a través de sacrificios y renuncias libres siguiendo los textos bíblicos hasta el punto que su vida puede ser considerada como un martirio incruento ya que la vida en el desierto es una vida en el vacío; el asceta vive el martirio en la renuncia al mundo porque la vida monacal es como una anticipación de la vida del paraíso (el escatologismo monacal) y una respuesta a Mateo 5, 48. De esta manera el monacato es la realización de ideales cristianos de perfección que aunque presente elementos comunes con otras manifestaciones religiosas es una creación genuinamente cristiana, por ello se dice que después de haber cristianizado las ciudades, la Iglesia, antes de conquistar los campos, conquistó el desierto gracias al monacato o vida consagrada.

Como es normal toda obra tiene sus defensores y sus detractores; el monacato también fue atacado por el régimen romano porque lo veía como una actitud de aversión a la vida; en la misma línea estaban algunos escritores y políticos que se vieron obligados a difamarlo porque algunos monjes participaban en revueltas políticas, ayudaban a las fuerzas enemigas, no colaboraban ni con la Iglesia ni con el estado, y las frecuentes oposiciones entre monacato y episcopado por aquello de la lucha entre carisma y jurisdicción. Los ataques contra el monacato, con sus razones, condujeron a que los monjes comenzaran a corregir los excesos por los cuales eran criticados; las críticas ayudaron a la purificación de los ideales monásticos.

2.4.1 El monacato oriental

En el retiro de algunos cristianos a la soledad para vivir en pobreza y castidad se encuentra el primer paso que condujo al monacato; entre los lugares a los cuales solían retirarse están: la Tebaida, el desierto de Nitria al suroeste de Alejandría y las montañas cercanas a Edesa en Siria; entre los anacoretas, se destaca Antonio quien, debido a la autoridad de su biógrafo, Atanasio[147], es llamado "padre del monaquismo egipcio". Si se busca el origen del monacato se pueden encontrar varias respuestas no cristianas de acuerdo a la historia de las religiones: los *katakhoi* egipcios (junto al templo del dios Serapis), las corrientes filosóficas y religiosas del neoplatonismo y el neopitagorismo, el maniqueísmo oriental de influencia budista y la comunidad (esenia) de *Qumram.*

Egipto

La primera manifestación es el anacoretismo[148], cristianos que dejando todo optaban por vivir aislados (retirados), primero cerca a sus respectivas ciudades, después en los

desiertos (eremitas) donde construían sus chozas (*kellia*); algunos de esos anacoretas se reunían en torno a un monje famoso, a quien tenían por consejero y director espiritual. Entre los "padres espirituales" el más conocido es san Antonio (251-356)[149] quien no solamente fue un carismático director (abad), sino también un excelente monje porque practicó los rasgos esenciales del monaquismo: trabajo manual, oración, lectura de la Biblia y una particular lucha contra los poderes hostiles a Dios (el demonio, el pecado). Este santo se convirtió para el pueblo en el modelo de una vida dedicada a Dios y los hermanos "en el modelo del carismático que deja el mundo no para abandonarlo a sí mismo, sino para servirlo mejor"[150].

Cuando el retiro era a los desiertos de Nitria (hoy Barnugi) y Sketis (hoy Waadi el-Natrûn), principalmente se tiene el eremitismo (los retirados al desierto). Las principales fuentes para conocer la historia de estos monjes son *La Historia Lausiaca* escrita por Paladio de Helenópolis[151] y *Las Sentencias* (o *Dichos*) *de los padres* (*Apophthegmata patrum*)[152]; aunque ambos centros fueron importantes, Sketis era más radical porque de hecho se vivía en el desierto lo cual exigía mayor fuerza física y moral por parte de los eremitas. Macario vivió allí por espacio de 60 años (a partir de 340) y fue el padre espiritual. Los monasterios de esta región vivían una experiencia diferente en relación a los pacomianos porque en lugar de una regla tenían la palabra orientadora (regla viva) de los patriarcas que estaban al frente de ellos. Hacia comienzos del siglo V por cuestiones teológicas (origenismo) y políticas (invasiones) recibieron un duro golpe.

La segunda manifestación es el cenobitismo pacomiano. Pacomio (287-346)[153], propuso la vida junto a otros monjes para tener mejores posibilidades de seguir adelante en el camino de perfección. Hacia el 320 creó cerca a Tabennisi una comunidad de monjes cuyos miembros aceptando una regla, se comprometían a vivir bajo la dirección de un superior. Los monasterios pacomianos tenían una estructura similar a las abadías monacales con buen número de monjes (más de 30), una adecuada organización económica y una fuerte vida comunitaria (*koinonía*), ley fundamental del pacomianismo que condujo a la unidad de principios y forma de vida entre los miembros de la comunidad; para llegar a esta igualdad se precisaba de pobreza y obediencia incondicional al superior. La regla de Pacomio es sencilla, sin muchas teorías ascéticas, con bastante calidad religiosa y pocas formulaciones sugestivas; busca siempre el término medio entre las exigencias comunitarias y la libertad de los miembros. Con la aceptación de otros monasterios que deseaban vivir esta regla se originó la primera orden en la historia del monacato cristiano (hacia el 337).

Siria y Palestina

Aunque a finales del siglo IV ya se encuentran algunos rastros monacales en el Sinaí debido a las fundaciones hechas por monjes procedentes de Egipto, se puede decir que su "edad de oro" comenzó con la fundación de un monasterio cenobítico por Justiniano. Palestina, la tierra santa, ejercía especial atracción para los monjes que fundaron allí las "lauras". La palabra "laura", proviene de una voz griega que traduce "senda estrecha" o

“lugar de luz”. Esta expresión se aplicaba a un tipo de monasterio, especialmente en Palestina, compuesto por un conjunto de celdas individuales habitadas por monjes que vivían bajo un mismo superior y formaban una especie de aldea monástica en torno a un templo. Los monjes se reunían sábados y domingos para celebrar la liturgia y recibir la comunión que luego llevaban consigo. La mayoría de estos monasterios desempeñaron un importante papel en las polémicas cristológicas posteriores al concilio de Calcedonia y la polémica origenista[154].

Entre los padres de este monacato están: san Caritón (hacia el 300 estaba en Palestina), Hilarión (+ 370), Eutimio de Mitilene (llegó a Palestina hacia el 405 y murió en el 473) entre cuyos discípulos se cita a san Sabas, quien posteriormente fue archimandrita de los monasterios palestinenses, Naburguni (Pedro el Íbero) fundador de una hospedería para peregrinos que después se transformó en un convento.

En Palestina también hubo conventos latinos por lo que hace referencia a su fundación y sus moradores. Algunas matronas de la aristocracia romana ayudaron en estas fundaciones como: Melania la Mayor quien junto con Rufino fundó un monasterio en el monte de los Olivos (hacia el 380) donde murió hacia el 410, Paula la Mayor (+ 404), quien junto con Jerónimo, fundó un monasterio en el desierto de Calcis al sureste de Antioquía y otros dos monasterios en Belén (éstos hacia el 386), y Melania la Joven y su esposo Piniano que fundaron un monasterio en Jerusalén. Estos monasterios se convirtieron en centros teológicos en relación a las disputas de aquel entonces y en lugares desde donde eran enviadas a Occidente numerosas noticias.

El monacato en Siria fue un fenómeno muy particular porque era un poco más radical que los otros monacatos orientales y muy apreciado por el pueblo. La nota característica de este monacato es el estilitismo[155]; su más nombrado exponente fue san Simeón (390-459) quien se hizo ermitaño en Telesnin o Telanissos (hoy Der Sim’an) donde, para evitar molestias y huir del mundo, construyó un cobertizo en la parte superior de una columna. Entre los eremitas y los monjes se dio una tercera vía: las comunidades de anacoretas. En el panorama del monacato sirio se encuentra: poca preparación intelectual, gran acción social y caritativa, adecuada acción misionera y amistosa relación con la Iglesia oficial. Según san Juan Crisóstomo el monacato es para los cristianos un signo de que el ideal evangélico se puede realizar radicalmente, que es posible anunciar con la pobreza y la virginidad el mensaje escatológico del advenimiento del reino de Dios y que los monjes han de estar dispuestos a renunciar a su ideal si la Iglesia necesita sus servicios.

Asia Menor y Constantinopla

El monacato en Asia Menor comienza siendo un movimiento radical que se sale del pensamiento eclesial. Uno de sus representantes es Basilio de Cesarea quien, convencido de que todo cristiano estaba obligado a una vida ascética conforme al Evangelio, fundó una comunidad en Annesi del Ponto; en relación con esta comunidad estuvo Gregorio Nacianceno. Cuando se dio el aumento de monjes, hubo necesidad de dar normas como

las del *Asketikón*, según el cual el monacato tiene como ley fundamental el amor a Dios que exige una renuncia radical a un mundo que desprecia a Dios a través de la autodisciplina y la obediencia al superior.

Sobre los comienzos del monacato en Constantinopla se habla de unos monasterios construidos en la ribera anatólica del Bósforo, hacia 395, y de la presencia de algunos monjes en la capital del imperio. La literatura hagiográfica atribuye al monje Isaac la fundación del primer monasterio en Constantinopla (hacia el 382) y el concilio de Éfeso reconoce al abad de este monasterio; en el 448, representantes de 23 monasterios suscribieron la condena de las doctrinas de Eutiques. En esta ciudad desempeñó un importante papel religioso y político el monasterio de los acemetas (insomnes)[156] cuya nota característica era la oración continua; por diferentes motivos fueron expulsados siendo posteriormente llamados de nuevo a la capital. Debido a las conflictivas relaciones entre los monjes y los obispos de Constantinopla hubo necesidad de comenzar a legislar sobre el monacato; el concilio de Calcedonia (cánones 4 y 8) legisló sin agotar todas las posibilidades canónicas[157].

Al interior del monacato en Siria y Asia Menor, se ubica el mesalianismo, corriente espiritual consistente en una dedicación a la oración que termina en el olvido del Evangelio para sostener las propias revelaciones, es decir, es una mística equivocada. Entre sus tesis condenadas se citan: sostener que en todo niño mora un demonio, afirmar que es la oración y no el bautismo lo que destruye la raíz del pecado, repudiar el trabajo y percibir sensiblemente en el alma la venida del Espíritu. Esta doctrina, que se encontraba en el *Asketikón*, fue condenada por los obispos Valeriano y Anfiloquio; Juan Damasceno incluyó algunas tesis en su obra *Historia de las herejías*. Los estudios patrísticos proponen como autor del *Asketikón* a Simeón de Mesopotamia; han descubierto que en ese texto se condena el laxismo moral, se valora el trabajo y las fantasías de los inspirados pasan a un segundo lugar; en ese texto se presenta una afinada teología de vivencia espiritual en la que la oración y la disciplina son importantes pero no exclusivas; de lo dicho por la patrística se deduce que el problema fundamental es la radicalización de algunos aspectos[158].

2.4.2 El monacato occidental

Cronológicamente es posterior al oriental y su estructuración puede datarse a partir de la segunda mitad del siglo IV cuando se intensificaron las relaciones entre Oriente y Occidente y se conoció la traducción latina de la vida de san Antonio (el 360). Es importante tener presente que en relación al monacato hubo en Occidente una mentalidad muy particular: unas veces eran despreciados por su presentación, otras fueron rechazados a causa de los fuertes ayunos que hacían, que en oportunidades los llevaban a la muerte, y en otras oportunidades eran apoyados.

Italia e Hispania

Roma conocía el ascetismo y lentamente se fueron creando grupos de ascetas que vivían un ritmo comunitario, en los que la presencia de algunas mujeres de la aristocracia no era extraña; cuando varias de estas damas se retiraron a sus posesiones, fuera de la ciudad, comenzaron a darse los primeros pasos hacia una vida conventual. Aunque el ideal ascético tuvo poca acogida entre los hombres en occidente, san Agustín da algunas noticias sobre la existencia de algunos monasterios de varones[159]. El papa Dámaso I (366-384) fue un decidido promotor del ascetismo femenino; otro tanto hicieron Siricio (384-399), Inocencio I (402-417) y Zósimo (417-418); a Sixto III (432-440) se le debe la fundación del monasterio "in Catacumbas" junto a la basílica San Sebastián; León I (440-461) fundó un monasterio cerca a la basílica Vaticana.

En el resto de Italia existen algunas manifestaciones ascéticas aisladas antes de la presencia de los fundadores monásticos italianos como Eusebio de Vercelli, quien reunió el clero del templo episcopal en una vida común monástica siendo el fundador de la primera comunidad de clérigos en la historia de la Iglesia[160]; Ambrosio de Milán, siempre atento a la vida monacal, tanto masculina como femenina, fundó un monasterio para hombres en las afueras de la ciudad.

El concilio de Elvira (hacia el 306) habla de un ascetismo premonástico; del 380 existen algunas noticias que dan a entender su reciente nacimiento; hacia el 385 ya se habla del deseo de elegir de entre los monjes a algunos clérigos. Este monacato no se desarrolló mucho debido a la presencia de pueblos bárbaros. Una singular figura de este monacato fue Baquiario, quien defendió la posibilidad de un monacato itinerante y fue considerado como priscilianista; además, escribió *De lapso*, donde se revela como asceta prudente y bien formado. El priscilianismo, una teología dualista heterodoxa, condujo a una práctica ascética extrema y extravagante que acarreó el descrédito del monacato.

Las Galias

Por los testimonios históricos[161] se supone la existencia de un ascetismo premonástico en Las Galias. Las mujeres vivían consagradas en virginidad en sus casas y ocasionalmente en pequeñas comunidades. De los hombres son pocas las noticias que se tienen hasta que apareció Martín de Tours, quien es considerado como el fundador del monacato galo; Sulpicio Severo, su biógrafo, introdujo algunas modificaciones en el monacato martiniano como celdas individuales para los monjes y vestido sencillo. La estructura de los primeros monasterios es un eco del monacato egipcio: ascetismo, pobreza, vida en comunidad y lucha contra los demonios; unido a esto: destrucción de templos no cristianos, construcción de templos, predicación y fundación de nuevas residencias monacales; así nació la impronta específica del monacato galo: pastoral y misionero.

Después de la muerte de Martín de Tours y la propagación de su doctrina y obras, se inició la segunda fase, el cenobitismo en el que la influencia del noble Honorato, nombrado obispo de Arles (hacia el 428) fue fundamental en el monasterio de la isla Lerinum o Lerina al frente de la costa de Cannes; de este monasterio salieron importantes personajes del episcopado galo.

La tercera fase se ubica bajo la influencia de Juan Casiano quien después de estar en Oriente y Roma llegó a Marsella, allí el obispo Próculo le confió un templo donde fundó el monasterio San Víctor; en este monasterio escribió dos obras sobre el orden y la espiritualidad del monacato oriental: *Instituta coenobiorum* (424) y *Collationes* (426); en estas obras, además de la teología del monacato, se encuentra la discusión teológica de la época en torno a la validez de la doctrina agustiniana de la gracia y el problema del semipelagianismo. Los *Instituta* están organizados en dos partes: la primera, compuesta por cuatro apartados trata del monje en relación al exterior: hábito, oración y normas; la segunda, trata de los ocho vicios principales: gula, lujuria, avaricia, cólera, tristeza, ansiedad, vanagloria y soberbia. Las *Collationes* están organizadas en 24 tratados: diez hablan de la perfección; siete de la caridad, la castidad y las relaciones que los monjes deben vivir en libertad y gracia; y siete de las diferentes clases de monjes.

En esta región se vivió la disputa sobre el semipelagianismo, que surgió como una réplica a una problemática en torno a la salvación que se venía presentando. Ante unos escritos muy optimistas en torno a la salvación del hombre, Agustín de Hipona escribió unas obras un poco pesimistas: *El don de la perseverancia* y *La predestinación de los santos*, en las cuales sostiene que la salvación es un don de Dios y que el esfuerzo humano no cuenta para nada; frente a este pesimismo del “último Agustín” aparece la reacción de algunos monjes quienes, con justa razón, no podían aceptar tal forma de pensar porque si ya todo está determinado se pierde el sentido de lucha y renuncia que tiene el monacato. En esta disputa nació el semipelagianismo: Dios da el comienzo de la gracia, pero lo hace de tal forma que aparece como una acción de la voluntad humana.

Norte de África

Desde el siglo III se conocía la existencia de vírgenes y continentes (los que hacían promesa de no volver a tener relaciones sexuales), hombres y mujeres, que incluso dieron su vida durante las persecuciones; en el siglo IV su número continuó en aumento, razón por la cual los sínodos de la época los trata con particular interés. Esto conduce a afirmar que san Agustín no es exclusivamente el fundador del monacato africano sino que este monacato portó su indeleble impronta, una comunión de vida en Dios; la obra *El trabajo de los monjes* es un escrito que da a entender la presencia de algunos monasterios y de algunos monjes que llevan una vida diferente a la del monacato agustiniano[162].

La impronta agustiniana del monacato africano se encuentra en la Regla[163] conventual de san Agustín cuyo centro de gravedad es la unión de corazones para amar a Dios y a los hermanos a través de la armonía fraterna y la gozosa alabanza a Dios con mucha vida y poco formulismo: *Primum, propter quod in unum estis congregati, ut unanimes habitetis in domo et sit vobis anima una et cor unum in Deum*[164]. Junto a esta regla se ubican los sermones 355 y 356 y la obra *El trabajo de los monjes*. La madurez monástica de san Agustín va al ritmo de su itinerario religioso en el que la actividad del espíritu y la penetración contemplativa de la revelación desempeñan un importante papel. Parece

oportuno señalar los cuatro elementos básicos de la vida monástica agustiniana: vida común; atmósfera de buenas relaciones interpersonales; vigilancia, preocupación y apertura intelectual; disposición al apostolado.

2.5 Algunos elementos eclesiales[165]

2.5.1 La liturgia

Con la oficialización de la Iglesia, la liturgia avanzó, el catecumenado recibió un mortal golpe y se llegó a la revisión de la doctrina penitencial en su sentido y función; además, comenzó una oleada misionera que llevó el cristianismo a los confines del imperio, traspasando incluso las fronteras. Estas situaciones son la base de la acción pública para satisfacer las necesidades del creciente número de cristianos[166].

Lo primero fue la fijación de las normas litúrgicas y la consecuente diferenciación de las liturgias entre oriente y occidente. Las diferentes posiciones dieron origen a las liturgias en cuyos ritos se debe tener presente que lo importante es *doctrina, non veste; convertione, non habitu; mentis puritati, non culto*, es decir, la doctrina, la conversión, y la mente pura.

En oriente se dieron: en Antioquía, la liturgia de los doce apóstoles que después asumieron los nestorianos de Siria, la liturgia de Santiago que procedía de Jerusalén y la liturgia clementina que era la base de la liturgia de san Juan Crisóstomo; en Alejandría, las liturgias de san Marcos (que hoy usan los coptos bajo la forma ciriliana), Basilio y Gregorio; en Constantinopla se asumieron las liturgias de Juan Crisóstomo y Basilio. La nota esencial de la liturgia es participación en el culto celebrado por los ángeles en el cielo, de ahí su dramatismo. No se puede olvidar que en las Iglesias cristianas orientales, y aunque esto pueda comprenderse mejor en otro momento histórico, hay cinco grandes tradiciones: bizantina, armena, jacobita, caldea y copta; de estos cinco ritos, el más difundido es el bizantino; no obstante ello, los otros ritos, casi todos nacidos de la antigua liturgia de Antioquía, conforman un testimonio de la antigüedad litúrgica cristiana.

En occidente se dio la liturgia latina en sus tipos: romano, gálico, milanés y romano africano; la nota esencial es la mediación de Cristo que se manifiesta en las doxologías. No se debe olvidar que en el pontificado de Dámaso I, hacia el 370, se presentó la fijación del canon litúrgico latino de la misa, la primera organización del año litúrgico y la sistematización del culto a los mártires.

En la práctica sacramental aparecieron nuevos elementos. En el bautismo fue desapareciendo el catecumenado (el bautismo como sacramento de moribundos) al crecer el número de cristianos de nombre y los niños bautizados. En relación a este sacramento, existen tres datos importantes: no se sabe el momento en el cual se instituyeron la fórmula trinitaria y el ambiente pascual; el rito se fue organizando por etapas hasta llegar a la estructuración que hoy se conoce; existe una tradición que sostiene que Jesús bautizó a Pedro. En la Eucaristía apareció la forma de la misa con los prefacios y ritos propios incluyendo el hecho de nombrar a aquellos por quienes se

celebra[167]. En la penitencia existía una severa disciplina y por ello no se puede ignorar a los penitentes que vivían sujetos a duras restricciones en la vida privada y profesional (la penitencia también como sacramento de moribundos). Como el penitente había roto con el Cuerpo de Cristo era excomulgado y por eso las penitencias eran muy duras; a esto se le suma la particular concepción escatológica que se respiraba en aquel entonces; con el tiempo todo fue cambiando porque los cristianos se iban alejando y la moral se estaba relajando. En cuanto al matrimonio, contrato y boda se unieron en una sola celebración que era presidida por el obispo[168].

Durante este período se fue estructurando lentamente el año litúrgico[169] como actualmente se entiende, pero sin alcanzar una adecuada maduración; esta estructuración se dio por la simbiosis que se presentó entre Oriente y Occidente, a pesar de las diferencias. No se puede ignorar que los cristianos contraponían sus fiestas a las no cristianas. Otro tanto hacían en el arte, tal como sucedía con las imágenes del Buen Pastor y Cristo Maestro, Jonás, etc., que se inspiraban en figuras familiares de la cultura del aquel entonces: el Buen Pastor se inspira en el tema helenístico de Orfeo, Jonás imita a Endimión dormido, Cristo Sol, Cristo Helios, refleja la cristianización del pensamiento no cristiano y anuncia una temática que será desarrollada por el arte cristiano más adelante[170].

2.5.2 Predicación y religiosidad

La catequesis tenía una amplia acogida toda vez que la mayoría de los cristianos provenía de la gentilidad; se enfatizaba en la catequesis de iniciación cristiana para fortalecer los primeros conocimientos de la fe de los neófitos. Cuando comenzó a popularizarse el bautismo de niños este tipo de catequesis disminuyó y, con ello, la presencia de personas que se encargaban de la catequesis; debido a esto la catequesis prácticamente fue encargada a los clérigos, quienes hicieron de ella un programa con finalidad, contenido y método marcados por el contexto misionero. De acuerdo a la obra *De catechizandis rudibus*[171] el objetivo de la catequesis es la narración de las maravillas de Dios conectando la historia de la salvación con el itinerario religioso del catecúmeno para mostrar el amor de Dios a la humanidad.

Junto a la catequesis está la predicación. La mayoría de los sermones que han llegado, proviene de dos autores: Juan Crisóstomo y Agustín de Hipona. Entre otros autores se citan: en oriente a Cirilo de Jerusalén, Gregorio Niceno, Teodoro de Mopsuestia, Asterio de Amasea, Basilio, Gregorio Nacianceno, etc.; en Occidente a Ambrosio de Milán, Cromacio de Aquilea, Máximo de Turín, Jerónimo, Gregorio de Elvira, León I, etc[172]. En general se llega a los fieles a través de una predicación sencilla la mayoría de las veces acompañada de una interpretación alegórica de la Biblia que revelaba un profundo conocimiento tanto de la Escritura como de la sicología de los oyentes, por ello los temas tratados en los sermones son variados pero con buenas bases teológicas y adecuada proyección cristocéntrica.

La predicación llevaba a una forma concreta de religiosidad que tenía en el cristocentrismo su mejor expresión, al fin y al cabo tanto la catequesis como la predicación motivaban este tipo de religiosidad de tal manera que durante estos siglos comenzó a estructurarse la piedad crística que tenía en el misterio pascual su máxima y mejor expresión. Junto al cristocentrismo se encuentran varias formas de ascética que hacían parte de la religiosidad insistiendo en la oración como conversación con Dios que exigía la vida beata, una vida de santidad; la ascética estaba centrada no solamente en la invitación al sacrificio y la mortificación personal, sino también en la invitación a la virginidad y la castidad con lo cual podrían presentarse algunas exageraciones como sucedía cuando se le daba un sentido negativo al matrimonio, por lo que durante estos siglos varios cristianos con un sentido ascético abandonaran sus hogares para dedicarse a una vida prácticamente monacal; por ello de los siglos IV y V datan varios tratados sobre la virginidad y pocos sobre el matrimonio. La concepción negativa del matrimonio no es solamente de los cristianos, ya que algunos pensadores no cristianos e incluso alguna escuela filosófica también pensaba así; san Agustín equilibró un poco la balanza al escribir sendas obras sobre los temas en mención.

Otro elemento de la religiosidad era el culto a los mártires y a los santos. El culto a los mártires comenzó a organizarse públicamente cuando la Iglesia fue reconocida por el imperio; primero el culto se hacía junto a la tumba del mártir, después vinieron los traslados que tropezaron con algunos inconvenientes legales propios de la ley romana: el derecho a una tumba, la inviolabilidad de las tumbas, la propiedad sepulcral y la prohibición de la existencia de tumbas al interior de la ciudad; no obstante estos tropiezos se logró el traslado de varios mártires a los lugares de culto. El culto a los mártires se extendió con rapidez a tal punto que comenzó la repartición de reliquias, algunas de ellas por contacto, para diferentes lugares de culto que querían contar con la protección del mártir y, además, comenzó el culto sobre la tumba del mártir o de la memoria levantada y construida en su honor.

El culto a los santos, es decir, aquellos que no son mártires comenzó con ciertas vacilaciones hacia el siglo IV y contó con algunos obstáculos como el caso del traslado de sus restos mortales a lugares de culto construidos al interior de las ciudades. En la primera experiencia litúrgica cristiana existía el culto a algunos personajes del Antiguo Testamento como: Moisés, David, Elías, los Hermanos Macabeos, etc., pero no tuvo mucha fuerza debido a las polémicas existentes entre los cristianos y los judíos y la falta de una buena base teológica para justificarlo. Mención especial merece el culto a la Virgen María, que era puesto por encima del de los apóstoles incluso antes de las definiciones dogmáticas mariológicas. A la luz de estos cultos se desarrolló el arte cristiano, principalmente en los cementerios.

Junto al culto a los santos y mártires están las peregrinaciones tanto a tierra santa como a las tumbas o sepulcros de los mártires y santos. Parece ser que en las peregrinaciones predominaba el deseo y la esperanza de hallar ayuda en situaciones personales difíciles, sobre todo la curación de enfermedades; el agradecimiento por la ayuda prestada induce a realizar peregrinaciones prometidas. Todavía no se recalca la idea de penitencia y

expiación, aunque con dificultad estaría ausente en medio de las molestias propias de las peregrinaciones de aquel entonces. Algunas veces aparecen críticas no contra las peregrinaciones, sino contra una falsa motivación debido a la presencia de algunas depravaciones porque las costumbres no cristianas aún pervivían en la piedad cristiana como el caso de las supersticiones y los refrigerios que se hacían en las tumbas de los familiares los días 3, 7 y 9 después del sepelio; a veces el refrigerio hecho sobre las tumbas de los mártires se convertían en verdaderos abusos para la piedad cristiana.

3. Los primeros concilios cristológicos[173]

3.1 El concilio de Nicea (325)[174]

El primer concilio ecuménico fue el punto de llegada de un proceso anterior en el que la Iglesia buscaba la formulación del dogma trinitario y algunos elementos disciplinarios que tuvieran validez universal; esa búsqueda se hizo a la sombra en cuanto que la Iglesia aún no había sido tolerada, ya que esto apenas se logró con el edicto de Milán del 313, por esta razón los concilios locales y regionales eran los que marcaban las pautas necesarias para formular la doctrina. Antes del concilio, la Iglesia vivió la polémica trinitaria en cuyo contexto se inserta el arrianismo, herejía que por no formular bien la encarnación del Hijo de Dios, negaba su divinidad y eternidad al considerarlo como un semidios y demiurgo que se manifestaba en Jesucristo, porque es divino por participación y adopción al ser creado en el tiempo para servir como instrumento en la creación del universo[175]; por estas afirmaciones también negaba el dogma trinitario. La presencia de esta herejía y las controversias que suscitó son fundamentales para entender la importancia del concilio de Nicea convocado por el emperador Constantino para el 325[176]. Antes del concilio se realizó el sínodo de Antioquía (324) que, parece, fue presidido por el obispo Osio de Córdoba, consejero eclesiástico del emperador Constantino, y contó con la presencia de obispos de Palestina, Siria y Asia Menor; a pesar de los diferentes juicios dados, este sínodo influyó en el cuadro inicial del concilio de Nicea.

El concilio se realizó entre el 20 de mayo y el 25 de julio del 325, cambiando la sede original de Ancira por motivos logísticos y climáticos que pueden interpretarse como un gesto favorable a los arrianos, ya que los obispos Eusebio de Nicomedia y Teógnides de Nicea habían sido benévolos con Arrio y sus ideas; además, Nicea era una ciudad cercana a la residencia imperial de Nicomedia. Entre sus objetivos estaban: solucionar el problema arriano, buscar la pacificación general y la organización de la Iglesia, limar las diferencias en relación a la celebración de la Pascua, entre otras. En cuanto al número de obispos asistentes se suele hablar de “los 318 padres” (en relación simbólica con el número de sirvientes de Abrahán) pero su número varía, según los autores, entre 190 y 300, casi todos orientales; entre los padres conciliares brilla con luz propia el entonces diácono Atanasio (295-373) uno de los más firmes defensores de la ortodoxia de Nicea contra el arrianismo. También defendieron la fe Eustacio de Antioquía, Marcelo de Ancira y los dos delegados romanos Víctor y Vicente.

Después de la sesión inaugural que fue presidida por el emperador Constantino quien

invitó a los obispos a buscar las causas del conflicto y la forma para conseguir la paz, se inició la discusión doctrinal sobre dos fórmulas de fe: una propuesta por obispos filoarrianos y otra propuesta por los defensores de la ortodoxia; esta fórmula de fe, el credo, fue el acto más importante del concilio en cuanto compendio de las verdades esenciales profesadas por la Iglesia. El problema de fondo en relación a la fe era la cuestión del término *homoousios* aplicado a Jesús, es decir, que Él era consustancial con el Padre, que no fue aceptado por algunos obispos presentes, entre ellos Arrio y dos compañeros que fueron condenados y depuestos; a partir de entonces Atanasio, primer cristiano venerado como santo sin haber padecido el martirio, se convirtió en el paladín de la ortodoxia nicena. En orden a una mejor claridad, el problema consiste en que en Occidente el vocabulario utilizado era esencia (naturaleza en sentido estático), natura (naturaleza en sentido dinámico), sustancia (la esencia concreta) y persona (el sujeto); en Oriente: *ousía* (esencia), *physis* (natura), *hypóstasis* (sustancia) y *prosopón* (persona). De esta terminología surgen cuatro fórmulas: homos –ousios da *homousios* (igual esencia)–, homoios –ousios da *homoiousios* (esencia semejante)– , *homoioskata panta* (semejante en todo) y anomoios (distinto).

Además de la fe, Nicea también trató algunas cuestiones de tipo disciplinario y canónico como la fecha de la celebración de la Pascua porque hasta el concilio existían tres ciclos diferentes: romano, alejandrino y antioqueno, que creaban confusión entre los cristianos de estos patriarcados, y el problema del cisma meliceno que perturbaba a la Iglesia egipcia.

En torno a la celebración de la pascua, se dice que, siguiendo un calendario lunisolar y cuatro datos importantes, ésta se debe celebrar el domingo (dato cristiano) siguiente o coincidente con el plenilunio (dato astronómico) del 14 de Nisán (dato judío), teniendo en cuenta que el equinoccio (dato astronómico) de primavera (en el hemisferio norte) se fijó para el 21 de marzo[177]. Con esta propuesta, se dio la unidad en la celebración de la pascua, tal como lo da a entender la carta que los padres conciliares le enviaron a los alejandrinos: "Les damos el alegre anuncio de la unidad que ha sido restablecida en torno a la fiesta de la pascua. Todos los hermanos de oriente, que antes celebraban la pascua con los judíos, de ahora en adelante la celebrarán con los romanos, con nosotros y con todos los demás que siempre la han celebrado con nosotros"[178].

En relación a los cánones, sólo son considerados como auténticos unos veinte entre los cuales llaman la atención los relativos a las estructuras del gobierno local, las disposiciones sobre el clero, la penitencia pública, la admisión de cismáticos y herejes, y algunas prescripciones litúrgicas. En cuanto a las estructuras de gobierno y jurisdicciones regionales están los cánones 4-7, 15-16 en los cuales se encuentra el germen de los futuros patriarcados. Los cánones 1-3, 9-10, 17-18 hablan de los clérigos prohibiendo la cohabitación con mujeres, su conducta y la lucha contra la usura. Por lo que hace referencia a la disciplina penitencial, cánones 11-14, se estructura en un proceso que deben vivir los cristianos que por diferentes circunstancias se encuentran fuera de la comunión de la Iglesia, recalcando el hecho de no negarle la comunión a

ningún moribundo. Los cánones 8 y 19 hablan de la actitud frente a los cismáticos que son readmitidos en la comunidad.

El tiempo que media entre Nicea y Constantinopla fue testigo del conflicto con el arrianismo; por esta razón, la época posterior a Nicea puede verse como la historia de la recepción del concilio en medio de luchas en las cuales fue condenado el arrianismo y replanteado el contenido del símbolo de la fe.

En el decenio posterior a Nicea, el partido eusebiano o arriano, derrotado durante el concilio, comenzó a triunfar con el aval y apoyo del emperador de tal manera que quienes habían sido derrotados comenzaron a dominar la escena política del oriente cristiano cuando en las sedes episcopales más importantes se habían establecido exponentes de una doctrina que, aunque ajena a las posiciones de Arrio, no tomaban como base la fórmula de Nicea; en este decenio comenzó la persecución contra Atanasio.

Entre el 337 y el 361, durante el reinado de Constancio II, se presentó la reacción antinicena; frente a la deposición de Atanasio y otros defensores de Nicea, Julio I (337-352) pidió una revisión y no aceptó la deposición de estos pastores; con esta actitud el abismo entre oriente y occidente comenzó a notarse y con el deseo de una mejor intelección de la fórmula nicena fueron propuestos varios símbolos; en este contexto se dio el destierro de los defensores de Atanasio, incluyendo al papa Liberio (352-366) y Osio de Córdoba. Aquí se ubica el concilio de Sárdica (343) donde los obispos ortodoxos, casi todos occidentales, y 80 obispos orientales, todos eusebianos (arrianos), se excomulgaron mutuamente creando la primera ruptura seria entre Occidente y Oriente. Lo importante de Sárdica (hoy Sofía) son los cánones del 3 al 5 que reconocen a Roma como la suprema instancia de apelación para la Iglesia universal[179]. Más tarde, la Iglesia fue sometida en la autoridad imperial a una serie de sínodos que más que aclarar, confunden las ideas.

Entre el 361 y el 379 las disputas tomaron otro rumbo a raíz de la *blasphemia sirmiensis* que fue el resultado de la reunión de algunos obispos que se reunieron en Sirmio hacia el 357; esta fórmula es como una especie de vía intermedia entre los opositores que rivalizaban en relación a Nicea, pero abrió las puertas a la división de la Iglesia antioquena donde apareció el apolinarismo que negaba la presencia de un alma racional en Cristo y fue condenado por Occidente (Dámaso I, 366-384) y Oriente (Basilio Magno); para tratar de solucionar la crisis antioquena fue convocado un sínodo en aquella ciudad hacia el 379 que, presidido por Melecio de Antioquía, aceptó y firmó algunos documentos occidentales que condenaban tanto el arrianismo como el apolinarismo.

3.2 El concilio de Constantinopla (381)[180]

A este concilio se le debe que el resultado doctrinal de Nicea fuera asumido definitivamente como patrimonio común de las Iglesias en Oriente y Occidente; es más, la recepción del primer concilio de Constantinopla influyó en la conciencia que se tuvo de la autoridad conciliar en relación a la norma de fe; los documentos auténticos son

pocos, se reducen al símbolo de la fe y algunos cánones, una lista con la firma de los participantes y una relación dirigida al emperador Teodosio I. El mandato de Teodosio I (379-395) primero como emperador de Oriente y, desde la muerte de Graciano (383), como emperador de todo el territorio romano modificó la línea política que traía el imperio al promulgar el 28 de febrero del 380 el edicto *Cunctos populos* donde manifestaba el deseo de restaurar la unidad religiosa del imperio sobre la base de la ortodoxia nicena, superando así la ruptura entre Oriente y Occidente; este edicto es el punto final oficial del arrianismo.

El concilio, llamado de los 150 padres[181], contó con un núcleo básico de obispos ligados a la zona eclesiástica de Antioquía y, como nota particular, el representante occidental, Acolio de Tesalónica, no firmó el documento final, debido a la problemática suscitada a raíz del canon 3 que hablaba de la importancia de Constantinopla; la mayoría de los obispos presentes en este concilio, también participaron en el sínodo antioqueno del año 379.

El primer asunto que trató fue la organización de la Iglesia en Constantinopla, sometida durante varios decenios a una línea oficial que comenzó a ser superada con la presencia de Gregorio Nacianceno, quien sucedió en esta sede al filoarriano Demófilo hacia el 380. Después de tratar este asunto se abrió un paréntesis para afrontar la cuestión de los macedonios sobre la divinidad del Espíritu Santo que estaba siendo cuestionada por los pneumatómacos; en este contexto fue presentado un nuevo símbolo que seguía al de Nicea, pero agregaba elementos precisos para recalcar la consustancialidad del Espíritu Santo; los intentos de unión fracasaron, los macedonios abandonaron la asamblea conciliar y los padres conciliares retomaron su trabajo que se centró en las normas para el gobierno eclesiástico (cánones 2-3): el canon 2 prohibía que el obispo de una diócesis se mezclara en los asuntos de otra, y el canon 3 habla del primado de honor de la sede de Constantinopla en la Iglesia oriental[182].

Después de haber sido aprobados algunos cánones llegaron unos obispos de Alejandría y Macedonia, probablemente invitados por el emperador, quienes se opusieron a las normas ya aprobadas, y como si ello fuera poco se presentó la renuncia del presidente del concilio, Gregorio Nacianceno, quien se despidió de su Iglesia y del concilio en forma digna y solemne, aunque sin ocultar del todo la amargura, en el templo de los Santos Apóstoles en presencia de la corte y los padres conciliares; a este padre de la Iglesia, la Iglesia griega lo llama “el teólogo” por antonomasia. Para suceder a Gregorio en la sede constantinopolitana fue elegido Nectario, funcionario estatal que, parece, ni siquiera era bautizado cuando fue elegido; con este obispo el concilio caminó hacia la conclusión con la redacción del canon 1 y el *Tomus*[183]; las fuentes dan a entender que el canon 1 es un resumen del *Tomus*, permitiendo apreciar la forma como la doctrina trinitaria de los padres capadocios fue recibida: Dios es unidad de sustancia y trinidad de personas.

El canon 1, junto con los otros decretos disciplinarios, fue aprobado en la sesión del 9 de julio de 381. Para concluir, el concilio dirigió una carta a Teodosio señalando los

resultados obtenidos y pidiendo la aprobación de los cánones; éste accedió a la petición publicando los cánones y promulgando un edicto en el cual sacaba las consecuencias prácticas para la legislación y la política religiosa del imperio.

Se habla del credo nicenoconstantinopolitano que es una gran paradoja: es el documento más significativo y enigmático en cuanto que ninguna fuente del concilio habla de él; de todas maneras los dos elementos más representativos que diferencian este símbolo del niceno son: la cláusula "cuyo reino no tendrá fin" dirigida contra Marcelo de Ancira, y algunas afirmaciones sobre el Espíritu Santo: "Señor y dador de vida, procedente del Padre, adorado y glorificado junto con el Padre y el Hijo". Este credo entró en vigor para Oriente en el 451 y para Occidente al inicio del siglo VI.

3.3 Las rivalidades en la cristiandad[184]

Ya se habló de las escuelas teológicas de Antioquía y Alejandría, las cuales en la primera mitad del siglo V entraron en antagonismo por cuestiones teológicas, la interpretación de la Biblia y algunos aspectos étnicos; a Alejandría se le unió Egipto, y a Antioquía, Constantinopla. En el contexto de esta rivalidad se gesta, entre otros: el destierro de Juan Crisóstomo y los concilios de Éfeso y Calcedonia. El destierro de Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, nacido en Antioquía donde era maestro Teodoro de Mopsuestia, se debió a la oposición de Teófilo, apoyado por la esposa del emperador. Éfeso y Calcedonia están en directa relación por el tema tratado, la unión a Nicea, la complementariedad de sus respuestas y las dramáticas consecuencias. La raíz del conflicto teológico radicaba en la presencia de dos posiciones cristológicas, de dos formas de entender la Encarnación; no se negaba ni la humanidad ni la divinidad porque el problema era la forma como se explicaba la unión de Dios y hombre en Cristo; la corriente alejandrina enfatizaba tanto la unidad que ponía en duda la existencia del alma humana de Cristo (germen del monofisismo), la corriente antioquena enfatizaba la diferencia hasta el punto de presentar dos personas diferentes.

A la cuestión teológica se le suman la rivalidad entre Constantinopla y Alejandría por la primacía en oriente y la crisis de Nestorio (381-451) cuando fue electo obispo de Constantinopla (428), después de haber recibido formación antioquena. Cuando Nestorio tomó posesión de su cargo había una disputa mariológica (María: Madre de Dios o Madre del hombre) e intervino proponiendo una tercera vía: María Madre de Cristo; frente a esta propuesta los obispos de Roma y Alejandría reaccionaron en sendos sínodos que condenaron a Nestorio. Cirilo obispo de Alejandría desde el 412 propuso la fórmula de la unión hipostática entre el Logos y la carne (el hombre): "Dos naturalezas unidas en un único sujeto"; después vinieron los doce anatemas de Cirilo, expuestos en una carta enviada a Nestorio (hacia el 430), que se convirtieron en el manifiesto teológico del monofisismo.

3.3.1 El concilio de Éfeso (431)

En el caldeado ambiente teológico del siglo que se vivía hubo un giro: de la cuestión trinitaria se pasa a la cristológica y en el contexto de la cristología se gestó el concilio de Éfeso después de superar algunos problemas arrianos y apolinaristas. Hacia el 428 Nestorio, de la escuela antioquena, asume la sede episcopal de Constantinopla llevando consigo la cuestión de la maternidad divina de María[185]; a las ideas de Nestorio se le opuso Cirilo de Alejandría; ambos acudieron al Papa y en medio de esta controversia el emperador Teodosio II convocó el concilio en la neutral ciudad de Éfeso que fue presidido polémicamente por Cirilo. Como el papa Celestino I no estuvo presente, envió tres delegados: los obispos Arcadio, Proyecto y el sacerdote Felipe, quienes llegaron cuando el concilio ya había comenzado. Este concilio fue convocado por Teodosio II, y duró del 22 de junio al 31 de julio del 431; otros proponen el punto final de la reunión en septiembre.

En el transcurso del concilio, Cirilo asumió una conducta política y teológica contra Constantinopla y su obispo Nestorio sin contar con la presencia de todos los invitados porque cuando el concilio ya había condenado a Nestorio, llegaron Juan de Antioquía y los obispos orientales quienes rompieron con la Iglesia a causa de los anatemas de Cirilo y fueron depuestos por el concilio. El concilio se dio por terminado cuando se formaron dos grupos antagónicos que se excomulgaban y anatematizaban. A pesar de los problemas que hubo en el desarrollo de este concilio por las deficiencias humanas, se dieron algunos progresos cristológicos al aceptar el símbolo niceno y proclamar la maternidad divina de María, propuesta por los obispos antioquenos.

Después del concilio vino la unión del 433 que buscaba la paz para superar el cisma de los obispos orientales, gracias a la intervención del Papa y el emperador; la unión consistió en que Cirilo aceptó el símbolo elaborado en Éfeso por los antioquenos, éstos aceptaron el término *Theotokos* y los alejandrinos renunciaron a algunas fórmulas teológicas. Posterior a esta reunión aparece la crisis de Eutiques monje que, como las dos corrientes no habían llegado a una verdadera unión, comenzó a predicar el monofisismo; en el 448 fue condenado por la corriente antioquena en un sínodo celebrado en Constantinopla a instancias de Eusebio de Dorilea (un tanto nestoriano y difisita) que fue presidido por Flaviano; Eutiques, protegido por Crisafio, ministro de Teodosio II, pidió la revisión del proceso que se llevó a cabo en el Latrocinio de Éfeso donde Eutiques fue rehabilitado, los antioquenos nuevamente fueron condenados y los anatemas de Cirilo otra vez favorecidos; aquí no acabaron las cosas, la tensión fue aumentando.

El Latrocinio fue presidido por Dióscoro de Alejandría, quien se impuso recurriendo a la violencia de monjes fanáticos y tropas imperiales; Flaviano de Constantinopla fue herido gravemente y murió a los tres días; los obispos Teodoreto de Ciro, Dommo de Antioquía, Eusebio de Dorilea e Ibas de Édesa fueron depuestos; y los delegados pontificios Julio, Renato e Hílaro, huyeron. Por la forma como fue presidido por el obispo Dióscoro se convirtió en un acto bochornoso; Flaviano fue depuesto y Eutiques rehabilitado. Ante las protestas de Flaviano, los delegados romanos y algunos obispos, el templo donde estaban reunidos fue invadido por monjes y soldados. En el Latrocinio de Éfeso, nombre que se le debe a León Magno, las intrigas políticas hicieron triunfar el

monofisismo.

3.3.2 El concilio de Calcedonia (451)[186]

El concilio de Éfeso no solucionó la cuestión cristológica, más bien ahondó los puntos de ruptura entre Alejandría, Antioquía y Constantinopla. En lo referente a la maternidad divina de María hubo una adecuada aproximación entre Alejandría y Antioquía.

Durante los veinte años que median entre Éfeso y Calcedonia hubo una serie de tensiones entre estas sedes; los ánimos se iban apagando hasta que en el 446 se inició una nueva crisis. En esta ocasión ya habían cambiado los protagonistas: Dióscoro, figura problemática del episcopado oriental, era obispo de Alejandría, y Flaviano obispo de Constantinopla, ciudad a la que llegó el monje Eutiques como heraldo de la cristología alejandrina que era monofisita. Aquí se conjugaron los problemas porque ante esta tendencia, el obispo Teodoreto de Ciro en su obra *El mendigo* puntualizó sobre las dos naturalezas de Cristo; el ambiente volvió a enrarecerse y se gestó el Latrocinio de Éfeso (449) al cual no fue convocado Teodoreto de Ciro.

León Magno apoyado por el emperador Marciano (sucesor de Teodosio II, + 450) y la emperatriz Pulquería convocó el concilio de Calcedonia, cambiando la sede original que era Éfeso, donde Roma y Constantinopla estuvieron muy cercanos por la actitud política, bien llevada por el emperador Marciano que, salvo la polémica del canon 28 (Constantinopla igual a Roma), produjo buenos resultados. Este concilio buscaba una solución doctrinal con dos principios de orientación: debía formular la fe para acabar la división (intención del emperador) y ser un tribunal académico (intención del Papa). Aquí las tensiones entre ambas cristologías también se hicieron presentes a pesar de haber usado a Nicea, las cartas canónicas de Éfeso y el *Tomus Leonis*. Los delegados pontificios fueron Pascasino, quien asumió la presidencia del concilio, Lucencio, Basilio y Bonifacio.

En lo dogmático este concilio, realizado cuando todavía seguían abiertas las heridas, permitió afianzar la cristología (una persona y dos naturalezas, teniendo como base la adjetivación de unas palabras como son *inmutabiliter, indivise, inseparabiliter* con todo lo que conllevan en lo que al lenguaje hace referencia) al condenar el monofisismo y la cuestión de Eutiques, y como previo a éste se había presentado el Latrocinio de Éfeso, no pocos vieron en este concilio una revancha de Constantinopla frente a Alejandría cuyo obispo Dióscoro fue excomulgado. Este concilio ayudó a la cristología y la unidad eclesiástica entre Oriente y Occidente; pero hay dos cosas que no se pueden ignorar: la filosófica helenización de la fe y la separación de las Iglesias siria y egipcia, y otras Iglesias nacionales, entre las cuales estaba Palestina. En cuanto a la llamada helenización de la fe, es posible que en una sana interpretación y comprensión histórica se hable de la cristianización del helenismo, de la filosofía griega y del esquema cultural del mundo imperial en sus vertientes griega y romana.

Finalmente, la formulación doctrinal de este concilio, cuyo texto está en griego y produjo 30 cánones, de los cuales el 28 trajo funestas consecuencias para la historia de la

Iglesia por las divisiones que originó[187], era presentada como la correcta y se apoyaba en la tradición. Esta formulación tuvo en cuenta el *Tomus Leonis*[188] (carta de León Magno a Flaviano de Constantinopla del 13 de junio de 449) que habla sobre la encarnación del Verbo de Dios (Cristo) como una realidad que no disminuye la divinidad porque es para salvar al hombre; y afirmando que Cristo tiene dos naturalezas en una sola persona. En conclusión: este concilio no contentó a los monofisitas y creó discordia entre sus defensores por rehabilitar a Teodoreto de Ciro.

En síntesis en este capítulo, después de conocer la realidad imperial y la situación de la Iglesia en el imperio, se abordó el tema de la vida de la Iglesia en el momento en el cual salió de la clandestinidad para convertirse en la Iglesia del imperio; luego se analizaron los primeros concilios ecuménicos donde se formuló la dogmática trinitaria, formulación que deja entrever las diferencias entre las dos grandes propuestas culturales romanas. Con lo visto a lo largo de este capítulo, se capta que a medida que avanza la historia la Iglesia, ésta se va haciendo más compleja, y debido a ello fue importante codificar la intelección de la fe; ya el eje de la experiencia cristiana no era sólo la adhesión a la persona divina con naturaleza divina y humana, Jesús, sino también tener las ideas claras, saber la fe, la doctrina y comunicarla.

---

111 De Francisco, Carlos. *Las Iglesias orientales católicas. Identidad y patrimonio*. San Pablo, Madrid, 1997, p. 23.

112 En la narración histórica que se hace, se deja de lado la historia del "mundo no mediterráneo", no porque no sea importante, sino porque su historia tan importante y apasionante, puede hacer perder el objetivo primario de este libro. Cf. García, Luis. *La antigüedad clásica. El Imperio Romano*. En: Equipo, *Historia Universal EUNSA*, II **. Eunsa, Pamplona, 1984, pp. 341-509; Pierini, 1, pp. 129-144.

113 Cf. Orlandis, José. *Del mundo antiguo al mundo medieval.* En: Equipo, *Historia Universal EUNSA*, III. Eunsa, Pamplona, 1984, pp. 21-114.

114 El ministro que acompañó a Arcadio en la parte oriental fue Rufino.

115 Pierini, 1, p. 140.

116 Cf. Jedin, II, pp. 27-142. En el giro de los acontecimientos sucedidos entre el 324 y el 380 hubo tres personajes básicos en la teología: Atanasio, Hilario y Efrén.

117 La muerte de Constantino se ubica hacia el 337; fue sepultado en el templo de los apóstoles, en un sepulcro que él había construido; la Iglesia oriental lo incluyó en el santoral, pero la occidental no.

118 En aquel entonces existía en Roma un criterio parecido al egipcio, que consideraba al gobernante como un dios y rey.

119 Estos obispos fueron: Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea. En este mismo contexto, los obispos libios Segundo de Tolemaida y Teones de Marmárica no firmaron el símbolo de Nicea.

120 Todo parece indicar que Juliano era un místico que al ver las divisiones al interior del cristianismo se desencantó y permitió la tolerancia de la religión estatal y otros tipos de pensamientos.

121 Lo fundamental para la historia sobre este sacramento fue el hecho de ponerlo en la perspectiva del amor y presentarlo como una Iglesia pequeña. Por ello, como da a entender Agustín de Hipona, no es simplemente un contrato, sino un sacramento que llega hasta la muerte de uno de los cónyuges; por ello las segundas nupcias eran

mal vistas.

122 La Iglesia no entró a discutir el tema de las injusticias sociales, simplemente las enmarcó dentro de un contexto de pecado, recordándole a los ricos que el hombre era un administrador.

123 En este contexto se ubica el origen de la doctrina social, cf. Secretariado Nacional de Pastoral Social. *Doctrina Social de la Iglesia. Curso de Doctrina y Pastoral Social. Historia del Pensamiento Social de la Iglesia*, 3, s. m. d., pp. 29-32.

124 Pierini, 1, p. 163.

125 Víctor y Vicente fueron los delegados del papa Silvestre (314-335).

126 Arrio fue un sacerdote egipcio que, después de haber sido expulsado de Alejandría, estudió en la escuela de Antioquía; posteriormente se trasladó a Nicomedia, ciudad que se convirtió en un centro arriano.

127 En el 325 tendría unos 26 años y era diácono de la Iglesia de Alejandría, posteriormente fue obispo de esa sede y después de una agitada vida episcopal murió en el 373.

128 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 322-331.

129 Dada la insistencia de Cirilo en torno a la unidad de las dos naturalezas en Cristo, algunos lo presentan como uno de los padres del monofisismo.

130 Cf. Castro, Luis Augusto. *El gusto por la misión. Manual de misionología para seminarios*. CELAM, Bogotá, 1994, pp. 85-118; Comby, J. *Op. cit.*, pp. 73-86; NHI, I, pp. 319-336.

131 Cf. Ostrogorsky, Georg. *Storia dell'impero bizantino*. Enaudi, Torino, 1993, pp. 294-318.

132 Son varios los historiadores que dan el nombre de germanos a los pueblos que habitaron las regiones ubicadas al norte del imperio romano y aceptaron pronto el catolicismo; de estos pueblos se volverá a hablar en el tercer capítulo.

133 Cf. Orlandis, J. *Historia de la Iglesia*, I: *Iglesia antigua y medieval*. Palabra, Madrid, 1986, pp. 121-145; Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 137-139.

134 Parece que el término "patriarcado" tiene una triple raíz griega: *pater*, *arche*, *odos*. Entre los factores que determinan su creación se citan: el significado político y económico, la particularidad de cada región, el idioma y el principio apostólico.

135 Según la tradición, en esta ciudad estuvo predicando, además de otros apóstoles, Bernabé, quien no perteneció al grupo de los doce; este apóstol murió en Chipre y por esto a esta Iglesia se le conoció como autocéfala ya que fue sede apostólica pero de una manera particular.

136 Cuando esta ciudad tomó fuerza, Bizancio fue desapareciendo del panorama de la historia.

137 Cf. Pierini, 1, pp. 165-166; Franzen, August y Bäumer, Remigius. *Storia dei papi. La missione di Pietro nella sua essenza e nella sua realizzazione storica attraverso la Chiesa*. Queriniana, Brescia, 1987, pp. 30-57.

138 Sobre el origen de esta palabra se tienen dos versiones: es un acróstico formado por las primeras letras de la expresión *Petrus Apostoli Potestatis Accipiens* (El que ha recibido el poder del apóstol Pedro); otros dicen que es la contracción de las primeras letras de dos palabras atribuidas al sucesor de Pedro que era Padre y Pastor. Tampoco se puede olvidar que entre el 180 y el 200 se ubica el testimonio del obispo Abercio según el cual el obispo de Roma es llamado "Santo Pastor". Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, p. 142.

139 Cf. Atanasio. *Ad arrianos* 21-35.

140 Pierini, 1, p. 209.

141 Cf. Bihlmeyer-Tuechle, 1, pp. 135-136.

142 En relación a la edad se abordaba el tema de la madurez del candidato, que cronológicamente era propuesta así: 21 años para el acólito, 25 para el diácono y 30 para el presbítero. Todo parece indicar que la propuesta en torno a la edad fue obra del papa Zósimo.

143 Cf. DPAC, voz *Statuta ecclesiae antiqua*.

144 Cf. DPAC, voz *Celibato del clero*.

145 Lo más lamentable de los privilegios fue el hecho que con la participación en los puestos civiles se le dio un golpe letal al ideal misionero de la Iglesia.

146 Cf. Masoliver, Alejandro. *Historia del monacato cristiano*, I. Encuentro, Madrid, 1994; NHI, I, pp. 307-317; Bihlmeyer-Tuechle, 1, pp. 429-445; Sanchís, R. *Op. cit*, pp. 111-117.

147 Cf. Atanasio de Alejandría. *Vida de san Antonio padre de monjes*. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991. En esta obra Antonio aparece como un atleta y un héroe de la ascesis, que recomendaba a sus discípulos: "Conserven

el fervor como si comenzaran hoy".

148 Este tipo de vida fue iniciado por Pablo de Tebas.

149 Sobre este santo existen tres fuentes: siete cartas, 38 apotegmas y la vida, escrita por Atanasio.

150 Pierini, 1, p. 164.

151 Cf. Paladio. *Historia Lausíaca o Los Padres del Desierto. El mundo de los Padres del Desierto*. Sansegundo, León. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991.

152 Cf. Pelagio y Juan (Recensión de). *Las sentencias de los Padres del desierto*. DDB, Bilbao 1989; Mortari, Luciana (dir.). *Vida y dichos de los padres del desierto*, I – II. DDB, Bilbao, 1994 - 1996; Elizalde, Martín. *Los dichos de los Padres*, I – II. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991.

153 Pacomio nació en Esneh, Alta Tebaida, y fue bautizado en Shenesit. Entre los rasgos de la vida que propuso, sobresalen el monasterio y la ley (regla) que regula al superior, la vida común, el trabajo y la oración.

154 Cf. DPAC, voz *Laura*.

155 La *stasis* es un ejercicio ascético que consiste en "estar de pie". Cf. DPAC, voz *Estilita (Estilitismo)*.

156 Cf. DPAC, voz *Acemetas*.

157 Cf. Alberigo, Giuseppe (dir.). *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*. EDB, Bologna, 1991, pp. 89-91. De aquí en adelante se citará COD. El canon 4 sostiene que los monjes no deben emprender nada sin la voluntad del obispo, ni construir monasterios ni ocuparse de cosas mundanas; el canon 8 afirma que los clérigos y los monjes no deben regresar al mundo.

158 DPAC, voz *Asketikón*.

159 Cf. Agustín de Hipona. *Las costumbres de la Iglesia católica* I, 33, 70.

160 Este tipo de vida es conocido como monacato episcopal urbano.

161 Como el caso de un edicto de Valentiniano I promulgado en el 370 que exime a las vírgenes consagradas a Dios en Las Galias; el sínodo de Valence del 374 que en el canon 2 se ocupa de las vírgenes que habían abandonado su estado anterior; algunos decretos de los papas Dámaso y Siricio.

162 Normalmente se organiza la vida de este santo en torno a cinco etapas: conversión intelectual (373), conversión espiritual (386), monje laico (388), monje sacerdote (391), monje obispo (395).

163 Esta Regla está organizada en ocho apartados: comunidad de vida y de bienes, oración, régimen de alimentación, castidad y corrección fraterna, vestidos en común, caridad en el hablar, la actitud del superior, y el espíritu con que debe guardarse.

164 En torno a la Regla de san Agustín se han escrito varias obras; de entre ellas, la más representativa es: Verheijen, Luc. *La règle de Saint Augustin*, I: *Tradition Manuscrite*, y II: *Recherches historiques*, Études augustiniennes. París, 1967.

165 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 393-428.

166 Cf. Borobio, Dionisio (dir.). *La celebración en la Iglesia*, I. Sígueme, Salamanca, 1995, pp. 71-106; Gran Larousse Universal, 21, Plaza y Janés, Barcelona 1998, voz *Liturgia*.

167 En la Iglesia primitiva los dones (el pan y el vino) se consagraban en diferentes momentos y la celebración estaba unida al ágape.

168 Para completar los datos aquí ofrecidos se pueden consultar los manuales de los respectivos sacramentos que se mencionan.

169 En esta estructuración desempeñaron un importante papel las determinaciones del concilio de Nicea, del que se hablará más adelante, sobre todo lo referente a la Pascua. No se puede olvidar que el centro del año litúrgico era Cristo y a la luz de su vida y misterio se organizó todo.

170 Álvarez, Jesús. *Op. cit.*, pp. 91-129; Plazaola, Juan. *Historia y sentido del arte cristiano*.BAC, Madrid, 1996.

171 Cf. Agustín de Hipona. *La catequesis de los principiantes*.

172 Cf. Pierini, 1, pp. 173-219.

173 Cf. Perrone, Lorenzo. "De Nicea (325) a Calcedonia (451)". En: Alberigo, Giuseppe. *Storia dei concili ecumenici*. Queriniana, Brescia, 1993, pp. 13-118; Jedin, Hubert. *Breve storia dei concili. I ventuno concili ecumenici nel quadro della storia della Chiesa*. Morcelliana, Brescia, 1996, pp. 17-41.

174 Cf. Fliche-Martin, III, pp. 81-87; Jedin, II, pp. 53-113.

175 Cf. Pierini, 1, p. 154.

176 Cf. Sanchís, R. *Op. cit*., pp. 71-78.

177 Cf. Janssens, Jos. *Note di cronologia. Datazione di tempo e feste*. PUG, Roma, 1996, pp. 52-66. Más sencillamente el primer domingo después del plenilunio de primavera.

178 COD, p. 19.

179 Cf. Bihlmeyer-Tuechle, 1, p. 304.

180 Cf. Fliche-Martin, III, pp. 306-309; Jedin, II, pp. 113-125; Pierini, 1, pp. 187-188. Este concilio es el punto final de la discusión trinitaria sobre la base propuesta por Nicea.

181 De los 150, 71 eran de las diócesis orientales.

182 De este concilio se conservan siete cánones, cf. COD, pp. 31-35.

183 Este documento se perdió; cf. COD, p. 20.

184 Cf. Jedin, II, pp. 144-158; Sánchez, José. *Historia de la Iglesia II, Edad Media*. BAC, Madrid, 2005, pp. 18-23.

185 Consecuencia lógica de las disputas cristológicas por lo que María no sería madre sino portadora; con esta posición Nestorio estaba en la misma línea de Apolinar y Arrio.

186 Cf. Jedin, II, pp. 168-180; Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 331-338.

187 DS 300-303. Cf. COD, 87-104.

188 DS 290-295.

Capítulo III

Dos experiencias de una misma fe[189]

Entre los siglos V y VII la Iglesia Oriental permaneció encuadrada en el marco del imperio, la Occidental no; de esta connotación surge la dificultad para hacer una historia unitaria porque ambas líneas eclesiales tienen vida y estructuras diferentes. En Oriente los problemas teológicos de este período son básicamente lingüísticos, un recuerdo de las disputas teológicas y cristológicas; la política y las divisiones condujeron al nacimiento de las Iglesias nacionales, donde la liturgia y las misiones fueron cultivadas. En Occidente liturgia y misiones también desempeñaban un importante papel; son básicos dos tipos de liturgia: la romana y la hispanogala; en misiones la evangelización de Europa y el encuentro con pueblos no cristianos y cristianos arrianos. La estructuración jerárquica y pastoral comienza a afianzarse tal como hoy se conoce y al interior de la vida eclesial está la vida consagrada que dio un giro al pasar del eremitismo al cenobitismo, de la fuga del mundo huyendo a los desiertos, a la fuga del mundo pero viviendo en monasterios. También existe un elemento importante porque las expresiones Oriente y Occidente dejan de ser adjetivos con connotación geográfica para ser sustantivos con horizonte cultural de identidad, entendiendo por cultura el conjunto de valores y significados de que un grupo social se da para entenderse como tal en sus relaciones vitales.

Dadas las connotaciones históricas, Occidente gradualmente pasó de lo romano a lo germánico y Oriente acentuó las características del imperio romano. En Occidente el cristianismo se identificó con la experiencia romana; en Oriente la fuerza del Islam y las rupturas religiosas que acabaron con la Iglesia de los cincos patriarcados, llevó a una experiencia atomizada y, en oportunidades, politizada.

1. Contexto histórico

Algunos de los datos aquí presentados, se deben ver como un complemento a lo abordado al iniciar el segundo capítulo, toda vez que el objetivo es ofrecer la continuidad histórica de la Iglesia en el contexto del imperio y la forma como cada una de las estructuras culturales de la ecumene cristiana comenzó a transitar un sendero diferente,

aunque las dos más importantes sedes hayan permanecido unidas más por cuestiones políticas que doctrinales. Además, se toman de nuevo algunos datos porque la propuesta histórica que se hace pretende ir más allá de lo que tradicionalmente se conoce con el nombre de historia de la Iglesia en la Edad Antigua, toda vez que con el concilio de Calcedonia no terminó sino que continuó un proceso teológico que alcanzó su última expresión a finales del siglo VII, con el tercer concilio de Constantinopla, al definir los últimos elementos complementarios del dogma cristológico.

Los otros períodos de la historia de la Iglesia en los siglos I a VII de la era cristiana se pueden enmarcar dentro del llamado "arco constantiniano". Durante estos períodos la Iglesia superó crisis a diferentes niveles: inicios, persecuciones, herejías, etc.; a pesar de ello, en el marco de la política religiosa del imperio unificado por Constantino, la religión cristiana tenía una posición privilegiada; prueban esto los cambios en el matrimonio, la lucha de gladiadores y la supresión de la crucifixión como pena de muerte190. Además, se debe tener presente que en relación a los bárbaros se dio una doble actitud al interior del imperio: asociación y confrontación.

El concilio de Nicea en el canon 6 había reconocido tres sedes básicas en la Iglesia: Roma, Alejandría y Antioquía y la importancia de las diócesis de Cartago, Cesarea, Éfeso y Heraclea (a la cual estaba adscrita Constantinopla). En el 380 Constantinopla ya era ciudad capital y el obispo Pedro de Alejandría comenzó a entrometerse en asuntos que no le competían, por ello el concilio de Constantinopla prescribió en el canon 2 que el obispo de una diócesis no debe intervenir en los asuntos internos de otra diócesis; no obstante ello, este concilio, al hablar de Constantinopla como la nueva Roma, en el canon 3, dio inicio a este patriarcado191.

El concilio de Calcedonia en el canon 28192 concede iguales privilegios a Roma y Constantinopla con lo cual se originó un problema político de incalculables consecuencias; además, suscitó polémicas tanto al interior de la Iglesia como en sus relaciones con el Estado; como este canon fue aprobado cuando el delegado pontificio no estaba, León Magno (440-461) se opuso y en una carta enviada a Marciano propuso la existencia de dos órdenes diferentes: el divino y el civil, afirmando que para el divino vale lo apostólico y no lo político. En el 545, Justiniano sancionó el canon 28 decretándolo oficial para el imperio y desde entonces Constantinopla es un patriarcado ecuménico.

Dentro del arco constantiniano, en el siglo IV el emperador se interesaba por los problemas eclesiales: unidad, cohesión orgánica y misiones. Esta actuación al interior de la Iglesia fue una realidad que originó una especie de teología política, el cesaropapismo bizantino y el aumento de los intereses creados que disminuyeron la libertad eclesial frente al Estado. Entre los defensores de esta libertad se citan: Atanasio, Osio de Córdoba, Hilario de Poitiers y Ambrosio de Milán, quien puso las bases para entender las relaciones entre la Iglesia y el imperio: ningún gobierno es señor de la Iglesia, a lo sumo será solícito promotor porque no puede legislar en cuestión de fe, moral y disciplina eclesiástica. Al interior de estas relaciones se examina el dinamismo del poder político y la fuerza moral, toda vez que desde que la Iglesia vino a estar bajo el poder

imperial aumentó su poder y riqueza, pero disminuyó su fuerza moral.

1.1 Los bárbaros

En el 395 murió Teodosio I quien dividió el imperio entre sus hijos Honorio, el Occidente, con sede en Roma, y Arcadio, el Oriente, con sede en Constantinopla. Ambos imperios padecían un mismo mal: la presencia de los bárbaros[193]; frente a este fenómeno cada imperio asumió una política diferente: Occidente los enfrentaba o negociaba con ellos, y Oriente los desplazaba hacia Occidente. Por esta y otras razones los dos imperios se alejaban cada vez más; junto al distanciamiento político vino el cambio de tradiciones y cultura. Debido a esta circunstancia es importante conocer algunos datos en torno a estos pueblos.

Son llamados bárbaros, por no hablar ni griego ni latín, los pueblos establecidos al norte del imperio romano, en cuyas manos cayó el imperio occidental después de una lenta pero estratégica invasión. Antes de la invasión se habla de dos grupos: indoeuropeos y fineses; al primero pertenecían los germanos y los eslavos; entre los germanos se distinguen tres lenguas: teutones, sajones y normandogóticos; francos y alemanes descienden de los teutones; los hérulos de los sajones; godos (ostrogodos y visigodos) y vándalos de los normandogóticos. Entre los fineses, llamados escitas, están los hunos, que se establecieron en Europa en el 376, los búlgaros y los alanos.

Desde finales del siglo II (hacia el 184) se habla del enfrentamiento de los romanos con los bárbaros y las difíciles relaciones entre romanos y germanos; surgía entonces una alternativa: o los rechazaban o creaban con ellos una federación.

En los primeros años del siglo III, Caracalla compró la paz con los bárbaros; a partir de entonces comenzaron tratados, treguas y ataques que se repetían. Durante los siglos III y IV los diferentes grupos bárbaros entraron en contacto con el imperio por diferentes sitios: los Balcanes, la Península Ibérica y África. Estos contactos tuvieron varios matices: choques armados, tratados de paz y aceptación de los bárbaros como pequeños pueblos federados. El 375 marca una huella indeleble porque Roma ya no les ofrecía tanta resistencia y el número de bárbaros admitidos en el imperio era grande.

A comienzos del siglo V llegaron a Italia (en el 401 Alarico entró en Milán) y el 24 de agosto de 410 se produjo el saqueo de Roma que turbó el ánimo de los romanos quienes veían a la Iglesia como responsable de los males acaecidos; frente a estas acusaciones se levantan las voces de Jerónimo, Agustín y Orosio[194]. En el 476 los hérulos al mando de Odoacro penetraron en Italia y, quitándole el reino a Rómulo II Augusto, llamado Augústulo, destruyeron el imperio de Occidente.

En relación a los bárbaros, la imaginación popular considera que son muchos, estaban vestidos de pieles y por ello triunfaron; pero las cosas no fueron así, porque el éxito de ellos se debió a que aprendieron a caminar por las estepas y la selva a pesar de los obstáculos, a través de una técnica de pequeñas células que se iban asentando en diferentes lugares. Es más, con un mediano conocimiento de los pueblos bárbaros y sus migraciones a lo largo y ancho del imperio romano, se captan unas características

particulares que de alguna manera ayudaron a que el cristianismo penetrara en sus culturas: austera concepción moral de la vida, acentuado sentimiento de honor, amor por la libertad y la justicia, espíritu de solidaridad, fidelidad a la palabra dada, hospitalidad, pureza de costumbres y respeto por el matrimonio rígidamente monogámico; de acuerdo a ello, al momento de la conversión de los bárbaros al cristianismo eran pueblos física y espiritualmente sanos, con fuerza juvenil y una cultura propia que dio origen a una nueva realidad, la cultura occidental cristiana[195].

Lo dicho sobre los bárbaros y el imperio da a entender que el problema es complejo porque, además de los choques con las fuerzas imperiales, algunos pueblos construyeron reinos importantes, como el caso de los visigodos en España, los francos en Las Galias y los vándalos en África. No obstante ello, con la llegada de los bárbaros al cristianismo comienza a vislumbrarse una cierta tendencia feudal en la sociedad, de la cual la Iglesia no estuvo exenta.

1.2 La caída de Roma

En el transcurso de la historia se nota que los pueblos se suceden en el predominio histórico; además, en cada pueblo se presenta la sucesión de períodos. Algo similar le sucedió a Roma: después de una gloriosa época vino otra de franca decadencia que culminó con su caída. La caída de Roma es la derrota de las tropas romanas en Piacenza por los hérulos; esto fue tomado como punto de referencia por algunos historiadores para periodizar la historia, incluso la historia de la Iglesia, ignorando de alguna manera la vinculación que siguió teniendo en relación a oriente porque la Iglesia continuó siendo mayoritariamente oriental. Fue una fecha que se hizo clásica, se convirtió en un hito.

A partir de la muerte de Honorio (423) se desencadenaron varios acontecimientos lamentables para el imperio: la coronación de un emperador con tan sólo seis años (otros dicen cuatro) como Valentiniano III (425-455), la masiva llegada de los bárbaros a Italia hasta el punto que algunos de ellos fueron incorporados al ejército, la pérdida del dominio en el Mediterráneo por parte de Roma, la incapacidad de algunos emperadores que no eran dignos de su cargo y la intromisión de Oriente en Occidente como cuando el emperador oriental León I (457-474) nombró a Artemio (472) emperador de Occidente, lo cual se puede entender como incapacidad para gobernar por parte de Occidente; con ello los proyectos de Diocleciano y Constantino se derrumbaron, destruyendo la secular unidad romana del Mediterráneo.

La caída del imperio occidental y la constitución de nuevos reinos trajo consecuencias demográficas interesantes porque las invasiones y migraciones de varios pueblos fueron un factor de transformación del mundo antiguo al medieval, signada por un problema demográfico que afectó especialmente a la población del campo y las pequeñas ciudades. Sin duda, la presencia de los bárbaros y la decadencia política romana era una realidad evidente que provocó un creciente relajamiento del patriotismo imperial y el sentido de romanidad. Junto a esta doble realidad se ubica la progresiva barbarización de Occidente, que con el paso de los siglos dio origen a una nueva identidad histórica y

continuó con el mismo orden social, toda vez que no se presentó una revolución social, ya que las agitaciones habidas con la presencia de los bárbaros se convirtieron en un fenómeno bien delimitado en lo cronológico y territorial. En este contexto surgió un dato importante porque algunos historiadores sostienen que el gobierno de Valentiniano III, aunque débil, le imprimió más rigor a las persecuciones contra las religiones no cristianas.

Después de Valentiniano III, los emperadores no fueron más que sombras que ya no ejercían el poder efectivo; tal era la situación, que los invasores derribaban y ponían a los emperadores que eran como juguetes en sus manos. En el 476 las fuerzas imperiales fueron vencidas en Piacenza por los hérulos al mando de Odoacro, después Rómulo II Augusto, hijo de Orestes, fue depuesto y confinado a Nápoles y Odoacro se proclamó rey; esta es la caída de Roma, fecha clave en un modelo de periodización histórica que ha tenido éxito. La descripción de la situación vivida permite entender por qué se dice que la caída de Roma fue sin ruido; ello no es obstáculo para que este acontecimiento haya marcado la historia universal al ser tenido, dentro de la mentalidad occidental, un tanto cerrada, como el punto final de la Edad Antigua. Desde entonces surgieron dos mundos en contraposición en lo económico, social, político, cultural y religioso: el mundo de los reinos romanos y bárbaros de Occidente y el del imperio romano oriental.

La cuestión jurídica de la caída de Roma tiene sus problemas: Odoacro mantuvo el Senado Romano y la moneda, pero no había claridad sobre la validez de estas determinaciones. Otro tanto se puede decir sobre la presencia de los bárbaros en el gobierno, los acuerdos políticos y los impuestos, etc., habida cuenta que durante algunos años se siguió hablando de Roma como sede vacante.

El imperio de Oriente no cayó por varias razones: una política diferente frente a los bárbaros, la estratégica fortificación de algunas ciudades, como es el caso de la doble muralla de Constantinopla, lo cual le permitió resistir hasta 1453 cuando cayó en poder de los turcos, la utilización del fuego griego potente arma que producía un fuego inextinguible con agua, toda vez que era una sustancia química cuyo componente principal era la nafta.

1.3 La irrupción del Islam[196]

El Islam, sumisión a Dios, es un elemento más del entramado histórico, político y religioso, en cuyo fondo existen muchos elementos cristianos casi todos o monofisitas o nestorianos; una religión sincretista, una mezcla de judaísmo, cristianismo y paganismo arábigo. Los pueblos nómadas del desierto arábigo, que estaban entre las fuerzas de Bizancio y Persia, se fueron asentando a lo largo de la "ruta del incienso" (de Damasco a Arabia meridional) creándose en ellos conciencia de pueblo con dos dinastías de distinta orientación política: los lájmidas en Al-Hira y los gasánidas en Rusafa; estas dos dinastías profesaban el nestorianismo y el monofisismo respectivamente, y desde sus confesiones luchaban, apoyados por los monjes del desierto, contra aquellos "restos de paganismo árabe".

Teniendo como referencia ese trasfondo se entiende a Mahoma[197], para quien el cristianismo y el judaísmo no eran extraños. Mahoma (569-632), huérfano desde muy pequeño y al servicio de una viuda rica, tenía una cierta tendencia a la solidaridad y la contemplación. Su nombre, Muhammad (el Alabado) fue traducido por Mahoma por el monje Álvaro de Córdoba para desprestigiar su nombre, ya que la palabra "Mahoma" tiene su origen en el demonio Moazim; lo curioso es que la sorna y burla del nombre demoníaco se perdieron muy pronto y muchos creen que Mahoma es la versión española de su nombre árabe. La doctrina propuesta por Mahoma se inserta en las grandes religiones monoteístas de libro: un solo Dios, Alá; un profeta, Mahoma; un libro, el Corán (que presenta doctrinas monofisitas, nestorianas y docetas), código religioso y político con disposiciones precisas en sus 114 suras; su edición definitiva es del 653. Junto al Corán (recitación, lectura) está la Sunna (costumbres, tradiciones) su más autorizado comentario.

Esto da a entender que Mahoma es fruto de la meditación en el desierto, de la estampa de la tierra seca, de la indagación presurosa del cielo nocturno, del espíritu de los ancestros misteriosos y de un mundo lleno de dioses tribales que poblaron su infancia de presencias inasibles, las mismas que habrían de confluir en una sola, sagrada y sustancial, Alá (Allah), el único y verdadero Dios, en singular, sin trinidad, ni nombres, ni representaciones, ni cualidades humanizadas.

La irrupción del Islam fue muy fuerte porque los grupos árabes fueron traicionados por las potencias: Bizancio con Mauricio (582-602) y Persia con Cosroes II, con lo que se creó un vacío que originó las luchas internas, que fue llenado por las enseñanzas de Mahoma y bajo éstas se logró la pacificación de las tribus árabes creando un solo pueblo bajo una fe que con inusitada fuerza se extendió por el Oriente Medio. Cuando por primera vez se reunieron los musulmanes, su fundador, Mahoma, tuvo que huir de La Meca en la hégira del 15 al 16 julio del 622 que marcó el comienzo de la era mahometana; posteriormente (en el 630) pudo regresar, después de lograr la pacificación de los diferentes pueblos árabes, para morir en La Meca, la ciudad sagrada, hacia el 632. Después de la muerte de Mahoma y para mantener la incipiente unidad aparece la necesidad de conseguir nuevas conquistas; aquí surgen las conquistas de Jerusalén (638), Mesopotamia (639-640), Armenia y Alejandría (640), la Pentápolis (643) y Capadocia (647); en 1453 cae Constantinopla en poder de los musulmanes.

El problema fundamental, más allá de las connotaciones políticas, consiste en el reto típico de una mentalidad semita que esta nueva religión supuso para el cristianismo: monoteísmo intransigente, conformismo político y religioso sin posibilidad de disidencia, fideísmo, fatalismo y combinación de fe, ley y nación. Además, en algunas regiones del imperio romano fueron vistos como libertadores. Como si ello fuera poco, a lo largo del siglo VII en Europa no se había formado el imperio occidental y los imperios bizantino y persa estaban exhaustos luego de siglos de guerra.

Unido a lo anterior, las cuestiones religiosas eran fuertes. Los del imperio sasánida no estaban de acuerdo con el zoroastrismo estatal; en el imperio bizantino no todos

aceptaban la ortodoxia cristiana; a los cristianos nestorianos y monofisitas les pareció natural el islamismo. Esto da a entender que en más de una oportunidad los cristianos se alegraron con su llegada, pero con el tiempo las cosas cambiaron.

Los cristianos en el mundo islámico del siglo VII vivían en un ambiente de tolerancia siendo incluso aceptados para cargos administrativos; con los años y ante la resistencia cristiana, algunos templos cristianos fueron convertidos en mezquitas y se prohibió la construcción de templos; con el califa Abd al-Málik (685-705), la situación se agravó porque los cristianos fueron despedidos de sus puestos y se les impuso un impuesto personal llamado capitación. La conquista árabe significó pérdida de inmensos territorios, provincias cristianas, lugares de peregrinación y grandes centros intelectuales; el fin de aquella ficción "un imperio, una Iglesia"; y la adquisición de una mayor homogeneidad de la Iglesia ortodoxa en Oriente[198].

2. La Iglesia bizantina

En este apartado se aborda una de las dos líneas eclesiales porque así como el imperio se dividió, la Iglesia también comenzó a tomar caminos diferentes. Históricamente el imperio bizantino había nacido entre los siglos III y IV, propiamente a raíz de la división de Teodosio y duró hasta 1453 cuando cayó en manos de los turcos dirigidos por Mohamed II. Se parte de un presupuesto histórico que reviste cierta validez: en la segunda mitad del primer milenio la parte oriental del imperio romano se vio sometida a cambios tanto internos como externos. A nivel interno se presentaron las herejías y los cismas. A nivel externo se vivieron las amenazas persa e islámica; las incursiones de mongoles, búlgaros y magiares; y la llegada de los pueblos eslavos.

2.1 Polémica religiosa y política

El concilio de Calcedonia aprobó la importancia de Constantinopla en el canon 28 al conferirle al obispo de Constantinopla el derecho a consagrar los metropolitanos de las diócesis del Ponto y las provincias de Asia Menor y Tracia[199]. León Magno (440-461) quiso movilizar a los patriarcas orientales argumentando que se menoscababan los derechos de Alejandría y Antioquía; como los patriarcas no le prestaron atención, centró la polémica contra Anatolio, obispo de Constantinopla (451-458). Poco después de 453, cuando el Papa intervino oficialmente en las decisiones cristológicas de Calcedonia, comenzaron los problemas porque ya Constantinopla poco contaba con Roma para solucionar las dificultades.

En Alejandría, fue donde primero se desataron los hechos: Dióscoro, obispo depuesto en Calcedonia, murió en el 454 dejando un vacío; para sucederlo hubo revueltas hasta que en el 457 fue consagrado Timoteo Eluro que no era partidario de Calcedonia y fue visto como usurpador de la sede que desde el 451 ocupaba Proterio quien finalmente fue asesinado; con esto, unido a una actitud contraria hacia las otras sedes patriarcales, se llegó al cisma de Alejandría. Cuando esta ruptura se dio, algunos monjes palestinos,

apoyados por la emperatriz Eudoxia[200], que vivía en Jerusalén, también estaban en oposición a Calcedonia, con lo que este concilio iba perdiendo fuerza; a ello se le suma que al emperador León I (457-474) poco le interesaban los asuntos religiosos y poco sabía de teología, sin embargo, condenó a Timoteo Eluro en el 460 y nombró a Timoteo Salofaciolo quien no pudo restablecer la unidad de Egipto.

En este contexto Basilisco, emperador usurpador (475-476), promulgó el *Enkyklión* condenando las decisiones de Calcedonia. Aprovechando este documento Timoteo Eluro regresó a Egipto pasando por Constantinopla donde el nuevo patriarca Acacio lo recibió fríamente, participó en un sínodo en Éfeso y entró triunfalmente en Alejandría, tras la retirada de Timoteo Salofaciolo a un monasterio; a su muerte lo sucedió Pedro Mongo. Contrario al *Enkyklión*, como era de esperarse, se mostró Constantinopla donde Acacio (patriarca, 473-489) movilizó al clero y al pueblo aprovechando la debilidad de Basilisco y publicó el *Antienkyklión* que ordenaba regresar a Calcedonia y dar por concluida la controversia. Con esto el caos vino a ser completo y la restitución de la paz se convirtió en una tarea que Acacio asumió con una política ecuménica de armonizar los contrarios y comprobar su buena voluntad. A esta tendencia de buena voluntad, unida a la problemática egipcia entre Pedro Mongo y Juan Talea por la sede alejandrina, se debe la publicación del Henótico en el 482, escrito por Acacio bajo la firma del emperador Zenón (474-491), razón por la cual también se conoce como el *Edicto de Zenón*.

Algunas partes del texto del Henótico son: “Queremos hacerles conocer que ni nosotros mismos ni las Iglesias del universo, profesamos otro símbolo o fórmula de fe distinto del de los 318 padres que fue confirmado por los 150 padres. Si alguien tiene otra fe lo declaramos excomulgado [...] éste es el mismo símbolo adoptado por los santos padres reunidos en Éfeso quienes condenaron al impío Nestorio y sus seguidores [...] Nos, condenando a la vez a Nestorio y a Eutiques [...] recibimos igualmente los doce capítulos de Cirilo. Confesamos al Hijo único de Dios, Dios mismo, que se hizo Hombre verdadero, Nuestro Señor Jesucristo, consustancial con el Padre según la divinidad, consustancial con nosotros según la humanidad, descendido, y por obra del Espíritu Santo encarnado y nacido de María Virgen, Madre de Dios, y uno solo y no dos [...] A quienquiera que piense o haya pensado de otra forma, ahora o en cualquier circunstancia, en Calcedonia o en otro concilio, lo anatematizamos”.

Entre los puntos significativos del Henótico, se citan: vuelve a las fórmulas de Nicea y Constantinopla, acepta a Cirilo, menciona la fórmula de unión del 433, sólo menciona a Calcedonia de paso. Para comprender mejor el problema del Henótico y el cisma acaciano se debe tener presente la posición que cada patriarcado asumió frente a Calcedonia: Alejandría estaba dividida, Roma estaba a favor y Constantinopla en contra. También es importante tener en cuenta los tres documentos fundamentales: el *Enkyklión* que es contrario a Calcedonia, el *Antienkyklión* que es favorable y el Henótico que es una fórmula de unión por la cual Acacio, patriarca de Constantinopla, fue excomulgado.

La lectura del texto no suscita ninguna dificultad doctrinal porque quiso contentar a todos, pero esa misma intención condujo al nacimiento de los bandos: procalcedonienses y monofisitas. El texto fue firmado por Pedro Mongo, obispo de Alejandría, Pedro

Fulón, obispo usurpador de Antioquía[201] y el obispo de Jerusalén. Como Roma fue dejada al margen, porque no entendía bien el sentido de este texto y el emperador no se lo comunicó al Papa, los problemas volvieron a agravarse con el nombramiento de Félix III (483) enérgico defensor de los intereses romanos, quien le escribió al emperador y a Acacio sosteniendo que Mongo era un hereje y, azuzado por Juan Talea y sus seguidores, citó a Acacio a su tribunal. El papa Félix III, envió delegados a Constantinopla que fueron ganados por el patriarca para la causa bizantina que consistía en apoyar a Mongo contra Talea; a su regreso a Roma los delegados fueron depuestos porque fracasaron y el Papa excomulgó a Acacio no por motivos doctrinales sino por ejercitar los poderes primados concedidos por el canon 28 de Calcedonia.

En este ambiente se gestó el cisma acaciano luego de que el Papa en el 484 excomulgara a Acacio; en este cisma se soslayaban las cuestiones de fe y se forzaban hasta el límite las cuestiones personales. Acacio murió en el 489 y sus sucesores: Fravitas (490), Eufemio (491-495), Macedonio (495-511)[202] continuaron en la misma política que fue vista como cismática; en el 511 Timoteo sucede a Macedonio en Constantinopla. El cisma no se solucionaba porque el emperador sucesor de Zenón, Atanasio (491-518) no tenía la menor intención de poner en juego los éxitos del Henótico en Oriente, ni sacrificarlos a un Papa que practicaba una política que no consideraba las difíciles situaciones de la Iglesia oriental; mientras tanto en Roma Gelasio (492-496) continuaba con la política de su predecesor con lo que se notaba que el problema no era teológico sino político: el deseo de Constantinopla por tener la primacía; a Gelasio le sucedió Anastasio II (496-498) quien no logró su objetivo de unidad; a la par con la muerte de este Papa estalló en Roma el cisma laurenciano que hasta el 502 hizo imposible la política con Oriente.

Cuando el Henótico comenzó a decaer porque Roma estaba debilitada y en Oriente disminuían los seguidores de Acacio, aparece Jenea de Mabbug (Hierápolis) y Severo de Antioquía quienes reavivaron la polémica de Calcedonia al declararse abiertamente contrarios a dicho concilio e incluso contra el Henótico. Severo, verdadero teórico del monofisismo, publicó el trisagio teopasquista[203] que era una fórmula cristológica equívoca; fue elegido obispo de Constantinopla (512) y quiso ganarse a los demás obispos para su fórmula, pero la oposición de Sabas y Teodosio (padres monacales) y algunas revueltas populares acabaron con sus planes. Estando así de tenso el ambiente se pensó en el concilio de Heraclea que tendría lugar en el 515 para terminar con el cisma, pero la falta de interés unida a las cuestiones políticas (Atanasio, el emperador y Vitelio) impidieron su realización; con esto la situación del cisma estuvo detenida hasta el 518.

Haciendo una síntesis: el Henótico unió a las Iglesias orientales frente a Roma con lo que ésta perdió injerencia frente a aquellas; en el fondo se capta: la lucha por la primacía entre Roma y Constantinopla, la incomprensión de la situación de Oriente y los intereses políticos. Todo ello se une a una sola realidad: el fortalecimiento de la Iglesia bizantina que sólo tendría una relación formal con Roma por diferencias culturales y políticas. Este tema es uno de los más apasionantes y complicados momentos de la injerencia política en la vida eclesial, porque fue una lucha de intereses creados, poder y

autonomía. Otro problema fundamental era que en Roma, según el pensamiento oriental, estaba gobernando un bárbaro, lo cual hería el sentido romano de aquella parte imperial.

2.2 El gobierno de Justiniano

2.2.1 Justiniano, legislador eclesial[204]

Los emperadores Justino I (518-527) y Justiniano I (527-565)[205] marcaron un hito en la historia de la Iglesia bizantina, porque con ellos se abre un período en el que los problemas no faltaban ya que el emperador tenía un marcado ánimo de dirigir (*spiritus rector*) porque *regis voluntas suprema lex*; junto a la actitud imperial, está la de la emperatriz Teodora[206] que era diferente. Con esto surgen dos políticas: una a favor de los ortodoxos hasta el punto que en el 524 el emperador mandó cerrar algunos templos arrianos que eran de los godos, y otra a favor de los monofisitas.

A estos emperadores se les debe el deseo de acabar con el cisma acaciano, aprobando definitivamente a Calcedonia y restableciendo relaciones con Roma donde Hormisdas era el Papa (514-523). Todo tuvo su inicio cuando Juan II, obispo de Constantinopla (518-520), bajo presión de los monjes, aceptó Calcedonia, condenó a Severo y el Henótico y estableció relaciones con Roma; el Papa fue informado de esto a través de una carta que el emperador le envió. En este contexto aparecen dos documentos que son importantes: *Regulae fidei* de Hormisdas y una carta del obispo Juan II, ambos documentos condenan lo que fuera contrario a Calcedonia. Era el 519 cuando estos sucesos unionistas se realizaron.

La alianza entre el Papa y el emperador creó dificultades. En el ámbito religioso y debido a la falta de influencia romana en Alejandría, la Iglesia egipcia terminó por separarse. En el ámbito político el rey de Occidente, Teodorico, con sede en Ravena, no aceptó esta unión y hacia el 525 envió al papa Juan I como embajador a Constantinopla y como en su misión[207] no tuvo éxito fue encarcelado en Ravena. Los problemas políticos se acabaron con la muerte de Teodorico (526) a quien sucedió Justiniano, quien llegó a ser soberano único, dando inicio a un período particular en la Iglesia: "Un imperio, una Iglesia fuera de la cual no hay salvación ni esperanza en la tierra, y un emperador cuya solicitud es la salvación de esta Iglesia"; el emperador hace que todo dependa de él. Con esta actitud centralista se da el ascenso del pontificado, el proceso catequético y sacramentalizador, el destierro del paganismo con lo que los filósofos no cristianos emigraron a Persia y un trato particular con los judíos que fueron aceptados; es curioso que en esa oportunidad los samaritanos no fueron aceptados.

Así como el emperador servía a la Iglesia, ésta tenía que servirle a él porque la legislación eclesiástica de Justiniano regulaba la vida eclesial. Los obispos se vieron envueltos en tareas especiales al servicio y provecho del Estado; como el obispo es un representante fiable de los notables de la comunidad, se abrieron las puertas para que terminaran siendo señores feudales. Aunque la Iglesia podía administrar sus bienes, el emperador se inmiscuía en los asuntos administrativos, disciplinares y sinodales. No se niega que las normas dadas por Justiniano fueron provechosas, tampoco se ignoran las

consecuencias que trajeron, las cuales aún hoy se dejan sentir en ambientes eclesiales y civiles.

Para Justiniano la Iglesia universal ortodoxa se divide en cinco grandes patriarcados: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén; el primero entre ellos es Roma. Todas estas normas son dadas por Justiniano movido por su conciencia de ser sumo sacerdote en el contexto de la relación Iglesia y emperador. Con esta actitud, Justiniano se convierte en el consumador del eclesialismo constantiniano, que iniciado por Constantino y continuado por Teodosio llegó con él, después de algunos altibajos, a plasmarse en una realidad casi inobjetable; fue una época de luces que, como es normal, tuvo sus sombras.

2.2.2 Altibajos de Justiniano

Para iniciar, conviene saber que sobre Justiniano y su obra existen diferentes posiciones: algunos sostienen que él tuvo una actitud de zigzag, una especie de "bilingüismo", otros sostienen que él fue consecuente debido al momento histórico. Más allá de la posición que se adopte, sólo se sabe que él se sentía sumo sacerdote, razón por la cual legislaba en cuestiones teológicas y pastorales. El problema grave fue para la Iglesia, y más que para ella, para sus líderes quienes, para estar en sintonía con las coordenadas del momento, tuvieron que dejar en la sombra algunos elementos pastorales.

La unión del 519 aunque exitosa no acabó con los problemas porque los monofisitas y adversarios de Calcedonia seguían en la lucha; en estas circunstancias y, supuesta la doble política imperial, Justiniano enfrentó a los monofisitas moderados de impronta severiana (Severo de Antioquía), que era de tipo nominal, porque algunas provincias del imperio lo estaban siguiendo; en este enfrentamiento hubo mucha sutileza política y poca exigencia ya que el deseo de unión era superior al interés teológico.

Unida a esa condescendencia, está el levantamiento de la pena de destierro a monjes y obispos monofisitas; algunos de estos obispos se reunieron en Constantinopla en el 531 en la *Collatio cum Severianis*, donde se volvió a tratar el tema de Calcedonia; en esta reunión los monofisitas se oponían a Calcedonia por el peligro de una posible interpretación nestoriana. Como resultado de esta reunión, los monofisitas gozaron de un momento de respiro con la adhesión del emperador a la fórmula teopasquista y la publicación de algunos edictos a favor de ellos. Esta actitud imperial no satisfizo a los monjes, quienes iniciaron una campaña contraria y mandaron una delegación al Papa; casi al mismo tiempo el emperador, para defenderse, envió otra delegación a Roma; allí el papa Juan II (533-535), cede a la presión imperial y condena a los monjes, con lo que parece que se adhirió a la fórmula teopasquista.

Aprovechando esta situación, Severo y varios monofisitas acuden a Constantinopla donde son hospedados por Teodora entre el 534 y el 536. En el 535 quedó vacante la sede de Constantinopla y fue nombrado Ántimo[208] quien admite a Severo en comunión y se puso en comunicación con los patriarcas de Antioquía y Alejandría; con esto se

regresó al Henótico. Las cosas no continuaron por esa vía, sino que tuvieron un giro por la presencia del papa Agapito (535-536) en Constantinopla; él fue a esa ciudad como delegado del rey ostrogodo Teodado para que convenciera a Justiniano de detener la violenta reconquista de Italia209, que estaba en poder de los godos. Para el Papa lo importante no era la cuestión política, sino la de la Iglesia; en esta preocupación pontificia y la acogida imperial fue nuevamente vencido el movimiento surgido alrededor del Henótico con las gestiones de Menas, patriarca sucesor de Ántimo.

No obstante los altibajos de Justiniano, para él el Papa fue siempre, teóricamente, la última y suprema instancia en cuestiones de fe a tal punto que cuando Roma tomó la decisión sobre los monofisitas, se decidió y expulsó tanto a Severo como a los monofisitas, quienes se refugiaron en Egipto donde esta corriente se afianzó y se dividió en varios partidos de los cuales los más importantes eran los severianos moderados y los fantasiastas210.

En resumen, el proceso medianamente teológico en Justiniano tuvo: adhesión radical, tendencia teopasquista y dos disputas: la origenista y la de los tres capítulos; esto se vivía en tensos ambientes que necesitaban acuerdos políticos. Para finalizar, la actitud de Justiniano puede ser valorada de múltiples maneras pero nadie puede negar que su mandato y su relación con la Iglesia fue en un período único y singular.

2.2.3 El II concilio de Constantinopla

Al abordar de nuevo un tema conciliar, es importante recordar que este fenómeno es el lugar privilegiado en el que se manifiestan las posibilidades y dificultades, los éxitos y los fracasos de la comunión eclesial; esta circunstancia se puede ver como una constante en la historia de la Iglesia, institución que respeta la libertad humana pero exige unidad en torno a la fe.

Última etapa de las agitaciones origenistas

En el siglo VI debido a la cantidad de expresiones teologales, se acentuó el problema del origenismo que desde hacía algunos años se creía extinguido. Orígenes, teólogo y escriturista nacido en Alejandría hacia el 185, dirigió la escuela catequética de esa ciudad a partir del 203 con algunas breves interrupciones hasta el 231 cuando renunció por diferencias con el obispo Demetrio; fue uno de los mayores escritores eclesiásticos de la antigüedad cristiana y puede ser tenido como el fundador de la exégesis bíblica como ciencia; al autor de la *Hexaplas* le suelen clasificar sus obras en: escolios, homilías y comentarios. Con el tiempo se creó una literatura en torno a sus escritos e hipótesis que fueron entendidas como afirmaciones dogmáticas heréticas: subordinacionismo, preexistencia de las almas y la apocatástasis (al final todo será asumido en Dios, incluso el demonio). Con todo, Orígenes murió sin ser condenado211; sólo tres siglos después de su muerte fue efectivamente condenado por la Iglesia de una manera muy severa ya que todos los obispos, particularmente Menas de Constantinopla y Vigilio de Roma, debían condenarlo al asumir su ministerio.

En la transición del siglo IV al V se vivió una acalorada disputa sobre sus escritos que fue la primera parte de un proceso que terminó con su proscripción teológica. Todo comenzó con la lista publicada por Epifanio de Salamina en el 394 donde incluyó el nombre de Orígenes, en quien grandes personajes de la Iglesia y algunos monjes habían alimentado su espiritualidad. Esta disputa, que comenzó en Jerusalén donde contó con la presencia de san Jerónimo212, pasó por Alejandría y llegó a Roma con el monje Rufino quien sostuvo que la teología y la espiritualidad de Orígenes podían ofrecer mucho a Occidente; Jerónimo y Rufino fueron los opositores en esta disputa a la que vino a sumarse el patriarca Teófilo de Alejandría quien por problemas con algunos monjes que seguían el pensamiento de Orígenes se convirtió a partir del 400 en un aguerrido adversario de Orígenes213. Con la muerte de Rufino la polémica cesó en Occidente, pero en Oriente se concentró más y ya había llegado a Constantinopla donde su obispo Juan Crisóstomo, a instancias de Teófilo de Alejandría, fue desterrado; en el nuevo drama de esta polémica, Jerónimo también se opuso a Orígenes y a sus partidarios. La controversia terminó con el triunfo de los que estaban contra Orígenes y aunque ya se habían dado algunas condenas, todavía no llegaba la condena oficial. Lo lamentable de esta controversia no fue la restricción teológica, sino que una riqueza religiosa y teológica pasó desapercibida.

Después de más de un siglo, en tiempos de Justiniano surge de nuevo la polémica origenista porque la influencia espiritual de Orígenes no había desaparecido en Oriente debido a los escritos de Evagrio Póntico. El opositor en esta oportunidad era Sabas de Capadocia (+ 532), superior o archimandrita de los monasterios palestinos y el defensor era Nonnos, jefe de los monjes origenistas de la Nueva Laura desde el 507; hacia el 531 cuando Sabas viajó a Constantinopla para pedir una exención tributaria, llevó consigo al monje origenista Leoncio y cuando Sabas regresó a Palestina dejó a Leoncio en Constantinopla donde, con su predicación, aumentaron los adeptos.

La predicación de Leoncio conquistó al emperador quien nombró algunos obispos origenistas: Teodoro para Cesarea de Capadocia y Domiciano para Ancira; con esto las fricciones se volvieron a presentar: Antioquía con Efraín, se opuso a estos nombramientos y proscribió el origenismo, los elegidos quisieron presionar a través de Menas de Constantinopla pero cuando llegó a Constantinopla un difuso escrito antiorigenista, Justiniano promulgó hacia el 542 un edicto contra la persona y las doctrinas de Orígenes por la influencia del diácono Pelagio214. Este decreto fue firmado por varios jerarcas; el origenismo parecía estar herido de muerte, pero aún no ha muerto y bajo nombres diferentes siguió arrastrando a grandes místicos de la Iglesia bizantina.

El decreto de condena del origenismo dado por Justiniano en el 542 está organizado en diez anatemas: preexistencia del alma, preexistencia del alma de Cristo, adopcionismo, similitud de Cristo con los seres celestes, de la resurrección de los cuerpos en forma de esferas, los astros animados, la segunda crucifixión de Cristo en el siglo XXI para salvar al demonio (esto es un punto de la apocatástasis), la limitación del poder de Cristo, y anatematizar a Orígenes y a quienes piensen lo mismo215. En el fondo de estas afirmaciones estaba el hecho de ver a Orígenes como discípulo de Platón y maestro de

Arrio, y como el hombre que convirtió en filosofía el mensaje cristiano. Con esto, el más grande teólogo de la Iglesia griega, hijo de un mártir y confesor de la fe, fue puesto al mismo nivel de los grandes herejes de la antigüedad cristiana[216].

La disputa de los tres capítulos

Con este nombre se entiende la obra de tres teólogos (tres cabezas) que escribieron en el tiempo que medió entre Éfeso y Calcedonia y se convirtieron en la manzana de la discordia de los partidos eclesiásticos; ellos son Ibas de Edesa, por una carta contra Cirilo de Alejandría, Teodoro de Mopsuestia, de la escuela antioquena que fue acusado de nestorianismo, y Teodoreto de Ciro, por algunos escritos contra Cirilo de Alejandría[217].

Entre el 534 y el 545 Justiniano publicó un decreto condenando estos autores; en el fondo era reavivar la polémica calcedoniana donde el temor a ser tildados de nestorianos por los monofisitas era latente; con esto el beneficiado fue el origenismo que aún seguía vivo, no en vano Teodoro Ascidas, fervoroso origenista y asesor imperial, preparó sistemáticamente el ataque contra los tres capítulos. Publicado el decreto, sin respetar a nadie, los obispos recibieron la orden de firmarlo y comenzaron las dificultades porque Menas, patriarca de Constantinopla, lo firmó pero exigió la garantía de retirar su firma si el Papa no lo firmaba, y éste veía que la mayoría de los obispos occidentales se oponían, es más, le negaban la comunión a Menas. El papa Vigilio (537-555) viajó a Constantinopla (547) y en el 548 fue publicado el *Judicatum*, en el que se rechazaban los tres capítulos con restricciones. La actitud papal produjo revuelo porque comprometía la dignidad de la sede de Pedro, razón por la cual varios obispos occidentales, principalmente africanos, terminaron excomulgando al Papa; Vigilio huyó de Constantinopla, se refugió en Calcedonia y excomulgó a Menas y a Ascidas.

En el 552 murió Menas y su sucesor Eutiquio hizo una política irénica que condujo al II concilio de Constantinopla en mayo del 553 en el que el Papa y el emperador estuvieron al margen; en este concilio fueron condenados los tres capítulos y las doctrinas origenistas a pesar de las resistencias, ya que los documentos condenatorios datan de finales del 553 para la cuestión origenista y del 554 para los tres capítulos[218]. Con la muerte de Vigilio en Siracusa y el apoyo del diácono Pelagio se solucionó un poco la tensión reinante porque este diácono fue nombrado obispo de Roma por el emperador, quien se aproximaba al ocaso de su vida, sucedido el 14 de noviembre del 565.

2.3 El camino hacia Constantinopla III[219]

Con Justino II (565-578) casado con Sofía, sobrina de Justiniano, reverdeció el monofisismo, muestra de ello es la publicación de un edicto que condenaba los tres capítulos, sugería la rehabilitación de Severo, daba amnistía a los monofisitas y no mencionaba el concilio de Calcedonia; este documento causó polémicas, fue nuevamente redactado y apareció la distinción mental de las dos naturalezas con lo que comenzó el monoenergetismo y el monotelismo. El edicto fue impuesto a la fuerza durante el

mandato de Justino II; desde el 574, con la regencia de Tiberio II (578-582), la situación cambió para no irritar a los árabes monofisitas de la frontera persa; idéntica política siguió su sucesor Mauricio (582-602) quien era calcedoniano.

Las cuestiones doctrinales se silenciaron cuando los persas ocuparon algunas regiones de Asia Menor, Siria y Egipto; además, los ávaros y los eslavos invadieron la península balcánica amenazando a Constantinopla. Después de ese silencio y la reconquista lograda por Heraclio (610-641), iniciador de una nueva dinastía y sucesor de Focas (602-610), y ya que el emperador quería la unidad política y religiosa se volvió a tratar el tema con lo que se originaron varias corrientes. Para la unidad confesional, Heraclio se valió del obispo de Constantinopla, Sergio (610-638) quien propuso "una única facultad operativa al interior de Cristo", una *energeia*, de ahí monoenergetismo y ordenó a sus colaboradores que reunieran todos los datos necesarios y elaboraran un escrito para proponerlo a los cristianos como base de una fe común; en este escrito, llamado *Pacto*, redactado en nueve proposiciones, se encuentra el punto capital del monoenergetismo en la proposición 7: la doctrina del uno y mismo Cristo, que opera lo divino y lo humano con la energía una, la divina y humana (teándrica). Con este documento los monofisitas salieron triunfantes.

Como era de esperarse, la oposición no faltó; en esta oportunidad fue el monje Sofronio, patriarca de Jerusalén (634-638), quien viajó a Constantinopla para dialogar con Sergio y a través de principios aristotélicos logró el cambio de la fórmula del *Pacto*: ya no sería "operaciones" sino "un único Cristo operante", es decir, se subrayaba el sujeto mas no la actividad. Acogiendo esta fórmula Sergio publicó el *Judicatum* y Máximo el Confesor también se adhirió a ella; para los monofisitas careció de interés. Parecía que la anhelada paz se iba a lograr pero no fue así porque cuando Sergio expuso la doctrina al papa Honorio (625-638), éste la aceptó pero diciendo que era mejor hablar de una voluntad, término equívoco porque puede ser la voluntad general o el acto volitivo concreto. Esta fórmula latina "una voluntas" fue traducida por "en telema", de ahí monotelismo[220].

El patriarca Sergio hizo que el emperador Heraclio promulgase otro decreto, Ectasis, donde se afirmaba la única voluntad de Cristo como fórmula de fe, porque telema se interpreta como un querer actual; el problema no era la teología sino la terminología. Hacia el 640, Máximo el Confesor intervino señalando los defectos de la fórmula del papa Honorio y del decreto *Ectasis* porque, según él, una es la voluntad concreta y otra la voluntad como facultad, la primera es propia de la naturaleza (deseo, acción) la otra de la persona (arbitrio, decisión); es obvio que esta cuestión filológica pocos la entendían.

A partir de este momento las discusiones tomaron un lamentable giro: el nuevo emperador, Constante II (641-668), publicó, aconsejado por el patriarca Pablo, en el 648 el *Tipo* donde prohibió toda clase de discusión al tiempo que derogó el *Ectasis*; en esta ocasión Máximo se dirigió a Roma, al papa Martín I (649-653), y al celebrarse el concilio lateranense (649) bajo las ideas de Máximo fueron condenados tanto el *Tipo* como el *Ectasis*, se definió la doctrina de las dos voluntades de Cristo al afirmar dos voluntades naturales y dos modos de operar, y fueron excomulgados el patriarca Sergio,

ya fallecido, y su sucesor Pirro[221]. El emperador reaccionó violentamente acusando de alta traición al Papa y a Máximo, quienes en diferentes procesos fueron condenados[222].

Al ser asesinado Constante II, le sucedió Constantino IV (668-685) quien no tenía mayor interés en continuar una disputa que había terminado sin resultados y ya algunas provincias se habían perdido o estaban cayendo en manos del islamismo. En este cambio de política, ya en tiempos del papa Agatón (678-681), se realizó el III Concilio de Constantinopla bajo la presidencia del emperador y casi todos los obispos se adhirieron al decreto pontificio; Macario de Antioquía fue el disidente más representativo. Contra quienes se opusieron se pronunció un anatema que se extendía a Teodoro de Farán, Ciro de Fasis, Sergio y Pirro, obispos de Constantinopla, y el papa Honorio, condenando una terminología ya anticuada; los juicios estaban justificados primero porque nadie quería vivir en disputas, segundo porque los monofisitas ya no pertenecían oficialmente al imperio por lo que las controversias habían perdido el trasfondo de peligro.

El concilio III de Constantinopla condena el monotelismo, reafirma los cinco concilios anteriores y define que en Cristo hay dos voluntades y dos operaciones para la salvación del género humano[223], concluyendo así un largo proceso de elaboración de la dogmática sobre Cristo. Este concilio es fundamental por ser el punto final de un proceso de discusiones cristológicas, aclarando una serie de términos que provocaban algunas controversias y ofreciendo una dogmática cada vez más esquematizada. Con esto el monotelismo y el monofisismo podían considerarse vencidos aunque parte de sus intereses religiosos hacía tiempo que estaban ya al seguro en la ortodoxia.

En el 692, el emperador Justiniano II (685-695; 705-711) convocó otro concilio en Constantinopla, el llamado segundo trullano, porque se reunió en la sala de los trullos del palacio imperial o quinisexto para integrar los dos concilios anteriores; sólo trató asuntos orientales y en varios cánones mostró aversión hacia Roma. Con este concilio hay problemas porque para Oriente es válido, pero para Occidente no.

2.4 El nacimiento de las Iglesias nacionales[224]

Los problemas religiosos, teológicos y políticos repercutieron al interior de la Iglesia dando origen a las Iglesias nacionales en los territorios fronterizos del imperio bizantino; algunas de estas Iglesias aún existen y forman parte de la Iglesia católica. Estas Iglesias nacieron por el deseo de afirmar la nacionalidad, una cuestión de liberación y los avances de los reyes que también deseaban independizarse del poder imperial; vuelve y juega la unión de fe y política, lo cual da origen al deseo de tener una Iglesia propia. Es muy probable que estas Iglesias hayan sido el germen de las Iglesias territoriales que estuvieron en su esplendor en los primeros siglos del medioevo, sobre todo en el marco de la política imperial germana de los siglos IX y siguientes. Estas Iglesias conforman cuatro tradiciones: la caldea (nestoriana) y las tres monofisitas (copta, siria y armena) que junto con la bizantina conforman las cinco tradiciones orientales existentes.

En este ambiente surgen dos detalles interesantes. Los nestorianos se sintieron mejor en el ambiente del dualismo persa. Los monofisitas (entre calcedonianos [Roma y

Constantinopla] y nestorianos) se sentían mejor fuera del imperio romano por cuestiones eclesiásticas (patriarcados), económicas, políticas e ideológicas ya que unos eran indoeuropeos, otros semitas y otros camitas; esto hacía que se sintieran distantes tanto de Bizancio como de Persia.

2.4.1 La Iglesia nestoriana (Asiria de oriente)

Esta Iglesia nació en el marco de las disputas nestorianas entre Alejandría y Antioquía y la condena de Teodoro de Mopsuestia de la escuela de Edesa en Siria[225]. Quienes no aceptaban estas condenas tuvieron que emigrar a Persia; entre los emigrantes estaban Bar Sauma, obispo de Nisíbide, y Narsés, fundadores de la escuela de los persas donde el nestorianismo halló su hogar al desarrollarse como "Iglesia nacional" cristiana porque era tolerada y, en ocasiones, perseguida. Con el fortalecimiento de esta Iglesia por las generaciones de teólogos formados en la escuela de Nisíbide o escuela persa y su celo misionero que les permitió su independencia de Antioquía, pudieron desarrollar el nestorianismo encontrando en él una seguridad teológica frente a Siria occidental y el imperio bizantino.

Desde el siglo V tuvo un "obispo católico" con sede en Seleucia-Ctesifonte, en el Tigris, quien determinaba las fechas de las fiestas, convocaba sínodos y llamaba a los obispos cada dos años; además tenía otras funciones que lo hacían "otro Pedro". Este obispo alcanzó gradualmente una alta posición que poco difería con la de los patriarcas bizantinos donde había una profunda relación entre el obispo y el rey; pero esta posición no impidió el problema que se suscitó cuando algunos antioquenos poco nestorianos fueron deportados a Persia. Los "obispos católicos" más destacados de los siglos V y VI fueron Babai II (+502) y Aba Mar I (+552); Babai II hizo lo posible por mantener pura su Iglesia; Aba Mar I, convertido del mazdeísmo, trató de consolidar las bases canónicas incorporando a las colecciones jurídicas de su Iglesia los cánones de Calcedonia en la medida que le servían; además, rigió los destinos de esta Iglesia en momentos que el rey persa Cosroes I le imponía al cristianismo significativas restricciones.

Bajo el reinado de Cosroes II (590-628) los cristianos vivieron un período de paz gracias a Shirin, esposa del rey, y al emperador bizantino Mauricio. Después de este período de paz, en el marco de la guerra entre Bizancio y Persia, la situación de los nestorianos era cada vez más precaria porque estuvieron sin "obispo católico" hasta el 628; durante estos años Babai el Grande, abad general de los monasterios del norte de Persia, asumió la dirección efectiva de la Iglesia. Con el progresivo avance persa sobre las provincias bizantinas se presentó un importante "encuentro" entre nestorianos y monofisitas (de Siria y Egipto), y entre el 628 y el 644 cuando el "obispo católico" era Ishar Yahb, se presentó la forzada paz con Bizancio, la agresión islámica contra Persia y la apertura de una nueva época para esta Iglesia.

La vida interna de esta Iglesia durante los siglos V a VII se caracterizó por la elaboración de sus bases canónicas, el desarrollo de su organización a través de varios sínodos, el enfrentamiento con los monofisitas, y la experiencia de ver que su padre

espiritual, Teodoro de Mopsuestia, era condenado por la ortodoxia bizantina en la disputa de los tres capítulos. Todas estas situaciones condujeron a que en el sínodo del 612 adoptaran oficialmente la fórmula de fe nestoriana de Babai el Grande: dos naturalezas (*fisis*), dos existencias completas (*hipóstasis*) y una persona (*prosopon*). En tiempos de Heraclio (610-641) y después de 200 años de andar un camino diferente se quiso llegar a "una misma fe", pero las diferencias eran abismales y los nestorianos no estaban dispuestos a aceptar la condena de Teodoro de Mopsuestia (553), ni a asimilar el término "Madre de Dios" del 431; por ello esta Iglesia se vio obligada a llevar una vida propia encerrada y con tendencia oriental; en este "mirar hacia Oriente" está la expansión misionera de esta Iglesia por el sur del continente asiático llegando hasta China y el auge del monacato persa que se cree fue organizado en la región de Nisíbide por Abraham de Kashkar (+586). Aunque desde mediados del siglo VII cayeron bajo la dominación islámica, no desaparecieron porque los califas dejaron a cada confesión su *status quo* y en Persia los nestorianos eran ciudadanos de segunda clase con poca influencia política.

2.4.2 La Iglesia copta (copta-etíope ortodoxa)

Si a esta Iglesia se le quiere imponer una fecha de nacimiento sería el 536 cuando Justiniano dio por terminada su política monofisita, pero su presencia es anterior porque su gestación comenzó hacia el 451 con la resistencia a Calcedonia en el patriarcado de Alejandría con Timoteo Eluro, Pedro Mongo, Severo y Juliano de Halicarnaso, quienes ayudaron a su consolidación frente a Constantinopla, ciudad con la que siempre había una pugna por el canon 3 de Constantinopla y el canon 28 de Calcedonia226. Después de la germinación, vino el nacimiento cuando el patriarca alejandrino Teodosio fue desterrado por no suscribir en Constantinopla las decisiones del sínodo del 536, pero bajo la protección de la emperatriz Teodora pudo regir la grey hasta su muerte en el 556. Durante estos 20 años la sede imperial de Constantinopla impuso algunos patriarcas que sufrieron una sistemática hostilidad por parte del pueblo: Pablo (hasta el 542), Zoilo (542–551), Apolinario (551–559), quien gobernó con violencia y dividió a la Iglesia egipcia en dos grupos: ortodoxos y coptos. El destierro del patriarca y el rechazo de los que fueron impuestos, permite captar que esta Iglesia tuvo una identidad propia, donde el monofisismo, entendido como factor de pureza religiosa, sirvió de base para una espiritualidad que fue influida por los monjes.

A la muerte de Teodosio (556) fue difícil buscarle un sucesor porque había pugna de intereses: mientras Jacobo Baradeo, monofisita sirio, quiso imponer un patriarca nombrando al archimandrita Teodoro, los egipcios eligieron a Pedro, un anciano diácono; con esto se presentó otra división al interior de la Iglesia copta, la cual se solucionó con el nombramiento de Damiano, un sirio que fue monje en Egipto, como patriarca alejandrino (578-605); con este patriarca se llegó a la unión de las dos confesiones monofisitas de Egipto y Siria en una sola Iglesia pero por poco tiempo. Entre el 610 y el 630 hubo dos influencias: la del patriarca ortodoxo Juan III Eleemon

(610-619), cuyo celo, vida y misericordia impresionaron a los monofisitas, y la presencia de los persas que ocuparon a Egipto durante diez años (619-629). Cuando el emperador Heraclio (610-641) expulsó a los persas, quiso buscar la unión con los coptos a través de una fórmula monoenergetista, pero ya era tarde porque en el 642 Alejandría caía en poder de los árabes; cuando esto sucedió el patriarca copto, Benjamín, llegó a un arreglo con los conquistadores árabes para garantizar la libertad de su Iglesia; lo lamentable fue que la sede ortodoxa malquita de san Marcos, que parece comenzó con Apolinario, fue sacrificada porque no tuvo continuador.

En el origen y formación de la Iglesia copta cuentan cuatro elementos: la sistemática oposición a Calcedonia en cuyas determinaciones veían una condena a Cirilo de Alejandría, un cierto orgullo nacional que fue herido por el canon 28 de Calcedonia, la indescriptible unidad entre el patriarca y el pueblo ya que el pueblo veía en el patriarca un líder nacional y la presencia del monaquismo columna vertebral de la oposición monofisita. Esta forma de actuar los conducía a un progresivo alejamiento de la Iglesia, lo cual se afirmaba a través de una confesión especial y el monofisismo era el más indicado; esta forma de ser, unida a la fe fue propagada a través de la literatura y las misiones.

La literatura copta, idioma egipcio con letras griegas, es religiosa y monacal; presenta: hagiografía, reglas monásticas, sentencias de monjes; escasa tendencia a la historia y a las crónicas, lo cual es normal si se tiene en cuenta que los monjes estaban cerrados en relación al mundo y querían la deshelenización de Egipto. Las misiones coptas se extendieron hacia Nubia y Etiopía, regiones que vieron florecer el cristianismo monofisita; en el éxito de estas misiones cuenta la orientación de estas regiones hacia Alejandría.

2.4.3 La Iglesia jacobita (siro ortodoxa)

Su nacimiento está relacionado con la presencia del patriarca alejandrino Teodosio en Constantinopla y su destierro (536-556), quien en el 542 por solicitud de la emperatriz Teodora consagró como obispos monofisitas para la región de Siria a Teodoro de Arabia y Jacobo Baradeo (+578). El primero rigió las regiones del desierto sirio y Trasjordania. Jacobo Baradeo, que tenía su sede en Edesa, fue el artífice de la jerarquía de la Iglesia siríaca al ordenar sacerdotes y obispos y propagar el monofisismo en sus giras misionales; los obispos por él nombrados no vivían en las sedes porque éstas estaban ocupadas por los obispos nombrados por Constantinopla, pero esto no era problema porque había monasterios que los acogían; de ahí que de una Iglesia en la penumbra se pasara a una Iglesia de derecho propio toda vez que la política imperial a favor de Calcedonia poco pudo hacer contra ellos. En la propagación del monofisismo y estructuración de la Iglesia siríaca por el trabajo de Jacobo Baradeo (por ello jacobita) se dio la adhesión a Severo de Antioquía.

Con la presencia de los persas de Cosroes II en territorio bizantino, los jacobitas lograron establecerse en Persia a través de una excelente labor misionera; con la

reconquista de Heraclio (610-641) y la llamada a la unidad de fe bajo la fórmula monoenergética, que no fue aceptada, se inició una especie de persecución que fracasó por la presencia de los musulmanes con quienes los monofisitas establecieron relaciones políticas. Esta Iglesia nació en la sombra y en ella permaneció hasta el 720, cuando el patriarca jacobita pudo llegar a la sede de Antioquía. Al igual que en la Iglesia copta, en la jacobita los monjes también desempeñaron un importante papel.

Lo característico de esta Iglesia es la resistencia a Calcedonia siguiendo el ejemplo de Severo de Antioquía, su padre teológico; la diferencia lingüística; y una cierta resistencia al imperio. La diferencia más profunda fue la lingüística; en este idioma sobresalen: Jenea de Mabbug (+ 523), Jacobo de Sarug (+ 521), Juan de Edesa (+ 586) autor de la historia de la Iglesia en siríaco y de una colección hagiográfica, Jacobo de Edesa (+ 708) autor de la más antigua gramática siríaca y del inacabado *Hexameron*. A propósito de la lengua siríaca, gracias a este idioma, el Islam tuvo acceso a la cultura del Mediterráneo. En esta Iglesia nacieron las cadenas exegéticas, antologías sobre un determinado tema. Con las misiones que seguían las rutas de las caravanas de los desiertos penetró hasta Arabia, creando un centro monofisita en Bosra. Por la relación de estos cristianos con los árabes se debe, con bastante probabilidad, la presencia de elementos cristianos en el Corán.

2.4.4 La Iglesia armena (armena ortodoxa)

Esta Iglesia de ascendencia jacobita nació como consecuencia de un doble movimiento: por un lado el vaivén dominador entre Bizancio y Persia[227], y por otro el deseo de ser una nación libre; esto da a entender que las situaciones históricas son fundamentales en su nacimiento, toda vez que no se puede ignorar su constante orientación hacia Constantinopla. Con Nersés el Grande (+ 373), bisnieto de Gregorio el iluminador y organizador de la Iglesia armena, comienza su historia en la región de Capadocia donde las rivalidades entre Cesarea y Tyana condujeron a la separación y autonomía eclesiástica de Armenia, pero sin ninguna impronta confesional. En el siglo V (429-460) con la presencia de los persas, la inasistencia de algunos obispos a Éfeso, la invención de una escritura propia con Mesrop (+ 440) y la inasistencia a Calcedonia, la tendencia a la división se hizo cada vez más notoria. Con el "obispo católico" de Armenia, Babgen (490-516) quien reunió el sínodo de Dvin (506) se dio un gran paso hacia la ruptura ya que por la presencia de los persas se buscó un acuerdo con los nestorianos no por oposición a Calcedonia sino por deseo de unidad.

Hacia el 554 en un sínodo de Dvin se llegó a la ruptura; con el emperador Mauricio (582-602) se presentó un cisma porque este emperador nombró un obispo "anticatólico"; a partir de entonces, esta Iglesia vivió algunas vicisitudes debidas a la presión, tanto bizantina como persa por lo que puede entenderse fácilmente que cuando Heraclio (610-641) firmó la paz con los persas (629) y los obligó a adherirse a la fe del imperio bajo la fórmula monoenergetista, poco contó para ellos. Con la presencia de los musulmanes, a partir del 640, y un nuevo sínodo de Dvin bajo el patriarca Nersés III (648-649), que

rechazó definitivamente a Calcedonia, se llegó a la autonomía definitiva; Constante II hacia el 654 hizo un intento de ganarse esta Iglesia a la unidad imperial pero fracasó.

Esta Iglesia estuvo sometida a los altibajos políticos de la región donde tribus y reinos vivían en permanente tensión. No obstante esa situación, la literatura está circunscrita al ámbito religioso; en ésta merecen especial mención: Mesrop, Eznik de Kolb[228] polémico escritor que participó en la traducción armena de la Biblia, Juan Mandakuni autor de algunos sermones e himnos, y Korium biógrafo de Mesrop. Bajo el islamismo, algunos armenios emigraron hacia el imperio donde con frecuencia alcanzaron notable importancia; esto da a entender que la ruptura entre los armenos y el imperio no fue tan grande como la que se presentó entre el imperio y las Iglesias jacobita y copta.

Para concluir este apartado, las Iglesias nacionales nacieron en el transcurso de tres siglos (del V al VII) en el marco de las cuestiones políticas del imperio bizantino y las diferencias dogmáticas en relación a Éfeso y Calcedonia[229]; debido a estas diferencias las cuatro Iglesias mencionadas se ubican en dos tradiciones fundamentales: la Iglesia asiria de oriente (Iglesia nestoriana) y las Iglesias no calcedonenses (las tres restantes).

2.5 Elementos eclesiales bizantinos

2.5.1 Organización

El canon 28 de Calcedonia[230], que habla de la importancia de Constantinopla en relación a los patriarcados de Oriente y las ciudades autónomas, es decisivo para la organización de la Iglesia oriental porque Constantinopla adquirió mucha importancia hasta el punto que el primado romano quedaba en la sombra ya que se hacía referencia a Roma en casos extremos o como mención honorífica. Al canon 28 de Calcedonia se le suman las cuestiones políticas del imperio; la necesidad de contar con el apoyo imperial y patriarcal de Constantinopla; la aparición del título "patriarca ecuménico" para el obispo de Constantinopla[231], título honorífico que se convirtió en una realidad histórica y concreta; la centralización eclesial en Constantinopla; y la decadencia de los otros patriarcados orientales debido a la creación de arzobispados autocéfalos. La centralización jugó un interesante papel el *sínodo endemousa* o *endemusa*, que se desarrolló en Constantinopla a partir de la segunda mitad del siglo IV, "en el que los obispos que se hallaban a la sazón en la capital del imperio se reunían, sin duda las más de las veces por incitación del emperador, con el obispo local para deliberar sobre importantes acontecimientos o problemas de la Iglesia"[232].

La estructura primado, patriarcados, arzobispados autocéfalos, diócesis sufragáneas, originó una estructura centralista, el germen de la división del 1054 y la aparición de Iglesias nacionales. Para organizar este mundo aparece el derecho canónico que tiene en Juan Escolástico[233], el redactor que dividió el material recopilado en 50 categorías dentro de las cuales ordenó los cánones existentes hasta el momento, dando las normas fundamentales del derecho canónico; y en otra colección, los 78 capítulos, que es una recopilación del derecho imperial en materia eclesiástica[234]; posteriormente aparece la unión de ambas colecciones en los nomocánones.

Además de la organización, el derecho y las disputas dogmáticas, está la liturgia bizantina, las liturgias de Basilio y Juan Crisóstomo, cuya expresión más típica es el trisagio; en este campo el calendario festivo experimentó un notable crecimiento con fiestas como la anunciación, la dormición de la Virgen y la exaltación de la cruz. Uniendo liturgia y calendario están los cantos litúrgicos de *Romanos,* la creación del *Kontakion* o prosa rítmica y la veneración de las imágenes o iconos[235] y la abundancia hagiográfica como novela y romance popular con el deseo de alimentar la devoción.

La disciplina es otro aspecto de la organización eclesial. Una expresión, son los cánones del sínodo imperial de Constantinopla (691-692; in Trullo) convocado por Justiniano II (685-695; 705) en el que los asistentes vieron un complemento a los dos concilios anteriores; en sus 102 cánones habla de la jerarquía (3-39), la vida monástica (40-49) y reglas litúrgicas y sacramentales (50-102). Este sínodo, aunque pretendía ser universal, estaba más dirigido hacia Oriente que hacia Occidente, por ello su aprobación pontificia se logró muy tarde, hacia el 705 con el papa Constantino I quien reconoció los cánones siempre y cuando se suprimieran aquellos que *expressis verbis* iban contra Roma.

Otro aspecto, quizás el más conocido y el que mejor disimula toda la problemática vivida es el arte bizantino y la arquitectura eclesiástica; en el templo de Santa Sofía (*Hagia Sofía*) se expresa la unidad mística de reino de Dios, Iglesia e imperio. En relación a este templo hay una tradición que sostiene que cuando fue consagrado, Justiniano exclamó: “Salomón, te he vencido”.

2.5.2 El monacato bizantino[236]

Egipto como cuna y Palestina como meta de las peregrinaciones a los lugares santos, son los centros monacales por excelencia a partir del siglo IV; ambos monacatos son diferentes ya que el palestino es más abierto y de mayor nivel intelectual. Sobresalen en este monacato: Eutimio el Grande (+ 473) quien fundó una laura internacional por la procedencia de sus miembros, quienes por su trabajo político y eclesiástico lograron suavizar algunas situaciones difíciles como era la propaganda contra Calcedonia que Eudoxia lideraba desde Jerusalén; Teodosio el Cenobiarca (+ 529) quien estableció un monasterio cerca de Belén siguiendo a Basilio su compatriota y siendo nombrado abad de todos los cenobios (archimandrita); san Sabas (+ 532) abad general de los anacoretas y las lauras. Con la presencia de estos tres fundadores, Palestina se convirtió en baluarte de la ortodoxia de Calcedonia a pesar de la presencia de algunos centros monofisitas que estaban más orientados hacia Egipto que hacia Jerusalén; un caso típico es el obispo de Gaza, Pedro el Íbero[237] quien fue monofisita y tuvo entre sus discípulos a Severo de Antioquía. El florecimiento de este monacato también tuvo su expresión literaria; el monacato egipcio a través de las colecciones de los *Apophthegmata*, el palestino a través de biografías y narraciones sobre la vida de los monasterios y los monjes[238].

De Palestina y Egipto el monacato se fue extendiendo. En la península del Sinaí el monacato tuvo una feliz vida durante estos siglos. En Siria está el caso de san Simeón

Estilita (+ 459) llamado así porque vivía en una columna, en la ciudad de Telneshin, donde se originó un complejo de edificios eclesiales y monacales para acoger peregrinaciones. La entrada en Constantinopla fue lenta: primero se afianza en Bitinia, después entra en la capital donde la más renombrada fundación, por lo que hace referencia a los acontecimientos políticos y eclesiásticos, es el monasterio de los acemetas239, hecha por el sirio Alejandro quien llegó hacia el 405 a Constantinopla. En el siglo VI ya había un monasterio en Tesalónica. En Máximo el Confesor la mística monástica alcanzó una altura de síntesis que no se logrará en tiempos posteriores.

El concilio de Calcedonia (451) significó el punto culminante de la actividad política y eclesiástica del monacato y la degeneración de su ideal; buscando una solución a su estado se dieron los cánones 3, 4 y 7 que hablan de: la prohibición de dedicarse a cosas ajenas a la vocación, acoger la voluntad del obispo y no regresar al mundo240. Los cánones de Calcedonia sobre la vida consagrada dan a entender que es una institución de derecho público; pero esto no disminuye en nada el hecho de ser más un movimiento que una institución, ya que se es monje por convicción y no por imposición; esta convicción, que es una realidad inalienable, no puede ocultar las escandalosas historias de algunos fanáticos y pendencieros que se hicieron monjes. Después de las normas de Calcedonia, aparece la legislación de Justiniano, compuesta por normas sobre la admisión de candidatos, los votos, el control eclesiástico y la estricta vida común; esta obligatoriedad comunitaria fue un error porque no se llegó a la esencia del movimiento monacal.

El monacato tuvo presencia e influencia en el ambiente social y aunque muchos monjes fueron elegidos obispos, no se puede ignorar que su significado para el imperio es de un valor especial y no de algo integrado a la vida cotidiana, no en vano varios monasterios no eran más que albergues para peregrinos administrados por monjes.

2.5.3 La actividad misionera

La situación teológica hizo que existiesen tantas expresiones misioneras como líneas teológicas cristianas; además, la religión y la política iban de la mano en algunos sectores del proceso evangelizador que muchas veces se vio reducido porque lo político prevalecía, sin contar que en aquel entonces "mundo romano" y "ecumene cristiana" eran conceptos relacionados. Algunos momentos especiales se presentan en las comunidades del extranjero o cristianos que llegaban a regiones donde la mayoría no era cristiana; las tribus extranjeras que penetraban el territorio imperial y se hacían bautizar porque identificaban imperio y cristianismo, los beduinos en los territorios limítrofes de Siria y Palestina, para quienes se crearon unas particulares diócesis.

En la época de Justiniano se dio un impulso misionero; en esta oportunidad era más importante la política que la misión, por ello se puede hablar de una política misionera con lo que la evangelización se convertía en una conquista. Como fruto de esta empresa está la evangelización de los pueblos caucásicos en la frontera entre Bizancio y Persia, los himyaritas de Arabia Meridional, los hérulos que estaban asentados al sur del Danubio y algunos sitios de África. Mención particular merece Asia Menor que fue

evangelizada por Juan de Asia, un monofisita que supo adaptarse a las exigencias de la Iglesia del imperio y evangelizó en Esmirna y Éfeso construyendo templos y comunidades, y alejando el paganismo con dinero proveniente de las arcas imperiales.

Los judíos, cuya religión era lícita, vivieron una situación particular, porque algunos predicadores los condenaban como la mayor peste de la humanidad y por tal motivo hacia el siglo VII se les impuso como ley el deber de la conversión. Con los bárbaros, los búlgaros y los eslavos del norte del imperio la evangelización fue poca toda vez que ésta se inició en firme después de la irrupción del Islam, cuando hubo necesidad de dirigir hacia otros horizontes la acción misionera.

2.5.4 La literatura teológica y religiosa

Durante este período existe mucha repetición y poca creación, porque lo más importante era acercar los dogmas a los fieles; aunque las luchas dogmáticas desde finales del siglo V hasta la irrupción del Islam son un tanto violentas, no sirvieron para que este período fuera de teología clásica, sino un período en el que se presentan múltiples filosofemas aristotélicos para justificar las distinciones y se da un paso para dejar el latín clásico al tiempo que se optaba por tesis y antítesis más barrocas que precisas. La teología calcedoniana no tuvo durante varios años un representante de este tipo de teología.

Algunos autores son[241]: Leoncio de Bizancio, de quien todavía se discute su encuadre en el marco de la teología global de la época. Juan de Escitópolis, quien mantuvo con pureza los principios doctrinales y supo exponer bien las formulaciones de fe; además profundizó los estudios del Pseudo-Areopagita. Severo de Antioquía, teólogo monofisita con excelente formación bíblica y patrística; sin enredarse mucho con las terminaciones filosóficas le dio un giro a la teología de Cirilo de Alejandría; su nombre, ligado con el monofisismo, adquirió gran dimensión por su obra literaria que abarca todos los sectores de la vida religiosa. Juliano de Halicarnaso: monofisita, padre de los aftardocetas. Juan Filipón, quien deseaba armonizar filosofía y dogma, por esto se le acusa de triteísmo; es uno de los mejores representantes del enfoque filosófico, científico y cultural que distinguió a la escuela alejandrina de la ateniense; su comentario al relato bíblico de la creación, dedicado al patriarca antioqueno Sergio, no tiene mucho contenido teológico pero sí muchas noticias.

Dos autores bien interesantes son: Pseudo-Areopagita, cuyo nombre está en relación con aquel converso de los *Hechos de los Apóstoles* y su figura está fuera del marco dogmático y polémico de la época; su actividad literaria, con predilección por la mistificación, pretende trazar un cuadro increíble del mundo en sus *Jerarquías*; en su obra *Nombres divinos* quiso crear una sistematización de la teología negativa. Máximo el Confesor, a quien se le debe, en el contexto de la disputa monoenergética, la creación de los presupuestos necesarios para captar el meollo del problema; es, en el ámbito bizantino, el maestro de la mística de la cruz al sostener que Cristo doliente y glorificado reunió todos los contrastes en una unidad definitiva.

En el ambiente bizantino surgieron algunas enseñanzas no muy convenientes para la vida espiritual como el caso del origenismo que era más vivido que discutido y el mesalianismo que en su deseo de una excesiva pureza acusaba una experiencia sensible de la gracia; para tratar de contrarrestarlos aparecieron algunos escritos entre los que se destacan: *Instrucciones* de Diadoro de Foticé y *Escala del paraíso* del sinaíta Juan.

En el siglo VI aparecen las cadenas o florilegios, verdaderas antologías, para tener buenos elementos de argumentación sobre un tema. Uno de los primeros forjadores de cadenas fue Procopio de Gaza (siglo VI) famoso por haber sido el jefe de una escuela de sofistas. El ambiente que se vivía, impidió el buen desarrollo de la homilética; a pesar de ello surgieron algunos oradores y algún hagiógrafo como Leoncio de Neápolis, autor de una biografía del patriarca alejandrino Juan el Misericordioso. Durante este período se dio poco impulso creador, mucho manejo de las obras de los padres, poca inspiración con base a la Biblia, una nebulosa relación entre eclesiásticos y políticos; aunque había rivalidades, la teología espiritual alcanzó altas cimas.

En relación a la liturgia, se dieron cinco ritos. El bizantino, que es el más difundido, fue adoptado por las Iglesias nacidas directa o indirectamente a consecuencia del cisma del siglo XI; se celebra en cinco lenguas: griego en las Iglesias griegas, eslavo antiguo en las Iglesias rusas, rumano en la Iglesia rumana, georgiano en la Iglesia de Georgia y árabe en las Iglesias melquitas (imperiales) de Egipto y Siria. El armeno se celebra únicamente en la Iglesia armena que es monofisita. El jacobita, procede del rito antioqueno y fue adoptado por los monofisitas que sustituyeron el griego por el arameo; actualmente también utiliza el árabe. El caldeo, procede del rito antioqueno y fue adoptado por los nestorianos que cambiaron el griego por el sirio. El copto, procede del rito alejandrino y tiene una fuerte influencia monástica; en Egipto se celebra en copto y en Etiopía en gueez.

3. La Iglesia latina

Al interior de esta experiencia eclesial se presentan dos hechos relacionados. Por un lado las migraciones de los pueblos germánicos y eslavos de Oriente a Occidente que acabaron con el imperio romano originando reinos independientes. Por otro lado, las migraciones árabes arrasaron la cultura romana occidental, tanto en África como en parte de Europa. A ello se le suman las migraciones de los vikingos procedentes del norte que también dieron su aporte al cambio. Además, la Iglesia tuvo que entrar en contacto con las transformaciones religiosas del occidente barbárico con religiones indoeuropeas, celtas y germánicas, éstas últimas ya convertidas al arrianismo.

3.1 El cristianismo norafricano

Se retoma la historia de esta parte de la Iglesia a comienzos del siglo V, con Agustín de Hipona, a quien se le debe que el donatismo, que aún existía, estuviera un poco relegado, gracias a los aportes del sínodo de Cartago del año 411.

3.1.1 Bajo la dominación vandálica

Los vándalos, bárbaros con confesión cristiana arriana, irrumpieron en África procedentes de Europa hacia el 429 bajo el mando de Genserico (428-477); a partir de ese momento comenzó un período de opresión y persecución para la Iglesia en el norte de África que ocasionó graves daños materiales y morales. La primera ola de persecución (429-442) se dio junto con el proceso de consolidación del poder vándalo: templos incendiados, monasterios destruidos, casas saqueadas y muertos[242]. Esta ola no amainó ni cuando los vándalos fueron aceptados como provincia federada del imperio (435). La esencia de esta persecución era: católico o donatista que no aceptara el arrianismo era perseguido, unas veces iba al destierro, y otras, ajusticiado; quienes aceptaban el arrianismo eran bien tratados. La máxima expresión de esta persecución fue el odio con que Cartago fue tratada una vez cayó en su poder (439); cuando desterraron a su obispo Capréolo y al clero[243], comenzó la caída de esta diócesis, ya que su nuevo obispo, Deogracias, sólo pudo ser nombrado 15 años después (454-457); luego de él, Cartago estuvo 24 años como sede vacante.

En el 442, hubo un acuerdo entre Genserico y Valentiniano III por el cual las provincias romanas norafricanas fueron repartidas entre los vándalos (Proconsularis, Byzacena, Tripolitana y Numidia oriental) y el imperio (Numidia occidental y las dos Mauritania). El caos político romano de 455 por el asesinato de Valentiniano III, fue aprovechado por Genserico para hacer una incursión en Italia, sometiendo a Roma a un pesado impuesto y llevando a África prisioneros de varios estratos sociales. El episodio del papa León Magno defendiendo a Roma se ubica en este momento histórico.

Con Hunerico (477-484) la situación tomaba un camino favorable porque se permitió en Cartago el culto cristiano católico y llegó el nuevo obispo, Eugenio (481), después de 24 años de sede vacante; la acción social de este obispo despertó la envidia del clero vándalo que era arriano, con lo que se iniciaron nuevas medidas de persecución contra los cristianos católicos. Además, como resultado del diálogo religioso de 484, en el que los cristianos fueron vistos como perturbadores de la paz, la Iglesia fue puesta en estado de excepción y la persecución arreció; a esta persecución se le une el hambre que azotó por algunos años estas regiones.

Con Guntamundo (484-496) se mitigaron los horrores porque varios decretos de destierro fueron abrogados y el culto pudo ser restablecido, pero la recuperación no fue fácil porque los golpes morales habían sido profundos y después de los primeros años del reinado de Trasamundo (496-523), volvió la persecución. Uno de los deportados fue Fulgencio de Ruspe, líder de la lucha contra el arrianismo de los vándalos.

Por fin vino una cierta paz con el rey Hilderico (523-530), nieto de Valentiniano III, quien suspendió los decretos de destierro, permitió que las sedes episcopales fueran nuevamente asumidas y los cristianos católicos pudieran celebrar el culto. Estas medidas cristianas católicas provocaron una revuelta dirigida por Gelimer (530) quien mandó encarcelar al rey y se hizo proclamar tal; para contrarrestar esta sublevación entró la

acción conquistadora de Justiniano (527-565) bajo la dirección de Belisario quien en medio año (de septiembre de 533 a marzo del 534) quebró la resistencia de los vándalos y acabó con ese reino. Belisario venía de conquistar las regiones italianas.

3.1.2 Bajo la dominación oriental

Cuando Justiniano tomó el gobierno de África se encontró con tres problemas: los clérigos desterrados, la readmisión de quienes habían acogido el arrianismo y la restitución de los derechos y propiedades de la Iglesia; buscando soluciones se realizó el sínodo de Cartago (534) bajo la presidencia del obispo Reparato y para confirmar las decisiones se acudió al Papa y al emperador. Este renacimiento cristiano católico fue unido a un duro trato hacia arrianos, donatistas, no cristianos y judíos; debido a ello los intentos de reorganización se vieron disminuidos por las sublevaciones que surgieron como consecuencia del duro trato que recibieron los no católicos, el ambiente teológico por las disputas sobre Orígenes y los tres capítulos, la creciente y abusiva burocracia que se presentó en estos territorios y la existencia del donatismo que subsistió hasta la conquista islámica. La reorganización no pasó de una serie de disposiciones y uno que otro foco de auténtica renovación ya que la reanudación de la labor misionera entre las tribus no cristianas de las zonas marginales de las provincias estuvo presente y tal como sucedía en otros lugares del imperio, aquí la misión también tenía un marcado interés político.

En lo teológico, la Iglesia africana no aceptó el monotelismo ya que conocía el pensamiento de Máximo el Confesor por la disputa contra Pirro realizada en Cartago (645); además, varios obispos africanos asistieron al sínodo de Letrán (649) en el que el papa Martín I lo reprobó; pero, el monotelismo tuvo sus manifestaciones cuando llegaron cristianos de Oriente que venían huyendo de la invasión islámica.

A partir de 647 comenzaron las invasiones musulmanas en el norte de África; en el 697, bajo Hassan, conquistaron Cartago y en el 709 el norte de África, excepto Ceuta, estaba en manos musulmanas. Con esta invasión el cristianismo norafricano entró en su ocaso por la expansión del Islam y aunque se puede suponer una cierta tolerancia, muchos cristianos optaron por emigrar hacia Italia o Las Galias. A pesar de ello, siguieron existiendo pequeños grupos de cristianos en medio del mundo musulmán.

El ocaso del cristianismo en el norte de África tiene algunas causas: la presencia de tres confesiones cristianas: católica, donatista y arriana; el efecto desmoralizador de las persecuciones vándalas; la falta de ardor misionero; y un sepulcral silencio de parte del resto de la cristiandad que no levantó ni una sola voz para lamentar la pérdida de una Iglesia que había producido grandes genios: Tertuliano, Cipriano, Agustín, Felicidad y Perpetua, etc.

3.2 Hacia el nacimiento de Europa[244]

Se propone una premisa: el proceso misionero de la Iglesia permite que el cristianismo

llegue a las regiones aisladas en relación a los sitios donde se tomaban las grandes decisiones; es decir, el cristianismo tomó cuerpo en los confines del imperio con dos líneas concretas: los pueblos germanos (visigodos, ostrogodos, lombardos, burgundios, vándalos y francos) y los pueblos insulares (celtas, anglosajones, etc.) dando origen a la "ecumene occidental" sobre la base de la fe y la cultura latina, que estuvo en vigor hasta comienzos del siglo XVI cuando se presentaran las rupturas de Lutero, Calvino, Enrique VIII y la respuesta de la Iglesia cristiana católica con el concilio de Trento (1545-1563) y las diferentes reformas religiosas que ayudaron a fortalecer la propuesta tridentina, que orientó el pensamiento eclesial hasta la segunda mitad del siglo XX. Además de ello, se comienza a captar la manera como la Iglesia presencia las diferentes invasiones, asumiendo actitudes diversas: unas veces se aferraba al pasado y otras veces se lanzaba al futuro; en ambas situaciones se daba una transformación que la ayudó a cruzar el umbral del segundo milenio.

3.2.1 Europa insular

En lo referente a Irlanda y Escocia, su evangelización comenzó con los prisioneros de guerra británicos. En el 431 ya se habla del primer obispo de esta región, Paladio, quien hacia el 429 aparece como diácono; el envío de este obispo a Irlanda está en conexión con el envío de Germán de Auxerre a Inglaterra para combatir el pelagianismo. El apóstol fue san Patricio (397-460) quien, procedente de una acomodada familia anglorromana, fue hecho prisionero y vendido como esclavo en Irlanda, de allí se escapó y retornó a su patria, para regresar a Irlanda como obispo misionero (432-460) evangelizando el norte, a partir de Armagh, mientras que Paladio evangelizaba el sur. La evangelización de Irlanda tuvo que partir de la base social: los reinos tribales agrupados en cinco territorios y la influencia de los monasterios que se convirtieron en centros desde los cuales la Iglesia se fue desarrollando.

La Iglesia fue progresando, al tiempo que el latín y la romanidad se afianzaban, pero con la invasión de los celtas (anglos y sajones) el cristianismo apareció como un puente entre la cultura romana y la cultura celta, donde se practicaban los cultos druidas; esto se pudo realizar porque los monasterios desempeñaban una excelente evangelización ya que las abadías eran centros pastorales y sociales que se extendían progresivamente. Los monasterios irlandeses y el monacato tenían normas muy particulares: la tonsura, la regencia de una jurisdicción por el abad más que por el obispo, quien pertenecía a la misma abadía, la celebración de la pascua en una fecha distinta, el culto a Todos los Santos, la práctica penitencial que tenían un poco de influencia oriental (fueron los creadores de la penitencia auricular) y las letanías.

La influencia monacal, unida a las invasiones celtas, permitió que el desarrollo de la cultura fuera básicamente eclesial practicando la exégesis, la gramática y el cálculo (*computus*); además del aspecto cultural, los monasterios eran centros manufactureros y económicos, donde se practicaba la caridad; en el fondo los monasterios eran pequeñas ciudades.

Los dos Columba son los más representativos personajes de estos territorios en este período: Columba el Viejo (+ 597) fue el evangelizador de los pictos en la actual Escocia (Caledonia) desde el monasterio fundado por él mismo en la isla Iona; Columba el Joven (Columbano, 530-615) fue el misionero que hacia el 592 partió para Las Galias al frente de una peregrinación para morir en Italia.

Por lo que se refiere a Inglaterra, su historia comienza con los anglosajones, tribus bárbaras germánicas, que ocuparon las provincias orientales de Inglaterra (Londres y York) desplazando a los britanos hacia occidente, con esto la desromanización se fue haciendo una realidad. Los britanos siguieron conservando su liturgia y el uso del latín; nunca se unieron con los invasores por la diferencia cultural (celta y anglosajona) y la permanente hostilidad que había entre ambos pueblos, aunque la organización política y social era muy similar por aquello de los pequeños reinos. Por esto los primeros influjos cristianos llegaron de Las Galias con el obispo Luithardo, que pertenecía al cortejo de acompañantes de Berta, hija de Cariberto I de París (561-567), esposa de Etelberto de Kent.

La iniciativa fundamental fue de Gregorio Magno (590-604) quien, desde antes de su pontificado, quiso realizar una misión entre los anglosajones. La misión enviada por Gregorio Magno (596) llegó a la isla Thanet en el reino de Kent bajo la dirección de Agustín de Canterbury, quien llevaba algunas cartas de recomendación dirigidas a altas personalidades de Las Galias; con el paso de los días llegaron refuerzos con lo que la misión adquirió fuerza. En el 601 fue bautizado el rey Etelberto, y con su ayuda, Agustín construyó la catedral de Canterbury, dedicada al Salvador, y junto a la basílica San Martín, fundada por Luithardo, un monasterio masculino cuyo templo consagrado a san Agustín, albergaría los sepulcros de obispos y nobles. Agustín de Canterbury recibió el palio en el 601; estaba al frente de esta Iglesia independiente y tenía la misión de crear las provincias eclesiásticas de Londres y York con doce obispados cada una.

Londres pertenecía al reino de Essex, cuyo soberano dependía de Canterbury y, para ayudar al proceso misionero, se creó el obispado de Rochester (604) también en Kent. Todo iba bien: dos obispados en Kent y un naciente cristianismo en Essex, pero la muerte de Agustín (604) y Etelberto (616) condujo a una breve reacción no cristiana; con esto se da un giro en la política misionera al orientarse más hacia el norte, donde el rey Edwin de Deira (Yorkshire) se casó en el 625 con una hija de Etelberto de Kent y con la presencia de Paulino, misionero de Kent, el cristianismo comenzó a afianzarse en esa región cuando la asamblea del reino optó por la conversión colectiva. Con la provincia de York se presenta un acercamiento con Roma; en esta sede Paulino estableció su sede después de la conversión del rey (627), pero hacia el 632 tuvo que huir por las convulsiones políticas de ese reino que Penda de Mercia tomó bajo su mando hasta su muerte (654); Paulino terminó sus días en Rochester.

La primera ola misionera llegó a la isla Thanet (reino de Kent), cristianizó este reino y llegó hasta el norte (Yorkshire); creó los obispados de Londres y Rochester, afianzó la sede de Canterbury y dio los primeros pasos para el obispado de York en Deira. En la

segunda ola misionera el auxilio de los galos y el influjo de los monjes fueron vitales. En esta oportunidad no sólo se trataba de recuperar el campo regado, sino que comenzaba la evangelización de la región del occidente, Wessex, donde la sede de Winchester y la influencia del norte desempeñaron un importante papel en el viraje misional que se presentó porque se pasó a misionar, con la ayuda de monjes y obispos irlandeses, la región oriental que había sido dejada por la persecución. En la segunda oleada misionera se unificó la fecha de la pascua; prevaleció la tendencia romana, según la solución tomada por el sínodo de Withby (664) que dividió la cristiandad británica porque algunos no quisieron aceptar tal fecha; en esta oportunidad el arzobispado de Lindisfarne fue dividido en dos obispados: Ripon y York.

Además del sínodo de Withby, hubo otro hecho vital: la elección de Teodoro de Tarso, persona no británica, como obispo de Canterbury (669-690), quien fue el primer obispo reconocido por toda la Iglesia inglesa; este arzobispo le dio forma a esta Iglesia e hizo de ella una unidad eclesiástica que se regía por sínodos; en el contexto de estos sínodos nació la forma de datar los años a partir de la encarnación de Cristo. Además, las medidas adoptadas en cuanto al domicilio y la penitencia anual, fueron vitales para la vida eclesial; sólo los celtas de Gales no aceptaron las disposiciones de Teodoro de Tarso.

Por su origen, la Iglesia anglosajona era más romana que la de francos, godos y lombardos; prueba de ello es el especial significado que adquirió la fiesta de san Pedro, el ponerse de parte de Roma en la disputa monotelita; era una Iglesia nacional como todas las demás pero particularmente ligada a Roma porque, exceptuando el caso de Teodoro de Tarso, los obispos eran anglosajones desde mediados del siglo VII.

En el panorama histórico de la Iglesia anglosajona en este período se debe tener en cuenta que: a partir de la tercera década del siglo VII existía una legislación cristiana por lo que no era de extrañar que algunos templos no cristianos fueran destruidos; la influencia monacal es relevante; la existencia de algunos monasterios de hombres y mujeres[245], que fue un rasgo característico de este monacato; el desarrollo del estudio del derecho romano y el griego; la notoria influencia irlandesa en la penitencia; la técnica de las miniaturas y la poesía religiosa.

Son personajes para tener en cuenta: Beda el Venerable (672-735) autor de una historia eclesiástica, quien cultivó exégesis, gramática, métrica, cronología e historiografía; y Aldelmo de Malmesbury (640-709) especialista en gramática, métrica e instrucción religiosa. Finalmente, los comienzos de la cultura anglosajona cristiana coinciden con la conclusión de la misión en Inglaterra y el viaje de Willibrordo a tierra firme, pero éste ya pertenece a la historia de los francos.

3.2.2 Europa continental

Las Galias fueron el escenario donde los godos atrajeron a la confesión arriana a los borgoñones y suevos en el siglo V; allí también se encontraron los germanos y el cristianismo con la misión emprendida por el episcopado galo durante los siglos V y VI,

con obispos como Martín de Tours, Germán de Auxerre y Lupo de Troyes. En el ambiente del siglo V irrumpe el reino merovingio con Clodoveo (482-511) que fue adquiriendo importancia por las luchas políticas con los ostrogodos y visigodos de Teodorico y Alarico, respectivamente; con estas luchas y su triunfo contra los alemanes, Clodoveo optó por el cristianismo gracias a la influencia de su esposa Clotilde, recibiendo el bautismo de manos de Remigio de Reims en la navidad de 499.

La conversión de Clodoveo al cristianismo influyó en los reyes germanos y el episcopado galo porque en ella se vio un llamado para que los demás reyes hicieran lo mismo; además, con su conversión quebrantó la costumbre, según la cual un rey germano sólo podía ser pagano o arriano. Después está la conversión de Segismundo de Ginebra, rey borgoñón; con esto ya son dos los reinos cristianos católicos al norte de Las Galias.

Al sur la situación era distinta porque entre los visigodos existían divisiones entre arrianos y católicos y la presencia de los francos era muy notoria; a comienzos del siglo VI Clodoveo marchó hacia el sur contra los visigodos de Toulouse; aquí entra en escena Teodorico el Grande con los ostrogodos ocasionando la guerra entre francos y godos (507-511) que dio origen a la Iglesia nacional franca y tuvo su primer sínodo en Orleáns (511) con el que nació la Iglesia merovingia con doctrina, derecho y liturgia, y con unas notas muy particulares: era la primera vez que los obispos se reunían en un reino, se presentó la organización eclesial y se afirmó la autonomía de los reinos frente a la decadencia del imperio. Con el nacimiento de la Iglesia merovingia también se dio el nacimiento de las Iglesias nacionales germanorromanas que desarrollan formas propias de vida religiosa pero manteniéndose en la tradición y dando un apoyo incondicional a Roma en su oposición a Constantinopla y las disputas teológicas; las relaciones francorromanas fueron intensificadas a través de Britania donde Teodoro de Tarso, obispo de Canterbury, desempeñó un importante papel.

El hecho de que el cristianismo haya florecido en la Iglesia nacional merovingia no quiere decir que todo fuera una unidad ensamblada porque en cada reino se presentaban sínodos, que eran convocados por los reyes sin que las determinaciones necesitaran su confirmación; por esto se habla de dos fases de fuerte unidad: la de 511-555, y la de 613-638, ésta es la edad de oro de los merovingios con el reinado unitario de Clotario II y Dagoberto I. Las ciudades donde se reunían los sínodos eran los centros de gravedad de la vida eclesiástica del reino merovingio (Orleáns, París, Lyon).

Algunas características de la Iglesia merovingia durante estos siglos son: el derecho monárquico en relación a la elección de obispos con lo que el poder jurisdiccional episcopal se vio un poco reducido por aquello del feudalismo, el surgimiento de numerosos templos rurales y unas particulares relaciones entre el obispo y el monacato porque los monasterios estaban sujetos a la vigilancia del obispo que realizaba todos los actos de consagración[246].

Primero está la creación de la Iglesia merovingia, después el cambio que se produjo en el monacato que condujo a la Iglesia a un nuevo estadio; en tercer lugar está la

propagación del cristianismo en las zonas marginales del reino, en los confines de Bélgica y Alemania. En este proceso misionero cada pueblo merovingio tuvo resultados diferentes, pero en conjunto se puede decir que su evangelización se fue dando en sucesivas oleadas que comenzaron con Clodoveo y se afianzaron hasta que a comienzos del siglo VII ya había obispos germanos al frente de las sedes episcopales de esas regiones (Worms, Spira, etc.); nota esencial de esta oleada misionera es la restauración eclesial que fue promovida por los reyes y felizmente realizada por el clero, los monjes y los ermitaños. Merece una mención particular en esta misión Eligio de Noyon (641-690) por su incansable celo pastoral.

En estas oleadas misioneras los líderes eran monjes o estaban en conexión con ellos; la predicación del Evangelio no estaba ajena a múltiples peligros materiales por lo que el salvoconducto regio o asilo eclesiástico era fundamental, los "milagros" realizados por algunos misioneros no eran desconocidos y varios centros misionales eran estaciones cristianas[247] desde las cuales se proyectaban las misiones a otros sitios. Estas "oleadas misioneras" permitieron que otros pueblos fueron evangelizados por misioneros que provenían de otras regiones; entre los misioneros se mencionan: Emerano, Ruperto y Carbiniano llamados "patronos de Baviera" que no intervinieron en el comienzo de la historia de la conversión de la región, y san Bonifacio (Winfrido) artífice de la conversión de los germanos más allá de las riberas del Rin.

Las sucesivas oleadas misioneras alcanzaron las regiones del Rin, Alemania y Baviera (siglos VI-VII) gracias al impulso misionero y a los reyes merovingios quienes promovieron directa o indirectamente la restauración eclesiástica y la misión; esta situación permitió que los misioneros fueran vistos como emisarios políticos de los reyes francos. En la conversión y "unificación" de estos pueblos contaba mucho la superstición[248], los milagros de los santos, las proezas ascéticas de los monjes, las obras de misericordia; una vez convertidos expresaban su asentimiento a través de la profesión de fe, el culto y la piedad; en lo referente al culto se dio el esplendor de templos y sepulcros, así como la concepción de los santos, protectores y modelos a quienes se les rendía culto.

La mentalidad de la época hizo que el derecho canónico, muy afín con el rito, se destacara por encima de la moral e influyera en las leyes civiles; en este contexto nació el *Ecclesia vivit lege romana*, que expresa el reconocimiento de un ámbito jurídico eclesiástico propio; en otras palabras, se dio una cristianización de las leyes y el Estado. La cristianización del Estado franco se dio entre 585 y 638 y se fue extendiendo en la medida que lo permitían las olas misioneras. El proceso no llegó a un punto culminante porque la dinastía merovingia comenzó a decaer a partir del 680; todo se fue evaporando hasta que a mediados del siglo VIII llegaron los carolingios quienes recogieron y reanudaron los hilos de esta historia plena de ardor misionero e injerencia política en la Iglesia porque el rey era, en atrevida comparación, el emperador de un pequeño territorio.

En Hispania, entre el 455 y el 533[249], el occidente estuvo bajo el dominio de los godos que aunque arrianos eran más accesibles a la cultura y supieron confederarse con

el imperio, aunque no se pueden ignorar las escaramuzas persecutorias que se presentaron más por cuestiones políticas que religiosas, como el caso de Eurico quien desligó el reino visigodo del imperio y la influencia eclesial; todo fue solucionado con Alarico II y su *Breviarium* o *Lex romana visigotorum*[250], que no tuvo mucho éxito debido a la guerra francogoda (507-511). Con la presencia de los godos se logró una cierta independencia de la Iglesia romana en relación a Constantinopla y la creación de vicariatos pontificios en Arlés (514) para Las Galias e Hispania y Sevilla (521) para Bética y Lusitania. Junto a los visigodos están los suevos, también arrianos, cuyo rey Cavarico (550) se convirtió al cristianismo impresionado por los milagros operados en la tumba de Martín de Tours; en este ambiente fue apóstol Martín de Dumio (561-580) que luchó por el cristianismo.

El afianzamiento de la Iglesia en el ámbito visigodo fue posterior. Primero comenzó a darse la unidad entre Iglesia y reino, después aparecieron los matrimonios políticos y finalmente la organización de una Iglesia nacional que unificó a godos y suevos en una sola Iglesia, la hispanogoda; en este proceso merecen ser destacados los reyes Leovigildo (572-586) y sus hijos Hermenegildo (asesinado hacia el 585) y Recaredo I (586-601); Leovigildo tomó actitudes cesaropapistas al convocar un concilio arriano en Toledo y buscar la unidad peninsular bajo la religión goda (cristianismo arriano); con Recaredo I el pueblo visigodo pasó oficialmente al catolicismo (III concilio de Toledo, I nacional de la Iglesia goda, del 589). Al tiempo que nació la Iglesia goda también se unificó Hispania bajo el régimen godo, con Toledo como capital eclesiástica. Después de Recaredo I, otros reyes continuaron la obra hasta consolidarla como el caso de Chindasvisto (642-653) y Recesvinto (653-672) que plasmaron la *lex visigotorum* en sentido cristiano conforme al modelo de Justiniano, con unas particulares leyes contra los judíos que crearon una oscura sombra al agudizarse la crisis política de fines del siglo VII.

Una nota distintiva de esta Iglesia es la importancia recíproca que ocupa el rey en relación a la Iglesia y los obispos en relación a los asuntos regios; por ello se puede decir que los concilios de Toledo fueron también asambleas del reino, no en vano de sus leyes emanaron la unidad ética de justicia y piedad y la consagración del rey para fortalecer la autoridad del soberano.

Esta Iglesia nacional estaba más consolidada y centralizada que la merovingia, hasta el punto que muchas veces no se daba importancia al respaldo de Roma; por eso es importante Isidoro de Sevilla, para quien el obispo de Roma era la cabeza de la Iglesia al que todos están obligados a obedecer independiente de las cualidades personales; no obstante ello, las relaciones entre Toledo y Roma fueron tensas. Esta Iglesia estaba estructurada sobre una base cristiana antigua con inmunidad eclesiástica, derecho de asilo, jurisdicción eclesiástica y sumisión del clero a los tribunales eclesiásticos; en liturgia es importante la adopción del credo en la misa y el culto a los santos como expresión del orgullo patrio; en letras florecieron las escuelas episcopales y conventuales, y por su ubicación geográfica desempeñó un importante papel en las inmigraciones africanas cuando comenzó la persecución musulmana.

De una de esas escuelas, salió Isidoro de Sevilla, padre y doctor de la Iglesia hispana (550-636) cuya obra *Etimologías* es muestra de un saber enciclopédico, del que la edad media extrajo el sistema de las siete artes liberales (*Trivium* y *Quadrivium*). Otras obras de este santo son: *De las diferencias* (gramática), *La naturaleza de las cosas* (astronomía), *Hombres ilustres* (literatura cristiana), etc. Otros autores de esta Iglesia son: Fructuoso de Braga que vino a ser el padre del monacato en Hispania, Ildefonso de Toledo autor de un libro sobre la virginidad de María. A los hombres de Iglesia de primera fila de aquel tiempo se les debe el auge de la liturgia mozárabe.

En lo referente a Italia, los lombardos son el fruto tardío de los bárbaros y el arrianismo; su penetración en Italia (después de 560) se logró a través de fluctuaciones políticas y confrontaciones armadas con otros pueblos; entraron en Italia como conquistadores con el rey Alboino (560-572). Después de la irrupción conquistadora, se vieron en una situación difícil por la guerra entre Bizancio y los francos, pero con Agilulfo (591-616) lograron superar las dificultades y con Rotaro (636-652) tomaron posesión del norte de Italia. La situación de la Iglesia hay que entenderla en el marco político de este pueblo. Hubo persecuciones, algunos obispos capitularon y fueron bien tratados; otros huyeron de sus diócesis. A la par con esta situación, las guerras y devastaciones anteriores aún no se habían superado. No se puede pasar por alto que en la tendencia a mantener la separación entre los lombardos y los romanos se ubica la prohibición que Autario dictó en el 590 sobre el no bautismo cristiano de los hijos.

Mención aparte merece las tensas relaciones entre Roma y Constantinopla que en la segunda mitad del siglo VI repercutieron en la Iglesia y, por lo tanto, en los sitios donde había cristianos católicos; en la región lombarda se presentaron algunas tensiones porque la política ocupaba un lugar preponderante, con lo que los cristianos se vieron en medio de intereses cruzados; no obstante ello, el influjo romano se hizo sentir con la presencia de algunos obispos como Diosdado, sucesor de Constancio en la sede de Milán, y de la reina Teodolinda, esposa de Autario y Agilulfo, motor eficaz en la organización del cristianismo en esa región; ella apoyó a Columbano, el monje irlandés que murió en Italia hacia el 615.

Con Agilulfo (591-616) quien trasladó la capital de Verona a Milán, se dio un cambio a favor de la Iglesia; la primera fase de su reinado coincidió con el pontificado de Gregorio Magno (590-604) y se inició una política cristiana que acabó en el 626 cuando al trono volvieron los reyes arrianos; éstos fueron derrocados y con Rotario (636-652) se volvió a una política cristiana católica. Al tiempo que esto sucedía se buscaban los medios para que se diera un acercamiento completo con Roma; en este acercamiento fue importante el monasterio de Bobbio. Aquí se dio una situación paradójica: bajo el reinado de un arriano las misiones cristianas católicas se desarrollaron.

Con Ariperto (653-661) el arrianismo fue abolido como religión del Estado, lo cual no quiere decir que se haya acabado, ya que, en efecto, siguió subsistiendo en otras regiones del reino, a tal punto que la misión propuesta no tuvo éxito debido a la coexistencia de cristianos ortodoxos que defendían el monotelismo y estaban de acuerdo con Bizancio, y

cristianos romanos que estaban de acuerdo con Roma condujo a un cisma que más tarde se pudo solucionar; las cosas cambiaron cuando el imperio bizantino fue derrotado en Italia , y con él el monotelismo, ya que por fin se unió el cristianismo bajo Perctarito (661-678) y Cuniberto (678-700) porque en el 679 este reino apoyó al papa Agatón, (678-681) y en el ámbito del III concilio de Constantinopla (681) firmó el compromiso de lealtad.

Las luchas posteriores entre diferentes sectores del reino no impidieron que el cristianismo se afianzara; en este afianzamiento la particular creencia en san Miguel arcángel, patrono del reino, tuvo mucho que ver. Las misiones entre los lombardos dejan una cierta sensación de caos en comparación con los otros pueblos germanos (bárbaros) porque la monarquía cristiana católica lombarda sólo adquirió forma bajo el reinado de Luitprando (712-744). Los lombardos siempre estuvieron en tensión con Roma y Constantinopla; por ello no debe extrañar que en el 774 con el rey Desiderio se diera la ruptura del reino de los lombardos con Roma; esto ya en vísperas de la irrupción de los carolingios.

3.3 Elementos de la experiencia eclesial latina

3.3.1 Organización eclesial

Se crearon los vicariatos pontificios en los cuales los obispos asumieron un crecido poder. Hispania, Arlés y Tesalónica son los más nombrados.

Hispania comenzó su vicariato con Zenón de Sevilla quien obtuvo especiales poderes del papa Simpliciano o Simplicio (468-483). En el pontificado de Hormisdas (514-523) se le renuevan los poderes a Salustio de Sevilla pero ya un poco limitados porque lo fundamental del vicario era mantener la tradición eclesiástica y, si era necesario, convocar sínodos pero manteniendo intacto los privilegios de los metropolitanos. Este vicariato tenía un tinte muy personal por lo que se suele decir que era como una delegación; a partir de la conversión de Recaredo, carecía de razón de ser porque la Iglesia hispánica estaba lo suficientemente protegida.

El vicariato de Arlés se remonta a Zósimo (417-418) siendo confirmado por León I (440-461) e Hilario (461-468), quien esperaba los informes correspondientes; el vicario debía celebrar sínodos y otorgar cartas de recomendación para los eclesiásticos galos que iban de viaje. Este vicariato tuvo algunos inconvenientes con la sede de Vienne y sólo en el 513 alcanzó definitivamente la primacía no sólo en Las Galias, sino también en Hispania. Figura principal de esta sede fue Cesáreo de Arlés, de cuya posición frente a los diferentes Papas se puede concluir que los vicarios actuaban *ad nutum pontificis*. Después de un breve período de esplendor, aparecieron las sedes de Lyon y Autun que fueron adquiriendo mayor importancia que Arlés, con lo que este vicariato fue lentamente decayendo. La nota esencial de este vicariato era la lucha contra la simonía.

Tesalónica, en Iliria occidental, comenzó a ser vital para Roma a partir del I concilio de Calcedonia (canon 28), pero pronto cayó en el olvido debido a las cuestiones políticas; a partir del 531, se le concedió nuevamente la función vicarial pero se presentó

un nuevo fracaso por cuestiones políticas en tiempos de Justiniano (527-565) quien creó el patriarcado de Justiniana Prima. Este vicariato llevó una vida muy diluida y tuvo poca injerencia en el panorama global de la historia eclesiástica.

Además de los vicariatos apostólicos que parece no existieron en África, Inglaterra e Irlanda, está la organización parroquial que comenzó a gestarse a partir del siglo IV[251]. Las parroquias, que no eran muy numerosas, eran centros de reunión y puntos desde donde se impulsaban las misiones; también se comenzó a organizar la atención pastoral a los cristianos con sus exigencias propias y una cierta formación para los pastores en las escuelas parroquiales, esbozos de seminarios e internados. Además de las parroquias, también se construían templos en villas y campos para una mejor atención pastoral; en éstas no se tenía la celebración de las fiestas principales252 porque se pretendía que los cristianos se reunieran o en la catedral o en la parroquia, pero con el tiempo sí se celebraban (y aún hoy continúa así) con lo que se comenzaron a dar ciertos abusos253. Como no todas las parroquias dependían del obispo, con el tiempo se convirtieron en unidades que pertenecían a una diócesis. En este ambiente nacieron las visitas canónicas que debían celebrarse una vez al año, pero que muchas veces no se hacían. Con esto, unido a la ausencia del sínodo diocesano, se daba un paulatino distanciamiento entre el obispo y el clero rural. La parroquia se convierte en el centro religioso y pastoral de la comunidad.

3.3.2 La jerarquía

El pontificado

Hilario (461-468), sucesor de León Magno, continuó el entendimiento con el oriente cristiano, pero se insinuó el problema con los germanos arrianos quienes erigieron el templo Santa Águeda de los Godos en Roma; en su empeño por la unidad episcopal intervino en las disputas entre galos y españoles. Con Simpliciano (468-483) comienza un especial interés por el desarrollo de Calcedonia en Oriente donde el monofisismo iba triunfando con los emperadores León I (457-474) y Zenón (474-491); vivió el comienzo del henótico y el cisma acaciano, con lo que Calcedonia quedaba en peligro debido al monofisismo y la falta de comunicación. Félix III (483-492) condenó, en el sínodo del 484, a Acacio, patriarca de Constantinopla, por haber admitido en comunión a Pedro Mongo; con esto se dio la ruptura entre Oriente y Occidente, el cisma acaciano, que se ahondó con la instrucción que envió al emperador Zenón, al limitar el poder imperial respecto a la Iglesia.

Gelasio I (492-496) también tuvo como meta la liberación de la Iglesia y en su primera comunicación con el emperador Anastasio (491-518) fue claro e intransigente al hablar de la misión y el rango de los dos poderes, sosteniendo la primacía de Roma y su misión de mantener pura la fe. En lo referente a la cristología sostuvo las dos naturalezas de Cristo aunque no era preciso al hablar de la relación entre naturaleza y persona. Su intransigencia frente a Oriente se debe al respaldo que tenía de los lombardos, cuyo rey Teodorico, había reconocido la personería jurídica de la Iglesia. De la concepción

gelasiana del primado se destacan la conservación de la pureza de la fe y la libertad de la Iglesia frente al Estado. De este Papa no se puede olvidar su celo pastoral a favor de los necesitados, que en aquel tiempo eran muchos a causa de las luchas, su benevolencia con la clerecía y su preocupación por la liturgia.

Bajo Anastasio II (496-498) la relación entre Roma y Bizancio cambió porque este Papa fue benévolo con Acacio y su ministerio; esta actitud originó el cisma laurenciano en Roma que entorpeció la actividad de la Santa Sede, a pesar de la intervención del rey Teodorico, que tenía su sede en Ravena. El pontificado de Símaco (498-514) se vio con la sombra de Lorenzo (antipapa 498-506), presbítero probizantino, por lo que se dio un choque entre el Papa y el emperador; su mayor preocupación fue la Iglesia en Las Galias; en su tiempo se dio la conversión de Segismundo de Ginebra, primer príncipe germano que cambió de confesión, y de Clodoveo.

Para Hormisdas (514-523) la reconciliación con Oriente era vital y contó con el cambio de política en Bizancio donde el descontento por el monofisismo era manifiesto. Fue autor de la *Regula fide* o *Formula Hormisdae*[254] para entablar negociaciones, pero como la política cambió, todo se derrumbó, hasta que Justino (518-527) asumió el poder en Constantinopla y puso fin al cisma acaciano (519); se llegó a una unión que duró poco porque desde Egipto, donde estaba desterrado Severo de Antioquía, provino la resistencia.

Con Juan I (523-526) comienza una serie de pontificados breves en medio de una caótica lucha entre Bizancio y los ostrogodos con lo que el apoyo de Occidente desapareció porque Teodorico, un arriano que permitía el catolicismo, se dio cuenta de que en Oriente un rey cristiano (Justino y Justiniano) no permitía el arrianismo; aquí se gestó la humillación de Juan I frente a Teodorico. Félix IV (526-530) intervino en la fase final de la disputa sobre la gracia mediante el apoyo dado a Cesáreo de Arlés contra los semipelagianos[255], y eligió a su sucesor, Bonifacio II (530-532), con quien la Sede Romana perdió su prestigio.

Juan II (533-535) nombrado por voluntad del rey godo Atalarico, fue el primer Papa que cambió de nombre[256]; se dejó ganar para la fórmula teopasquista que pregonaba Justiniano en su afán unionista y comenzó la dependencia del papado frente al imperialismo bizantino. Agapito I (535-536), para mejorar las relaciones viajó a Constantinopla donde murió; su imprevista muerte dio origen a la más grave crisis del siglo VI en el papado. Silverio (536-537) hijo de Hormisdas, partidario de entregar Roma a Bizancio, fue acusado de alta traición, depuesto y desterrado.

Vigilio (537-555) tuvo que sufrir la disputa de los tres capítulos y fue maltratado en Oriente; recibió, como cuenta de cobro por su trato a Silverio, muy poco apoyo de Occidente. Pelagio I (556-561), designado por Justiniano, pagó la hipoteca que dejó Vigilio; sufrió para hacerse reconocer políticamente pero su múltiple acción pastoral le ganó numerosos adeptos; vivió el cisma de Italia septentrional (Aquilea y Milán). Juan III (561-574) redujo el cisma italiano; en su pontificado irrumpieron los lombardos arrianos (568) quienes redujeron la acción de sus sucesores Benedicto I (575-579) y

Pelagio II (579-590); con este último comenzó una política de acercamiento a los francos, y en su tiempo se produjo el primer conflicto serio con Bizancio a propósito del título patriarca ecuménico para el obispo de Constantinopla (587).

Gregorio Magno[257] (590-604) bisnieto de Félix III, fue un pontífice que pasó a la posteridad como figura ideal de Papa. Supo llevar las relaciones políticas con el imperio, no en vano procedía de familia senatorial; a él se le deben las bases del cambio del protectorado bizantino por el germánico. Sobre la cuestión del *patriarca ecuménico* de Constantinopla no gastó mucha fuerza ya que prefería el título de *servum servorum Dei* que después adoptó la cancillería pontificia. Su grandeza radica en la acción pastoral: la infatigable acción caritativa, la reforma del clero (*Regula Pastoralis: ars et artium regimen animarum*), la reforma de los monjes (*Moralia in Job* y *Homilías sobre Ezequiel*) y la misión entre los anglosajones. Se dice de él: "Junto a la habilidad diplomática y la representación soberana, también mostraba la grandeza del corazón"; elevó el pontificado a un alto nivel incluso por encima de la más importante figura política de Italia (el Hexarca de Ravena). Fue aprocrisiario en Constantinopla durante el tiempo de Pelagio II.

Los Papas del siglo VII se vieron envueltos en los problemas de la política eclesiástica del imperio bizantino. Algunos son: Bonifacio IV (608-615) quien intervino en el cisma de Italia septentrional; Honorio I (625-638) actuó bien con los lombardos y los anglosajones, pero no estuvo muy afortunado en la cuestión del monotelismo[258]; Martín I (649-655), convocó sin aprobación imperial el sínodo de Letrán (649) en el que se condenó el monotelismo, posteriormente fue acusado de alta traición por el emperador Constante II (641-668) y fue condenado al destierro en Crimea; Agatón (678-681) con quien fue posible la reconciliación entre Roma y Bizancio, y se alcanzó la condena definitiva del monotelismo[259]; Sergio I (687-701) con quien comenzaron de nuevo las tensiones porque el emperador Justiniano II (685-695; 705-711) convocó un sínodo en Constantinopla (Trullano II o Quinisexto, 692) en el que, sin participación de Occidente, se dieron algunos cánones disciplinarios y como el Papa no los quiso aprobar, se optó por una acción violenta que fracasó. Con esto se inicia un proceso de desvinculación política y eclesiástica entre Occidente y Oriente.

El clero

Formación, moralidad y celibato son los puntos centrales; varias disposiciones sinodales estaban encaminadas hacia esos fines, aunque también se habla de la economía, los privilegios (derechos) y deberes.

La formación era una gran preocupación pero insuficiente porque bastaba con leer y predicar; hacia el siglo VI un gran número de párrocos no estarían en capacidad para participar en discusiones teológicas. Había preocupación pero no existían los medios necesarios para lograrlo[260], y por ello aparecieron las escuelas episcopales. La moral de los clérigos era un tema muy delicado; se les prohibía cazar y tener perros de caza, tener negocios de préstamos, llevar armas, emprender viajes sin la respectiva carta de presentación o salvoconducto. El celibato ocupa mucho espacio en la legislación clerical;

su exigencia aparece a finales del siglo IV no sólo como anhelo pastoral sino, también, como realidad económica (la no herencia)261.

Un elemento importante por lo que se refiere al clero lo conforman los arciprestes, clérigos que en Las Galias eran los responsables no de varias parroquias, como ocurrió en la era carolingia, sino del clero de varias parroquias262; en Hispania eran representantes del obispo con una alta función administrativa.

3.3.3 El monacato latino

El monacato sufrió algunas modificaciones que no alteraron el ideal monástico; algunos eremitas se convirtieron en itinerantes debido a las peregrinaciones; el cenobitismo comienza a adoptar las notas esenciales por la presencia de las reglas. Eremitismo y cenobitismo se desarrollaron durante este período en sitios aislados y presentan una legislación tanto interna como externa para regular su vida hasta llegar a las exenciones conventuales263; inician su acción misionera y aparecen las escuelas conventuales.

En Italia el monacato aumentó considerablemente debido a las persecuciones africanas; en este país aparecieron numerosas Reglas, entre las cuales brillan la *Regula Magistri* (RM) y la *Regla de san Benito* (RB) la cual, sin entrar en pormenores de crítica textual, es la Regla más coherente y armónica entre todas las hasta entonces existentes porque trata el monaquismo a la luz de algunos temas básicos: la cristología (Cristo centro), la fraternidad (caridad), la liturgia (*opus Dei*). Además de san Benito, se citan entre los personajes más importantes del monacato en Italia: Casiodoro, un seglar que fundó un monasterio en Schillace al sur de Italia, y escribió *Institutiones divinarum et seculiarum litterarum*, con notable influjo oriental, y Gregorio Magno. El *Vivarium* de Casiodoro es importante porque allí se organizó un estudio científico sobre la Biblia y la patrística; se tradujeron al latín algunas obras griegas y se transcribieron algunas copias264.

En Las Galias existieron dos centros de expansión monacal: Rodano y Aquitania. Cesáreo de Arlés, formado en Lérins, influyó en Rodano, al sur de Las Galias. A comienzos del siglo VII este monacato recibió un gran impulso con Columbano y sus doce compañeros; a Columbano se le debe la fundación de varios monasterios, entre los cuales el más importante fue el de Luxeuil. La acción misionera del monacato merovingio fue grande y los problemas con la autoridad no escasearon: con los obispos por la cuestión de la exención jurisdiccional, y con el rey Teodoberto II, por el lenguaje directo que usaban los monjes. La Regla de Cesáreo de Arlés, escrita para mujeres, no tiene un diseño orgánico porque es una serie de normas para la vida de las monjas, sus monasterios, la economía, el vestido y la liturgia; consta de 50 artículos e influyó notablemente en Las Galias. Columbano escribió dos reglas: *Regla de los monjes* donde presenta algunas líneas fundamentales sobre el monacato, y *Regla de los cenobios* donde hay detalles sobre la vida de los monjes.

En Hispania también se propagó el monacato después de las invasiones godas;

Leandro e Isidoro de Sevilla junto a Martín de Braga, quien difundió la espiritualidad de los padres del desierto, son los más ilustres legisladores de este monacato que tenía en la tendencia a lo intelectual un rasgo característico; este monacato tuvo el mérito de haber dado a la Iglesia un episcopado altamente estimado.

En África del norte floreció el monacato de inspiración agustiniana, que sufrió en carne propia las persecuciones de los vándalos; debido a estas persecuciones se expandió por el Mediterráneo y llegó a Europa, Italia e Hispania principalmente; era un monacato independiente en relación al obispo. Fulgencio de Ruspe (+ 527) es una singular figura de este monacato que tenía gran interés por las cuestiones bíblicas y teológicas. Con la presencia de los musulmanes, este monacato compartió con la Iglesia el común destino de una muerte lenta pero incontenible265.

3.3.4 Acción pastoral

En cuanto a la liturgia, en las colecciones litúrgicas o sacramentarios de León Magno (Verona), Gelasio (Merovingio) y Gregorio Magno266 (dos versiones: "Adrianense" y "paduense") la liturgia aparece abreviada y concisa, a pesar de las posibles equivocaciones que se pueden presentar en los textos, en los cuales se nota el desarrollo que tuvo la liturgia romana; ellos permiten conocer la forma como celebraban la fe en aquel entonces, es más, el sacramentario Gregoriano presenta una liturgia parecida a la del Vaticano II. Además de los sacramentarios, manuscritos y libros donde se encuentran las lecturas y las oraciones para todos los días, están los *ordines romani*, textos que contienen la forma como debe celebrarse; su fin es mostrar el desarrollo externo de las celebraciones267.

La liturgia romana era menos pastoral y popular que la gálica y la hispana, aunque sendas liturgias seguían los sacramentarios y los órdenes romanos; una nota distintiva de la liturgia romana era la carencia de la bendición al final, en cambio las otras dos sí la tenían. Si en cuestión de rúbricas existe una cierta similitud con la liturgia actual, en lo referente a los ornamentos la situación cambia porque cada ministro tenía su ornamento particular, además, la solemnidad de las celebraciones no es difícil imaginarla porque cada uno de los tres grandes centros litúrgicos Roma, Galias e Hispania tenía un ceremonial propio con lo que la riqueza litúrgica era abundante. Además de la ordenación litúrgica eucarística, estaba la ordenación o rezo de oficio divino para santificar el día y las primeras estructuras del actual año litúrgico.

Por lo que se refiere a la pastoral, la predicación ocupa un importante lugar con lo que nacieron los sermonarios; en Las Galias Cesáreo de Arlés hizo colecciones de homilías de las cuales se puede deducir el nivel moral y cultural de los oyentes; en Hispania, Martín de Braga escribió *Correctio rusticorum,* un manual de predicación que ofrece un modelo para las homilías de las visitas pastorales. En el siglo VI la predicación era el medio de acción pastoral más importante; normalmente era una instrucción dirigida a los adultos porque la catequesis era relativamente poca. Durante esta época la predicación era directa, y en las diferentes fiestas y necesidades se originaron los sermones fijos con

lo que nacieron las colecciones de sermones que se hacían circular por las diferentes diócesis; estos sermones no tienen mucho vuelo teológico porque el interés no era defender la fe, sino luchar contra la superstición y las costumbres no cristianas, insistiendo en la importancia del amor, la limosna, la justicia y la castidad, y la colaboración con la Iglesia; también era importante saberse algunas oraciones y observar el descanso dominical[268], y luchar contra el concubinato.

En la práctica sacramental: el bautismo comenzó a administrarse en las parroquias ante la afluencia de personas que deseaban bautizarse, y no solamente el día de Pascua sino, también, en Navidad, la fiesta de san Juan y en las fiestas de los santos; había una cierta preparación prebautismal, pero una práctica desastrosa como lo era la conversión forzada de judíos sobre todo en Hispania. En la penitencia surgió la abreviación del tiempo de la penitencia pública y comenzó a ser concedida por el presbítero; existían algunas normas penitenciales que no eran fáciles de vivir; hacia el siglo VII ya aparece la penitencia privada por la influencia de los monjes irlandeses con lo que la penitencia parece humanizarse al tiempo que se relajaba la vivencia del compromiso cristiano[269]. La unción de los enfermos también se presentaba y la confirmación comenzó a tomar forma como sacramento independiente del bautismo.

En la piedad se dio: notable disminución en la recepción de la Eucaristía debido a las duras exigencias previas; especial veneración a los santos sobre todo a María, san Juan Bautista, san Esteban, y los apóstoles Pedro y Pablo; las peregrinaciones, a Roma principalmente, para adquirir las reliquias por contacto, que crearon y desarrollaron un espíritu universal, católico, del cristianismo y una novedosa praxis sacramental.

Lo dicho sobre liturgia, pastoral y piedad permite comprender que el cristianismo lucha siempre por inculturarse, que la liturgia es algo vivo y que la piedad es la expresión pública de la vivencia de la fe; esto se dice para que en las actuales coordenadas históricas haya disposición por vivir un cristianismo genuino, profundo y dinámico, es decir, encarnado.

3.3.5 Discusiones teológicas

El arrianismo fue duro rival para la fe cristiana católica que tuvo que hacer esfuerzos intelectuales para lograr una adecuada intelección de la doble naturaleza de Cristo. En la lucha contra el arrianismo se dieron algunas notas de la legislación disciplinar penitencial y litúrgica de varios concilios regionales, que son básicas para captar la magnitud de las disputas[270]. Las fuentes históricas dan a entender que el cristianismo católico desarrolló en los pueblos germanos un sentimiento individual de confesión de fe, mientras que el cristianismo arriano permaneció anclado en el sentimiento ético germánico del seguimiento al Señor, por ello aunque hubo legislaciones abiertamente cristianas arrianas también existieron otras que eran cristianas católicas; esta realidad produjo tensiones. En la obra de Fulgencio de Ruspe se encuentran tanto los logros y progresos como el lastre y exclusivismo de la teología antiarriana; Fulgencio se opuso decididamente a la fe arriana defendida en la profesión de fe homousiana antinicena de

Seleucia-Rimini. En el pensamiento de este santo obispo hay una cristología en ciernes porque los conceptos actuales de persona, procesión y trinidad no estaban tan delineados como hoy; en cuanto a la intelección de la Trinidad propuso la analogía psicológica.

La disputa semipelagiana sobre el tema de la gracia también tiene en Fulgencio su representante. El planteamiento semipelagiano sostenía que la salvación parte de la voluntad humana y que la predestinación es fruto de la presciencia divina; san Fulgencio se opone a esta doctrina proponiendo la doctrina cristiana católica de la gracia para la salvación del hombre insertando en ella la importancia de los sacramentos. Cesáreo de Arlés, cuyas propuestas influyeron en el concilio de Orange, y Gregorio Magno, también intervinieron en esta disputa aunque sin llegar a la altura de san Fulgencio.

La disputa de los tres capítulos causó una fuerte repulsa en Occidente. El obispo Facundo de Hermiane partiendo de la *Primera carta de Pedro* 2, 17 en *Defensa de los tres capítulos* se opuso a la condena hecha por Justiniano; otro tanto hizo el diácono Pelagio quien de defensor de los tres capítulos pasó a apoyar su condena por lo que fue llamado "perseguidor de muertos". Otro defensor de los tres capítulos fue el diácono romano Rústico quien estructuró una acertada cristología con criterios aristotélicos que no fue tenida en cuenta por la escolástica. Esta disputa produjo fricciones al norte de Italia por su particular situación política que condujo al nacimiento de dos patriarcados Aquilea y Grado. Después de estas disputas la resistencia hacia el II concilio de Constantinopla se fue lentamente extinguiendo sin que se produjeran mayores controversias.

3.3.6 La literatura cristiana

Este período es de decadencia, en él se encontraron hombres que trataron de salvar lo valioso con el deseo de hacer una síntesis de la fe y el pensamiento recibido por tradición; pero aunque sea un período de decadencia, no se puede olvidar que los autores de los siglos V a VII, tanto orientales como occidentales, conformaron una especie de eslabón entre la antigüedad y el medioevo, máxime cuando entre los siglos V y X (entre el 450 y el 950), se presentó una oleada de espíritu místico en el mundo, tanto cristiano como no cristiano, dándose una alfabetización religiosa en la cual se transmite la herencia de la antigüedad y las escrituras sagradas comenzaron a darle a los pueblos una cierta orientación cultural donde la experiencia religiosa es fundamental[271]. Entre estos previsores, además de Fulgencio de Ruspe y Cesáreo de Arlés, están Boecio, Casiodoro, Gregorio Magno e Isidoro de Sevilla.

Boecio, autor de *El consuelo de la filosofía* es más filósofo que teólogo, traductor de Aristóteles y el fundador del argumento *ex rathione teologica*, que más tarde utilizó el diácono Rústico. En teología escribió algunas obras de ocasión: *Unidad de la Trinidad*, *Las tres personas divinas*, *La persona única y las dos naturalezas*. A este romano, la historia le debe la clásica definición de persona: *persona est natura rationalis individua substantia*; en el fondo de esta definición hay tres notas esenciales: sustancialidad, racionalidad e individualidad; el término persona debe ser entendido como el equivalente

del griego hipóstasis. Fue ministro de educación de la corte de Teodorico, cayó en desgracia y murió en prisión.

Casiodoro (+ 554) fue ministro de algunos reyes ostrogodos, después de retirarse a la vida privada, se puso de acuerdo con el papa Agapito (535-536) para crear una academia teológica en Roma, pero esto no se pudo realizar porque la reconquista de Italia por Justiniano lo impidió. Después de la guerra fundó al sur de Italia un monasterio, el *Vivarium*, con carácter académico para cultivar los estudios bíblicos, siguiendo un particular estilo de crítica textual: dos o tres códices antiguos garantizan una lectura de acuerdo a lo afirmado en Mateo 18, 16. En los comentarios de Casiodoro lo más importante es la ortodoxia y el valor de edificación de un escrito. A él también se le deben las bases para la división de las artes en *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y *quadrivium* (aritmética, geometría, música y astronomía). A pesar de su bagaje cultural, no se puede ignorar que su actitud fideista autoritaria predominó en el período sucesivo. Hacia el 519 escribió *Crónica*, una historia desde Adán hasta su tiempo. Su obra *Variae*[272] es una serie de las cartas oficiales escritas cuando trabajaba en la corte de los godos; es importante porque presenta el modelo para la elaboración de cartas oficiales. También escribió *Expositio psalmorum* e *Institutionis*.

Gregorio Magno, último doctor de la Iglesia latina, vivió en una época que ni exigía grandes aportaciones, ni las permitía; debido a esto, fue significativa la reorganización eclesial que se dio en su pontificado. Entre sus escritos, se citan: *Regla pastoral*, *Moralia in Job*, *Dialogi de vita et miraculis patrum Italicorum*; en sus obras escriturísticas no hay originalidad pero sí un acertado trato de los tres sentidos bíblicos (histórico, alegórico y moral); las dos primeras obras citadas son para clérigos y monjes, la tercera es para seglares. La legislación litúrgica gestada en su pontificado marcó huella en la Iglesia latina que aún conserva algunas de sus prácticas (las misas gregorianas) y creencias (la representación del diablo). Gregorio Magno proporcionó junto a los contenidos teológicos, algunos elementos de religiosidad popular a las generaciones futuras. En algunas de sus obras se encuentra una cierta desolación frente a la realidad del mundo.

Isidoro de Sevilla fue un fecundo escritor que no aceptaba el II concilio de Constantinopla (553) porque era un sínodo de obispos heréticos acéfalos que no pertenecían a diócesis a las cuales no se les podía asignar un fundador apostólico. Sus obras son básicamente de divulgación (tipo enciclopedia) y síntesis, hasta el punto que la posteridad acogió sus obras sin ir a las fuentes. A él se le debe la implantación de las siete artes liberales; a nuestro juicio no es el último hombre de la antigüedad, sino el primero del medioevo. En su *Regla monástica* señaló la estructuración práctica de la vida monástica. *Las diferencias* es un escrito gramatical en dos libros; en *Cuestiones sobre el Antiguo Testamento* se preocupa por la alegoría; en *Los oficios eclesiásticos* describe el origen y la consecuencia de las diferentes instituciones eclesiales. También escribió una *Crónica* o historia de algunos pueblos bárbaros.

Estos cuatro autores que no tuvieron junto a sí interlocutores válidos, tienen el mérito de haber transmitido a la posteridad casi todo el saber, sentir y pensar tanto de la antigüedad como de su tiempo; en todos ellos, aunque a diferente nivel, es notorio el

influjo agustiniano.

A manera de síntesis de este capítulo se puede decir que luego de analizar el particular contexto histórico, en el cual se tuvieron presentes situaciones tanto imperiales como eclesiales, se hizo un estudio comparado del camino que cada una de las grandes experiencias de la vivencia de una misma fe tuvo durante los siglos V al VII. Al interior de ese estudio se tuvieron presentes las diferentes manifestaciones que cada una de las Iglesias tuvo, incluyendo la experiencia de las Iglesias nacionales y el influjo social del cristianismo tanto en Oriente como en Occidente, donde dio lugar a la cultura occidental europea, que posteriormente fue extendida por diferentes continentes, incluyendo América.

---

189 Este capítulo sigue la estructura de Jedin, II, pp. 573-1014. En estas páginas se encuentran las partes segunda y tercera del citado volumen: "La primitiva Iglesia bizantina" y "La Iglesia latina en la transición a la alta Edad Media". También se puede consultar Fliche-Martin, IV y V.

190 Cf. Briceño, M. *Op. cit*., pp. 162-167.

191 Cf. COD, pp. 8-9; 31-32.

192 En una traducción libre sería: "Los 150 venerables padres han acordado iguales privilegios a la santísima sede de la nueva Roma, juzgando razonablemente que la ciudad honrada con la presencia del emperador y del senado y gozando de privilegios iguales a la antigua ciudad imperial de Roma, debe aparecer igualmente grande en el campo eclesiástico ya que es la segunda después de Roma"; cf. COD, p. 100. El problema de este canon es fundamentalmente político.

193 A manera de complemento; cf. Betancur, Darío. *Historia de la Edad Media*. USTA, Bogotá, 1984, pp. 49-65.

194 Cf. Jerónimo. *Carta 126, a las vírgenes*; Agustín de Hipona. *La ciudad de Dios*; Orosio. *La destrucción de Roma*.

195 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 265-283.

196 Cf. De Santiago, Emilio. *Las claves del mundo islámico*. Planeta, Barcelona, 1991; Hourani, Albert. *La historia de los árabes*. Vergara, Buenos Aires, 1991; Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 289-293; Sanchís, R. *Op. cit*., pp. 127-132.

197 Para Mahoma, la doctrina, expuesta en el Corán, gira en torno a cuatro temas fundamentales: unidad de Alá, el profeta Mahoma, los ángeles y los demonios, y el juicio final y los novísimos. Esta doctrina, expuesta en el Corán, se vive en el culto que tiene: abluciones, oraciones, ayuno, limosna y peregrinación.

198 Cuando se presentó la irrupción del Islam, en Bizancio había luchas dogmáticas, decadencia de algunos patriarcados y diferentes expresiones misioneras.

199 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 371-374.

200 Eudoxia había sido esposa de Teodosio II, quien ya había fallecido.

201 El verdadero obispo era Calandión, quien no quiso suscribir el Henótico.

202 Sólo fue aceptado como patriarca por el emperador una vez firmó el Henótico.

203 Según esta teoría, uno de la Trinidad, Cristo crucificado, padeció en la carne; el problema no está en esta afirmación sino en el hecho de enfatizar el monofisismo.

204 Cf. Fedalto, G. *Op. cit.*, pp. 1-27; Sánchez, José. *Op. cit*., pp. 31-33.

205 Justiniano era de ascendencia pobre, campesina, pero con un profundo deseo por restaurar la grandeza del

imperio; este deseo lo unía a algunos intereses eclesiales y teológicos para sellar una alianza definitiva entre el Papa y el emperador porque en la medida en que hubiera unidad de fe, habría unidad política.

206 Esta mujer provenía del teatro, era un tanto liberal y amiga del monofisismo; debido a esto hizo que se levantaran algunas normas que eran contrarias a los monofisitas e incluso a los no cristianos.

207 La misión consistía en hacer abrir los templos godos que habían sido cerradas en años anteriores.

208 Ántimo era obispo dimisionario de Trebisonda y vivía como asceta en Constantinopla; fue depuesto en el 536.

209 La reconquista era capitaneada por el militar Belisario.

210 También son llamados aftartodocetas porque sostienen la incorruptibilidad del cuerpo de Cristo, con una visión muy particular de la resurrección, ya que sostienen que el cuerpo de Cristo es incorruptible desde la encarnación.

211 Cf. DPAC, voz *Orígenes*; Crouzel, Henri. *Orígenes. Un teólogo controvertido*. BAC, Madrid, 1998.

212 Este santo fue en su segunda etapa un declarado enemigo de las doctrinas de Orígenes, ya que en una primera no se había manifestado tan contrario a ellas.

213 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 316-318. Por las intrigas que rodearon esta polémica, surgió la expresión de san Agustín *magnum et triste miraculum*; cf. *Carta* 73, 6,10.

214 Posteriormente fue elegido Papa y ocupó la sede de Pedro del 556 al 561.

215 Los anatemas contra Orígenes fueron publicados por Justiniano quien se concebía a sí mismo como un teólogo en el trono imperial, tal como se puede ver en su obra *Adversus Originem liber o Edictum*; este documento fue firmado por el papa Vigilio cuando estuvo en Constantinopla entre el 547 y el 555, tal como lo da a entender Casiodoro en *De institutionibus divinarum litterarum*, 1.

216 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 351-352.

217 Las obras que dieron origen a los tres capítulos fueron: *Contra impium Apollinarium libri III* de Teodoro de Mopsuestia, *Pentalogus* de Teodoreto de Ciro y *Carta al persa Maris* de Ibas de Edesa.

218 Cf. DS 421-438; COD, pp. 107-122.

219 Con el interés de clarificar conceptos, conviene saber que el monofisismo hace referencia a la fusión de las dos naturalezas de Cristo en una sola, y el monotelismo y el monoenergetismo se refieren a la forma como Cristo actúa, teniendo presente que se debe diferenciar entre la acción (modo de operar la voluntad) y el acto (o facultad de querer). Estas discusiones se presentaban debido a los intereses políticos que buscaban la unidad de la fe para fortalecer la Iglesia del imperio.

220 Cf. Viciano, Albert. "La cuestión del papa Honorio", *Palabra*, 395-396, agosto – septiembre de 1997, pp. 31-35. Este autor sostiene que en la actuación de Honorio I hay un error más disciplinar que doctrinal, es más, parece que el Papa fue negligente al no captar la gravedad del error (monotelismo) del patriarca Sergio de Constantinopla y, aunque quería sostener la doctrina correcta, la expuso con una terminología ambigua y equívoca.

221 Para las normas y cánones de Letrán I; cf. DS, nn. 500-522.

222 Cf. Drobner, H. *Op. cit*., pp. 557-560; Sanchís, R. *Op. cit*., pp. 119-195.

223 Cf. DS, nn. 550-559; COD, pp. 123-130.

224 Para complementar este tema, aunque sea con una estructura diferente a la que se ofrece.cf. De Francisco, Carlos. *Op. cit*., pp. 19-159. Se habla de una estructura diferente en cuanto que el autor ofrece su visión desde una perspectiva ecuménica.

225 En esta escuela se formó Nestorio. Además, esta escuela es considerada como un centro monofisita, y por ello algunos sostienen que fue esta doctrina la que dio origen a las Iglesias nacionales.

226 Ambos cánones, como ya se ha dicho en otro lugar, hablan de Constantinopla como una segunda o joven Roma que tiene el primer lugar en Oriente.

227 Cf. NHI, I, p. 332. Es de anotar que esta Iglesia, iniciada por Gregorio el iluminador, no se adaptó al celibato, ni siquiera para los obispos.

228 Cf. Hallet, Carlos. *Conozca a los Padres de la Iglesia*, Paulinas. La Florida (Santiago), 1995, p. 105. Este autor dice que de Eznik se conserva una obra escrita en armenio clásico: *Contra las sectas*, donde refuta el dualismo mazdeísta, el politeísmo y el gnosticismo.

229 En conclusión se puede decir que las Iglesias nacionales surgieron en un contexto de autonomía y para

quitarle influjo a la presencia y política del imperio bizantino en las regiones donde nacieron.

230 Cf. COD, pp. 99-100.

231 Como opinión personal, pienso que aquí se encuentra el germen del cisma del 1054.

232 Jedin, II, p. 337.

233 Este Juan es Juan III de Constantinopla que ocupó dicha sede entre el 565 y el 577.

234 Esta colección se conoce con el nombre de “nomos”, que debe su nombre a la colección *Novellae* de Justiniano.

235 El icono es la representación, la presencia del santo para los cristianos; la veneración de estas imágenes, expresión de la religiosidad popular, dio origen a la crisis iconoclasta de los siglos VIII y IX.

236 No es una historia pormenorizada de este monacato, sino algunas alusiones de este legado histórico; cf. NHI, I, pp. 411-418.

237 Pedro el Íbero era un príncipe georgiano llamado Nabarnugi que fue monje en Palestina.

238 Cirilo de Escitópolis y Juan Mosco fueron dos grandes autores palestinos.

239 La palabra acemeta quiere decir insomne; el monasterio se llamaba así porque se tenía adoración permanente; cf. DPAC, voz *Acemetas*.

240 Cf. COD, pp. 89-90.

241 Para completar los datos aquí ofrecidos, cf. Las voces respectivas del DPAC y algunos manuales de patrología y patrística, en especial Drobner, Quasten, etc.

242 La invitación de Agustín a los pastores para que permanecieran en sus puestos fue fundamental en aquellos duros momentos.

243 Algunos clérigos pudieron regresar hacia el 475.

244 Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 265-293.

245 Estos monasterios eran llamados dobles y eran de origen merovingio.

246 Esta forma de entender el monacato cambió con la llegada de Columbano (592) a Francia, a Luxeuil, y la posterior influencia del monacato irlandés (itinerante) que se mezcló con el benedictino (conventual).

247 Entre éstas se cita Saint Galles que con el tiempo se convirtió en un floreciente monasterio.

248 Como el caso de las pruebas del poder de Dios, que fueron el germen de las futuras ordalías y juicios de Dios.

249 Estos años marcan el fin de la era de Teodosio y el comienzo de la de Justiniano.

250 Este texto data del 506.

251 Cf. Bilhmeyer-Tuechle, 1, pp. 368-371.

252 Las fiestas principales eran: Navidad, Pascua y Pentecostés.

253 Un caso especial es Hispania: el sínodo de Mérida (666) ordenaba que los sacerdotes sólo debían comulgar en la última misa que celebraran en el día.

254 Esta fórmula es una condena de Nestorio, Eutiques y Acacio, y una aceptación de Calcedonia y del *Tomus Leonis*. Cf. DS, 363-365. Este documento data del 515.

255 Segundo sínodo de Orange del 529. Cf. DS, 370-397.

256 Él se llamaba Mercurio.

257 Cf. Sanchís, R. *Op. cit*., pp. 103-109.

258 Aquí nació “la cuestión de Honorio”, uno de los temas más polémicos que se han presentado en torno al pontificado.

259 Esto se logró con el VI concilio ecuménico, III de Constantinopla, siendo emperador Constantino Pogonato (668-685), el Papa era Agatón (678-681), y el patriarca de Constantinopla era Jorge, quien aceptó la doctrina del Papa: dos voluntades y dos operaciones en Cristo. El emperador publicó un edicto y como el Papa murió fue el sucesor León II, quien se encargó de aprobarlo.

260 Cf. Cánones: 16 de Orleáns (533), 11 de Narbona (589), 1 del II de Toledo (527), etc.

261 Al respecto: Cánones: 21 de Orange (441), 14 y 20 de Tours (567), 6 de Gerona (517), 5 del III de Toledo (589), y 27 del V de Toledo (633).

262 El sínodo de Tours (567) habla de ellos en el canon 20.

263 El primer monasterio que recibió la exención fue el de Bobbio, al norte de Italia, hacia el 629, siendo papa Honorio I.

264 RM y RB tienen algunas fuentes comunes como la citación de la Escritura y la literatura apócrifa; la RM es una exhortación que apareció hacia el 520 y fue conocida por san Benito quien al escribir su Regla la tuvo como fuente junto a algunas reglas orientales y la de san Agustín.

265 La *Historia de las persecuciones* de Víctor, narra los sufrimientos eclesiales bajo la dominación de los vándalos.

266 Fue publicado por Gregorio II (715-731).

267 El ordo n. 1 describía la misa papal.

268 La insistencia en el descanso dominical era una contraposición al descanso de los paganos que era los jueves y de los judíos que era el sábado. Al poco tiempo aparecieron los musulmanes que descansan el viernes.

269 Para Gregorio Magno "ni la penitencia debe ser demasiado severa ni la misericordia demasiado blanda"; *Sobre Ezequiel*, 40,18.

270 Entre las medidas se pueden citar: la recitación del Santo y el Gloria en la misa, la introducción del Credo, etc.

271 Cf. Pierini, Franco. *La Edad Media, Curso de historia de la Iglesia*, II. San Pablo, Madrid, 1997, pp. 69-81. Se citará Pierini, 2.

272 En esta obra aparece por primera vez el término "moderno" (IV, 51): *antiquorum diligentissimus imitator, modernorum nobilissimus institutor* (imitador diligentísimo de los antiguos, nobilísimo creador de los modernos); por eso el término *modernus* es una de las últimas herencias del bajo latín, un signo del renacimiento carolingio. Cf. Pierini, *Mil años*..., p. 251.

Anexo

Papas de la antigüedad cristiana (siglos I-VII)

Siglo I: Pedro, Lino, Anacleto, Clemente y Evaristo (1-5).

Siglo II: Evaristo, Alejandro I, Sixto I, Telésforo, Higinio, Pío I, Aniceto, Sotero, Eleuterio, Víctor y Ceferino (5-15).

Siglo III: Ceferino, Calixto I, Urbano I, Ponciano, Antero, Fabián, Cornelio, Lucio I, Esteban I, Sixto II, Dionisio, Félix I, Eutiquiano, Cayo y Marcelino (15-29).

Siglo IV: Marcelino, Marcelo, Eusebio, Milcíades, Silvestre I, Marcos, Julio I, Liberio, Dámaso I, Siricio y Anastasio I (29-39).

Siglo V: Anastasio I, Inocencio I, Zósimo, Bonifacio I, Celestino I, Sixto III, León I, Hilario, Simplicio, Félix III[273], Gelasio I, Anastasio II y Símaco (39-51).

Siglo VI: Símaco, Hormisdas, Juan I, Félix IV, Bonifacio II, Juan II, Agapito, Silverio, Vigilio, Pelagio I, Juan III, Benedicto I, Pelagio II y Gregorio I (51-64).

Siglo VII: Gregorio I, Sabiniano, Bonifacio III, Bonifacio IV, Adeodato I, Bonifacio V, Honorio I, Severino, Juan IV, Teodoro I, Martín I, Eugenio I, Vitaliano, Adeodato II, Dono, Agatón, León II, Benedicto II, Juan V, Canon y Sergio I (64-84).

Antipapas[274]: Hipólito (siglo III, tiempo de Calixto, Ceferino y Ponciano), Novaciano (siglo III, tiempo de Cornelio), Félix II (355-358), Ursino (366-367), Eulalio (418-419), Lorenzo (498; 501-505), Dióscoro (530), Teodoro (687-688) y Pascual (687-688).

San Pedro

Nació en Betsaida en Galilea. Recibió de Jesucristo la suprema pontificia potestad de transmitir a sus sucesores. Instituyó el primer orden eclesiástico y la oración del *Padrenuestro*. Arrestado quiso ser crucificado con la cabeza hacia abajo. Murió el 29 de junio del año 67.

San Lino

De Volterra. Elegido en el año 67, murió el 23 de septiembre del año 76. Enterrado cerca de san Pedro. Creó los primeros quince obispos. Ordenó que las mujeres entraran en el templo con la cabeza cubierta. Durante su pontificado fueron martirizados los evangelistas Marcos y Lucas.

San Anacleto

Romano. Elegido en el año 76, murió en el año 88. Mártir. Fijó las normas para la consagración de los obispos. En el Vaticano, cerca de la tumba de Pedro, hizo construir un oratorio destinado a la sepultura de los mártires. Prescribió la forma de los hábitos eclesiásticos.

San Clemente

Romano. Elegido en el año 88, murió en el año 97. Exiliado por el emperador Trajano del Ponto, fue arrojado en el mar con un áncora al cuello. Restableció el uso de la confirmación según el rito de san Pedro. Empieza a usarse en las ceremonias religiosas la palabra *Amén*.

San Evaristo

Griego. Elegido en el año 97, murió en el año 105. Dado que los cristianos aumentaban dividió la ciudad en parroquias. Instituyó las primeras siete diaconías que confió a los sacerdotes más ancianos, originando el actual Colegio Cardenalicio.

San Alejandro I

Romano. Elegido en el año 105, murió en el año 115, fue discípulo de Plutarco. Se le atribuye la institución del agua bendita en las Iglesias y las casas y la disposición de que la hostia fuese hecha exclusivamente con pan ácimo.

San Sixto

Romano. Elegido en el año 115, murió en el año 125. Enterrado en la Acrópolis de Alatri (Frosinone). Prescribió que el retazo del cáliz fuese de lino y ordenó que el cáliz y paramentos sagrados fuesen tocados solamente por los sacerdotes. Estableció que se cantase el Trisagio antes de la misa.

San Telésforo

Griego. Mártir Elegido en el año 125, murió en el año 136. Compuso el himno *Gloria in excelsis Deo* e instituyó el ayuno durante las siete semanas antes de la Pascua. Prescribió que en la noche de Navidad cada sacerdote pudiera celebrar tres misas. Introdujo en la misa nuevas oraciones.

San Higinio

Ateniense. Mártir. Elegido en el año 136, murió en el año 140. Determinó varias atribuciones del clero y definió los grados de la jerarquía eclesiástica. Instituyó el padrino y la madrina en el bautismo de los recién nacidos para guiarlos en la vida cristiana y decretó que las Iglesias fueran consagradas.

San Pío I

Nació en Aquileya. Mártir. Elegido en el año 140, murió en el año 155. Se le atribuye

la fecha de la celebración de la Pascua el domingo después del plenilunio de marzo. Importantes sus normas para la conversión de los judíos. Combatió al hereje Marción.

San Aniceto

Nació en Siria. Mártir. Elegido en el año 155, murió en el año 166. Promulgó un decreto que impedía al clero dejarse crecer el pelo. Confirmó definitivamente la celebración de la Pascua en domingo, según la tradición de san Pedro.

San Sotero

Nació en Fondi. Elegido en el año 166, murió en el año 175, se le conoce como el Papa de la caridad. Prohibió que las mujeres quemaran el incienso en las reuniones de los fieles. Confirmó que el matrimonio es un sacramento y sin ningún valor si no ha sido bendecido por un sacerdote.

San Eleuterio

Nació en Nicopolis en Epiro. Mártir. Elegido en el año 175, murió en el año 189. Mandó a Fugacio y Damián a convertir a los bretones. Suprimió algunas costumbres hebreas sobre la pureza e impureza de las comidas a las cuales los cristianos le daban gran importancia.

San Víctor I

Nació en África. Elegido en el año 189, murió en el año 199. Estableció que para el bautismo en caso de urgencia se pudiese usar cualquier agua. Fue memorable su lucha contra los obispos de Asia y África, para que la Pascua se celebrara según el rito romano y no según el rito hebreo.

San Ceferino

Nació en Roma. Mártir. Elegido en el año 199, murió en el año 217. Estableció que los jóvenes después de los 14 años hiciesen la comunión en la Pascua. Su pontificado se caracterizó por duras luchas teológicas. Excomulgó a Tertuliano. Introdujo el uso de la patena y del cáliz de cristal.

San Calixto I

Nació en Roma. Mártir. Elegido en el año 217, murió en el año 222. Mandó construir las famosas catacumbas de la Vía Appia donde fueron enterrados 46 Papas y unos 200.000 mártires. Bastonado a muerte fue arrojado en un pozo donde hoy se alza la Iglesia de Santa María en Trastevere.

San Urbano I

Nació en Roma. Mártir. Elegido en el año 222, murió en el año 230. Convirtió al cristianismo a santa Cecilia en el 230, en el lugar del martirio hizo construir en

Trastevere el templo donde reposan los restos de la santa patrona de los músicos. Admitió que la Iglesia adquiriese bienes.

San Ponciano

Nació en Roma. Elegido el 21 de agosto del año 230, murió el 28 de septiembre del 235. Ordenó el canto de los salmos y la recitación del *Confiteor Deo*, antes de morir y el uso del saludo *Dominus vobiscum*. Deportado y condenado a las minas en Cerdeña. Murió de sufrimientos en la isla Tavolara.

San Antero

De la Magna Grecia. Elegido el 21 de diciembre del año 235. Sufrió el martirio por orden del emperador Máximo, un bárbaro de Tracia. Ordenó que las reliquias de los mártires fuesen recogidas y conservadas en la Iglesia en un lugar llamado *Scrinium*.

San Fabián

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 10 de enero del año 236, murió el 20 de enero del 250. Una paloma símbolo del Espíritu Santo se posó sobre su cabeza en el momento de su elección. Bajo su reinado, se verificó el éxodo de Roma a causa de las persecuciones por parte de Decio, que dio inicio con los "anacoretas" la vida eremita.

San Cornelio

Nació en Roma. Mártir. Elegido en marzo del año 251, murió en junio del 253. Bajo su pontificado se efectuó el primer cisma con la elección del antipapa Novaciano que en un concilio celebrado en Roma fue excomulgado. Murió en exilio a Civitavecchia por no haber sacrificado a los dioses paganos.

San Lucio I

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 25 de junio del año 253, murió el 5 de marzo del 254. De rigurosas costumbres prohibió la cohabitación entre hombres y mujeres que no fuesen consanguíneos, impuso a los eclesiásticos la no convivencia con las diaconizas que daban hospitalidad por sentimientos caritativos.

San Esteban I

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 12 de mayo del año 254, murió el 2 de julio del 257. Bajo su pontificado se agudizaron las luchas cismáticas secuaces del antipapa Novaciano. Fue decapitado durante una ceremonia religiosa en la misma silla pontificia en las catacumbas de san Calixto.

San Sixto II

Griego. Mártir. Elegido el 30 de agosto del año 257, murió el 6 de agosto del 258. De carácter bondadoso solucionó las discordias que habían atormentado la Iglesia durante

los pontificados de Cornelio, Lucio y Esteban. Efectúo la traslación de los restos de san Pedro y san Pablo. Durante el martirio de Cipriano empezó a pronunciarse la exclamación *Deo gratias*.

San Dionisio

Nació en Turio. Elegido el 22 de julio del año 259, murió el 26 de diciembre del 268. En su tiempo los bárbaros se acercaban a las puertas del Imperio Romano. Elegido después de un año del predecesor a causa de las persecuciones, reorganizó las parroquias romanas y obtuvo de Galieno libertad para los cristianos.

San Félix

Nació en Roma. Elegido el 5 de enero del año 269, murió el 30 de diciembre del 274. Afirmó la divinidad y humanidad de Jesucristo y las dos naturalezas distintas en una sola persona. Padeció la persecución de Aureliano. Comenzó a enterrar a los mártires bajo el altar y a celebrar la misa sobre sus sepulcros.

San Eutiquiano

Nació en Luni. Mártir. Elegido el 4 de enero del año 275, murió el 7 de diciembre del 283. Ordenó que los mártires fuesen cubiertos por la “dalmática” parecida al manto de los emperadores romanos. Hoy constituye las vestiduras de los diáconos en las ceremonias solemnes. Instituyó la bendición de la recolección de los campos.

San Cayo

Nació en Salona (Dalmacia). Mártir. Elegido el 17 de diciembre del año 283, murió el 22 de abril del 296. Sufrió el martirio, pero no por parte de su tío Diocleciano. Estableció que ninguno podía ser ordenado obispo sin antes pasar por los grados de ostiario, lector, acólito, exorcista, subdiácono, diácono y sacerdote.

San Marcelino

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 30 de junio del año 296, murió el 25 de octubre del 304. La persecución de Diocleciano alcanzó el máximo grado de violencia, quemando templos y textos sagrados. Entre las víctimas: Lucía, Inés, Bibiana, Sebastián, Luciano, etc.

San Marcelo I

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 27 de mayo del año 308, murió el 16 de enero del 309. Su pontificado, después de cuatro años de sede vacante, se ocupó de la difícil tarea de obtener el perdón para aquellos que durante las persecuciones habían abjurado. Estableció que ningún concilio se podía celebrar sin la autorización pontificia.

San Eusebio

Nació en Casano Jónico (de origen griego). Mártir. Elegido el 18 de abril del año 309, murió en el año 311. Durante su pontificado continuaron las polémicas sobre los apóstatas que llevaron la Iglesia al borde del cisma. Consiguió mantener posiciones firmes pero actuó con gran caridad. Sufrió el martirio en Sicilia.

San Milcíades

Nació en África. Elegido el 2 de julio del año 311, murió el 2 de enero del 314. Junto con el emperador Constantino vio el triunfo del cristianismo que después de la visión "con este signo vencerás" se convirtió en "religión oficial del Estado" con Teodosio. Empezó a usarse el pan bendito. Construyó la basílica de San Juan.

San Silvestre I

Nació en Roma. Elegido el 31 de enero del año 314, murió el 31 de diciembre del 335. Fue el primero en ceñir la tiara. Celebró el primer concilio ecuménico de Nicea que formuló el "Credo". Para recordar la resurrección instituyó el domingo. Creó la "Corona Ferrea" con un clavo de la Cruz. San Juan de Letrán se convirtió en catedral de Roma.

San Marcos

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 18 de enero del año 336, murió el 7 de octubre del 336. Estableció que el Papa debería ser consagrado por los obispos de Ostia. Instituyó el "palio" actualmente en uso y tejido con lana blanca de cordero bendecido y cruces negras. Se hizo el primer calendario con las fiestas religiosas.

San Julio I

Nació en Roma. Elegido el 6 de febrero del año 337, murió el 24 de septiembre del 352. Fijó para la Iglesia de Oriente la solemnidad de Navidad el 25 de diciembre en vez del 6 de enero, junto con la epifanía. Se le considera el fundador del archivo de la Santa Sede, porque ordenó la conservación de los documentos.

Liberio

Nació en Roma. Mártir. Elegido el 17 de mayo del año 353, murió el 24 de septiembre del 366. En su tiempo continúan las polémicas con los arrianos que llevaron a la elección del antipapa Félix II. Echó los primero cimientos de la basílica Santa María La Mayor sobre el perímetro que el mismo trazó después de una nevada el 15 de agosto.

San Dámaso I

Nació en España. Mártir. Elegido el 1 de octubre del año 366, murió el 11 de diciembre de 284. Fue un Papa erudito. Autorizó el canto de los salmos a dos coros (rito Ambrosiano), instituido por san Ambrosio. Introdujo el uso de la voz hebrea *Aleluya*. Hizo traducir del hebreo las Sagradas Escrituras. Proclamó el segundo concilio

ecuménico.

San Siricio

Nació en Roma. Elegido el 15 de diciembre del año 384, murió el 26 de noviembre del 399. El primero, después de san Pedro, que adoptó el título de Papa del griego "Padre". Otros dicen que deriva del anagrama de la frase *Petri Apostoli Potestatem Accipiens*. Apoyó la necesidad del celibato para sacerdotes y diáconos.

San Anastasio I

Nació en Roma. Elegido el 27 de noviembre del año 399, murió el 19 del diciembre de 401. Concilió los cismas entre Roma y Antioquía. Combatió tenazmente los secuaces de costumbres inmorales convencidos de que también en la materia se escondiese la divinidad. Prescribió que los sacerdotes permaneciesen de pie durante el Evangelio.

San Inocencio I

Nació en Albano. Elegido el 22 de diciembre del año 401, murió el 12 del marzo de 417. Durante su pontificado vio el saqueo de Roma por los godos de Alarico. Estableció la observancia de los ritos romanos en Occidente, el catálogo de los libros canónigos y reglas monásticas. Obtuvo de Honorio la prohibición de las luchas en el circo entre gladiadores.

San Zósimo

De origen Griego (Masuraca). Elegido el 18 de marzo del año 417, murió el 26 de diciembre del 418. De temperamento fuerte, reivindicó el poder de la Iglesia contra las ingerencias ajenas. Su era muy radical y prescribió que los hijos ilegítimos no podían ser ordenados sacerdotes. Envió vicarios en Galilea.

San Bonifacio I

Nació en Roma. Elegido el 28 de diciembre del año 418, murió el 4 de septiembre del 422. La intervención de Carlos de Ravena señaló el principio de la ingerencia del poder civil en la elección del Papa. Fue consagrado Papa siete meses después de ser elegido, por haberle sido contrapuesto el antipapa Eulalio.

San Celestino I

Nació en Roma. Elegido el 10 de septiembre del año 422, murió el 27 de julio del 432. Proclamó el tercer concilio ecuménico en el que fueron condenados los secuaces de Nestorio patriarca de Constantinopla. Mando a san Patricio en Irlanda. Por primera vez se cita el *bastone pastorale* o báculo.

San Sixto III

Nació en Roma. Elegido el 31 de julio del año 432, murió el 19 de agosto del 440.

Amplió y enriqueció la basílica de Santa María La Mayor y San Lorenzo. Fue autor de varias epístolas y mantuvo las jurisdicciones de Roma sobre Iliria contra el emperador de Oriente que quería hacerla depender de Constantinopla.

San León I

Italiano de Toscana. Elegido el 29 de noviembre del año 440, murió el 10 de septiembre del 461. Fue llamado "El Grande" por la energía usada para mantener la unidad de la Iglesia. Proclamó el concilio ecuménico de Calcedonia. Definió el misterio de la encarnación. Solo e indefenso detuvo el "flagelo de Dios" (Atila) que se encaminaba a Roma.

San Hilario

Nació en Caller. Elegido el 19 de noviembre del año 461, murió el 29 de febrero del 468. Continuó la acción política de su predecesor. Estableció que para ser sacerdotes era necesario una profunda cultura y que los pontífices y los obispos no podían designar sus sucesores. Estableció un vicariato en España.

San Simplicio

Nació en Tívoli. Elegido el 3 de marzo del año 468, murió el 10 de marzo del 483. Bajo su pontificado ocurrió la caída del imperio de occidente y el cisma que ocasionó la fundación de las Iglesias de Armenia, Siria, Egipto (coptos). Regularizó la distribución de las limosnas a los peregrinos y las nuevas Iglesias.

San Félix III

Nació en Roma. Elegido el 13 de marzo del año 483, murió el 1 de marzo del 492. Trató de establecer la paz en Oriente. Tuvo varios hijos, uno de los cuales fue el papá san Gregorio Magno. Fue considerado erróneamente Félix II, un santo mártir.

San Gelasio I

Nació en Roma de origen africano. Elegido el 1 de marzo del año 492, murió el 21 de noviembre del 496. Instituyó el código para uniformar funciones y ritos de las varias Iglesias. Por su caridad fue llamado "padre de los pobres". Defendió la supremacía de la Iglesia ante la del rey. Introdujo en la misa el *Kyrie eleison*.

Anastasio II

Nació en Roma. Elegido el 24 de noviembre del año 496, murió el 19 de noviembre del 498. Intervino en la conversión de Clodoveo, rey de los francos y su pueblo. Fue débil con los cismáticos y acusado de herejía. Dante Alighieri lo puso en el infierno.

San Símaco

Nació en Cerdeña. Elegido el 22 de noviembre del año 498, murió el 19 de julio del

514. Consolidó los bienes eclesiásticos, llamándolos beneficios estables a usufructo de los clérigos. Rescató los esclavos dándoles la libertad. Se le atribuye la primer construcción del palacio vaticano.

San Hormisdas

Nació en Frosinone. Elegido el 20 de julio del año 514, murió el 6 de agosto del 523. Durante su pontificado san Benedicto fundó la orden de los Benedictinos y la abadía de Montecasino destruida en el 1944 por un bombardeo. Estableció que los obispados fuesen otorgados no por privilegios.

San Juan I

Nació en Populonia. Mártir. Elegido el 13 de agosto del año 523, murió el 18 de mayo del 526. Coronó al emperador Justiniano. Murió en la cárcel en Ravena encarcelado por el bárbaro rey Teodorico invasor de Italia. Fue el primer Papa que visitó a Constantinopla.

San Félix IV

Nació en Benevento. Elegido el 12 de julio del año 526, murió el 22 de septiembre del 530. Arbitrariamente nombrado Papa por Teodorico demostró lealtad a la Iglesia a tal punto que el rey ostrogodo lo repudió y desterró. A su muerte los cristianos tuvieron libertad de culto.

Bonifacio II

Nació en Roma. Elegido el 22 de septiembre del año 530, murió el 17 de octubre del 532. De origen gótico fue considerado "bárbaro y extranjero" por lo cual sus adversarios eligieron al antipapa Dióscoro. Hizo construir el monasterio de Montecasino sobre el templo de Apolo.

Juan II

Nació en Roma. Elegido el 2 de enero del año 533, murió el 8 de mayo del 535. Se llamaba Mercurio y fue el primer Papa que cambió su nombre siendo el suyo el de una divinidad pagana. Con un edicto de Atalarico, el Pontífice fue reconocido jefe de los obispos de todo el mundo.

San Agapito I

Nació en Roma. Elegido el 13 de mayo del año 535, murió el 22 de abril del 536. Fue en misión a Constantinopla por deseos del rey de los godos para aplacar las intenciones del emperador Justiniano sobre Italia. Murió envenenado por oscuras intrigas de la esposa del emperador. Teodora de religión eutiquiana.

San Silverio

Nació en Frosinone. Mártir. Elegido el 1 de junio del año 536, murió el 11 de noviembre del 537. Los ejércitos bizantinos de Justiniano, a las órdenes de Belisario, entraron en Roma. El Papa fue exiliado en la isla Ponza, donde fue asesinado. Se vio obligado a renunciar al pontificado.

Vigilio

Nació en Roma. Elegido el 29 de marzo del año 537, murió el 7 de junio del 555. Obligado por Teodora no anuló las condenas a la teoría eutiquiana. Detenido mientras celebraba misa, pudo huir. Proclamó el cuarto concilio ecuménico. Justiniano impuso la "Pragmática sanción" que limitaba la autoridad papal sobre la fe.

Pelagio I

Nació en Roma. Elegido el 16 de abril del año 556, murió el 4 de marzo del 561. Su elevación al pontificado sufrió de la influencia de Justiniano siendo ya Italia una provincia del imperio bizantino. Permaneció fiel a los principios de ortodoxia católica. Mandó construir el templo de los Santos Apóstoles en Roma.

Juan III

Nació en Roma. Elegido el 17 de julio del año 561, murió el 13 de julio del 574. Salvó a Italia de la barbarie ya que durante la desastrosa invasión lombarda, deseada por Narsete, llamó junto a él a todos los italianos a fin de que se defendiesen contra la crueldad de los invasores.

Benedicto I

Nació en Roma. Elegido el 2 de junio del año 575, un año después de sede vacante, murió el 30 de julio del 579. Trató inútilmente de restablecer el orden en Italia y Francia turbadas por las invasiones bárbaras y ensangrentadas por discordias internas. Confirmó el quinto concilio en Constantinopla.

Pelagio II

Nació en Roma, de origen gótico. Elegido el 26 de noviembre del año 579, murió el 7 de febrero del 590. Mientras Roma estaba asediada por los lombardos pidió ayuda a Constantinopla. Dispuso que cada día los sacerdotes rezasen el oficio divino. Fue víctima de una epidemia cuyas víctimas morían bostezando y estornudando.

San Gregorio I

Nació en Roma. Elegido el 31 de septiembre del año 590, murió el 12 de marzo del año 604. Confirmó la autoridad civil del Papa e inició el "poder temporal". Cuando terminó la peste de Roma se le apareció un ángel sobre la roca que después se llamó Castillo del Santo Ángel. Se definía *servus servorum Dei*.

Sabiniano

Nació en Blera. Elegido el 13 de noviembre del año 604, murió el 22 de febrero del 606. La Santa Sede permaneció vacante por seis meses. Regularizó el sonido de las campanas para indicar al pueblo las horas canónicas, el recogimiento y la oración. Decretó que en los templos se tuviesen las lámparas siempre encendidas.

Bonifacio III

Nació en Roma. Elegido el 19 de febrero del año 607, murió el 12 de noviembre del 607. Prohibió de ocuparse de la elección del nuevo Papa antes de que hubiesen pasado tres días (hoy 9) de la muerte del predecesor. Estableció que el único obispo universal fuese el de Roma, por lo tanto el Papa.

Bonifacio IV

Nació en Abruzo. Elegido el 25 de agosto del año 608, murió el 8 de mayo del año 615. Consagró para el culto cristiano el templo no cristiano de Agripa, el Panteón, dedicándolo a la Virgen y los Santos, instituyendo la fiesta de Todos los Santos el 1 de noviembre. Ordenó para el clero menor mejoras morales y materiales.

San Adeodato I

Nació en Roma. Elegido el 10 de octubre del año 615, murió el 8 de noviembre del 618. Con abnegación curó leprosos y apestados. Fue el primero en imponer el timbre a la bula y decretos pontificios. El suyo es el más antiguo timbre pontifical que se conserva en el Vaticano.

Bonifacio V

Nació en Nápoles. Elegido el 23 de diciembre del año 619, murió el 12 de octubre del 625. Su pontificado inicia once meses después y se caracteriza por continuas luchas por la corona de Italia. Instituyó la “inmunidad de asilo” para aquellos que perseguidos, buscasen refugio en la Iglesia. Durante su pontificado, Mahoma empezó sus sermones.

Honorio I

Nació en Capua. Elegido el 27 de octubre del año 625, murió el 12 de octubre del 638. Envió misioneros a casi todo el mundo. Instituyó la fiesta de la “Exaltación de la santa cruz” el 14 de septiembre. Sanó las cuestiones de la Iglesia en Oriente y el cisma de Aquileya debido a la polémica de los “tres capítulos”.

Severino

Nació en Roma. Elegido el 28 de mayo del año 640, murió el 2 de agosto del 640. Tuvo grandes dificultades con el emperador bizantino Heraclio, por haber condenado el monotelismo; para castigarlo, el rey ordenó de saquear la basílica San Juan y el Palacio Laterano. Murió de inmenso dolor.

Juan IV

Nació en Dalmacia. Elegido el 24 de diciembre del año 640, murió el 12 de octubre del 643. Intentó conducir por el camino de la verdad a los disidentes de Egipto. Hizo trasladar al Laterano los mártires Venancio, Anastasio y Mauro. Quiso consagrar 28 sacerdotes y 18 obispos para estar seguro de la profundidad de su fe.

Teodoro I

Nació en Jerusalén. Elegido el 24 de noviembre del año 642, murió el 14 de mayo del 649. Agregó el nombre de "Pontífice" el título de "Soberano" y reorganizó la jurisdicción interna del clero. Tuvo contrariedades con Oriente y el emperador Constancio. Se sospecha muriese envenenado.

San Martín I

Nació en Todi. Elegido el 5 de julio del año 649, murió el 16 de septiembre del 655. Condenó a los obispos de Oriente protegidos por el emperador bizantino. Encarcelado y exiliado murió de sufrimientos en la isla Cherso. Se celebra por primera vez la fiesta de la "Virgen Inmaculada", el 25 de marzo.

San Eugenio I

Nació en Roma. Elegido el 10 de agosto del año 654, murió el 2 de junio del 657. Fue elegido una año antes de la muerte de Martín I, quien se encontraba exiliado. Se opuso a las intrigas del emperador comunicando a los países de Europa el triste fin de su predecesor. Ordenó a los sacerdotes la observancia de la castidad.

Vitaliano

Nació en Segni. Elegido el 30 de julio del año 657, murió el 27 de enero del 672. Envió Nuncios en Galilea, España e Inglaterra. Fue el primer Papa en normalizar el sonido litúrgico del órgano usándolo en las ceremonias religiosas. En el 671 los lombardos se convirtieron al cristianismo.

Adeodato II

Nació en Roma. Elegido el 11 de abril del año 672, murió el 17 de junio del año 676. Con ayuda de los misioneros desarrolló una importante obra de conversión de los moronitas, pueblo fuerte de origen armenosirio. Fue el primero en usar en las lecturas la fórmula "Salud y bendición apostólica".

Dono

Nació en Roma. Elegido el 2 de noviembre del año 676, murió el 2 de abril del año 678. Logró, durante su pontificado, que cesase el cisma de Ravena. Animó a los obispos a cultivar las incipientes escuelas de Treviris en Galilea y Cambridge en Inglaterra.

San Agatón

Nació en Palermo. Elegido el 27 de junio del año 678, murió el 10 de enero del 681. Tuvo relaciones con los obispos ingleses y puso a Irlanda como centro de la cultura. Organizó el sexto concilio ecuménico. Mereció el título de "Taumaturgo" por los milagros que obró.

San León II

Nació en Sicilia. Elegido el 17 de agosto del año 682, murió el 3 de julio del 683. Celebró con gran solemnidad las ceremonias sagradas para que los fieles fuesen cada vez más conscientes de la majestad de Dios e instituyó la aspersión del agua bendita sobre el pueblo en las ceremonias religiosas.

San Benedicto II

Nació en Roma. Elegido el 26 de junio del año 684, murió el 8 de mayo del 685. Restableció la inmunidad de asilo que las sectas en lucha no respetaban matando a sus adversarios. Logró desligar a la Iglesia del poder del emperador que había sido introducido por Justiniano.

Juan V

Nació en Antioquía (Siria). Elegido el 23 de julio del año 685, murió el 2 de agosto del año 686. Elegido por interferencia de la corte de Bizancio. Puso orden en las diócesis de Cerdeña y Córcega concediendo sólo a la Santa Sede el derecho de nombrar los obispos de la isla.

Canon

Nació en Tracia. Elegido el 21 de octubre del año 686, murió el 21 de septiembre del año 687. Pontificado agitado a causa de la anarquía que reinaba en la Iglesia. Fue con frecuencia víctima de atentados por parte de los secuaces del emperador bizantino. Murió, se cree, envenenado.

San Sergio I

Nació en Antioquía. Elegido el 15 de diciembre del año 687, murió el 8 de septiembre del año 701. Nombrado después de dos antipapas (Teodoro y Pascual), intentó terminar con el cisma surgido en Roma e hizo cesar el de Aquileya. Introdujo en la liturgia el canto del *Agnus Dei*.

---

273 Félix II no existe en la lista oficial de Papas porque este pontífice es tenido como antipapa que actuó entre el 355 y el 358 en el pontificado de Liberio (352-366).

274 El término antipapa designa al antagonista del Papa. Como en la elección de estos personajes algunas normas fueron violadas, no hacen parte de la lista oficial de los sucesores de Pedro. Para ser elegido Papa es importante: vacancia de la sede, libertad de los legítimos electores en el ejercicio de la elección, y observancia, en la elección, de las normas canónicas.

Bibliografía

Aguirre, Rafael. Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo. Verbo Divino, Estella, 1998.

Alberigo, G. Conciliorum Oecumenicorum Decreta. EDB, Bologna, 1991.

Alberigo, Giuseppe (dir.). Storia dei concili ecumenici. Queriniana, Brescia, 1993.

Álvarez, José. Arqueología cristiana. BAC, Madrid, 1998.

Álvarez, José. Historia de la Iglesia, I: Edad Antigua. BAC, Madrid, 2001.

Álvarez, José. Manual de historia de la Iglesia. Claretianas, Madrid, 1987.

Ancilli, Ermanno (dir.). Diccionario de Espiritualidad I-III. Barcelona, 1983-1984.

Angelo di Berardino (dir.). Diccionario patrístico y de la amtigüedad cristiana I-II. Sígueme Salamanca, 1991-1992.

Antoniazzi, A. y Cristiano, H. Cristianismo 2000 años de caminada. Historia de la Iglesia. Paulinas, Bogotá, 1998.

Arias, Juan. Jesús ese gran desconocido. Círculo de Lectores, Barcelona, 2001.

Atanasio de Alejandría. Vida de san Antonio padre de monjes. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991.

Bedouelle, G. La historia de la Iglesia. Edicep, Valencia, 1993.

Behaine, Linda Gladys y Gaviria, Consuelo. Historia Antigua. USTA, Bogotá, 1985.

Betancur, Darío. Historia de la Edad Media. USTA, Bogotá, 1984.

Bihlmeyer, K. y Tuechle, H. Storia della Chiesa I: L'antichitá cristiana. Morcelliana, Brescia, 200013.

Borobio, Dionisio (dir.). La celebración en la Iglesia, I. Sígueme, Salamanca, 19954.

Briceño, Manuel. Los gladiadores de Roma. Estudio histórico, legal y social. ICYC, Bogotá 1986.

Brown, Peter. El primer milenio de la cristiandad occidental. Crítica, Barcelona, 1997.

Burguière, A. (dir.). Dizionario di scienze storiche. Paoline, Milano, 1992.

Burnkamm, G. El Nuevo Testamento y la historia del cristianismo. Sígueme, Salamanca, 1987.

Cahill, Thomas. De cómo los irlandeses salvaron la civilización. La nunca oída historia del papel que desempeñó Irlanda desde la caída del imperio romano hasta el surgimiento de la Europa medieval. Norma, Bogotá, 2008.

Cahill, Thomas. El deseo de las colinas eternas. El mundo antes y después de Jesús. Norma, Bogotá, 2001.

Carlos de Francisco. Las Iglesias orientales católicas. Identidad y patrimonio. BAC, Madrid, 1997.

Castañeda, P. y Cociña y Abella, M. (dirs.). Iglesia y poder. Actas del VII Simposio

de historia de la Iglesia en España y América. Sevilla, mayo de 1996, Córdoba, 1997.
Castel, Francois. Historia de Israel y de Judá. Verbo Divino, Estella, 1984.
Castro, Luis Augusto. El gusto por la misión. Manual de misionología para seminarios. Bogotá, 1994.
Comby, Jean. Para leer la historia de la Iglesia, I: De los orígenes al siglo XV. Verbo Divino, Estella, 1993.
Cortés, José Luis. El Señor de los amigos. PPC, Madrid, 2003.
Crouzel, Henri. Orígenes. Un teólogo controvertido. BAC, Madrid, 1998.
Chadwick, H. La Iglesia cristiana: veinte siglos de historia. Barcelona, 1990.
Chappin, Marcel. Introducción a la historia de la Iglesia. Verbo Divino, Estella, 1997.
Christie, Y. Historia ilustrada de las formas artísticas. El mundo cristiano hasta el siglo XI. Madrid, 1993.
De Santiago, E. Las claves del mundo islámico. Barcelona, 1991.
Denzinger, Heinrich y Hünermann, Peter. El magisterio de la Iglesia. Herder, Barcelona, 1999.
Drobner, Hubertus. Manual de patrología. Herder, Barcelona, 1999.
Dué, Andrea y Laboa, Juan María. Atlas histórico del cristianismo. San Pablo, Madrid, 1998.
Dumont, J. La Iglesia ante el reto de la historia. Encuentro, Madrid, 1987.
Ehrman, Bart D. Cristianismos perdidos. Los credos proscritos del Nuevo Testamento. Crítica, Barcelona, 2004.
Elizalde, Martíno. Los dichos de los Padres, I-II. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991.
Equipo. Historia universal EUNSA, II-III. Eunsa, Pamplona, 1984.
Eusebio de Cesarea. Historia eclesiástica. BAC, Madrid, 2001.
Farmer, William (dir.). Comentario bíblico internacional. Verbo Divino, Estella, 1999.
Ferrater, José. Cuatro visiones de la historia universal. Suramericana, Buenos, Aires, 1963.
Figueiredo, F. A. La vida de la Iglesia primitiva. Bogotá, 1991.
Figueiredo, F. Introducción a la Patrología, I-III. Lumen, Buenos Aires 1995.
Fliche, A. y Martín, V. (dir.). Historia de la Iglesia de los orígenes a nuestros días, I-V. Edicep, Valencia, 1974-1978.
Fontana, J. Historia. Análisis del pasado, proyecto social. Grijalbo, México, 1982.
Franzen, A y Bäumer, R. Storia dei Papi: La missione di Pietro nella sua essenza e nella sua realizzazione storica attraverso la Chiesa. Queriniana, Brescia, 1987.
Galindo, M. A. Historia de la educación. Edades Antigua y Media. Madrid, 1982.
Gaos, José. Historia de nuestra idea del mundo. FCE, México, 1973.
García, C. El monacato primitivo I: Hombres, hechos, costumbres e instrucciones. Madrid, 1974.
García, J. Filosofía de la historia. Gredos, Madrid, 1972.
Gasparri, Stefanoo. Fonti per la storia medievale, dal V all'XI secolo. Sansoni,

Firenze, 1992.
González, Adolfo. Las Iglesias orientales. BAC, Madrid, 2000.
Guerriero, Elio (dir.). Complementi alla storia della Chiesa diretta da Hubert Jedin I. Jaca Book, Milano, 1991.
Hallet, C. Conozca a los Padres de la Iglesia. Paulinas, Santiago, 1995.
Herodoto. Los nueve libros de la historia. W. M. Jackson, México, 1973.
Hertling, L. Historia de la Iglesia. Herder, Barcelona, 1979.
Hertling, L. y Kirschbaum, E. Le catacombe romane e i loro martiri. PUG, Roma, 1992.
Hourani, A. La historia de los árabes. Buenos Aires, 1991.
Hughes, Ph. Síntesis de historia de la Iglesia. Barcelona, 1984.
Jaeger, W. Cristianismo primitivo y cultura griega. México, 1985. La versión de 1965 es titulada Cristianismo primitivo y paideia griega.
Janssens, Jos. Note di cronología. Datazione di tempo e feste. PUG, Roma, 1996.
Janssens, Jos. Note di metodo storico. PUG, Roma, 1997.
Jedin, H. (dir.). Manual de historia de la Iglesia, I-II. Herder, Barcelona, 1980 y 1990.
Jedin, H. Breve storia dei concili: I ventuno concili ecumenici nel quadro della storia della Chiesa. Morcelliana, Brescia, 1996.
Jossa, G. I cristiani e l'impero romano: da Tiberio a Marco Aurelio. D'Auria, Napoli, 1991.
Kirch, C. Enchiridion fontium historiae ecclesiasticae antiquae. Barcelona, 1947.
Kunzler. Michael. La liturgia de la Iglesia. Edicep, Valencia, 1999.
Laboa, Juan María. Momenti cruciali nella storia della chiesa: Dai padri del deserto ai nostri giorni. Jaca Book, Milano, 1996.
Lenzenweger, J. Historia de la Iglesia católica. Herder, Barcelona, 1989.
Lenzman, I. Los orígenes del cristianismo. Grijalbo, México, 1965.
López, A. El seguimiento radical de Cristo, I. Encuentro, Madrid, 1997.
López, J. La liturgia en la Iglesia. BAC, Madrid, 1994.
Lortz, Joseph. Storia della chiesa in prospettiva di storia delle idee, I. Paoline, Milano, 1992.
MacDonald, Margareth Y. Las mujeres en el cristianismo primitivo y la opinión pagana. Verbo Divino, Estella, 2004.
Madera, Ignacio. Dios, presencia inquietante. IAPS, Bogotá, 1999.
Madrid-Malo, Mario. Tú eres Pedro. El papado en la historia. San Pablo, Bogotá, 2005.
Marrou, H. I. La conoscenza storica. Il Mulino, Bologna, 1996
Marsili, S. Los signos del misterio de Cristo. EGA, Bilbao, 1993.
Martina, Giacomo y García, Rubén. Historia de la Iglesia desde el siglo I al siglo XVIII. Estudios Proyecto, Buenos Aires, 1992.
Martina, Giacomo. Storia della chiesa. ISDSR, Roma, 1980.
Martín-Fernández, Francisco. La Iglesia en la historia. Atenas, Madrid, 1990.

Masoliver, Alejandro. Historia del monacato cristiano, I: De los orígenes hasta san Benito. Palabra, Madrid, 1994.

Mazzarino, Santo. L'Impero romano, I-II. Laterza, Bari, 1996.

Mortari, L. (dir.). Vida y dichos de los padres del desierto, I-II. Bilbao, 1994 y 1996.

Orlandis, José. El pontificado romano en la historia. Madrid, 1996.

Orlandis, José. Historia de la Iglesia, I. La Iglesia antigua y medieval. Madrid, 1986.

Orlandis, José. Historia de las instituciones de la Iglesia católica. Eunsa, Pamplona, 2003.

Ostrogorsky, Georg. Storia dell'impero bizantino. Enaudi, Torino, 1993.

Padovese, Luigi. Introducción a la teología patrística. Verbo Divino, Estella, 1996.

Paladio. Historia Lausíaca o los Padres del desierto. El mundo de los Padres del desierto. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991.

Pierini, Franco. La Edad Antigua. Curso de historia de la Iglesia, I. San Pablo, Madrid, 1996.

Pierini, Franco. La Edad Media. Curso de historia de la Iglesia, II. San Pablo, Madrid, 1997.

Pierini, Franco. Mil años de pensamiento cristiano. La literatura y los monumentos de los Padres de la Iglesia. Paulinas, Bogotá, 1993.

Piñero, Antonio. Los cristianismos derrotados. Círculo de Lectores, Bogotá, 2008

Plazaola, Juan. Historia del arte cristiano. BAC, Madrid, 1999.

Plazaola, Juan. Historia y sentido del arte cristiano. BAC, Madrid, 1996.

Remondon, Roger. La crisis del imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio. Labor, Barcelona, 1984.

Rodríguez, Eudoro. Teología de la historia. USTA, Bogotá, 1993.

Rogier, L. J. (ed.). Nueva historia de la Iglesia, I: Desde los orígenes a san Gregorio Magno. Cristiandad, Madrid, 1964.

Ruiz Bueno, D. Actas de los mártires. BAC, Madrid, 1951.

Sánchez, José. Historia de la Iglesia, II. Edad Media. BAC, Madrid, 2005.

Sánchez, José. Para comprender la historia. Verbo Divino, Estella, 1995.

Sanchís, Ricardo. También la Iglesia tiene historias. Mensajero, Bilbao, 1995.

Sanders, E. P. La figura histórica de Jesús. Verbo Divino, Estella, 2000.

Schatz, K. El primado del Papa. Su historia desde los orígenes hasta nuestros días. Santander, 1996.

Schatz, Klaus. Los concilios ecuménicos. Encrucijadas en la historia de la Iglesia. Trotta, Madrid, 1999.

Schürer, Emil. Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús, I: Fuentes y marco histórico. Cristiandad, Madrid, 1985.

Sebastián, S. Mensaje simbólico del arte medieval. Madrid, 1996.

Secretariado Nacional de Pastoral Social. Doctrina Social de la Iglesia. Curso de Doctrina y Pastoral Social. Historia del Pensamiento Social de la Iglesia, 3. s. m. d.

Simon, M. y Benoît, A. El judaísmo y el cristianismo antiguo. Barcelona, 1972.

Sobrino, J. A. Así fue la Iglesia primitiva. Madrid, 1986.

Suetonio. Vidas de los doce Césares. W. M. Jackson, México, 1973.

Teja, Ramón. Emperadores, obispos, monjes y mujeres: protagonistas del cristianismo antiguo. Trotta, Madrid, 1999.

Theissen, G. La sombra del Galileo. Sígueme, Salamanca, 1989.

Torres, A. Iniciación a la investigación histórica. USTA, Bogotá, 1993.

Trevijano, Ramón. Patrología. BAC, Madrid, 1994.

Verheijen, L. La règle de Saint Augustin, I: Tradition Manuscrite y II: Recherches historiques. París, 1967.

Vidal, César. Diccionario de patrística. Verbo Divino, Estella, 1993.

Vilanova, Evangelista. Historia de la teología, I. Herder, Barcelona, 1987.

Walbank, F. W. La pavorosa revolución. La decadencia del imperio romano en occidente. Alianza, Madrid, 1978.

Zameza, José. La Roma pagana y el cristianismo: los mártires del siglo II. Aldecoa, Madrid, 1941.